

9

2009

issn 1130-6149

RECERCA

REVISTA DE PENSAMENT I ANÀLISI



CURSO VITAL

Viejas estructuras y nuevos retos



RECERCA
REVISTA DE PENSAMENT I ANÀLISI

núm. 9

**CURSO VITAL:
VIEJAS ESTRUCTURAS Y NUEVOS RETOS**



UNIVERSITAT
JAUME·I

Departament de Filosofia i Sociologia
Any 2009

Directores:

Dra. Sonia Reverter Bañón, Universitat Jaume I
Dra. Elsa González Esteban, Universitat Jaume I

Consell de redacció:

Mercedes Alcañiz Moscardó, Universitat Jaume I
Alfredo Alfageme Chao, Universitat Jaume I
Amador Antón Antón, Universitat Jaume I
Antonio Ariño Villarroja, Universitat de València
Salvador Cabedo Manuel, Universitat Jaume I
José Félix Lozano Aguilar, Universitat Politècnica de València

Edició a càrrec de:

Alfredo Alfageme Chao i Begoña García Pastor
Departament de Filosofia i Sociologia

Consell assessor:

Fermín Bouza Álvarez, Universidad Complutense de Madrid
Victoria Camps Cervera, Universitat Autònoma de Barcelona
Adela Cortina Orts, Universitat de València
Paul Dekker, Universiteit van Tilburg
María Das Dores Guerreiro, Instituto Universitário de Lisboa (ISCTE-IUL)
Félix Duque Pajuelo, Universidad Autónoma de Madrid
José María García Gómez-Heras, Universidad de Salamanca
John Keane, Centre for Study of Democracy (CSD), University
of Westminster i Wissenschaftszentrum Berlin (WZB)
Alain Montaclair, IUFM Besançon, Université de France
Eulalia Pérez Sedeño, Universidad del País Vasco
Juana Sánchez Gey, Universidad Autónoma de Madrid
Vicente Sanfélix Vidarte, Universitat de València
José María Tortosa Blasco, Universitat d'Alacant

Aquest monogràfic ha rebut el suport del Pla Estratègic 2009-2010 del Departament de Filosofia i Sociologia.

© Del text: els autors i les autores, 2009

© De la present edició: Publicacions de la Universitat Jaume I, 2009

© De l'article «Un curso vital más flexible. Nuevos riesgos y desafíos para la protección social»: PUF, 2009

Edita: Publicacions de la Universitat Jaume I. Servei de Comunicació i Publicacions.

Campus del Riu Sec. Edifici Rectorat i Serveis Centrals. 12071 Castelló de la Plana

Fax 964 72 88 32

<http://www.tenda.uji.es> - e-mail: publicacions@uji.es

ISSN: 1130-6149

Dipòsit Legal: Cs 301-1992

Imprimeix: Innovació Digital Castelló, s.l.u.

Periodicitat anual.

Aquesta revista està indexada a: Philosopher's Index, CINDOC i Latindex.



Cap part d'aquesta publicació, incloent-hi el disseny de la coberta, no pot ser reproduïda, emmagatzemada, ni transmesa de cap manera, ni per cap mitjà (elèctric, químic, mecànic, òptic, de gravació o bé fotocòpia) sense autorització prèvia de la marca editorial.

ÍNDIX

Introducció

- CURSO VITAL: VIEJAS ESTRUCTURAS Y NUEVOS RETOS**.....7
LIFE COURSE: OLD STRUCTURES AND NEW CHALLENGES
BEGOÑA GARCÍA PASTOR y ALFREDO ALFAGEME CHAO

Articles

- UN CURSO VITAL MÁS FLEXIBLE. NUEVOS RIESGOS Y DESAFÍOS PARA LA PROTECCIÓN SOCIAL**.....13
A MORE FLEXIBLE LIFE COURSE. NEW RISKS AND CHALLENGES FOR SOCIAL PROTECTION
ANNE-MARIE GUILLEMARD

- EL RETIRO TEMPORAL A LO LARGO DEL CURSO VITAL: CONTEXTO, REGULACIÓN Y CONSECUENCIAS**.....41
TEMPORARY RETIREMENT IN THE COURSE OF LIFE: CONTEXT, REGULATION AND CONSEQUENCES
ALFREDO ALFAGEME CHAO

- EL CICLO VITAL REVISADO: LAS VIDAS DE LAS MUJERES MAYORES A LA LUZ DE LOS CAMBIOS SOCIALES**.....59
THE LIFE COURSE REVISED: THE LIVES OF OLD WOMEN IN THE LIGHT OF SOCIAL CHANGES
ANNA FREIXAS, BÁRBARA LUQUE y AMALIA REINA

- EL CUIDADO EN LA TRAYECTORIA VITAL: ROMPIENDO MOLDES CON CRITERIOS DE JUSTICIA Y FELICIDAD**.....81
CARE IN THE LIFE COURSE: BREAKING THE MOULD WITH CRITERIA OF JUSTICE AND HAPPINNESS
IRENE COMINS MINGOL

- FREIRE Y ONDJANGO: DIÁLOGOS CON LA EXPERIENCIA VITAL DEL MUNDO ANGOLEÑO**...103
FREIRE AND ONDJANGO: DIALOGUES WITH THE EXPERIENCE OF LIFE OF THE ANGOLAN WORLD
GOMERCINDO GHIGGI y MARTINHO KAVAYA

NOTAS PROVISIONALES PARA UNA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA VIUDEDAD	123
<i>PROVISIONAL NOTES FOR A SOCIAL CONSTRUCTION OF WIDOW(ER)HOOD</i>	
PEDRO SÁNCHEZ VERA	

TRANSICIONES VIRTUALES EN LA JUVENTUD: UNA APROXIMACIÓN A LA EMANCIPACIÓN JUVENIL EN LA SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN	145
<i>VIRTUAL TRANSITIONS IN YOUTH: AN APPROACH TO YOUTH EMANCIPATION IN THE INFORMATION SOCIETY</i>	
GONZALO MONTIEL ROIG	

RENEWING UNIVERSITIES OF THE THIRD AGE: CHALLENGES AND VISIONS FOR THE FUTURE	171
<i>LAS UNIVERSIDADES PARA MAYORES RENOVADAS: DESAFÍOS Y PROPUESTAS PARA EL FUTURO</i>	
MARVIN FORMOSA	

Ressenyes de llibres

Vern L. Bengston, D. Gans, Norella M. Putney y M. Silverstein, <i>Handbook of theories of aging</i> (Salvador Seguí-Cosme)	197
--	-----

Maria Inés Amoroso Miranda, Ana Bosch Pareras, Cristina Carrasco Bengoa, Hortensia Fernández Medrano y Neus Moreno Saenz, <i>Malabaristas de la vida. Mujeres, tiempos y trabajos</i> (Begoña García Pastor)	203
---	-----

Breus currícula dels autors i autores	205
--	------------

Curso vital: viejas estructuras y nuevos retos

Life course: old structures and new challenges

BEGOÑA GARCÍA PASTOR
ALFREDO ALFAGEME CHAO
UNIVERSITAT JAUME I, CASTELLÓ

El curso vital, entendido como una construcción cultural que varía en función de las personas, los grupos y las sociedades de las que forman parte, es una perspectiva de análisis de la realidad social que, como muestran los distintos artículos que se incluyen en el presente número de la revista RECERCA, se está abriendo camino con fuerza durante los últimos años. Contamos ya con algunos trabajos de compilación, publicados en lengua inglesa, que ponen de manifiesto que estamos ante una orientación teórica consolidada, multidisciplinar y abierta a desarrollos diversos.¹

En general, se presta atención al contexto histórico y las trayectorias personales, haciendo hincapié en la diversidad cultural, las desigualdades de todo tipo y las instituciones sociales que modelan el curso vital.

Se trata de tener en cuenta multitud de aspectos de naturaleza diversa (históricos, políticos, económicos, tecnológicos, biológicos, psicológicos, etc.) que inciden, a través de sus interacciones, en la vida de los seres humanos, condicionándola significativamente. Muchos de estos aspectos tienen que ver con la organización social establecida en cada lugar para la satisfacción de necesidades humanas (educación, trabajo, reproducción, cuidados, etc.).

Como se ha destacado a menudo, en las sociedades occidentales contemporáneas, se ha conformado la concepción dominante de un curso vital estructurado en tres fases y en este orden: aprendizaje, trabajo y retiro. Se puede argumentar que esta organización social rigurosa por edades interesa, sobre todo, como instrumento de control desde los centros de poder, pero merma las libertades individuales y contribuye a la reproducción de las desigualdades sociales.²

1 R. A. SETTERSEN (ed.) (2003): *Invitation to the Life Course. Toward New Understandings of Later Life*, Baywood Publishing Company, Nueva York; J. T. MORTIMER. y M. J. SHANAHAN (eds.) (2006): *Handbook of the Life Course*, Springer, Nueva York.

2 S. SEGÚI-COSME Y A. ALFAGEME (2008): «El retiro temporal a lo largo de la vida: Bases sociológicas y filosóficas», *Mediterráneo Económico*, 14, pp. 385-405.

Esta concepción estructural relativamente estricta del curso vital se encuentra actualmente en crisis y está siendo cuestionada por una serie de razones interrelacionadas, lo que proponemos aquí como objeto preferente de análisis.

El rápido desarrollo tecnológico se puede considerar como un rasgo estructural de nuestras sociedades. La vida de la mayoría de las personas es suficientemente larga como para observar cambios tecnológicos muy relevantes y experimentar la necesidad de adaptarse a ellos. La Comisión Europea era consciente de esto cuando elaboraba un documento titulado *Hacer realidad un espacio europeo de aprendizaje permanente*.³

El aprendizaje orientado al trabajo que subyace a la estructura tripartita tradicional del curso vital, vocación principal con la que probablemente nació la escuela, no habría de estar dirigido de un modo tan exclusivo a la infancia y la juventud. Todo ello al margen de otras consideraciones en torno al aprendizaje no instrumental que, con mayor claridad acaso, es deseable a lo largo de toda la vida.

Al hilo de lo anterior, nos parece oportuno recordar el análisis que ya planteó el profesor Manuel Castells de las transformaciones de la estructura social en la era de la información. Nos advertía acerca de cambios de gran calado sociocultural que afectan al empleo y la estructura ocupacional en la nueva economía informacional y global. Hacía especial hincapié en lo falso del argumento de que las nuevas tecnologías destruyen empleo, un tema que, a su juicio, parecía obsesionar en Europa mucho más que en otras zonas del mundo. En realidad, no hay una relación empírica entre tecnología y empleo. La tecnología es una variable y sus efectos cambian en función del tipo de estrategias empresariales, de política económica, de estructura social, de relaciones laborales y, por tanto, son indeterminados. Lo que está ocurriendo es que se está pasando de una relación laboral estandarizada estable a una relación laboral individualizada, flexible, a unas relaciones cada vez más ad hoc y menos estables entre el empleador y el empleado.⁴

Por otra parte, es posible argumentar que el viejo esquema «aprendizaje-trabajo-retiro», no sólo parece anacrónico cuando lo relacionamos con los anteriores argumentos, sino que contribuye a la reproducción de múltiples desigualdades sociales, tales como las que existen entre hombres y muje-

3 COMISIÓN EUROPEA (2001): *Hacer realidad un espacio europeo de aprendizaje permanente*, Comunicación de la Comisión.

4 M. CASTELLS (1998): *La estructura social de la era de la información: La sociedad Red*. Textos de Sociología, n.º 3, Departamento de Sociología II (Estructura y procesos sociales), UNED, pp. 17-21.

res, entre jóvenes y mayores, entre la población autóctona y la población inmigrante en busca de trabajo, y las desigualdades de clase. Así, por ejemplo, esa organización estricta del curso vital tiende a asumir que las mujeres no trabajan ni trabajarán fuera del ámbito doméstico, puesto que la etapa adulta coincide aproximadamente con el periodo biológico reproductivo. Es como si todavía se negara o se restara importancia al declive progresivo del patriarcado y al cambio social tan profundo que este proceso lleva consigo. Por otra parte, las personas que emigran en busca de trabajo, personas adultas de ambos sexos, jóvenes generalmente, encuentran escasas oportunidades de aprendizaje formal en los lugares de destino, viéndose confinadas permanentemente a trabajos de baja cualificación. Y, en general, las personas más pobres, con menos recursos, o sin capital, tienen menos capacidad de decisión sobre la duración y distribución de sus tiempos de aprendizaje, trabajo y ocio a lo largo de la vida. Es obvio que este tipo de desigualdades plantean retos relevantes, ya que están en juego valores ampliamente compartidos en las sociedades llamadas desarrolladas, valores tales como la igualdad de oportunidades, las libertades individuales y la democracia efectiva.

Por último, es un hecho constatado que las sociedades envejecen, especialmente las sociedades ricas o privilegiadas, en el sentido de que cada vez es mayor la proporción de personas mayores y muy mayores, debido tanto al descenso de la fecundidad (consolidado desde hace ya varias décadas), como al aumento de la esperanza de vida a edades avanzadas (que es hoy la causa principal del envejecimiento de las poblaciones). En este tipo de sociedades, cada vez más personas cumplen más años de vida en buenas condiciones de salud y capacidad en todos los sentidos. Tanto es así, que la idea de la jubilación definitiva por razón de la edad de las personas se muestra cada vez más caduca. Hay extensa literatura al respecto, aunque pocas ideas realmente novedosas y con una orientación decidida a la práctica, a partir de una superación definitiva de la identificación del envejecimiento de las personas con procesos de desvinculación, dependencia y, en el peor de los casos, de exclusión social.

Los artículos que presentamos a continuación abren oportunidades para la reflexión, el análisis y la investigación desde una perspectiva multidisciplinaria, considerando no sólo viejos y nuevos elementos (política, tecnología, ecología...), sino también sus nuevas interacciones, que apuntan a la caducidad de los antiguos esquemas e invitan a discutir otras posibilidades.

Anne-Marie Guillemard muestra cómo el concepto de curso vital permite desvelar las relaciones entre los análisis macrosociológico (de las ins-

tuciones) y microsociológico (de las biografías individuales). Concretamente, la institucionalización de un curso vital tripartito (aprendizaje, trabajo y retiro) responde a unas coordenadas económicas y sociales que actualmente resultan caducas. La autora discute alternativas de reconfiguración del estado del bienestar atentas a la realidad actual, que reclama una regulación mucho más flexible. El artículo incorpora, entre otras, cuestiones de género, de empleo y formación, de envejecimiento y retiro, que son abordadas más específicamente en otros artículos. Traza, por tanto, a nuestro entender, un marco introductorio excepcional al resto de aportaciones.

Alfredo Alfageme, tras repasar brevemente los contextos histórico y teórico recientes en lo relativo al envejecimiento y al retiro, propone una serie de variantes en cuanto a las posibilidades de regulación del retiro temporal a lo largo de toda la vida adulta, como alternativa a la jubilación forzosa y definitiva. Discute algunas consecuencias posibles, individuales y sociales, de una eventual implantación de esta nueva forma de regulación de los tiempos de trabajo y retiro a lo largo de la vida, considerando tanto el bienestar de las personas como las consecuencias sobre el gasto público.

Anna Freixas, Bárbara Luque y Amalia Reina adoptan abiertamente el punto de vista de las nuevas mujeres mayores, nacidas en la segunda mitad del siglo xx, para analizar los cambios en la experiencia de envejecer que se vienen produciendo a lo largo de las últimas décadas, y lo que cabe esperar en el caso de las mujeres que se hacen mayores ya en el siglo xxi. Desde una experiencia formativa, familiar y laboral distinta, resulta inevitable la ruptura con los roles de género tradicionales. Proponen también una revisión del modelo androcéntrico de jubilación, que tenga en cuenta la mayor variabilidad de las trayectorias vitales femeninas, que incluyen, además del trabajo remunerado, trabajos de cuidado, afectivos, etc., de enorme valor social desde un punto de vista humano.

Irene Comins desarrolla el tema más específico del cuidado en la trayectoria vital, incorporando no sólo cuestiones de género, sino también de ética del trabajo, de justicia y felicidad. Reivindica la relevancia social, económica y cultural que tiene el cuidado en la vida de los seres humanos. Cuestiona la supuesta universalidad del curso vital tripartito (aprendizaje-trabajo-retiro) porque no representa la realidad de las personas, en su mayoría mujeres, que se encargan de las imprescindibles tareas asociadas al cuidado. Profundiza a su vez en la desigual distribución de las mismas y en sus consecuencias educativas y laborales. Por

último, plantea nuevos retos que implican al conjunto de instituciones sociales.

Gomercindo Ghiggi y Martinho Kavaya buscan una aproximación muy peculiar entre dos perspectivas vitales para pensar el mundo contemporáneo con base en el diálogo como referencia central: una, presente en el ideario de Paulo Freire, a través de los círculos de cultura, y otra desde la cultura africano/angoleña, a través de *Ondjango* (casa de conversación). Atienden especialmente al mundo de la escuela, siempre ante la tarea de leer el mundo y leer la palabra en la perspectiva humana más central, la vital, aceptando el desafío de discutir el curso vital humano, como construcción cultural que nace de la educación.

Pedro Sánchez Vera se centra en una circunstancia concreta de la vida de muchas personas, principalmente mujeres mayores, como es la viudedad. Aporta una revisión muy valiosa del estado de la cuestión. Descubre multitud de relaciones y procesos diversos que caracterizan y construyen la viudedad, tales como las carencias que suelen acompañar a las personas viudas y sus estrategias de adaptación. Se pone de manifiesto, entre otras cosas, la relevancia de las etapas anteriores de la vida, así como el papel de los sistemas de protección social.

Gonzalo Montiel propone un acercamiento a un momento clave del curso vital como es la emancipación de las y los jóvenes. Es relevante, entre otras cosas, por su actualidad, ya que considera muy especialmente el desarrollo reciente de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, proceso al que se incorpora la gente joven desde edades muy tempranas. La disponibilidad de un teléfono móvil para uso personal, o de un ordenador con conexión a Internet en la propia habitación, son elementos de consideración ineludible en cualquier intento de análisis del proceso de emancipación, sobre el que pesa también la influencia del mercado y de las instituciones públicas.

Por último, Marvin Formosa analiza con profundidad y rigor el fenómeno de la expansión y funcionamiento de los programas universitarios para mayores, sin duda una de las iniciativas de mayor éxito mundial en materia de intervención socioeducativa con personas adultas y mayores. Su análisis muestra un equilibrio muy razonable, a nuestro modo de ver, entre el reconocimiento de las funciones sociales de estos programas y las consideraciones críticas sobre los mismos. Propone, además, una serie de retos que deben afrontar los programas, tanto para superar sus debilidades históricas como para adaptarse a la realidad social emergente, de modo que adquieran sentido dentro de los estilos de vida contemporáneos de las personas.

La revista incluye finalmente dos reseñas de libros. La primera de ellas, realizada por Salvador Seguí-Cosme, versa sobre la última edición de uno de los textos de mayor calado internacional en materia de teoría multidisciplinar sobre el proceso de envejecimiento (*Handbook of theories of aging*). La segunda reseña, a cargo de Begoña García Pastor, es sobre un libro cuyo título, *Malabaristas de la vida*, sugiere ya una presentación decidida de las dificultades con que se encuentran las mujeres en diferentes facetas de su existencia.

Un curso vital más flexible. Nuevos riesgos y desafíos para la protección social*

A more flexible life course. New risks and challenges for social protection

ANNE-MARIE GUILLEMARD
UNIVERSIDAD DE PARÍS (DESCARTES-SORBONA)

Resumen

El objetivo de este artículo es poner de manifiesto el rendimiento heurístico de una perspectiva centrada en el curso vital, con el fin de analizar los cambios en los sistemas de protección social y su impacto sobre las trayectorias biográficas individuales, vinculando los análisis macro y microsocioal.

Palabras clave: Curso vital, protección social, trayectorias biográficas individuales

Abstract

In this paper, it is intended to shed light on the heuristic value of a life-course perspective for analyzing welfare policy changes and their impact on individuals' biographical trajectories, linking macro and microsociological analysis.

Key words: Life-course, welfare policy, individuals' biographical trajectories

El objetivo de este capítulo es poner en evidencia el rendimiento heurístico de la adopción de una perspectiva en términos de ciclo de vida, con el fin de hacer inteligibles los nuevos riesgos que deben afrontar los individuos y los nuevos retos a los que se enfrentan los sistemas de protección social. En su análisis de las metamorfosis de la cuestión social, Robert Castel (1995) estableció claramente, en el plano sociohistórico, que la sociedad industrial «salarial» se caracterizaba por un acoplamiento indisoluble entre un estatus de actividad de asalariado subordinado al empleador y la protección social extensiva contra los riesgos que se le da a

* «Un cours de vie plus flexible, de nouveaux profils de risques, enjeux pour la protection sociale», en A. M. GUILLEMARD (dir.) (2008): *Où va la protection sociale*, París, PUF. Traducción realizada por Juan Manuel García Izquierdo, revisada por los editores.

cambio. Defendemos la idea de que una tercera dimensión, la del ciclo vital, debe añadirse a este dúo clave del modelo social industrial, sin la cual nos parece imposible comprender, en profundidad, la naturaleza de las mutaciones en curso en las maneras de garantizar la protección social de los individuos en la actualidad.

Las aportaciones de la sociología del curso vital (Riley et al., 1972; Guillemard, 1986; Kohli, 1987; Guillemard y Van Gunsteren, 1991) pusieron de relieve que la llegada de la sociedad industrial está íntimamente ligada al surgimiento de un modo de organización en tres etapas del ciclo vital (educación, trabajo, retiro), que se fue institucionalizando progresivamente junto al surgimiento del asalariado como estatus de empleo y un modo de protección que asociaba derechos sociales y reconocimiento de ciudadanía. Es esta disposición sistemática entre las esferas del trabajo, de la protección social y de una organización social del ciclo vital lo que ha conferido su especificidad y su temporalidad propia a la sociedad industrial. En la actualidad, es precisamente la disposición entre estas tres dimensiones la que se desmorona y se reconfigura con la llegada de una sociedad de la información, de las redes y del saber. Los cambios operan en estas tres dimensiones centrales del modelo industrial: trabajo, protección social y organización social del ciclo vital. Porque, desde la perspectiva adoptada aquí, cada modelo social asocia estrechamente formas de empleo, contenidos de protección social y un modo particular de organización social del ciclo vital y de las temporalidades.

Sostenemos que esforzarse en descifrar los desajustes y los reajustes entre las tres dimensiones ya citadas debería propiciar una mejor aprehensión, tanto de los nuevos perfiles de riesgos en el recorrido de las edades a los que se ven expuestos los individuos en la actualidad, como de las reconfiguraciones de la protección social que sería necesario poner en marcha para darles cobertura.

Lo interesante del concepto de ciclo vital es que permite relacionar un análisis macrosociológico de la manera en que el ciclo vital, como institución, modela los recorridos individuales y les imprime una relación con el tiempo y con el porvenir propia de cada sociedad, con una microsociología de las trayectorias biográficas. De esta forma, este concepto es especialmente pertinente para crear un puente entre las transformaciones institucionales y las trayectorias individuales. Defenderemos, pues, la idea de que la noción de ciclo vital es una clave de análisis valiosa para comprender los desarreglos/reajustes en curso entre mercado de trabajo y protección social, y analizar sus consecuencias en el surgimiento de nuevos riesgos individuales y sociales que piden, a cambio, la invención de nuevas políticas de protección social.

Después de haber recordado el papel fundamental desempeñado por el Estado social en la construcción del ciclo vital en tres etapas de la sociedad industrial, examinaremos cómo, bajo la influencia de las mutaciones macrosociales, la disposición temporal de la sociedad industrial se descompone hoy en un curso de vida flexible y desestandarizado, y con algunas consecuencias para los individuos. Finalmente, nos preguntaremos cómo se podría reconfigurar el sistema de protección social para garantizar la seguridad de los individuos en la nueva flexibilidad temporal del curso de vida.²

LAS POLÍTICAS SOCIALES COMO INSTITUCIONES CLAVE PARA DAR FORMA AL CICLO VITAL

La sociología del curso de vida puso de relieve las fuertes interacciones entre el Estado social y la institución del ciclo vital. El desarrollo de las políticas sociales desempeñó un papel fundamental en la construcción y la institucionalización del esquema ternario del ciclo vital propio de la sociedad industrial. La formación del Estado social moderno se vio acompañada de una construcción social y legal del individuo, elaborada en gran medida alrededor de criterios neutros y universales de la edad. Se constituyó un cuerpo de reglas, que erige al propio individuo, y ya no a su familia ni a la comunidad, como poseedor de derechos y deberes propios.

Las leyes sociales que se adoptaron, en especial aquellas que regulaban el trabajo infantil o el periodo de escolarización obligatoria, y aquellas que establecían una edad para la jubilación, condujeron progresivamente a una «institucionalización» del ciclo vital. Estas leyes contribuyeron a dividir el curso vital en tres etapas significativas bien diferenciadas. Mediante estas «políticas de la vejez»,³ el Estado fue un actor central en la construcción de un ciclo vital en tres etapas. En particular, tal modo de gobierno sobre las edades le permitió distribuir entre las tres etapas las actividades sociales, las obligaciones, los derechos y los recursos. De esta manera, como mostraron Smelser y Halpern (1978), el Estado presidió la organización del triángulo «escuela, familia y trabajo». Así, el ciclo vital se organizó según un modelo ordenado y jerarquizado en tres etapas sucesivas bien delimitadas: se es, o

² La argumentación desarrollada en lo que sigue retoma elementos de análisis del capítulo 8 de nuestra obra: *La edad del empleo. Las sociedades a prueba de envejecimiento* (Guillemard, 2003).

³ Tomamos prestada esta expresión a A. Percheron (1991). En la obra *Edad y Política*, que ella codirigió, escribe en el capítulo «Política y gestión de las edades»: «la política de las edades es el instrumento y el producto del Estado-providencia y constituye una dimensión esencial de cualquier acción política».

bien niño en edad escolar, relevante para la política de la infancia y de la familia y para las políticas de educación; o bien adulto-trabajador, beneficiario de la cobertura de los diferentes riesgos sociales del trabajo; o bien jubilado con derecho a una pensión de jubilación.

Cada etapa estaba asociada de esta forma a una actividad que le daba su sentido y su identidad, bien distinta de las otras dos. En este modelo, el trabajo está en el centro de la vida de los individuos. Se asocia a la edad adulta. Los jóvenes se forman para prepararse para el trabajo, y la vejez es el tiempo de descanso y de retiro después de una vida de trabajo. Gradualmente este modelo se institucionalizó con el desarrollo del Estado-providencia y de sus umbrales de edad, estableciendo los derechos y las obligaciones propios para cada edad.

Como declararon Mayer y Schoepflin (1989), los derechos sociales universales del Estado-providencia ejercieron una función de individualización y de temporalización de las biografías. En efecto, conducen a definir situaciones de vida bien diferenciadas y acentúan la jerarquización entre la vida de trabajo y los periodos de antes y de después del trabajo:

In the Welfare State the continuous flow of life is transformed into a series of situations all of which have a clear formal definition: Periodisation of life and proliferation of sharp transitions which derive from the social insurance system combine into a life long biographical pattern (Mayer y Schoepflin, 1989: 198).

De esta manera, mediante sus reglas formales, formuladas especialmente en términos de edad cronológica, el desarrollo del Estado-providencia y de sus derechos sociales condujo a una estandarización de los acontecimientos de la vida y a una institucionalización del recorrido de las edades. Todos los elementos constitutivos de la institución del curso vital se establecen progresivamente mediante el funcionamiento de los sistemas de protección social: el número de etapas de edad sucesivas, su contenido social, el calendario de las transiciones de una edad a otra, como la naturaleza de estas transiciones (que puede estar más o menos ritualizada) así como las referencias que marcan su umbral. Por último, también se establecen las formas de solidaridad o de competición que relacionan las edades entre sí. La institución del ciclo vital ordena las trayectorias individuales, ajusta el horizonte temporal sobre el que pueden desarrollarse sus planes de acción y los inscribe en una temporalidad social específica. Definiremos con Roger Sue (1995) los tiempos sociales como:

Grandes categorías o bloques de tiempo que una sociedad se da y se presenta para diseñar, articular, coordinar y dar ritmo a las principales actividades sociales a las que da una importancia particular (Roger Sue, 1995: 29).

Se puede subrayar, con el ejemplo de la jubilación, el papel fundamental de regulación desempeñado por el Estado social en la planificación institucional del recorrido de las edades (Guillemard, 1986; Kohli, 1987). Kohli, en su artículo de 1987, diferenció cuatro dimensiones de este proceso. En primer lugar, las jubilaciones han ayudado, junto con otras leyes sociales, a jerarquizar las tres etapas de la vida, colocando el trabajo en el centro y ocupando toda la etapa adulta. Efectivamente, el derecho a pensión de jubilación está sujeto, generalmente, al ejercicio de una larga vida de trabajo. En segundo lugar, han contribuido a la cronologización del recorrido, estableciendo la edad del derecho al descanso y, por tanto, el momento de salida del mercado laboral. Esta cronologización del ciclo vital ha comportado, en tercer lugar, su estandarización. A una misma edad cronológica, cada vez más individuos pasan de una etapa a otra del recorrido. Esta estandarización del ciclo vital está bien ilustrada por la progresiva homogeneización en torno a los 65 años de la edad de salida definitiva del mercado laboral en Francia entre 1901 y 1970 (el 66% de las personas de 65 años en adelante seguía activo en 1901, y en 1970 no suponía más que un 17%). Finalmente, la estandarización del ciclo vital autoriza el desarrollo de planes de acción a lo largo del horizonte del curso vital con sus etapas sucesivas marcadas por señales de edad cronológica. El individuo se ve dotado de un futuro y ya no sólo su familia y su patrimonio como en la era preindustrial. Se ve inscrito en una temporalidad larga y puede anticipar el desarrollo de su vida. Es lo que Kohli describe como el cuarto efecto del surgimiento de los sistemas de jubilación. Estos últimos permitieron individualizar y temporalizar el curso vital.

HACIA UN NUEVO CICLO DE VIDA FLEXIBLE. DISCORDANCIA DE TIEMPOS Y TRAYECTORIAS INCIERTAS

El modelo de temporalidad de la sociedad industrial se descompone

La disposición entre las esferas del trabajo, de la protección social y del ciclo vital, que prevalecía en la sociedad industrial fordista, se desarticula. Trabajo y protección social se desfazan, al tiempo que el ciclo vital pierde su aspecto de sucesión lineal ordenada en etapas previsibles para convertirse en flexible (Best, 1981).

En primer lugar, el concepto de carrera se fragmenta. Vida laboral y trayectoria profesional se hicieron cada vez menos unidimensionales y continuos. Claramente, el tiempo de trabajo es menos concentrado y más discontinuo. La vida activa está, a partir de ahora, entrecortada con periodos de formación y de inactividad. Asistimos a una redistribución de los estados de actividad y de inactividad en el transcurso de la existencia. Se puede apreciar una nueva compilación de los periodos sociales. Estos hechos marcan el cambio radical del régimen temporal de la sociedad industrial. El periodo industrial era lineal, segmentado y «monocrono». Descansaba sobre una oposición binaria entre el polo dominante de la etapa laboral, cronométrica y mensurable, y el polo de la etapa de inactividad, definida en oposición al trabajo. La etapa laboral, etapa central del desarrollo de la vida, era el tiempo pivote sobre la base del cual se ajustaban todas las otras temporalidades sociales. Sin duda, la relación salarial de subordinación contribuía al triunfo de esta etapa laboral, que imponía su tiempo cuantitativo, lineal y divisible en el conjunto del ciclo vital. La dominación de la etapa de trabajo sobre las otras etapas de la vida rendía cuentas de la sincronización de los calendarios biográficos en torno al calendario profesional. La entrada en la vida y en la edad adulta correspondía simultáneamente para el hombre al acceso estable al mercado laboral y a la formación de una familia, con el matrimonio, seguido muy pronto del nacimiento de los primeros hijos. Cabe destacar que este modelo ternario del ciclo vital no constituyó un modelo estándar de trayectoria más que para los hombres, considerados como cabezas de familia y «ganapanes». Las mujeres, durante mucho tiempo al margen del trabajo asalariado, conocían una temporalidad diferente, encarada hacia la esfera doméstica y el *caring*, las actividades de cuidados. Su participación en la esfera del trabajo no era más que algo complementario. A pesar de todo, ellas sufrían indirectamente el tiempo dominante cronológico y ternario, a través, principalmente, de las instituciones de protección social, en las que disfrutaban de derechos indirectos, gracias a los derechos sociales acumulados por el hombre asalariado.

En segundo lugar, la arquitectura de la protección social, fuertemente asentada sobre una distribución ternaria de las edades y de las etapas sociales en el ciclo vital, se tambalea. Se ponen en marcha nuevos programas sociales intermedios, la mayoría de las veces ad hoc, para responder a las dificultades de empleo y a las nuevas formas de precariedad que emergen (en particular, múltiples programas de inserción social y profesional para los jóvenes, diversas jubilaciones anticipadas y dispositivos de salida anticipada del mercado laboral, contratos de vuelta al trabajo...). Estos programas se caracterizan por abrir los derechos que ya no están tan

directamente condicionados por la actividad profesional y que están al margen del régimen general de protección social. Estos modifican profundamente la naturaleza de los derechos sociales abiertos y los fundamentos de la protección social. A veces vuelven a establecer el vínculo que, en el status salarial, unía empleo y protección social.⁴

Finalmente, la organización ternaria del ciclo vital, con su encaje de los tiempos sociales sucesivos en un recorrido ordenado y previsible, se descompone. Todo lo que constituía sus características propias, jerarquización, cronologización y estandarización de las etapas, así como la inscripción de las trayectorias de vida en una temporalidad larga, se desmorona.

Las transformaciones del ciclo de vida: desinstitucionalización y desestandarización

La mayor parte de los sociólogos que adoptan la perspectiva del ciclo vital se ponen de acuerdo en la actualidad para constatar que el curso de vida ternario de la sociedad industrial sufre profundas transformaciones. Las trayectorias biográficas de los individuos ya no se ciñen al montaje en tres etapas sucesivas jerarquizadas y ordenadas de la vida que las caracterizaba. Estas se han vuelto infinitamente más complejas.

Más allá de este diagnóstico ampliamente compartido, el examen de la literatura sobre esta cuestión revela diferencias en las interpretaciones de los cambios en curso. Ciertos autores, como Beck (2001), hablan de una «desestandarización» creciente del transcurso de las edades, acompañada, según él, por la desestandarización del trabajo y la generalización de la inseguridad profesional. Heinz (2001) ve el surgimiento de un recorrido cada vez más aleatorio e imprevisible cuando se esfuerza en examinar el balance de los análisis comparativos que se apoyan en las reestructuraciones en curso del desarrollo de la vida. Continúa su análisis precisando que este carácter «contingente» del ciclo vital se debe, principalmente, a las secuencias desordenadas de empleo y de paro, que alternan de ahora en adelante a lo largo de la trayectoria profesional. Heinz destaca que los calendarios y la sucesión de las secuencias están calcadas de las políticas de

⁴ De este modo hemos podido mostrar que los dispositivos de salida anticipada del mercado de trabajo, en el plano internacional, habían representado no sólo un avance del calendario de la jubilación sino, al contrario, marcado la desinstitucionalización del ordenamiento del final del recorrido de las edades. La regulación de la salida del mercado de trabajo ya no ha sido ejecutada por la jubilación, sino por programas intermedios extremadamente inestables y fluctuantes, que ofrecen situaciones de infra-derecho cuyas referencias son menos cronológicas que funcionales (Guillemard, 1993).

reestructuración industriales y dependen de las instituciones de protección social presentes en cada país (2001: 9).

Castells (1998: 497 y ss.), en su análisis de la sociedad en redes, llega a conclusiones bastante similares a propósito de las temporalidades sociales y del ciclo de vida. Establece que el espacio de los flujos disuelve el tiempo, destrozando el orden del desarrollo con la simultaneidad de los acontecimientos. La disolución del ciclo vital ternario y la arritmia social caracterizan, según él, a partir de ahora, el transcurso de las edades. Marc Bessin (1993), que se interesa por los reajustes actuales de las etapas sociales y por las consecuencias de estos para la organización del transcurso de la vida, constata también una «desinstitucionalización» de su organización ternaria. Observa que el recorrido de vida ha perdido su carácter lineal y su sucesión irreversible de etapas de edad. Ya no está segmentado funcionalmente en tres fases sucesivas, organizadas en torno a la etapa social dominante del trabajo. En adelante, se observa una aglomeración de las etapas sociales, ampliamente producida por las evoluciones de las esferas profesionales y familiares. El tiempo cronológico de la edad adulta en el trabajo ya no desempeña el papel de tiempo pivote del modelo ternario. En consecuencia, se impone una «policronía», que se acompaña inevitablemente de una desincronización de los calendarios biográficos.

Continuando con las experiencias de las investigaciones sobre el curso vital, pero con el objetivo de aclarar sus términos, proponemos distinguir dos niveles de análisis. Esta distinción se apoya sobre el propio concepto de curso vital. Como institución, representa un modelo de desarrollo de la vida, que comprende los sistemas de reglas y de normas que tienen una función de socialización y de regulación. Ordena el movimiento de los individuos a lo largo de la vida según secuencias de posiciones que confieren estatus y roles. También tiene una función simbólica, ya que establece las temporalidades y los horizontes sobre los que se desarrollan las acciones. Por lo tanto, cuando evocamos una «desinstitucionalización» del ciclo vital, tratamos los cambios que tienen lugar en el marco normativo de las biografías. Del mismo modo, es en este nivel donde se opera en la actualidad un ajuste progresivo de los umbrales de transición y una interferencia de las edades.

En contrapartida, a nivel de las biografías individuales, las transformaciones observadas corresponden a una «desestandarización» de la trayectoria individual. Asistimos entonces a una diversificación de las trayectorias de vida, que se vuelven más individualizadas pero también más inciertas y aleatorias, a medida que se disuelve el marco normativo del transcurso de las edades. El individuo ya no está tan fuertemente inmerso en las secuencias ordenadas de posiciones. Por el contrario, disfruta de un margen de elec-

ción más amplio. Tal como lo formula Beck, los recorridos biográficos se hacen «autorreflexivos» (Beck, 2001: 290). Aquello que era el producto de un formateado social se convierte en objeto de elaboración personal. Todos los análisis coinciden en subrayar este cambio: el aumento de una aspiración a una soberanía individual sobre el tiempo, que conduce a trayectorias biográficas cada vez más negociadas y, por tanto, más diversas.

LA DESINSTITUCIONALIZACIÓN DEL RÉGIMEN TERNARIO DEL CICLO VITAL. ELEMENTOS EMPÍRICOS

Los elementos empíricos presentados en esta parte deben considerarse como simples ilustraciones muy toscas de los cambios en curso en materia de trayectorias de vida y de recomposición de los tiempos sociales. En efecto, comprender las transformaciones en curso del ciclo vital más flexible y desestandarizado requiere necesariamente comparaciones internacionales. Ahora bien, como escribe Jean-Claude Barbier en la misma parte de esta obra, a propósito de los nuevos riesgos laborales:

La bibliografía cuantitativa comparativa está limitada por su recurso a los datos estadísticos existentes, que son insuficientes, numerosos trabajos que se contentan con utilizar los indicadores homogeneizados transversales de la encuesta Eurostat sobre la fuerza de trabajo (Barbier, 2000).

El autor ilustra su propósito mediante el ejemplo de la categoría estadística de los empleos temporales cuya heterogeneidad según el país no permite en absoluto un tratamiento universalista que asimile el aumento de la flexibilidad del empleo con la extensión de las situaciones precarias en el seno de la población. Tanto más, cuanto un análisis de las dinámicas de recorrido de vida, como recuerda Heinz (2001), requeriría una estrategia de investigación más exigente, asociando, para cada país, un análisis cuantitativo longitudinal de paneles con estudios más cualitativos de historias de vida. Sólo esta estrategia permitiría dilucidar las relaciones entre las mutaciones macroestructurales, las evoluciones institucionales de los diferentes regímenes de protección social y las inflexiones de las trayectorias individuales. No obstante, semejante obra de investigación aún no se ha emprendido de manera sistemática. Los principales trabajos recientes acometidos desde la perspectiva del ciclo vital, que se han multiplicado en los últimos años, han sido elaborados a partir de encuestas comparativas transversales que se apoyan en las prácticas y las preferencias en materia de distribución de

los tiempos de trabajo y de no-trabajo en el ciclo vital (Anxo y Boulin, 2006; European Foundation for the Improvement of Living and Working conditions, 2007). Nos apoyaremos en las experiencias de los trabajos existentes para sintetizar algunas de las evoluciones que nos parecen más significativas y pueden ilustrar el paso hacia un curso vital más flexible.

Una fragmentación de los tiempos de trabajo

Los primeros cambios que deben tenerse en cuenta son ciertamente los que tratan sobre el tiempo de trabajo. En este nivel son observables importantes cambios cuantitativos.

Desde un punto de vista cuantitativo, se ha asistido a largo plazo a una bajada secular de la duración efectiva de la vida laboral. Un estudio de la OCDE (1981), sobre el tiempo utilizado en empleo en el transcurso de la vida, muestra que se ha producido una auténtica revolución en la manera en que se reparten el tiempo de trabajo y de inactividad en el ciclo vital. Esta indica que el número medio de años pasados fuera del mercado de trabajo ha aumentado considerablemente desde 1960, mientras que el número de años pasados con empleo se ha reducido claramente. El estudio de la OCDE insiste en la importancia de la caída del número de años pasados en empleo (p. 120). Para una nómina típica de 1960, viviendo en un país de la OCDE, de sesenta y ocho años de vida, cincuenta estaban dedicados a la vida laboral y dieciocho fuera del trabajo, esencialmente para el colegio y para un corto periodo de jubilación. El mismo hombre típico de 1995 vive hasta los 76 años y dedica sólo la mitad de su vida, o sea, treinta y ocho años, al empleo. La segunda parte de su vida la pasa en el sistema educativo, en el paro y, sobre todo, en la jubilación. Los resultados de las proyecciones de este estudio ponen de relieve que, si esas tendencias siguen, hacia el 2020, los hombres pasarían claramente más tiempo fuera del mercado de trabajo que empleados.

Por tanto asistimos a una reducción cuantitativa significativa del tiempo de trabajo. No obstante, parece que los cambios principales acaecidos en materia de tiempo de trabajo son de naturaleza más cualitativa. Los tiempos sociales se han fragmentado y se mezclan en lo sucesivo en cada edad. Las trayectorias de los individuos están salpicadas por idas y venidas incesantes entre formación, trabajo e inactividad, tiempo para ellos mismos y tiempo para la familia. Estos rasgos marcan el fin del régimen homogéneo fordista del tiempo. Obran sobre el aumento de una discordancia

de los tiempos entre tiempos familiares y profesionales, por ejemplo, y sobre una diversificación de los regímenes de temporalidades. Los tiempos de actividad y de inactividad se han redistribuido a lo largo del curso de la existencia y se combinan en lo sucesivo de manera aleatoria y diversificada según los individuos. Ellos mismos se descomponen en una multiplicidad de estados distintos inestables. Como consecuencia, los modelos emergentes de trayectorias son difíciles de descifrar. Se suceden las entradas y salidas de actividad, se entrecortan con periodos transitorios de paro, que puede convertirse en crónico; con periodos de empleo a tiempo parcial o de duración determinada; con situaciones de empleo compartido entre diversos empleadores u ordenantes, con estados diversos de inactividad, indemnizados o no.

Se observa una diversificación mayor de los tiempos y de los horarios de trabajo entre países, así como una diferenciación creciente de la duración del tiempo de trabajo en el seno de cada uno de ellos. Esta fragmentación del tiempo de trabajo debe comprenderse en función de la disolución del modelo industrial de producción, y del régimen de temporalidad al que este dio lugar. Se asiste al desmoronamiento de su forma de trabajo, fundada sobre una relación salarial de subordinación estable y duradera, un empleo a tiempo completo, tareas concretas que se deben realizar y un plan de carrera de vida. Se cuestiona el propio principio de una temporalidad normal y de un tiempo homogéneo. Esta desaparición de la norma homogénea es observable en múltiples ocasiones. La diversificación extrema de los horarios y de las modalidades de trabajo lo constata. El número de asalariados que tienen los mismos horarios todos los días y el mismo número de días trabajados en la semana desciende rápidamente. En el Reino Unido, donde no existe regulación legal del tiempo de trabajo, sólo el 10% de los empleados hacen cuarenta horas a la semana. Las nuevas formas de organización del trabajo tienden también hacia horarios y ritmos de trabajo flexibles, ya sea el «justo a tiempo», la desjerarquización, el desarrollo de la horizontalidad con las unidades autónomas, o la organización en red. Del mismo modo, se reorganizan nuevas formas de empleo atípicas: contrato de duración determinada, trabajo temporal, trabajo independiente, pluriempleo, tiempo parcial. Entre los diferentes indicadores que pueden utilizarse para atestiguar esta evolución cualitativa del tiempo de trabajo, citamos el empleo a tiempo parcial. Si a finales de los años setenta el empleo a tiempo parcial era casi inexistente en Europa, excepto en Dinamarca, en Suecia o en el Reino Unido, la tabla número 1 pone de relieve que la proporción de trabajadores a tiempo parcial en el em-

pleo total ha progresado notablemente en los últimos diez años en Europa, con excepción de los países del sur, de los que se sabe que han practicado más ampliamente otro modo de flexibilización del trabajo centrado en el empleo atípico en contrato de duración determinada y que afecta principalmente a los jóvenes. Este ejemplo muestra que las disciplinas colectivas del tiempo de trabajo y sus normas homogéneas se debilitan. Se sabe que la nueva flexibilidad del tiempo de trabajo puede ser elegida o impuesta y que la individualización y la heterogeneización de los tiempos de trabajo no corresponden necesariamente al surgimiento de una nueva soberanía de los individuos sobre la organización de su tiempo.

Los estudios han mostrado que la flexibilidad del trabajo no tiene un impacto homogéneo según los países sobre la calidad del tiempo de trabajo. Se sabe, por ejemplo, que en Francia la flexibilización y la reducción cuantitativa del tiempo de trabajo han correspondido a una fuerte intensificación del trabajo y, por tanto, a una degradación de la calidad del trabajo. Particularmente, para los tramos de edades intermedias que representan las generaciones sobre las que reposa en la actualidad lo esencial del esfuerzo productivo del país.

Interferencia de las edades

Más allá de la fragmentación del tiempo de trabajo, asistimos igualmente a una aglomeración de los distintos tiempos sociales en todo el transcurso de las edades. La concordancia de los tiempos y la sucesión ordenada de las edades, que prevalecían en la sociedad industrial, se destrazan. La oposición binaria entre trabajo y no-trabajo ya no funciona y estos dos tiempos sociales se han desolidarizado.

El tiempo de trabajo estaba en el centro de la vida de los individuos. Los otros tiempos sociales se le añadían. El tiempo de formación era un tiempo para prepararse para el trabajo. La jubilación constituía una recompensa por una larga vida de trabajo. Adoptaba la forma de un derecho al descanso acumulado al final de la vida, que representaba algunos años de felicidad modesta antes del final fatal. De este modo, los tres tiempos sociales se sucedían de manera lineal, ordenada y previsible, delimitando las tres etapas de la existencia.

En la actualidad, asistimos a la flexibilización y a la individualización de los cursos vitales, de la misma manera que se ha observado una nueva flexibilidad e individualización del trabajo. En lo sucesivo, trabajo y tiempo

libre se mezclan estrechamente en cada edad. El tiempo libre viene a alojarse en el tiempo de trabajo y no sólo en los dos extremos del ciclo de vida. El éxito, en todas partes de Europa, de los permisos paternos de educación, el desarrollo de los años sabáticos y de los tiempos de formación durante el empleo, la multiplicación de las fórmulas de crédito para formación o de «cuentas ahorro tiempo» atestiguan esta nueva complejidad de los tiempos sociales.

El aumento de esta discordancia de los tiempos, unida a la desespecialización de las edades, puede entenderse a partir de indicadores. De este modo, el índice de inactividad aumenta en todas las edades. Los tiempos que no son ni trabajo ni paro aumentan, no sólo en los extremos del ciclo de vida, con la concentración del trabajo en las edades intermedias, sino que también progresan para estas últimas. En Europa, los hombres de entre 35 y 44 años han visto su índice de inactividad aumentar significativamente desde 1970 en la mayoría de los países (tabla número 2). Ello significa que la formación durante el empleo a esta edad es más frecuente o bien que más personas han dejado de buscar un trabajo, o bien abandonado provisionalmente el mercado laboral.

Del mismo modo la formación no se limita únicamente a las edades más jóvenes. En 1994 había, en el Reino Unido, un 25% de los estudiantes recién matriculados en la enseñanza superior con edades de 30 años o más. La parte de esta clase de edad entre los estudiantes de primer año es elevada también en Dinamarca y Suecia (18%). De ahora en adelante, la vida activa es interrumpida cada vez con más frecuencia por periodos de reciclaje y de formación. La tabla número 3 pone de relieve que el fenómeno de la educación a lo largo de la vida ya está implantado en cierto número de países, como Dinamarca, Suecia, Finlandia, el Reino Unido y los Países Bajos. Incluso en las edades activas, cerca del 30% están en periodo de formación entre los 25 y 34 años, y de un 15 a un 20% entre los 35 y los 59 años en estos diferentes países.

La formación continua durante la vida activa se desarrolla igualmente en todas las edades (tabla número 4). De hecho, los menores de 35 años se benefician de media siempre de un mejor acceso a la formación durante el empleo que los otros grupos de edad (50% para los de 25 a 34 años frente a un 30% para los de 55 a 64 años en la UE de los 25).

Sin embargo, el diferencial según la edad de participación en las acciones formativas durante el trabajo se ha atenuado considerablemente en un gran número de países miembros y el índice de participación en los aprendizajes de los grupos de edad intermedios, de 35 a 44 años y de 45 a 54 años, se convirtió en casi tan importante como el de 25 a 34 años.

También es así para todos los países nórdicos, para Austria y Luxemburgo, para los que los índices de participación están entre el 80 y el 90% en estos tramos de edad (tabla número 4). En determinados países, las diferencias de acceso a la formación permanecen muy marcadas según la edad. Es el caso de Francia, donde las personas pertenecientes al grupo de 25 a 34 años se benefician en un 61% de formación, mientras que el grupo de 55 a 64 sólo accede en un 32% y los de 45 a 54, en un 51%. Hay que apuntar que esta cifra incluye la educación no formal, de la que se sabe que es particularmente practicada por los inactivos.⁵

Las etapas de edad ya no están marcadas por la «monocronía» y la compartimentación de las actividades. La «policronía» se convierte en la regla para todos los tiempos de la vida. Ni siquiera la jubilación se queda al margen de esta desespecialización de las edades. En apariencia, ha permanecido condenada, más que nunca, al tiempo de la inactividad indemnizada. Sin embargo, los trabajos que hemos dirigido sobre las prácticas de los recién jubilados y prejubilados han puesto de relieve el surgimiento de nuevos comportamientos de jubilación, que están lejos de reducirse a la jubilación-tiempo libre, práctica dominante desde hace mucho. Después del trabajo mercantil, muchos han invertido en el trabajo libre y el voluntariado. Es por ello que nosotros hemos descrito este nuevo modelo de jubilación como una «jubilación solidaria» muy diferente de la jubilación de tiempo libre, porque rechaza ser «monócrona». Esta jubilación no sólo mezcla los tiempos sociales, por lo que nosotros hemos observado entre los activos, sino que también rechaza cualquier segregación para cada edad en un tiempo y una función única. Los jubilados solidarios reivindican la «policronía» y las inversiones múltiples en el trabajo de voluntariado, el tiempo libre, la familia, la ciudad.

La nueva aglomeración de los tiempos sociales, observable a lo largo del curso vital, desmorona la sincronización de los tiempos sociales que prevalecía en la organización ternaria del mismo. Se asiste a una discordancia de los tiempos. De este modo, al principio de la vida, el acceso al mercado laboral, a una vivienda independiente y a la formación de una familia se producen según los calendarios autónomos y cada vez más desincronizados. Determinados autores han interpretado estos desajustes en términos de nueva edad de la vida que se intercalaría entre la adolescencia y la edad adulta (Galland, 1990). Se trataría de un periodo moratorio, de un retraso de la entrada en la vida adulta bajo todas sus di-

⁵ Con una tasa de empleo del 37% en Francia para el tramo de edad de 55 a 64 años, la gran mayoría de esta población está inactiva.

mensiones. Según un razonamiento similar, en el otro extremo del ciclo de vida, Gaullier (1999) habla de una nueva edad de la vida que se interpone entre la plena carrera profesional y la vejez. Estas interpretaciones constituyen únicamente la hipótesis de un simple alargamiento de las transiciones y conservan el principio de una sucesión ordenada de las edades de la vida, en la que la edad adulta permanecería como edad pivote que da un estado duradero y estable. Ahora bien, precisamente, más que a una multiplicación de las edades, asistimos a su interferencia. La nueva flexibilidad temporal ha engendrado una desinstitucionalización del curso estándar de la vida. Se combinan al mismo tiempo las secuencias de empleo, de educación y de vida familiar. Las fronteras entre los tiempos sociales se han vuelto porosas. Asistimos correlativamente a una marcha atrás de la cronologización del recorrido de las edades. La pertinencia de los umbrales de edad se vuelve a activar y con ella se ha minado la ubicación normativa de las trayectorias biográficas.

Disolución de los umbrales de edad

Un segundo punto de observación pertinente de los cambios actuales a nivel de curso vital es el que tiene que ver con las transiciones de una edad a otra. De este modo, en el momento de entrada en el mundo de trabajo, con el aumento de las dificultades de inserción de los jóvenes, se observa una prolongación de los estudios y nuevas alternancias entre empleo, formación y paro. La desincronización de los umbrales familiares y profesionales de entrada en la vida, como la reversibilidad creciente de este paso, atestiguan el movimiento de desinstitucionalización de la transición hacia la edad adulta. Del mismo modo, como hemos observado (Guillemard y Van Gunsteren, 1991), la salida definitiva al mercado de trabajo puede dar lugar igualmente, junto con la debilitación de los fines de carrera, a alternancias sin orden entre paro, formación y pequeños trabajos antes de acceder a la jubilación. Estas formas de desorden en las transiciones de una edad a otra atestiguan una disolución de los umbrales de la edad.

La interferencia de las edades transforma la secuencia ordenada y jerarquizada de etapas de la vida especializadas en un solo tiempo social. Como consecuencia, pone en entredicho tanto el principio de transiciones entre los diferentes tramos de edad, como el papel de los umbrales de edad cronológica que constituían las referencias temporales que marcaban el momento del paso de un estado estable a otro. Como indicaba Louis

Roussel en su análisis de la nueva familia «incierta» a propósito de la transformación de las biografías tradicionales:

Los umbrales tenían una doble función: en el presente, hacían una situación incompatible con las otras; con el tiempo, marcaban los puntos de irreversibilidad. El umbral de edad introducía, pues, a quien lo cruzaba en una situación nueva, distinta y de alguna manera definitiva; es a la disolución progresiva de esos umbrales a lo que asistimos en la actualidad (Louis Roussel, 1989: 224).

De ese modo, la disolución de los umbrales va a la par con la reversibilidad de las transiciones y de los itinerarios. Las existencias ya no son marcadas por etapas ordenadas bien distintas, transiciones por tramos entre dos estados definidos. Las biografías se hacen más contingentes. Se observan, sobre todo, pasajes parciales y reversibles hacia estados inciertos. No es raro en la actualidad ver fundar de nuevo una familia a los 40 o los 50 años, vivir la experiencia de una paternidad tardía, embarcarse a los 40 en una formación nueva o verse en paro prolongado a esa edad, volver a vivir con los padres a los 35 con motivo de un periodo de paro... El desvanecimiento observable de los ritos de paso de una edad a otra, como la comunión, el servicio militar, el matrimonio, las ceremonias de jubilación, constituye otro indicador de la disolución de los umbrales de la edad. Atestigua un debilitamiento de la regulación colectiva del ciclo vital.

Como consecuencia, en el plano individual, la interferencia de las edades y la disolución de los umbrales generan trayectorias biográficas complejas e inciertas para cada individuo y muy diferenciadas de un individuo a otro. Esta situación se da sobre una doble crisis para los individuos.

En primer lugar, se produce una crisis de la normatividad. El marco normativo del transcurso de las edades pierde su pertinencia. Se observa una desinstitucionalización del ciclo vital. Las regulaciones de los sistemas de protección social continúan operando según principios de linealidad de las trayectorias y de compartimentación de las edades. Estas se apoyan siempre en categorías uniformes y universales como la edad, mientras que los itinerarios de vida se desestandarizan. Estos desfases entre normas antiguas y realidades nuevas son generadores de incertidumbres, pero también de fallos en la cobertura de los riesgos sociales, como en la equidad de los mecanismos de redistribución.

En segundo lugar, se observa una crisis de las anticipaciones. Lejos de ofrecer a cada uno una imagen clara de las nuevas trayectorias de vida, los agentes perciben el carácter socialmente inseguro de su porvenir. Los individuos se enfrentan a incertidumbres en sus trayectorias, es decir, a una in-

capacidad para anticipar su porvenir y, por tanto, a actuar estratégicamente frente a configuraciones que no pueden prever. Esta crisis de las anticipaciones coincide con una crisis del Estado-providencia «fordista», en la medida en que las incertidumbres crecientes destrozan el modelo de la seguridad, que exige, al menos parcialmente, un porvenir probable.

RECONFIGURAR LA PROTECCIÓN SOCIAL EN UNA NUEVA TEMPORALIDAD FLEXIBLE

Las nociones de protección social y de seguridad deben reconfigurarse en el nuevo régimen de temporalidad que se instaura y que se caracteriza por una discordancia de las etapas de la vida y la emergencia de un ciclo vital flexible. La arquitectura relativamente rígida de los Estados-providencia ya no es apta para ajustarse a los nuevos perfiles de riesgos según las edades que sobrevienen a partir de trayectorias más a menudo desestandarizadas e inciertas. ¿Cómo adaptar los sistemas de protección social a la nueva flexibilidad de las trayectorias? La llegada de la sociedad del conocimiento, con sus nuevas formas de trabajo y su flexibilidad temporal, no se ha correspondido con una evolución similar de los sistemas de protección social. El edificio actual de la protección social, con sus riesgos catalogados y sus derechos sociales correspondientes, está estrechamente construido sobre una organización estándar ternaria del ciclo vital. Como consecuencia, no está en disposición de cubrir los nuevos perfiles de riesgo que surgen. Asistimos, pues, a una disyunción creciente entre los instrumentos rígidos de protección social y las nuevas necesidades de seguridad, asociadas a cursos vitales más flexibles, que exigen protección contra la obsolescencia rápida de los saberes y de las competencias, movilidades y reconversiones múltiples en la etapa de vida activa y cobertura de periodos de inactividad que, como se ha visto, conciernen a todas las edades y ya no se acumulan únicamente al final de la vida activa en forma de jubilación.

Se sabe que el modelo de la relación salarial industrial estaba fundado en la subordinación del asalariado a cambio de una seguridad del empleo y una protección extensiva contra los riesgos. De este modo, existía un maridaje entre un estado de empleo dependiente y los sistemas de protección social extendidos implantados en su forma más completa después de la Segunda Guerra Mundial. Este modelo correspondía bien a las necesidades de la gran empresa industrial y de sus asalariados. Sin embargo, en la actualidad, un gran número de situaciones de trabajo no responden ya a estos criterios. El maridaje de protección frente a subordina-

ción ya no es acorde con las necesidades actuales de las empresas y sus nuevas modalidades de gestión de los recursos humanos. Estas últimas valoran a partir de ahora la autonomía y la responsabilidad de sus empleados (Menger, 2002). Dirigen a los hombres por objetivos y proyectos y están menos interesadas en su dependencia y su fidelidad (Boltanski y Chiapello, 1999). Están dispuestas a concederles más libertad, pero a cambio de su responsabilidad y de garantizar menos su seguridad.

Es necesario, entonces, que a partir de ahora se piense en la seguridad del trabajador, como demostró Alain Supiot (1999), «más allá del empleo». El problema ya no es solamente prevenir a este último contra los riesgos previsibles de la existencia, sino garantizarle los medios concretos para asumir su libertad y sus nuevas responsabilidades. Desde esta perspectiva, el objetivo central ya no es tanto garantizar la indemnización de los riesgos estándar una vez que estos ocurren y proteger en el empleo, mediante una socialización de las responsabilidades, como lo era para el Estado social de la era industrial. Hay que garantizar, pues, una protección de las trayectorias, en lo sucesivo individualizadas e inciertas, confiriéndoles una continuidad y proporcionando los apoyos necesarios a las múltiples movilidades y transiciones que cubren de ahora en adelante el curso de la vida profesional. Se trata, pues, de inventar una nueva seguridad unida al individuo, que ahora es móvil, y ya no a su empleo.

Es en este nuevo horizonte donde se inscriben las diferentes proposiciones de reconfiguración de la protección social esbozadas estos últimos años, que se enuncian en términos de «inversión social» (Esping-Andersen, 1996), de «derechos de giro sociales» (Supiot, 1999), de «una protección social a base de dotación en patrimonio» (Asset-based welfare), o de «mercados de trabajo transicionales» (Gazier, 2003). Todas ellas proponen una refundición de los paradigmas en la base de la protección social de la era industrial, para definir «una gestión óptima de las incertidumbres» (Ewald, 1992, p. 21). Las soluciones esbozadas dan la espalda decididamente a los ajustes coyunturales y reformas parciales de la protección social para reconsiderar su propia arquitectura (Esping-Andersen, 2002).

A partir de ahí, la indemnización del riesgo ya no constituye más que una función entre otras, asumida por la protección social, que también debe apoyar y promover la autonomía de los individuos, asegurándoles la continuidad a pesar de la multiplicación de estados cambiantes alternos de actividad y de inactividad. De este modo, el mantenimiento de la capacidad profesional de las personas, de su empleabilidad, ocupa un lugar central y debe dar lugar a nuevas garantías. Es todo el sentido del concepto de «inversión social» desarrollado por Gosta Esping-Andersen. Este autor considera que el ob-

jetivo de igualdad de oportunidades debe, en lo sucesivo, traducirse prioritariamente no por la necesidad de dispositivos de mantenimiento y de redistribución de ingresos, sino mediante nuevos medios. Estos últimos estarían destinados a garantizar el desarrollo del capital humano y los derechos de acceso a la educación y a la cualificación a lo largo de la vida. Estas garantías podrían reforzarse, hasta cierto punto, para los más deficitarios.

No obstante, la formulación en términos de «inversión social» sigue siendo imprecisa. No dice nada sobre las nuevas maneras de recombinar y coordinar los principales pilares de la protección social que son el Estado, el mercado, la empresa, el individuo y la familia. Ahora bien, parece que los proyectos de reconfiguración de la protección social se orientan hacia vías diferentes, según si toman como punto de partida el modelo liberal de protección social o aquellos más socializados de los tipos de protección social-demócrata o continental. De la misma manera que Jean-Claude Barbier⁶ observa dos formas distintas de activación de la protección social en Europa, la tendencia liberal y la de tipo socialdemócrata, pueden definirse al menos dos vías diferentes de reconfiguración de la protección social, según los pesos respectivos conferidos a sus diversos pilares. Por un lado, las fórmulas de «Asset-based welfare» ponen el acento en el individuo y en su recualificación en el mercado, para asegurar su trayectoria. Por otro lado, las fórmulas de derechos de giro o transferencias sociales o de mercados de trabajo transicionales privilegian las regulaciones colectivas y las coordinaciones entre los diferentes actores, entre ellos el Estado. Estas los colocan en el centro del dispositivo de protección de las trayectorias.

En el caso del Estado social patrimonial (*Asset-based welfare*), el individuo se ve dotado de activos diversos, gracias a dispositivos públicos que garantizan su cofinanciación, pero él es el único responsable del uso que hace y de los beneficios que obtiene. El peligro es entonces dejar al individuo solo en sus elecciones y sus planes de vida. Este riesgo fue estigmatizado por Osterman (1999) en los términos metafóricos de «pay your own parachute strategy». Por el contrario, en la lógica de los mercados transicionales o de los derechos de giro o transferencias sociales, existe no sólo institucionalización de una cofinanciación para la constitución de una cuenta individualizada, sino también una corresponsabilidad de los diferentes actores en su utilización. No obstante, en el segundo caso, la coordinación de todos los actores en una especie de metaorganización que engloba actores del empleo y de la protección social puede revelarse como extremadamente compleja a la hora de ponerse en práctica, aunque

6 GUILLEMARD, A. M. (Dir.) (2008): *Où va la protection sociale?*, PUF, París,

cualquier déficit de coordinación produce fallos en el dispositivo de seguridad activa que quieren promover estos modelos. Se constata que la reconfiguración de la protección social está aún en estado de experimentación y provoca problemas cuyas soluciones no son más que esbozos.

CONCLUSIÓN

En este capítulo hemos intentado esbozar a grandes rasgos las virtudes heurísticas de un enfoque global tridimensional, que integra el estado de empleo, protección social y organización social del ciclo vital. Este enfoque ha permitido aprehender los nuevos paradigmas que podrían fundar las reconfiguraciones de la protección social en la era postindustrial. El concepto dinámico de recorrido o de trayectorias se hace fundamental para pensar en la seguridad de los trabajadores más móviles, inscritos en una temporalidad flexible. Ello supone revisar el lugar preponderante del criterio de la edad en la construcción de las políticas sociales. Como hemos visto, estas últimas se han desarrollado según una lógica principal de segmentación por edades. Francia es, por otra parte, uno de los países donde la gestión por edades en el empleo se ha llevado más lejos. Se puede tomar el ejemplo del desarrollo de las políticas de inserción y de empleo destinadas a los jóvenes,⁷ de las salidas anticipadas de los trabajadores de mayor edad y más recientemente del «GDD senior».

El porvenir de la protección social reposa en lo sucesivo sobre lo que hoy se designa cada vez más como las «políticas del ciclo vital». El Estado social deberá reconstruirse en torno a políticas más preventivas que curativas y que van dirigidas al conjunto de las edades. Estas mantendrán las capacidades de los individuos (salud, empleabilidad, competencias) a lo largo del transcurso de las edades y protegerán las múltiples transiciones que cubren el curso vital. Esta nueva concepción está en el núcleo de los modelos de reconfiguración de la protección social que hemos mencionado anteriormente. En lo sucesivo, las políticas del ciclo vital, neutras con respecto a las edades, constituyen instrumentos principales para modernizar y ajustar la arquitectura del «viejo» Estado social industrial.⁸

7 Léa Lima, en su capítulo titulado «Le temps de la prime-insertion professionnelle: un nouvel âge de la vie», en A. M. GUILLEMARD (dir.) (2008): *Où va la protection sociale?*, PUF, París, subraya también, a propósito de la inserción profesional de los jóvenes, que la segmentación por edades de los dispositivos está fuertemente marcada en Francia, a diferencia de lo que ha observado en caso de Québec, donde los umbrales de edad en materia de empleo son más bien raros y discutibles por su carácter inevitablemente discriminatorio.

8 La actualidad de esta reflexión puede ilustrarse con la reciente celebración de un seminario de la OCDE que reunió a expertos sobre el tema «Riesgos de la existencia, ciclo de vida y políticas sociales» (París, 31 de mayo – 1 de junio de 2007).

BIBLIOGRAFÍA

- ANXO, D. y J. Y. BOULIN (2006): «The resilience of time of the life course: European trends», *European Societies*, vol. 8, n.º 2, pp. 319-341.
- BARBIER, J.C. (1990): «Comment comparer les politiques familiales en Europe: quelques problèmes de méthode», *Revue internationale de Sécurité sociale*, XLIII, 3, pp. 342-356.
- (1996): «Comparer *workfare* et insertion?», *Revue française des affaires sociales*, n.º 4, octobre-diciembre, pp. 7-27.
- (2000): «À propos des difficultés de traduction des catégories d'analyse des marchés du travail et de politiques de l'emploi en contexte comparatif européen», *Documents de travail*, n.º 3, CEE, Noisy-le-Grand.
- BECK, U. (2001): *La société du risque. Sur la voie d'une autre modernité*, Aubier.
- BESSIN, M. (1993): «Les seuils d'âge à l'épreuve de la flexibilité temporelle», en VILQUIN, E. (dir.) (1993): *Le temps et la démographie*, Chaire Quételet, Louvain-la-Neuve, Academia, 1994, pp. 219-230.
- BEST (1981): *Flexible Life Scheduling: Breaking the Education Work, Retirement Lockstep*, Praeger Special Studies, Nueva York.
- BOLTANSKI, L. y CHIAPELLO, E. (1999): *Le nouvel esprit du capitalisme*, «NRF/Essais», París, Gallimard.
- CASTEL, R. (1995): *Les métamorphoses de la question sociale. Une chronique du salariat*, Fayard, París.
- CASTELS M. (1998): *La société en réseaux. L'ère de l'information*, Fayard, París.
- ESPING-ANDERSEN, G. (1996): «Positive-sum solutions in a work of trade-offs» en ESPING-ANDERSEN, G. (ed.): *Welfare States in Transition*, Sage, Londres, pp. 256-267.
- (ed.) (2002): *Why We Need Welfare State?*, Oxford University Press, Oxford.
- EUROPEAN FOUNDATION FOR THE IMPROVEMENT OF LIVING AND WORKING CONDITIONS (2007): *First European Quality of Life Survey. Time use and work-life options over the life course*, Luxemburgo.
- EWALD, F. (1992): «Responsabilité, solidarité, sécurité. La crise de la responsabilité en France à la fin du XX siècle», *Risques*, 10, abril, junio, pp. 9-24.
- GALLAND, O. (1990): «Un nouvel âge de la vie», *Revue française de sociologie*, 31, 4, pp. 529-551.
- GAULLIER, X. (1999): *Les temps de la vie. Emploi et retraite*, Esprit, París.
- GAZIER, B. (2003): *Tous «sublimes». Vers un nouveau plein-emploi*, Flammarion, París.
- GUILLEMARD, A. M. (1986): *Le déclin du social. Formation et crise des politiques de la vieillesse*, PUF, París.

- (1993) : «Emploi, protection sociale et cycle de vie : résultats d'une comparaison internationale des dispositifs de sortie anticipé d'activité», *Sociologie du travail*, 3, pp. 257-284.
- (2003) : *L'âge de l'emploi. Les sociétés à l'épreuve du vieillissement*, «U Sociologie», Armand Colin, Paris.
- GUILLEMARD, A. M. y H. VAN GUNSTEREN (1991): «Pathways and their prospects: A comparative interpretation of the meaning of early exit», en KHOLI, M., REIN M., GUILLEMARD, A. M. (eds.): *Time for Retirement: Comparative Studies of Early Exit from the Labor Force*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 362-388.
- HEINZ, W. R. (2001): «Work and the life Course: A cosmopolitan-local perspective», en MARSHALL, V. y otros (eds.): *Restructuring Work and the Life Course*, University of Toronto Press, Toronto, pp. 3-22.
- KOHLI, M. (1987): «Retirement and the moral economy: An historical interpretation of the German case», *Journal of Aging Studies*, 1 (2), pp. 125-144.
- LIMA, L. (2006): «Le temps de l'insertion dans les politiques sociales en France et au Québec», en BIDART, C. (dir.): *Devenir adulte aujourd'hui. Perspectives internationales*, L'Harmattan, Paris, pp. 55-70.
- MAYER, K. U. y U. SCHOEFLIN, (1989): «The state an the life course», *Annual Review of Sociology*, 15, pp. 187-209.
- MENGER, P. M. (2002): *Portrait de l'artiste en travailleur. Métamorphoses du capitalisme*, «La République des idées», Le seuil, Paris.
- OCDE (1981): *The Welfare State in Crisis*, Paris.
- OSTERMAN, P. (1999): *Securing Prosperity. The American Labor Market: How it Has Changed and What to do about it*, Princeton University Press.
- PERCHERON, A. (1991): «Police et gestion des âges», en PERCHERON, A., REMOND, R.: *Âge et politique*, Economica, Paris, pp. 111-139.
- RILEY, M. y otros (1972): *Aging and society: A Sociology of Age Stratification*, Russel Sage Foundation, Nueva York.
- ROUSSEL, L. (1989): *La famille incertain*, Odile Jacob, Paris.
- SMELSER, N. y S. HALPERN, (1978): «The historical triangulation of family, economy and education», *American Journal of Sociology*, 84 (especial), pp. 288-315.
- SUE, R. (1995): *Temps et ordre social*, «Le Sociologue», PUF, Paris.
- SUPIOT, S. (1999): *Au-delà de l'emploi. Transformations du travail et devenir du droit du travail en Europe*, Informe para la Comisión Europea (dir.), Flammarion, Paris.

Tabla 1
Trabajadores a tiempo parcial en porcentaje con respecto al empleo total

País	1995	2000	2005
UE-15	15,8	17,7	20,3
Bélgica	14,0	18,9	22,0
Dinamarca	21,8	21,3	22,1
Alemania	16,3	19,4	24,0
Irlanda	11,6	16,4	
Grecia	4,8	4,5	5,0
España	7,5	7,9	12,4
Francia	15,8	16,7	17,2
Italia	6,3	8,4	12,8
Luxemburgo	8,5	10,4	17,4
Países Bajos	37,4	41,5	46,1
Austria	13,6	16,3	21,1
Finlandia	11,6	12,3	13,7
Suecia	20,5	19,5	24,7
Reino Unido	24,1	25,2	25,4

Fuente: Eurostat EFT, 2006.

Tabla 2
Evolución de la tasa de inactividad⁹
de los hombres según grupos de edad, 1970-2005

Hombres 15-24 años

País	1970	1975	1980	1985	1990	1995	2000	2005
Alemania	24,5	34,1	38,2	39,3	37,5	45,4	46,3	47,5
Bélgica			54,0	56,8	63	64	61,3	62,4
Dinamarca			31,7	21,2	23,5	23	24,8	30
España	26,4	28,1	29,8	34,9	38,3	47,5	53,5	47,7
Finlandia	35,9	42,6	42,9	45	41,9	57	34,2	49,1
Francia	39,7	44,4	48	51,9	60,4	67,2	61,4	57,5
Italia	47,9	55,2	50,6	52,7	53,9	54	57,8	61,3
Países Bajos	34,7	45,3	50,6	49,5	38,2	34,5	26,6	28,8
Portugal		21,2	21,6	27,2	33,5	50,7	50,4	53,1
Reino Unido				17,2	16,5	25,6	33,1	35,3
Suecia	33	27,6	27,7	33,2	30,7	47,3	58,9	50,9
UE-15						62	49,2	48,8

⁹ La tasa de inactividad es lo contrario a la tasa de actividad. Recoge la población inactiva (ni activa, ni en paro) según grupos de edad.

Hombres 25-34 años

País	1970	1975	1980	1985	1990	1995	2000	2005
Alemania				8,2	9,2	0,7	8,5	9,4
Belgica				3,8	4,7	6	4,4	6,2
Dinamarca				5,5	5,9	6,5	7,6	9,5
España					5,6	7,5	7,2	7,8
Finlandia						9,6	7,5	8,9
Francia				3,2	3,7	4,2	5,1	6,5
Italia				5,4	6,2	11,6	12,9	12,9
Países Bajos				6	4,7	7	4,3	5,6
Portugal					4,7	6,7	7,4	7,3
Reino Unido				3,6	3,6	5,8	6,2	7,7
Suecia						10,4	14,3	8,4
UE-15						7,8	7,9	8,5

Hombres 35-44 años

País	1970	1975	1980	1985	1990	1995	2000	2005
Alemania	1,1	2,2	2,1	2,7	3	3,7	4,1	3,8
Bélgica			3,5	3,6	5,2	5,7	5,7	5,8
Dinamarca			4,4	5,1	4,1	7,7	7	6,7
España	2,4	2,1	3,2	3,8	3,8	4,9	4,5	5,7
Finlandia	4,5	5,2	5,2	4,1	5,3	7,2	7,4	7,4
Francia	2,2	2,1	2,1	2,4	3	3,6	4,1	5
Italia						4	4,1	5,1
Países Bajos	3,1	4	4,8	6	4,7	5,2	4,8	5,2
Portugal		3,8	3,9	4	3,5	4,1	6,2	5,7
Reino Unido				3,4	4,3	6,2	6,6	8,1
Suecia	3,6	3,3	3,3	3,3	3,8	6,8	9,9	5,6
UE-15						4,6	4,9	5,4

Hombres 45-54 años

País	1970	1975	1980	1985	1990	1995	2000	2005
Alemania	4	5,3	5,7	5	5,3	7	7,5	7
Bélgica			9,7	11,3	15,7	12,7	14,2	11,7
Dinamarca			8,1	9,7	6,6	10,2	10,8	9,1
España	4,1	4,6	7,2	8,9	8,3	4,9	9,1	9,9
Finlandia	9,4	12,8	12,9	11,4	11	12,6	11,5	12,4
Francia	4,8	5,1	5,3	6,5	6,9	6,6	7,8	8,2
Italia						13,8	12	9,2
Países Bajos	6,2	9	11,4	14,2	11,7	10,3	9,6	7,9
Portugal		3,8	9,3	10,4	9,7	9,2	9,4	9,9
Reino Unido				7,1	8	10,2	11,9	11,1
Suecia	5,2	5,9	5,3	5,1	5,5	7,5	10	9,1
UE-15						9,6	9,7	8,9

Hombres 55-64 años

País	1970	1975	1980	1985	1990	1995	2000	2005
Alemania	19,8	30,2	32,7	41,2	41,7	45,5	47,5	38,8
Bélgica			49,4	54,9	64,6	64,1	63,7	56,6
Dinamarca			32,8	34,2	30,8	32,1	35,5	31,3
España	15,8	20,2	23,9	32,8	37,6	45,1	39,7	36,8
Finlandia	25,1	34,4	43,1	48,3	52,9	55,4	54,6	43,6
Francia	24,6	31	31,4	49,9	54,2	58,5	64,5	56,9
Italia					48,3	54,8	57,8	55,7
Países Bajos	19,4	27,8	36,8	53	54,3	57,7	59,2	40,5
Portugal		21,8	25,4	33,7	33,5	39,3	35,5	37,6
Reino Unido				31	31,9	37,6	36,7	31,7
Suecia	14,6	18	21,3	24,1	24,7	29,3	27,9	23,8
UE-15						48,9	48,6	43,2

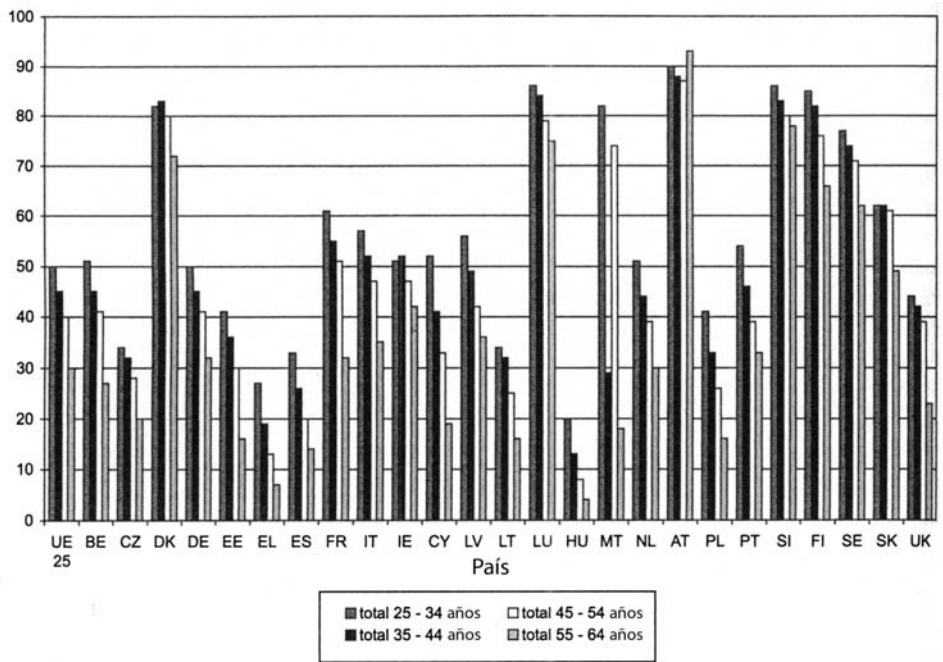
Fuente: OCDE, 2006; excepto UE (Eurostat).

Tabla 3
Población de 15 a 59 años en educación en 2002 según la edad

	15-24 años			25-34 años			35-59 años		
	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres
Bélgica	66,7	65	68,4	10,1	9,6	10,6	5,8	6,2	5,4
Dinamarca	72	71,1	73	29,4	27,2	31,5	16	13,8	18,3
Alemania	69,5	69,4	96,6	14,2	16,2	12,1	3,9	3,6	4,2
Grecia	60,2	59,4	61	3,8	3,9	3,7	0,3	0,3	0,3
España	60,7	56,4	65,1	11,1	10,4	11,8	2,5	2,1	2,8
Francia	67,2	65	69,5	6,2	5,8	6,6	1,6	1,3	1,9
Italia	59,6	57,2	62,2	11,3	10,8	11,9	2,3	2,2	2,3
Luxemburgo	69,3	69,7	68,9	11,9	12,3	11,5	6,7	8,4	5
Países Bajos	71,7	72,9	70,5	24,7	26,9	22,5	14,6	14,5	14,7
Austria	60,3	59,7	69,9	14	14,4	13,6	5,8	5,8	5,8
Portugal	51,9	47,7	56,1	7,7	6,8	8,7	1,1	0,5	1,5
Finlandia	71,4	69,2	73,6	29,8	28	31,8	17,1	14	20,2
Suecia	64,6	62,9	66,4	24,7	23,7	25,6	17	13,3	20,8
Reino unido	61,6	61	62,3	27,2	24,7	29,8	21,2	17,4	25
UE-15	64,1	62,4	65,8	14,6	14,4	14,9	7	6,1	7,9

Fuente: Eurostat, EFT, resultados 2002

Tabla 4
Tasa de participación en todos los tipos de aprendizaje,* por edad



* Formal, no formal, informal.

Fuente: Eurostat, EFT, módulo *ad hoc*, 2003, sobre el aprendizaje a lo largo de toda la vida. Población (muestra) objeto de estudio de 25 a 64 años.

El retiro temporal a lo largo del curso vital: contexto, regulación y consecuencias

Temporary retirement in the course of life: context, regulation and consequences

ALFREDO ALFAGEME¹

UNIVERSITAT JAUME I, CASTELLÓ

Resumen

En este artículo repasamos brevemente, en primer lugar, los contextos histórico y teórico recientes en lo relativo al envejecimiento y al retiro. En segundo lugar, esbozamos algunas variantes en cuanto a las posibilidades de regulación del retiro temporal, destacando las propuestas que suponen una superación de la jubilación definitiva. Por último, discutimos algunas consecuencias posibles, individuales y sociales, de una eventual implantación de esta nueva forma de regulación de los tiempos de trabajo y retiro a lo largo de toda la vida adulta de las personas, considerando tanto el bienestar individual y familiar como las consecuencias sobre el gasto público.

Palabras clave: Políticas de vejez, retiro temporal, curso vital

Abstract

Firstly, this article briefly reviews the recent historic and theoretical contexts related to ageing and retirement. Secondly, it outlines some variants in terms of the possibilities of regulating temporary retirement and highlights proposals that involve overcoming full-time retirement. Finally, it discusses some of the possible individual and social consequences of the provisional implementation of this new form of regulating working and retirement times throughout adulthood by considering the individual's and the family's well-being, as well as the effects that this regulation may have on government spending.

Keywords: Old age policies, temporary retirement, life course

¹ Agradezco la colaboración del profesor Salvador Seguí-Cosme en la tarea de recopilación bibliográfica.

INTRODUCCIÓN

Este trabajo se sitúa en la primera fase del proyecto de investigación, financiado por la Fundació Bancaixa, titulado «El retiro temporal del trabajo remunerado a lo largo de toda la vida: algunas opiniones significativas» (Ref. P1.1A2008-05). Hemos presentado en otros lugares (Alfageme, 2007; Seguí-Cosme y Alfageme, 2008) una propuesta de bases filosóficas y sociológicas para comprender la idea del retiro temporal remunerado a lo largo de la vida. Nos situamos preferentemente en la perspectiva del curso vital, una orientación relativamente reciente que presta atención especial al contexto histórico y las trayectorias personales, considerando, por ejemplo, la diversidad y desigualdades sociales entre personas y grupos (Dannefer, 1996 y 2003), o la influencia decisiva de los regímenes históricos y las diferencias entre sociedades cuyas instituciones y mecanismos modelan el curso vital (Ulrich, 2004). Con respecto al envejecimiento y al retiro, esta perspectiva es adoptada implícitamente muy a menudo, y cada vez más se hace de forma explícita. Se trata de reconocer, por ejemplo, la centralidad del trabajo y el papel de las instituciones en la definición de un curso vital basado en la edad, dando lugar a esa división tripartita de la vida en etapas (formación, trabajo y retiro) que nos resulta tan familiar (Henretta, 2003; Settersten, 2006).

La idea del retiro temporal y remunerado a lo largo de toda la vida no es nueva. Desde una perspectiva sociológica del envejecimiento y considerando el riesgo de exclusión social que lleva consigo la jubilación o retiro definitivo del trabajo remunerado por razón de la edad de las personas, Guillemard (1992: 165) apuntaba lo siguiente:

... la pensión de jubilación, que es una transferencia destinada a asegurar el tiempo de no-trabajo, no tendría necesariamente que acumularse en la etapa final de la vida, sino que podría redistribuirse en diferentes etapas del ciclo vital.

En términos sociales y gerontológicos acaso más generales, la idea había sido lanzada ya por Riley (1979), que proponía una superación de la diferenciación de los tiempos de formación, trabajo y ocio por razón de la edad, para dar paso a la existencia de oportunidades para las tres cosas a lo largo de toda la vida. Por su parte, Alonso (2004: 42), desde la sociología del trabajo y a la vista de los cambios que viene experimentando el mercado de trabajo en el escenario postfordista (entre otros cambios sociales), propone también nuevas fórmulas de articulación de la actividad y la inactividad laboral, entre las que figura el retiro temporal: el funcio-

namiento de la jubilación se suavizaría y reajustaría en periodos mucho más dilatados, con derechos de libranza a cualquier edad, bajo ciertas condiciones, a lo largo de toda la vida.

El tema, finalmente, es reconocido como debate sociopolítico actual por la European Foundation for the Improvement of Living and Working Conditions (organismo autónomo de la Unión Europea), en cuyo informe (Naegele y otros, 2003) se destacan, por ejemplo, las propuestas del Instituto de Gerontología de la Universidad de Dortmund (Alemania) de flexibilización de los tiempos de trabajo a lo largo del curso vital. En un contexto de cambio estructural en que las etapas de formación y retiro se están alargando y las etapas de trabajo remunerado se están acortando, se reconoce especialmente la necesidad creciente de establecer periodos paralelos de trabajo y no-trabajo, ya sea por razones familiares, de formación o preparación para segundos o terceros empleos, u otras, lo que conduciría a su vez a una prolongación de la participación laboral a edades avanzadas (p. 26 y ss.).

Sin embargo, nuestra impresión es que estas propuestas vienen encontrando escaso desarrollo tanto en el ámbito académico investigador como en el de las políticas públicas, muy especialmente en el caso español. Esta escasa atención es difícil de entender, porque la idea del retiro temporal, y similares, se presenta como una alternativa muy adecuada al contexto socioeconómico actual; una alternativa que, como iremos defendiendo, podría constituirse en llave capaz de abrir nuevas posibilidades de conjugación de seguridad y libertad, para hombres y mujeres de la clase trabajadora, en etapas relevantes de la vida.

CONTEXTOS HISTÓRICO Y TEÓRICO RECIENTES

Dos procesos contradictorios han tenido lugar simultáneamente en Europa a lo largo de las últimas décadas (Maltby y otros, 2004). En primer lugar, el envejecimiento de la población, debido cada vez más al incremento de la esperanza de vida a edades avanzadas y no tanto al descenso de la fecundidad, lo que significa que aumenta más que nunca el número de personas mayores y su proporción sobre la población total. En segundo lugar, se ha producido un descenso espectacular de la participación de estas personas mayores en la fuerza de trabajo, merced a la proliferación de las jubilaciones anticipadas y prejubilaciones.

Obviamente, no se trata de un proceso planificado. Los intereses económicos de las grandes empresas han jugado un papel destacado, en tanto que parece claro que prejubilarse sale más barato que despedir y, como apuntaba Walker (1980), los más vulnerables en cuanto al retiro anticipado lo eran ya en cuanto al despido en su etapa laboral anterior. Todo ello, en palabras de Guillemard (1993), acarrea una erosión formidable del derecho al trabajo, pues aquella nueva «flexibilidad» no indica una mayor capacidad de elección por parte de las personas asalariadas sino que obedece más que nunca a criterios funcionales. Además, insistía la misma autora, la categoría social de la vejez y sus fronteras resultan redefinidas y los gastos sociales destinados a la vejez aumentan considerablemente. En este contexto, emerge una preocupación lógica, por una parte, por la realidad y el bienestar social de un número elevado de personas mayores relativamente desocupadas, muchas de las cuales apenas superan la edad de 50 ó 55 años. Por otra parte, preocupa también el coste económico que supone la proliferación del retiro temprano en combinación con el envejecimiento de la población.

Desde un planteamiento claramente opuesto a la idea de pasividad que subyace a las políticas tradicionales para mayores, se ha desarrollado el concepto de «envejecimiento satisfactorio» (*successful aging*) (Rowe y Kahn, 1998). Se destaca la multidimensionalidad (física, psíquica y social) del concepto y la visión del ser mayor sano y activo. En una línea parecida, se ha propuesto la tesis del «envejecimiento productivo» (Bass y Caro, 2001; Caro y Sánchez Martínez, 2005), que hace hincapié en la variedad de actividades productivas, en un sentido amplio del término, que vienen desempeñando y pueden desempeñar las personas mayores. Entre ellas, se encuentran las actividades de voluntariado, la participación política, las actividades educativas y, no podía ser de otra manera, el trabajo remunerado. Se recomienda una flexibilización del concepto de jubilación, de modo que no se produzca una exclusión radical a las personas de edades avanzadas de un ámbito tan valorado en la sociedad como el del trabajo remunerado.

Desde la gerontología crítica, se proponen interesantes interpretaciones de las nuevas propuestas. Se cuestiona el modelo del envejecimiento satisfactorio en tanto que se ha construido pensando principalmente en los sectores sociales más favorecidos, dejando al margen a quienes ya lo estaban, particularmente a las mujeres mayores, la gente pobre y las minorías étnicas (Holstein y Minkler, 2003). A su vez, se cuestiona el modo subyacente en que se propone la integración social de las personas mayores —en actividades de voluntariado, por ejemplo, preferentemente—

como si se tratase de actividades o formas de vida más propias de la gente mayor (Martinson y Minkler, 2006).

Desde la perspectiva del curso vital, es cada vez más claro que el retiro no coincide con la entrada en la vejez. Más bien, estamos asistiendo a la construcción social de una nueva etapa vital (para la que Phyllis Moen propone la denominación de *midcourse*), comprendida entre el retiro y la vejez, y propiciada por fenómenos como el incremento de la esperanza de vida, la ambigüedad en torno a la temporalización del retiro, y otras razones históricas como el envejecimiento de las cohortes numerosas del *baby boom*, formadas por personas cada vez más instruidas y en mejor estado de salud (Moen, 2006). El mismo autor, como muchos otros, señala también la diversidad de actitudes de las personas ante el retiro. Algunas lo esperan ansiosamente mientras que otras lo temen, lo cual tiene que ver con la satisfacción laboral a lo largo de la vida, mucho más que con las actitudes ante la institución del retiro en general.

En la práctica, los países europeos tratan de hacer frente al riesgo de marginación de los trabajadores mayores derivado de su salida temprana del mercado de trabajo. Los principales contrastes se deben sobre todo a la actuación diferente de algunos países nórdicos (Mirabile, 2004). En la mayoría de Europa, el pre-retiro se ha extendido sin atención notable a otros planteamientos. Sin embargo, en países con políticas de integración laboral más desarrolladas, como Noruega y Finlandia, trabajo y bienestar están directamente conectados, incluso en el caso de las personas mayores. A la hora de asignar pensiones, por ejemplo, se tiene más en cuenta el estado de salud y capacidad de las personas, a la vez que se mantienen políticas más activas de formación y reinserción laboral. El caso español, por cierto, se parece al de la mayoría europea, con escasa atención a la formación e integración laboral a lo largo de la vida. Los trabajadores mayores, en España y en la mayoría de Europa, no son un problema en sí mismos, sino víctimas destacadas de procesos de crisis y transformaciones económicas (Suso y Zubero, 2002).

Actualmente, la mayoría de países europeos están buscando nuevas vías de restricción del acceso al retiro temprano y de reducción de los costes que ello supone (Mirabile, 2004). Así, se barajan distintas posibilidades como el incremento de la edad oficial de retiro, el establecimiento de limitaciones al retiro anticipado, la flexibilización de la edad de retiro, o la posibilidad del retiro progresivo, algunas de las cuales vamos a comentar a continuación.

ALGUNAS VARIANTES DE REGULACIÓN DEL RETIRO TEMPORAL

Pongamos dos elementos en juego, que se pueden contemplar aislada o conjuntamente. Se trata, en primer lugar, del mantenimiento o no de la jubilación como retiro definitivo del trabajo remunerado a partir de cierta edad y, en segundo lugar, de la posibilidad de disfrutar de periodos de retiro temporal (no definitivo), a lo largo de la vida. Las posibilidades de regulación del derecho al disfrute de periodos de retiro temporal, objeto preferente de análisis económico, son amplísimas.

Retiro temporal manteniendo la jubilación

Sin necesidad de abolir la jubilación, es posible contemplar la posibilidad del retiro temporal. Un buen ejemplo es la propuesta presentada por Grünell (2003) a demanda del Consejo Económico y Social holandés. Las personas acumularían de alguna manera derechos de retiro a lo largo de sus vidas, que podrían ser utilizados a edades relativamente tempranas (para dedicarse a tareas de cuidado de otras personas, por ejemplo). Se subraya la importancia de que se mantenga un buen balance entre la intervención estatal y la responsabilidad individual. Finalmente, se apunta la idea de que el hecho de trabajar menos durante algún periodo de la vida podría compensarse con aplazamientos del retiro definitivo.

Simplificando, las personas tendrían derecho a disfrutar, voluntariamente, de tiempos de retiro remunerado (1, 2 o 3 años, por ejemplo) por tiempos de trabajo (cada 8, 9 o 10 años trabajados, por ejemplo), bien entendido que ello retrasaría proporcionalmente la edad que daría derecho a la percepción de una pensión de jubilación. Determinadas circunstancias debidamente justificadas (tales como el nacimiento de hijos, la necesidad de cuidar a otras personas, el deseo de estudiar, etc.) podrían dar derecho de prioridad sobre otras personas, o de obtener «anticipos» de retiro remunerado.

Países Bajos parece ser una de las zonas de Europa en las que más se viene debatiendo esta cuestión, y donde más literatura se produce al respecto. Un resultado interesante de las investigaciones es que, mientras la mayoría de las personas reconoce la necesidad creciente de prolongar los tiempos de trabajo más allá de la edad tradicional de jubilación, pocas de esas personas están dispuestas a ser ellas mismas las que continúen trabajando a edades avanzadas (Van Dalen y Henkens, 2005). Se ha señalado también que las percepciones y actitudes ante el retiro son una cues-

tión social compleja, y que la influencia de eventuales reformas puede ser muy limitada (Van Solinge y Henkens, 2007). A este respecto, hay algo que parece bastante lógico, y es que las personas que han trabajado durante la mayoría de su vida, con expectativas de jubilación definitiva a la edad de 60 o 65 años, sin haber disfrutado de las nuevas propuestas de retiro temporal que ahora se debaten, no van a aceptar que se retrase su jubilación sin algún tipo de compensación. Es evidente que, ante reformas de importancia, hay periodos de transición durante los cuales se solapan viejas y nuevas situaciones.

Las diferentes opciones incluidas en el informe de la European Foundation for the Improvement of Living and Working Conditions (Naeyele y otros, 2003) hay que situarlas también dentro de este apartado (retiro temporal manteniendo la jubilación). Estas opciones se agrupan bajo lo que el informe denomina *leave options*. Se trata de cubrir un conjunto de necesidades de las y los trabajadores y sus familias (necesidades de crianza, cuidado de otras personas, formativas o profesionales), siempre de forma voluntaria y bajo unas condiciones determinadas. El informe deja claro que otras alternativas que también se proponen –tiempos de trabajo flexible, trabajo a tiempo parcial, o las llamadas *Working-time accounts* (tiempos trabajados y no cobrados, con el fin de disfrutar de periodos de libranza cuando se precisen)– no son suficientes para cubrir aquellas necesidades que requieren periodos de retiro más prolongados (varios años en muchos casos). Algunos países europeos regulan este tipo de «permisos temporales» para cubrir necesidades concretas y con variaciones en la cuantía de las prestaciones (pp. 122-127). El mismo informe llega a proponer, de una forma más generalizada y bajo el epígrafe *Integrated options*, el uso de una parte de las provisiones para pensiones de jubilación para financiar periodos de retiro en fases anteriores de la vida, fomentando a su vez el trabajo a edades avanzadas (p. 131).

Una ventaja de este conjunto de propuestas es su continuidad relativa con respecto a la regulación existente, en tanto que no se cuestiona la jubilación o retiro definitivo, ya que este simplemente se retrasaría en la medida en que se hayan disfrutado periodos de retiro temporal a lo largo de la vida. Esta ventaja no es desdeñable, ya que la institución de la jubilación está muy arraigada en las sociedades occidentales. En contrapartida, y por más que el retiro definitivo fuese aplazado, persistiría la exclusión social que es característica de la jubilación forzosa (simplemente, se retrasaría la exclusión). Por otra parte, tampoco sería una estrategia muy indicada para el control del gasto social, ya que este se vería igualmente afec-

tado por el cambio demográfico (por el aumento de la esperanza de vida a edades avanzadas, por ejemplo).

Retiro temporal sin mantener la jubilación

La propuesta que aquí se plantea apunta ahora a una superación decidida del retiro definitivo a partir de cierta edad. Toda persona podría tener derecho a tiempos de retiro por tiempos de trabajo a lo largo de la vida laboral, a la vez que desaparecería, en este caso, el derecho a la percepción de una pensión de jubilación vitalicia por razón de la edad, si bien cabe la posibilidad de que una persona que vaya acumulando derecho a años de retiro, sin hacer uso de ellos, pueda concentrar su disfrute a partir de una edad avanzada. Cabe también la posibilidad de que las personas puedan, en cualquier momento de sus vidas, negociar o renegociar su retiro definitivo a alguna edad determinada. Todo ello, por supuesto, con independencia del derecho a la percepción de otras prestaciones, muy especialmente las pensiones por discapacidad laboral (acreditada). El margen de maniobra, en función de múltiples circunstancias, tanto en el ámbito individual como de regulación del derecho a las prestaciones, es evidente.

Nótese que no habría de alterarse significativamente el importe global de las prestaciones. De hecho, la decisión sobre el gasto que se está en disposición de asumir se puede considerar previa a la decisión sobre la temporalización del retiro. Así, una de las claves del establecimiento del retiro temporal sin mantener la jubilación es que separa definitivamente dos cosas: por una parte, la cuestión económico-administrativa, que dependería de la coyuntura del momento y que propondría variaciones en las prestaciones y, por otra, la cuestión gerontológica, que podría apostar por la no-exclusión laboral de las personas de edad avanzada.

Veamos un ejemplo simplificado. Una persona que, bajo el sistema tradicional, trabajara durante 40 años (entre los 25 y los 65 años de edad) y sobreviviera hasta la edad de 80 años, cobraría una pensión de jubilación durante 15 años. Es decir, proporcionalmente, disfrutaría de 3 años de retiro remunerado por cada 8 trabajados, un tiempo de no-trabajo que, como decíamos al principio de este artículo, podría distribuirse a lo largo del curso vital en lugar de concentrarse exclusivamente al final.

Los cálculos, sin embargo, no son tan sencillos. Hay que considerar también el hecho de que la aparición de discapacidades y, en general, los problemas de salud son más probables cuanto más avanzada es la edad

de las personas. Aunque no exista una relación causa-efecto entre edad y discapacidad, y aunque la mayoría de las personas mayores se encuentren en buenas condiciones de salud y capacidad, la correlación estadística es cierta y es relevante de cara a una regulación del retiro temporal y del derecho a la percepción de prestaciones en general. Resulta que las personas que acreditasen discapacidad para el trabajo pasarían a percibir otro tipo de prestaciones ajenas a la regulación del retiro temporal, y esto es más probable que ocurra a edades avanzadas. El gasto aumentaría, concretamente, merced a los casos de personas que, habiendo disfrutado ya de periodos considerables de retiro temporal, queden discapacitadas para el trabajo y sobrevivan en este estado percibiendo prestaciones por discapacidad, además de las ya percibidas con anterioridad por retiro temporal. Las personas, además, podrían optar por concentrar lo más posible sus periodos de retiro temporal a edades tempranas (cuando la discapacidad es menos probable) con vistas a una optimización de sus derechos a la percepción global de prestaciones, tanto por retiro temporal como por discapacidad, a lo largo de toda su vida. Es por esta razón por la que, dentro del proceso de regulación del retiro, como punto de partida, procede la consideración no sólo de la *esperanza de vida total*, sino también de la *esperanza de vida libre de discapacidad para el trabajo*, cuestión sobre la que sería conveniente un análisis específico. Por la misma razón, las posibilidades de retiro anticipado deberían ser limitadas (hasta dos o tres años, por ejemplo, cada diez de trabajo). Todo ello, sin embargo, sigue siendo una simplificación de las cosas, puesto que sabemos que existen relaciones más complejas entre empleo y salud, cuestión en la que no vamos a profundizar ahora.

Lógicamente, por otra parte, habría que arbitrar las medidas necesarias para que los tiempos de retiro computaran con independencia de las instituciones o empresas en las que se prestaran servicios, siendo una cuestión ligada a la vida laboral de las personas, y no a las entidades empleadoras. La prestación económica, por su parte, sería generalmente inferior al salario percibido durante los tiempos de trabajo remunerado (en proporciones parecidas a las pensiones de jubilación). También parece lógico, entre otros aspectos de la regulación, el establecimiento de una duración mínima de cada periodo de retiro temporal. Todo ello habría de ser objeto especializado de análisis económico.

Sobre la vuelta al trabajo remunerado

Estamos hablando de retiro temporal, lo que implica en todo caso la posibilidad, con más o menos garantías, de volver al trabajo remunerado una vez disfrutado cada periodo de retiro. Se trata probablemente de uno de los aspectos más controvertidos del tema, en tanto que muchas personas pueden mostrarse reacias a abandonar temporalmente su puesto de trabajo si no tienen opciones razonables de recuperarlo más adelante. Veamos algunas alternativas de intervención en este sentido:

- a) Cabe la posibilidad de que la regulación garantice en todo caso el regreso al puesto de trabajo que se dejó (al modo de los llamados «años sabáticos» o de algunos tipos de excedencias, especialmente en la Administración Pública).
- b) También sería posible que el regreso al mismo puesto de trabajo o a la misma empresa estuviera garantizado sólo en algunos casos, dependiendo del motivo que dio origen al disfrute del retiro temporal. Así, motivos que se considerasen más justificados (como el nacimiento de hijos o la necesidad de cuidar a otras personas) podrían ser los que incluyesen más garantías, lo que significaría además una promoción evidente de tales actividades.
- c) Por otra parte, el hecho de encontrarse disfrutando de un periodo de retiro temporal remunerado podría dar prioridad sobre otras personas a la hora de obtener un puesto de trabajo, ya sea de forma directa o a través de subvenciones a las empresas empleadoras. Se trata de negociar y combinar adecuadamente los intereses individuales, estatales y empresariales.

Parece evidente, por otra parte, que las personas que se encuentren menos satisfechas con sus empleos estén dispuestas a arriesgar más. Su objetivo incluso podría ser, precisamente, el de prepararse para otro empleo diferente. El retiro temporal se presenta más como una oportunidad y una fuente de bienestar que como un riesgo.

Sobre la acumulación o no de los derechos de retiro

Habría varias posibilidades más concretas de regulación del retiro temporal, dependiendo de la acumulación o no de los derechos de retiro no

disfrutados, e incluso de la obligatoriedad o no de ciertos tiempos de retiro temporal. Caben al menos dos opciones muy claras:

- a) La menos novedosa establecería el carácter acumulativo de los derechos de retiro. Así, como decía más arriba, cabría la posibilidad de que una persona que vaya acumulando derecho a tiempos de retiro, sin hacer uso de ellos, pueda concentrar su disfrute a partir de edades más avanzadas.
- b) Una regulación más novedosa dejaría muy claro que los tiempos de retiro no se acumulan. Se establecería, por ejemplo, el derecho al disfrute de dos o tres años de retiro remunerado por cada diez años trabajados, transcurridos los cuales, se extinguiría el derecho. Esto significaría una promoción decidida y clara del retiro temporal a lo largo de toda la vida, y no sólo a edades avanzadas. Pienso que esta es la mejor expresión de la idea general sobre la que estamos debatiendo. Una vez más, es conveniente recordar que los derechos a la percepción de prestaciones por discapacidad laboral permanecerían intactos.

En esta línea más novedosa, cabe la posibilidad de considerar incluso la obligación de disfrutar de ciertos periodos mínimos de retiro temporal (un año, por ejemplo, por cada diez trabajados), con independencia del disfrute voluntario de periodos más largos (hasta los máximos y por las razones establecidas en su caso). No parece descabellada la idea de que ciertos periodos de retiro temporal sean obligatorios. Podría ser mucho mejor eso que la jubilación forzosa, sobre cuyo carácter arbitrario y excluyente tanto se ha escrito. Las vacaciones anuales también son obligatorias en muchos casos, entre otras razones porque se considera saludable para las partes implicadas (empleadores, empleados, buscadores de empleo, familias, etc.).

CONSECUENCIAS POSIBLES DEL RETIRO TEMPORAL

Estamos hablando de cambios cualitativos profundos en la regulación de los tiempos de trabajo y retiro a lo largo de la vida. La jubilación es una institución muy arraigada, por lo que cabe esperar que los cambios al respecto no resulten fáciles de asimilar por las personas, y las consecuencias sociales no se dejen notar de inmediato. Con todo, parece claro que la gente planifica su retiro de forma distinta en unos y otros países depen-

diendo, obviamente, de la regulación existente en cada lugar (Hershey, Henkens y Van Dalen, 2007).

Consecuencias sobre la desigualdad de género y la conciliación de la vida familiar y laboral

La capacidad exclusivamente femenina para la procreación se prolonga durante gran parte de la vida adulta, es decir, durante la etapa que, aproximadamente, la organización social dominante del curso vital hace corresponder con el trabajo remunerado en las sociedades occidentales contemporáneas. La organización rígida del curso vital en tres fases (aprendizaje, trabajo y retiro) no ha tenido en cuenta a las mujeres o, mejor dicho, no se ha desarrollado considerando la igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres. Para ellas, aprender y trabajar termina siendo mucho más difícil que para los hombres. La organización social del curso vital puede ser considerada como un elemento más, y muy significativo, de una sociedad dominada históricamente por hombres. Para que las tareas de reproducción estén garantizadas, se ha partido, explícita o implícitamente, de una exclusión de las mujeres de las instituciones educativas y del trabajo remunerado, considerándose «natural» o «necesaria» su dedicación al trabajo doméstico (que incluye la procreación y crianza de los hijos e hijas), al tiempo que estas tareas han sido socialmente devaluadas.

En contrapartida, para una proporción de mujeres relativamente elevada, el retiro arbitrario y brusco por razón de la edad, y el trauma asociado al mismo, no tiene lugar (Beauvoir, 1989: 316-317; Fericgla, 1992: 33-34; San Román, 1990: 164-165). Es importante retener la idea que más tiene que ver con nuestros intereses analíticos. Estamos hablando de desigualdades de género estrechamente relacionadas, a su vez, con la organización social del curso vital. Esto afecta negativamente, aunque de modo diferente y con consecuencias distintas, tanto a muchas mujeres, que son excluidas del trabajo remunerado, como a muchos hombres, que lo son del trabajo doméstico.

Pero la propuesta del retiro temporal a lo largo de toda la vida tiene consecuencias más generales, no sólo para la gente mayor. Si las personas tuviésemos posibilidades, reconocidas y promovidas socialmente, de ordenar nuestro curso vital de modo diferente al convencional, lo haríamos, probablemente, en bastantes ocasiones. En cualquier caso, esta cuestión habría de ser objeto preferente de investigación social. Pensemos, por

ejemplo, en madres y padres con bebés recién nacidos a los que quieren dedicar una mayor parte de su tiempo; o en personas que decidirían dedicarse a cuidar a otras –a sus ascendientes mayores, pongamos por caso– por razones de dependencia, necesidades todas ellas reconocidas en el informe europeo citado más arriba (Naegele, 2003). Pensemos, simplemente, en personas que optarían por retirarse temporalmente de sus actividades remuneradas para dedicarse a otras que no lo son, incluyendo entre estas, por supuesto, el aprendizaje. Todo ello se enmarcaría en un saludable proceso que ayudaría, además, a superar la monotonía vital y el *burnout* («estar quemado») que experimentan tantas personas trabajadoras, redundando a menudo en niveles más elevados de satisfacción personal y rendimiento laboral (recordemos que, para algunas profesiones, se considera la posibilidad de disfrutar de periodos relativamente largos de descanso, o años sabáticos). Se trata, en definitiva, de que las personas que lo deseen tengan la posibilidad de planificar sus vidas en aspectos relevantes, como son los tiempos de aprendizaje, trabajo y retiro.

Consecuencias sobre otras desigualdades sociales

En realidad, la consideración exclusiva de una dimensión o factor de desigualdad o marginación social (como pueda ser la edad, el sexo, la posición económica, o la pertenencia étnica) supone una simplificación de las cosas susceptible de desembocar en actuaciones injustas, incluso desde el planteamiento ideológico pretendidamente igualitario que dio origen a tales actuaciones. Siguiendo las reflexiones de Sen (1995: 32-34), resulta que la igualdad en un ámbito puede llevar aparejada la desigualdad en otro ámbito diferente. Así, aplicado a nuestros intereses más específicos, la igualdad en cuanto a edad implica a menudo tratamientos desiguales recibidos por personas que, siendo de edades diferentes, reúnen características similares en cuanto, por ejemplo, a capacidades psicofísicas o preferencias personales. Si bien puede ser cierto que la edad, en términos estrictamente estadísticos, se relaciona con las capacidades y los deseos de las personas, eso no significa que la edad sea la causa.

Las desigualdades por razones de sexo, edad o etnia, o cualesquiera otras, son relevantes, sobre todo, porque son caldo de cultivo de procesos de marginación y empobrecimiento. Y quede claro que la pobreza no sólo es cuestión de dinero, sino también de formación, aislamiento, autoestima y capacidades en general. El problema grave no lo tienen, por ejemplo, las mujeres, las minorías étnicas, o la gente mayor en general,

sino las mujeres pobres, las y los gitanos pobres, y los ancianos y ancianas pobres. Del mismo modo y en relación estrecha con las demás dimensiones de desigualdad, la organización rigurosa del curso vital por edades afecta especialmente a las personas «sin capital», y apenas afecta a la gente más rica. La clave está en las capacidades de las personas para organizar y controlar sus propias vidas, de forma libre y autónoma, cualquiera que sea su edad.

Las desigualdades en cuanto a educación formal tienen que ver también con la organización tradicional rigurosa del curso vital. Para los sectores sociales menos favorecidos, la toma de conciencia de la importancia de la formación escolar llega tarde, lo que se compensaría, en parte al menos, si existieran posibilidades reales de aprendizaje formal a lo largo de toda la vida, lo que pasa por el hecho de que se mantenga el derecho a una remuneración suficiente. Estamos hablando de aspectos muy relevantes para la igualdad de oportunidades entre personas y sectores sociales. La regulación del retiro temporal remunerado abriría nuevas posibilidades de reorganización del sistema escolar, atento a las características e intereses de estudiantes de todas las edades.

Otras consecuencias igualitarias del retiro temporal, especialmente si no se mantiene la jubilación o retiro definitivo, serían más claras o más directas. Por una parte, se reduciría la pobreza debida a la devaluación de las pensiones, algo que experimentan hoy, sobre todo, las personas muy mayores (la mayoría mujeres y viudas). Por otro lado, se reduciría el conjunto de personas (de las clases sociales más bajas, seguramente, la mayoría de ellas) que fallece sin haber disfrutado de periodo alguno de retiro remunerado. El coste que suponen ambas mejoras sería asumido automáticamente por la población en general.

Parece evidente que el retiro temporal, y sus consecuencias directas sobre las posibilidades de aprendizaje, trabajo y retiro a lo largo de toda la vida, beneficiaría especialmente a las personas «sin capital», es decir, a la mayoría.

Consecuencias sobre el gasto público que supone el retiro

Finalmente, la visión «problemática» del proceso de envejecimiento demográfico, centrada en la consideración arbitraria y simplista del cociente entre personas «activas» e «inactivas» por razón de la edad, y agravada por la proliferación reciente de las jubilaciones anticipadas y prejubilaciones, podría quedar absolutamente diluida dentro de una dinámica general

de trabajo y retiro a lo largo de toda la vida. En cualquier caso, los efectos de eventuales recortes de las prestaciones y de los avatares del sistema económico se repartirían entre personas de todas las edades.

Una de las claves podría encontrarse en el mantenimiento o no de la jubilación. Si la jubilación definitiva se mantiene, el control sobre el gasto siempre va a ser más incierto, puesto que es muy difícil prever la evolución de la esperanza de vida, que puede verse alterada por múltiples razones (avances en la tecnología médica, por ejemplo). En caso contrario (si la jubilación no se mantiene), los tiempos de retiro siempre se producen por tiempos de trabajo. Además, en periodos de escasez de trabajo, las consecuencias no recaerían preferentemente sobre la gente mayor (a través de las prejubilaciones y similares), sino que se repartirían entre la población de todas las edades, aumentando, por ejemplo, los periodos de retiro temporal obligatorio a lo largo de toda la vida laboral. Esto parece más igualitario, en el sentido de que la posible exclusión del mercado laboral, además de no ser tal (porque sería temporal), no recaería tanto sobre los trabajadores y trabajadoras de mayor edad o más vulnerables al despido.

Hay que advertir del peligro que implica el hecho de que las nuevas propuestas obedezcan a menudo, probablemente, a necesidades económicas relacionadas con las consecuencias que conlleva el envejecimiento de la población y la competitividad del sistema económico, y no a planteamientos que traten de mejorar el bienestar social en general y el de las personas mayores en particular. Sin embargo, todo parece indicar que existen puntos de encuentro relevantes entre ambas fuentes de inspiración. Así, la investigación sugiere, por ejemplo, que trabajar a edades avanzadas ayuda a la mayoría de la gente a mantener su bienestar general (Calvo, 2006). A su vez, la capacidad de decisión propia en cuanto a la participación en el mercado laboral, así como el hecho de percibir el retiro como algo elegido y no forzado, parece que influye profundamente en la satisfacción psicológica de las personas a edades avanzadas (Van Solinge, 2005; Calvo, Haverstick y Sass, 2007). Es importante considerar esta serie de observaciones que, en cualquier caso, cuestionan con claridad una posible imagen negativa de personas mayores forzadas a trabajar. El retiro temporal, seguramente, no va a ser gratuito para las personas que lo disfruten, si bien, como venimos sosteniendo, abre muchas más opciones de las que cierra.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALFAGEME, A. (2007): «De la jubilación definitiva, al retiro temporal», ponencia presentada en el *VII Simposio de la Renta Básica y III Seminario de Derechos Humanos Emergentes*, noviembre de 2007, Barcelona.
- ALONSO, L. E. (2004): «La sociedad del trabajo: debates actuales. Materiales inestables para lanzar la discusión», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 107, pp. 21-48.
- BASS, S. A. y F. G. CARO (2001): «Productive Aging. A Conceptual Framework», en N. MORROW-HOWELL, J. HINTERLONG y M. SHERRADEN (eds.), *Productive Aging. Concepts and Challenges*, The Johns Hopkins University Press.
- BEAUVOIR, S. DE (1989): *La vejez*, Edhasa, Barcelona.
- CALVO, E. (2006): «Does Working Longer Make People Healthier and Happier?», *Work Opportunities for Older Americans*, Center for Retirement Research, Boston College.
- , K. HAVERSTICK y S. A. SASS (2007): «What Makes Retirees Happier: A Gradual or 'Cold Turkey' Retirement?», Center for Retirement Research at Boston College ([http://:escholarship.bc.edu/retirement.papers/149](http://escholarship.bc.edu/retirement.papers/149)).
- CARO, F. G. y M. SÁNCHEZ MARTÍNEZ (2005): «Envejecimiento productivo. Concepto y factores explicativos», en S. PINAZO y M. SÁNCHEZ MARTÍNEZ: *Gerontología. Actualización, innovación y propuestas*, Pearson, Madrid, pp. 457-488.
- DANNEFER, D. (1996): «The Social Organization of Diversity, and the Normative Organization of Age», *The Gerontologist*, 36(2), pp. 174-177.
- (2003): «Cumulative Advantage/Disadvantage and the Life Course: Cross-Fertilizing Age and Social Science Theory», *Journal of Gerontology: Social Sciences*, 58B, 6, S327-S337.
- FERICGLA, J. M. (1992): *Envejecer. Una antropología de la ancianidad*, Anthropos, Barcelona.
- GRÜNNELL, M. (2003): *SER to advise government on an integrated lifelong working time and leave scheme* (<http://www.eurofound.europa.eu/eiro/2003/onfeature/ul0304103f.html>).
- GUILLEMARD, A. M. (1992): *Análisis de las políticas de vejez en Europa*, Ministerio de Asuntos Sociales, Madrid.
- (1993): «Perspectivas europeas sobre las políticas de vejez», en L. MORENO (comp.): *Intercambio social y desarrollo del bienestar*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- HENRETTA, J. C. (2003): «The Life-Course Perspective on Work and Retirement», en R. A. Settersen (ed.): *Invitation to the Life Course. Toward*

- New Understandings of Later Life*, Baywood Publishing Company, Nueva York.
- HERSHEY, D. A., K. HENKENS y H. P. VAN DALEN (2007), «Mapping the Minds of Retirement Planners: A Cross-Cultural Perspective», *Journal of Cross-Cultural Psychology*, 38, 3, pp. 361-82.
- HOLSTEIN, M. B. y M. MINKLER (2003): «Self, Society, and the “New Gerontology”», *The Gerontologist*, 43, pp. 787-96.
- MALTBY, T., B. DE VROOM, M. L. MIRABILE y E. OVERBYE (eds.) (2004): *Ageing and the Transition to Retirement. A Comparative Analysis of European Welfare States*, Ashgate.
- MARTISON, M. y M. MINKLER (2006): «Civic Engagement and Older Adults: A Critical Perspective», *The Gerontologist*, 46, pp. 318-24.
- MIRABILE, M. L. (2004): «Conclusions», en Maltby, T. B. y otros (2004).
- MOEN, P. (2006): «Midcourse. Navigating Retirement and a New Life Stage», en Mortimer y Shanahan (2006).
- MORTIMER, J. T. y M. J. SHANAHAN (eds.) (2006): *Handbook of the Life Course*, Springer, Nueva York.
- NAEGELE, G., C. BARKHOLDT, B. DE VROOM, J. GOUL ANDERSEN y K. KRAMER (2003): *A new organisation of time over working life*, Dublín, European Foundation for the Improvement of Living and Working Conditions (European Union).
- RILEY, M. W. (1979): «Introduction: Life-course perspectives», en M. W. RILEY (ed.): *Aging from Birth to Death*, Boulder.
- ROWE, J. W y R. L. KAHN (1998): *Successful Aging*, Random House.
- SAN ROMÁN, T. (1990): *Vejez y cultura*, Fundación Caja de Pensiones, Barcelona.
- SEGUÍ-COSME, S. y A. ALFAGEME (2008): «El retiro temporal a lo largo de la vida: bases sociológicas y filosóficas», *Mediterráneo Económico* 14, pp. 385-405.
- SEN, A. (1995): *Nuevo examen de la desigualdad*, Alianza, Madrid.
- SETTERSTEN, R. A., JR. (2006): «Age Structuring and the Rhythm of the Life Course», en Mortimer y Shanahan (2006).
- SUSO, A. e I. ZUBERO (2002): «Expulsados del trabajo... y más. Un estudio de la salida anticipada del mercado de trabajo de los trabajadores mayores», *Sociología del Trabajo* 46, pp. 19-44.
- ULRICH, K. (2004): «Whose Lives? How History, Societies, and Institutions Define and Shape Life Courses», *Research in Human Development*, 1, 3, pp. 161-87.

- VAN DALEN, H. P. y K. HENKENS (2005): «The Double Standard in Attitudes toward Retirement. The Case of the Netherlands», *The Geneva Papers*, 30, pp. 693-710.
- VAN SOLINGE, H. (2005): «Adjustment to and satisfaction with retirement», Netherlands Interdisciplinary Demographic Institute (NIDI).
- y K. HENKENS (2007): «Involuntary Retirement: The Role of Restrictive Circumstances, Timing, and Social Embeddedness», *Journal of Gerontology: Social Sciences*, 62B, 5, pp. 8295-8303.
- WALKER, A. (1980): «The Social Creation of Poverty and Dependency in Old Age», *Journal of Social Policy*, 9, 1, pp. 49-75.

Recibido el 9 de febrero de 2009

Aceptado el 6 de marzo de 2009

El ciclo vital revisado: las vidas de las mujeres mayores a la luz de los cambios sociales

The life course revised: the lives of old women in the light of social changes

ANNA FREIXAS, BÁRBARA LUQUE, AMALIA REINA

UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA, FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

Resumen

El aumento de la esperanza de vida ha revolucionado la explicación del ciclo vital humano. En el caso de las mujeres podemos identificar en el envejecer elementos diferenciales que tienen su origen en los cambios sociales de los últimos cincuenta años. Las características de la vida de las mujeres y su gran variabilidad interindividual hacen difícil el análisis de su experiencia en términos de las etapas evolutivas clásicas. Las mujeres mayores de los próximos veinte años, beneficiarias de las nuevas posiciones feministas, se enfrentarán a la vejez con experiencias laborales, económicas, familiares, de poder y estatus diferentes a las de sus predecesoras y, por lo tanto, dispondrán de mayores recursos económicos, sociales e intelectuales.

Palabras clave: ciclo vital, mujeres mayores, feminismo, cambios sociales

Abstract

Explaining the human lifecycle has been radically changed due to the increase in life expectancy. With regard to women, the aging process involves distinctive elements that are deeply rooted in the social changes of the last fifty years. Given the features of women's lives and their numerous variations among individuals, the analysis of their experience becomes challenging when performed in terms of classic evolutionary psychology. The women living the aging process in the coming twenty years will benefit from the new feminist positions; they will be confronted with aging after having experienced work, economics, family, power and status positions that differ from those of their predecessors. Thus, they will have more financial, social and intellectual resources at their disposal.

Keywords: lifespan, older women, feminism, social changes

Uno de los hechos más significativos de este siglo ha sido la progresiva longevidad de la población que, en el caso de las mujeres, sitúa su esperanza de vida algo más de un lustro por encima de la de los hombres. Sin embargo, esto no significa que disfruten de un envejecimiento más satisfactorio que sus compañeros, si tenemos en cuenta los diversos indicadores de bienestar psicosocial en los que ellas se sitúan en clara desventaja. El envejecimiento no es un proceso que pueda mirarse desde el único prisma de la edad; tiene muchos otros matices de gran relevancia colectiva e individual. No es lo mismo envejecer siendo mujer que siendo hombre, como tampoco tiene el mismo significado hacerlo siendo miembro de un país desarrollado o no desarrollado. No supone lo mismo hacerse mayor habiendo disfrutado de una buena educación, con acceso a la cultura y a los sistemas de salud, con actividad profesional y relaciones afectivas e interpersonales, que hacerse vieja desde los límites del sistema. Así pues, el tema fundamental no es vivir más años, sino cómo vivirlos, en términos de salud, economía, bienestar, inserción social, significado personal, cultural y político.

Envejecer es un logro, un triunfo, no un cataclismo. La antigua visión de la vejez como un proceso inevitable de pérdida, enfermedad y decrepitud no se sostiene actualmente cuando una proporción importante de mujeres y hombres son integrantes activos de la sociedad y viven con autonomía y satisfacción hasta edades muy avanzadas. Mirado desde la perspectiva de las mujeres el envejecimiento puede ser un reto de gran alcance, en la medida en que deben encarar su coyuntura personal y vital que en muchos casos las ha situado en la dependencia y la pobreza y, además, desenmascarar algunos de los más enraizados mandatos socio-culturales que las han anclado en modelos profundamente limitadores, vinculados a un concepto de belleza y juventud que no respeta el proceso natural de desarrollo humano.

El aumento espectacular de la esperanza de vida –que en nuestro país es de 84 años para las mujeres y algo menos de 80 para los hombres– propiciará que en las próximas dos décadas un número muy importante de mujeres se sitúen en la mediana y este aumento de la longevidad hará que vivan un largo tercio de su vida como mujeres postmenopáusicas. Mujeres nacidas en el último tercio del siglo xx –herederas de los beneficios y discursos del feminismo de la segunda ola, hijas de mayo del 68 y de los grandes movimientos sociales impulsados por la fe en el cambio– que al grito de «lo personal es político» revisarán todos y cada uno de los elementos del contrato social y del contrato del amor; mirarán con lupa las prescripciones recibidas acerca de la vida cotidiana y deconstruirán los

acuerdos patriarcales que dominaban lo personal y lo político. Un buen número de estas mujeres, que constituirán el grueso de la población de mayores del siglo xxi, se han caracterizado por no aceptar pasivamente los modelos de vida que les han legado las generaciones anteriores, han negociado el significado de la menopausia y el sentido del envejecer partiendo de posiciones vitales e intelectuales muy diferentes a las de sus madres y abuelas. Han retado las imágenes culturales de la viejecita modosa, asexual, sacrificada, carente de opinión, deseos y necesidades, disponible, desvalorizada, débil, dando paso a modelos de mujer mayor activa y sexual, atractiva, que pone en juego su poder y su nueva posición en la sociedad, la familia, los vínculos y las relaciones.

LA VARIABILIDAD Y LA NORMA EN EL CICLO VITAL

Las características de la vida de las mujeres y su gran variabilidad interindividual hacen difícil el análisis de su experiencia vital en términos de las etapas evolutivas clásicas que se adaptan al modelo masculino construido como «la norma», lo esperable. Las teorías del desarrollo adulto tradicionalmente han utilizado en sus investigaciones poblaciones mayoritariamente masculinas, de quienes se ha estudiado su experiencia y perspectiva prescindiendo de las de las mujeres y, lo que es peor, los resultados obtenidos de tales muestras se han generalizado a ellas, considerándolas deficientes, en cuanto su experiencia y su rendimiento no se adaptaban a los estándares masculinos. Prácticamente carecemos de investigaciones que se detengan a considerar el significado y las consecuencias que las diferencias en la socialización y en las opciones de vida de las mujeres y los hombres tienen sobre su vejez.

Hace ya años que algunas autoras han manifestado la necesidad de que la investigación psicológica considere el desarrollo de los hombres y de las mujeres por separado. A pesar de que los estudios acerca del desarrollo psicosocial de las mujeres siguen siendo escasos, disponemos en la actualidad de diversos trabajos que ilustran la vida de las mujeres de mediana edad y mayores desde otras perspectivas. Sin embargo, estas investigaciones, proporcionalmente, siguen siendo escasas. Gran parte de los estudios disponibles acerca de la vida de las mujeres en la segunda parte de la vida se han realizado con poblaciones de clase media, blancas, heterosexuales y con niveles educativos medios, lo cual deja en la sombra el conocimiento acerca de la experiencia y la vida de una parte importante de la población femenina en el proceso de hacerse mayor.

Diversas autoras han argumentado que las palabras de Erikson y Levinson –que proponen el desarrollo de la personalidad adulta a través de estadios unidireccionales, irreversibles, jerárquicos y universales, en los que no se tienen en cuenta las diferencias individuales– no representan la realidad de las mujeres. Las experiencias vitales de los hombres están íntimamente relacionadas con la edad cronológica, como una variable en la que se encajan los acontecimientos de sus vidas, pertenecientes tanto a la esfera familiar como a la ocupacional. Sin embargo, este tipo de modelo no funciona en la vida de las mujeres, para las cuales la edad adulta implica una gran variedad de modelos de rol no centrados en la edad cronológica, ya que en la vida de ellas pueden presentarse numerosas combinaciones en las que la profesión, la pareja y la crianza de las hijas e hijos suponen diversos niveles de temporalización y compromiso que hacen que los papeles de esposa, madre y trabajadora puedan adquirir significados diferentes en momentos determinados del ciclo vital, algo que no suele ocurrir en la vida de los hombres cuya unidireccionalidad de los acontecimientos ha sido habitualmente más clara. La diferente implicación en el mundo público y en el privado otorga sentidos de la vida completamente divergentes, por lo que en el desarrollo de las mujeres el curso de las relaciones con frecuencia ejerce una mayor presión que la edad cronológica.

Los grandes cambios sociales que han marcado la segunda mitad del siglo xx afectan, sin duda, a la configuración de la vida de hombres y mujeres. Una buena parte de los logros conseguidos tienen su origen en el movimiento y el pensamiento feminista y han sentado las bases para la transformación de la vida privada y pública de las mujeres –y en consecuencia de la de los hombres–, a través de la incorporación sistemática de las mujeres al mundo público y de su participación en el mercado laboral que ha permitido su acceso a las instancias de poder, tanto económico como político, social y cultural. En este artículo queremos reflexionar sobre el impacto de dichos cambios sociales en el envejecimiento de las mujeres de las próximas generaciones.

Las mujeres mayores de los próximos veinte años –nacidas a partir de los años cincuenta del siglo pasado y beneficiarias de numerosos logros del feminismo– se enfrentarán a la vejez con experiencias laborales, económicas, familiares, de poder y estatus diferentes a las de sus predecesoras y, por lo tanto, dispondrán de mayores recursos económicos, sociales e intelectuales. Todo ello exigirá una redefinición de numerosos roles tradicionales desempeñados hasta el momento, relativos a la pareja, la familia, el trabajo remunerado, el dinero y la sexualidad, entre otros. En tér-

minos de la explicación psicosocial habrá que reconceptualizar los marcos teóricos con los que hasta hoy se ha explicado el curso de la vida y desprenderse de los esquemas clásicos, unificadores, negativos y androcéntricos, que han servido para invisibilizar a las personas en la última etapa de la vida y, en especial, a las mujeres.

LA NUEVA ORGANIZACIÓN SOCIAL

Con el fin de llenar de contenido esa pantalla en blanco que constituyen los treinta años de regalo que la vida nos ofrece y a falta de modelos sociales hacia los que mirar, las nuevas mujeres viejas de la primera mitad del siglo XXI tendrán que mirarse unas en otras para dibujar entre todas una nueva carta de navegar. Podríamos presuponer que estas nuevas ancianas serán más felices que sus abuelas dado que han conseguido deconstruir algunos de los mandatos sociales que constreñían la vida de las mujeres; sin embargo, los cambios sociales no se producen sin dolor, desconcierto e incertidumbre. Probablemente el conjunto de nuevas situaciones vitales que analizaremos en este artículo repercutirá de manera notable en su sentimiento de satisfacción vital.

La satisfacción vital, entendida como la percepción subjetiva de bienestar más allá de lo que los datos objetivos aparentes puedan dar a entender, se sustenta en dos ejes: el del «control» sobre la propia vida y el de la «felicidad». La división sexual del trabajo que ha regido en las sociedades industrializadas ha asignado a los hombres el polo del «control» (acceso a la educación, dinero, trabajo fuera del hogar, poder, estatus, etc.) y a las mujeres el polo de la «felicidad» (los vínculos, los afectos, los cuidados, etc.). Este modelo de organización social sitúa a mujeres y hombres en espacios diferenciados de la vida: el mundo de los afectos, los vínculos, los cuidados, la crianza, forman parte de la especialización femenina, mientras que los varones tienen asignada la tarea bíblica de ganar el pan, ir a la guerra y defender a mujeres y criaturas, que en la práctica se concreta en la disposición total del dinero y el poder público y privado. Este modelo ha implicado la desvalorización de lo femenino como un espacio inferior, por lo tanto, algo a evitar en el proceso de identidad masculina que se ha construido tradicionalmente a partir de la negación de su lado femenino.

Sin embargo, esta división de los papeles sociales generaba insatisfacción en ambas partes: alejaba a los varones de las emociones y a las mujeres del poder y el control sobre sus propias vidas. Las voces que recla-

maban un reparto más equitativo de ambos espacios llegaron de parte de las mujeres, quienes tuvieron más claro que ellos que esa forma de situarse en el mundo producía carencias con consecuencias de largo e irremediable alcance, especialmente en la edad mayor. Así pues, a partir de los años sesenta del siglo xx las mujeres se incorporaron progresiva y definitivamente al mundo laboral y al trabajo remunerado, con lo que empezaron a acceder a la disposición y administración del dinero y de sus bienes; por otra parte, lucharon por acceder a la educación y a la universidad, así como por conseguir que se dictaran leyes que les permitieran un mayor control de su vida, su cuerpo y su sexualidad, propiciando una transformación radical de su día a día y –aunque quizás no lo pensaban en ese momento– sobre todo, de las condiciones del envejecer. Todo ello ha modificado las relaciones y la posición de las mujeres en el mundo y les ha permitido renegociar las relaciones íntimas, la sexualidad, la natalidad y, en consecuencia, modificar en gran medida lo que será su vida como mujeres viejas en la primera mitad del siglo xxi.

¿Seremos viejas más felices que nuestras antecesoras? No es la edad por sí sola la que causa una disminución de la felicidad al envejecer, son las circunstancias asociadas a la vida en la edad mayor las que pueden determinar un mayor o menor sentimiento de felicidad. En esta síntesis entre el polo del control y el polo de la felicidad que marcan la satisfacción vital de las personas, los viejos valores de la canción popular –«tres cosas hay en la vida: salud, dinero y amor»– siguen mostrándose como los puntales básicos. La familia, las redes sociales y de amistad, un mayor nivel educativo, disponer de salud y de recursos económicos son los indicadores que sostienen una vejez suficientemente confortable.

Por otra parte, la reflexión llevada a cabo a finales del siglo pasado por el feminismo de la diferencia sexual ha contribuido a poner en valor lo femenino, a recuperar los valores que históricamente han aportado las mujeres a las relaciones y a la sostenibilidad de la vida, reconociendo su tarea civilizadora. Gracias a estas aportaciones las mujeres mayores del siglo xxi se encuentran con nuevos ámbitos de significado y presencia en los que no se ven impelidas a negar su feminidad al ocupar espacios que anteriormente estaban dedicados a los varones y para los que carecen de modelos.

EDUCACIÓN, CULTURA Y LIBERTAD

Envejecer supone un buen momento para la evaluación del tiempo transcurrido, de los logros alcanzados y de las asignaturas pendientes. La

divergencia entre las aspiraciones de que se partía y los logros conseguidos puede ser un elemento de insatisfacción e inquietud, especialmente en la vida de las mujeres socializadas en el modelo clásico de renuncia y sacrificio, las cuentas suelen saldarse en negativo. Posiblemente este sea otro de los cambios importantes de los nuevos tiempos, siempre que las futuras ancianas hayan conseguido revertir el modelo: identificar sus deseos, validarlos y ponerlos en práctica.

Una de las tareas más importantes en el proceso de envejecer consiste en «otorgar significado a la propia vida», tarea que exige la conjunción entre la reminiscencia –darle significado a la vida pasada– y la preminiscencia –proyectar el futuro. Para poder encontrar un camino personal para envejecer bien, asumiendo el pasado y diseñando el futuro, las nuevas ancianas disponen de elementos de gran valor, entre los que la educación, probablemente, sea el más importante. Entre ellas, nacidas a mediados del siglo xx, no encontraremos analfabetas. El acceso casi universal de las mujeres a la educación general básica y de una parte muy importante de la población femenina a los niveles educativos superiores, así como la generalización del uso y conocimiento de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación ofrecerá un panorama de lo más interesante. Las nuevas ancianas se comunicarán con hijas, nietas y amigas por correo electrónico, comprarán los billetes de avión y las entradas al teatro por Internet, donde consultarán el tiempo y leerán cada mañana la prensa desde su casa. La educación permite el acceso a la información y esta a la libertad. Nuestras mujeres viejas del siglo xxi, puesto que habrán tenido educación habrán podido incorporarse a trabajos remunerados (dinero propio), habrán dispuesto de experiencias de gestión y de acceso a diversas formas de poder y de control. En nada se parecerán a sus abuelas, con niveles rudimentarios de educación, sin dinero propio y amas de casa (esposas, madres, hijas, abuelas), es decir, mujeres que han hecho entrega gratuita del tiempo personal.

EL CICLO LABORAL DE LAS MUJERES

Podemos considerar que una gran parte de las mujeres mayores de los años veinte de este siglo –en la medida en que habrán tenido historias laborales con mayor continuidad y estatus que sus antecesoras– disfrutarán de pensiones de jubilación que les permitirán vivir los largos últimos años de su vida en mejor situación económica que sus madres quienes, de acuerdo con el modelo de división sexual del trabajo, desarrollaron su fuerza laboral en

un trabajo doméstico no remunerado y, por lo tanto, se vieron abocadas a la pobreza y la dependencia económica en la vejez.

La incorporación de las mujeres al mercado laboral ha cambiado de manera notable –aunque con importantes limitaciones aún– la vida doméstica, las relaciones económicas en el seno familiar y, consecuentemente, las relaciones de poder en la familia y en la vida social. El modelo de organización social de nuestra cultura es profundamente androcéntrico y no solo no tiene en cuenta las peculiaridades de los ciclos vitales de las mujeres, sino que las castiga por no correr al mismo ritmo que sus compañeros y «entretenerse» en su carrera teniendo criaturas, llevando a cabo trabajos de cuidado y afectivos de los que sus compañeros se desentienden. De hecho, los años dedicados a estas tareas de sostenibilidad de la vida no se descuentan en el currículum, por lo que los varones obtienen ventaja por su falta de solidaridad en las tareas de civilización del mundo. Algo similar se produce en torno a las pensiones que se calculan de acuerdo con un modelo de vida laboral derivado de la división sexual del trabajo, por lo que la frecuente variabilidad en el trayecto femenino perjudica claramente el nivel económico de las mujeres en la vejez.

La precariedad con que las mujeres de las generaciones anteriores se enfrentan a la vejez, en términos económicos, se relaciona con el hecho de que en muchos casos han entrado y salido del mercado laboral en función de las necesidades económicas de la familia y de las exigencias del cuidado del marido y las criaturas; mujeres que han abandonado empleos interesantes por seguir al marido errante en sus trabajos, que han evitado ascender en su carrera profesional por temor a herir el honor masculino y que han salido a trabajar «en cualquier cosa» cuando el dinero masculino no ha entrado en la casa. En definitiva, la definición heterosexual marca hoy la vejez de las mujeres que enterraron su capital de partida en el matrimonio, con la idea de que este –o Dios o quién fuera– proveería sus necesidades económicas en la vejez, pero cuando ha llegado la hora de la verdad todos han mirado hacia otra parte y ellas se han encontrado en la miseria.

El hecho de que el feminismo haya hecho hincapié en la necesidad de que las mujeres dispusieran de un «monedero propio» –una vida independiente, una carrera– no debe interpretarse como si desearan asumir el modelo laboral masculino. De hecho no es así, aunque algunas mujeres no tienen más remedio que asimilarse a él, si desean seguir adelante en su trayectoria profesional. Muchas mujeres de las nuevas generaciones, a pesar de su incorporación decidida al mundo laboral, siguen estructurando su vida laboral alrededor de las necesidades de la familia y de sus obli-

gaciones de cuidado. La flexibilidad laboral que ejercen las mujeres no suele ser una «elección»: necesitan el trabajo flexible para compatibilizarlo con las exigencias familiares. Las mujeres desean un «equilibrio» entre el trabajo remunerado y sus otras actividades vitales, incluyendo el tiempo de ocio, de cuidado y de trabajo voluntario. Uno de los retos de los nuevos tiempos será tener en cuenta las nuevas y creativas formas de vida que las mujeres están poniendo en práctica –la mayoría aun como llaneras solitarias–, abocadas a ellas dadas las duras condiciones que las formas tradicionales de relación –derivadas del amor romántico heterosexual– les imponen.

REPLANTEAR EL MODELO DE JUBILACIÓN

Probablemente el modelo androcéntrico de jubilación, según el cual se pasa de trabajo remunerado al «no trabajo» de un día para otro, sea algo que deba revisarse, poniendo en valor, justamente, el ciclo laboral de las mujeres que introduce trayectorias variables muy diversas, en las que –junto al trabajo estrictamente remunerado– se incluyen los trabajos de cuidado, el trabajo afectivo, el voluntariado y determinadas actividades comunitarias y sociales de gran calado y enorme valor social, como tareas civilizadoras insustituibles que permiten la sostenibilidad y la humanización de la vida.

De la misma manera que la diversidad es la norma, cuando hablamos de las nuevas formas familiares del siglo *xxi*, también lo es cuando observamos la pluralidad de situaciones que definen la vida laboral de las mujeres desde finales del siglo *xx*. La reflexión llevada a cabo por algunas estudiosas propone un modelo laboral prejubilatorio, a modo de transición intermedia entre el trabajo y el no-trabajo, que podría suponer una mejora en la vivencia de la jubilación, aminorando la crisis de significado e identidad que puede derivarse de un modelo vital único –como ocurre con frecuencia entre los varones. De hecho, en algunas empresas se facilita la jubilación de las y los trabajadores, permitiendo reducir horas o ámbitos de trabajo –por ejemplo, en algunas universidades se suprimen las horas de docencia, pero se mantienen las actividades investigadoras, aprovechando el caudal intelectual del profesorado–; esa reducción de las horas de trabajo a medida que se aproxima la edad de jubilación puede acomodarse en gran medida a la diversidad de trayectorias laborales de las mujeres.

Para muchas mujeres, puede convenir por razones financieras –dadas sus erráticas historias laborales con sus graves consecuencias en la pensión de jubilación– alargar su vida laboral, aunque sea de manera parcial, pudiendo incluir tiempos para el trabajo remunerado junto a tiempos para otras actividades de interés, pese a no ser retribuidas. Sin olvidar el cambio estructural que supone la longevidad actual: para las generaciones anteriores la jubilación coincidía con la entrada en la «vejez», con una pérdida de facultades, con la senectud. Hoy, a los 65 años la mayoría de la población disfruta de una salud envidiable y dispone de conocimientos y habilidades que la hace sumamente útil en muchas de las esferas de la vida laboral, social y comunitaria. Todo ello hace plausible la idea de crear una jubilación «a la carta» que permita a las personas que lo deseen compensar algunas de las dificultades con que pueden encontrarse en el momento de la jubilación forzosa.

Un único modelo de jubilación no responde a las diferentes implicaciones en el mundo laboral y familiar de las mujeres. Las nuevas formas de jubilación que la sociedad deberá plantearse emergen, de hecho, de esta diversa y plural realidad vital y laboral y también, en estos tiempos de crisis, de la de las nuevas generaciones de mujeres y hombres para los que el empleo no va a ser ya más un tema de «seguridad vital», como lo ha sido para los varones históricamente y hasta el momento presente. Podríamos decir que nos encontramos ante una sociedad en la que la inseguridad laboral y económica iguala a mujeres y hombres por abajo y –ahora que les afecta también a ellos– parece llegado el momento de revisar las formas de jubilación, para tener en cuenta situaciones nuevas; esta ha sido una demanda que han mantenido las mujeres tiempo y tiempo. La diferente manera de relacionarse las mujeres con el mercado laboral ha sido considerada históricamente como un déficit; aunque ahora la crisis actual parece que minimiza las diferencias de género en el mundo laboral.

El miedo a la precariedad económica seguirá siendo un sentimiento prevalente en las mujeres de las próximas generaciones que han mantenido empleos intermitentes, especialmente para las que no tienen pareja y cuentan con cargas familiares. Esta inseguridad se fundamenta en el empleo a tiempo parcial, en la conciliación, en la flexibilidad laboral que ha situado a las mujeres en una posición financiera vulnerable al impedirles tener unos ingresos seguros y una continuidad laboral que garantizara su jubilación. Probablemente, gracias a las reflexiones derivadas del pensamiento feminista, las nuevas mujeres mayores se habrán tomado en serio

la continuidad laboral y las pensiones, por lo que disminuirá el número de ancianas pobres.

HACER BELLEZA O HACER SALUD

Envejecer no es fácil, en una sociedad como la nuestra en la que la belleza se sustenta sobre dos elementos de difícil consecución a medida que nos hacemos mayores: la juventud y la delgadez. Ser joven, cuando se tiene más de sesenta años, supone un oxímoron: no se puede ser mayor y joven y, además, estar delgada, viniendo de una historia de alimentación penosa y siendo educadas en un modelo estético que es en sí mismo estático, tampoco supone una tarea fácil en la edad mayor.

El cambio cultural acerca de la imagen del cuerpo de la mujer se ha producido fundamentalmente desde principios del siglo xx. Naomi Wolf sitúa el inicio de la preocupación por la dieta y la delgadez a partir de 1920, cuando las mujeres occidentales empiezan a conseguir el voto y la emancipación legal, con algunas oscilaciones en función de la mayor o menor exaltación de la maternidad como destino. Sin embargo, será claramente a partir de 1965, con la aparición del modelo escuálido Twiggy, cuando las mujeres empiecen a adelgazar de manera evidente y, con ello, a sufrir por su peso que siempre consideran excesivo. A pesar de que las mujeres han avanzado en derechos, en estatus y en poder, lo cual les debería aportar una alta autoestima, mayores sentimientos de competencia y valor, la preocupación obsesiva por el peso las llevará a sentirse «normativamente» desgraciadas, a pesar de sus avances reales que deberían concretarse en todo lo contrario.

Las mujeres ancianas del futuro han podido llevar a cabo una reflexión individual y colectiva acerca de los mensajes y mandatos recibidos respecto a la belleza y han podido ir construyendo su propio pensamiento sobre ella. Las ideas sobre la belleza hoy han ido cambiado y podemos apuntar hacia un nuevo concepto de belleza que integra y realiza a las personas, que no las limita por la edad, ni obliga a un determinado aspecto exterior, sino que profundiza hacia el interior de cada ser, partiendo de una estima personal. En este nuevo concepto se valora más la belleza interior, la particular o singular, la belleza de quien se acepta y se quiere a sí misma y, todo esto, se refleja en sus modelos estéticos. La belleza reside en los procesos psicológicos y personales que llevan a las mujeres a mostrarse seguras y confiadas en unos cuerpos que pueden situarse más lejos o más cerca de los cánones establecidos. Un elemento básico en la defi-

nición de la belleza es la consideración de que esta no se concreta en unos rasgos más o menos perfectos, en una apariencia armoniosa y acorde con las normas, sino en el reflejo externo de unas características personales y relacionales que se muestran en el exterior como autoaceptación y armonía que es percibida por el ojo de quien mira.

Las demandas culturales nos han impelido históricamente a implicarnos en «prácticas disciplinarias» de gran coste físico, económico y psicológico para mantener nuestra apariencia; prácticas que suponen estrategias globales de control, en este caso biopolíticas de control de cuerpo femenino que llevan a las mujeres a un continuo «tener que hacer», porque si no, no existen. Naomi Wolf lo resume diciendo: «El verdadero problema es la falta de elección». Frente a ello, las mujeres ancianas del futuro se habrán iniciado en la toma de decisiones acerca de cómo desean vestir, arreglarse, mostrarse. Llevando a cabo un cuidado personal que no se vive como un imperativo que hace sufrir porque si no se cumple se es excluida, como un dolor o una obligación, sino como un elemento de placer o divertimento, de identidad personal y aceptación de lo que la naturaleza ha dispuesto para cada una, de libertad. Belleza para sentirse bien.

Dado que las imágenes convencionales de las mujeres de más de sesenta años con las que crecimos no tienen ya nada que ver con nosotras, tendremos que construir nuevos patrones. El tema crucial para las nuevas mujeres mayores consiste en la búsqueda de un modelo de belleza que nos transporte de la viejecita arrugada, vestida de negro, cuya implicación en su imagen corporal brilla por su ausencia, a una tipología en la que quepa la diversidad y el divertimento, más que la obligación de la máscara en el proceso de ocultación de la edad. En definitiva, se plantea un cuestionamiento de hasta qué punto las mujeres mayores están dispuestas a llegar para identificarse con lo que es considerado atractivo en nuestra sociedad, hasta dónde se está dispuesta a «conformarse» de acuerdo con un modelo para alcanzar una imagen de la apariencia del envejecer «correcto», teniendo en cuenta que los modelos de belleza femeninos suelen estar más allá de la capacidad de la mayoría de los seres humanos mayores.

SALUD Y TRABAJO REMUNERADO

La salud de las mujeres mayores del siglo **xxi** se beneficiará de las reflexiones derivadas de las redes de mujeres para la salud que desde finales de los años noventa del siglo pasado han llevado a cabo interesan-

tes estudios sobre la morbilidad diferencial de mujeres y hombres y han cuestionado los tratamientos, los diagnósticos y las prácticas médicas en relación a la salud de las mujeres.

Un tema de gran importancia en la vida de las futuras ancianas es la relación entre la incorporación masiva de la población femenina al trabajo remunerado y la experiencia de su salud. En qué medida la participación de las mujeres en el mercado laboral ha supuesto una fuente de salud física y mental –incluso cuando este haya sido duro, mal pagado y poco reconocido–, frente a la de sus antecesoras, amas de casa o trabajadoras sin remuneración. No hay mucha investigación acerca del tema de los beneficios del trabajo remunerado en la salud de las mujeres, pero estos señalan que los factores sociales y relacionales protegen contra la enfermedad física o mental, al permitir mejorar la autoestima, la seguridad en la toma de decisiones y ofrecer apoyo social y también mayores sentimientos de satisfacción vital.

El trabajo remunerado tiene también otras ventajas saludables: permite estructurar el tiempo individual, proporciona medios económicos, contactos sociales e identidad laboral. En el caso de las mujeres se considera que la participación en el mundo laboral mejora la salud en la medida en que proporciona, además de independencia económica y autoestima, estatus social y poder. El apoyo social que facilita el trabajo remunerado es valorado como el elemento más importante para mantenerse en él, al margen de la posible necesidad económica. Las participantes en la investigación acerca de salud y trabajo remunerado de Forssén y Carlstedt hacen hincapié en que este les permite manejar y aliviar las enfermedades y que el trabajo remunerado ofrece numerosos beneficios en relación a la salud, entre los que destacan el hecho de tener una vida significativa, sentirse competente y necesitada, recibir reconocimiento, tener humor y que los días estén de este modo más estructurados.

CIUDADANAS, NO CONSUMIDORAS

Uno de los cambios clave en la configuración de la vejez de las mujeres del siglo XXI es su consideración personal de «ciudadanas», con las consiguientes experiencias que de este concepto se derivan y su negativa a ser excluidas de las prácticas de ciudadanía que con tanto sacrificio han conquistado como generación.

Ciudadanas, mujeres participando en la vida pública que en el caso de nuestras futuras ancianas no suelen estrenarse en ellas a la vejez. Normal-

mente –en tiempos anteriores– estuvieron vinculadas a otros ámbitos de actividad vecinal, social y/o política. Vienen de trayectorias de implicación social en la esfera pública y no se puede decir que su participación se derive de su nueva situación de mujeres jubiladas o porque disponen de más tiempo libre: son mujeres activistas que han envejecido. De hecho, esta continuidad en la implicación y participación social se relaciona con niveles educativos altos, independientemente de la edad o el sexo. Podemos decir que nos encontramos ante una «cultura de la militancia» o de la participación en sus diversas formas, en las mujeres mayores.

La participación permite a las mujeres mantenerse en la brecha del aprendizaje y de la adquisición de conocimientos de última hora. Es una forma de no jubilarse –en el sentido de la pérdida de la onda social y cultural– y de sentirse «formando parte de» –alejando el fantasma de la soledad que puede presentarse en la vejez; además de sentir que se participa del sueño de la construcción de un mundo mejor, contribuyendo al cambio social. Su introducción en la cultura incluye también el interés por el arte y sus diversas manifestaciones: el mundo de la imagen, el cine, la televisión, las artes plásticas, el teatro, la literatura, que ha iluminado toda su vida y les ha ayudado a imaginar mundos posibles.

La jubilación femenina se presenta como una etapa privilegiada para el compromiso, tanto hacia los seres más cercanos, como en las asociaciones, en el trabajo a tiempo parcial, en la vida política y democrática cotidiana de la comunidad. Las mujeres mayores son activas en múltiples sectores de la vida social, además de desempeñar un papel determinante en los cuidados familiares y el voluntariado y también en la vida democrática y política. En su afán de compaginar los diferentes mundos: familia, trabajo, comunidad, han mantenido una relación delicada entre estos diversos ámbitos públicos y su vida familiar, en la que las negociaciones en términos de tiempo y deseo no han solido ser fáciles. La familia y las necesidades de sus seres queridos han condicionado el compromiso social de estas mujeres que han mostrado una voluntad sostenida de conciliar su vinculación social, política y vecinal con las necesidades de su familia. Esta generación ha pasado de la casa a la ciudad; se ha aventurado a ocupar espacios nuevos; ha asumido otros papeles sociales y creado modelos inéditos de mujeres en el mundo público, de ciudadanas comprometidas, más allá de las fronteras de la edad.

Estas mujeres han vivido presionadas por la familia y por la religión católica, así como por los valores que de ambas instituciones se han derivado en la constricción de sus vidas. Han conquistado derechos civiles (voto), sociales (educación, trabajo remunerado, dinero propio) y perso-

nales, convencidas de que «lo personal es político» (aborto, divorcio, control de la natalidad, de su cuerpo y de su sexualidad). Hijas de mayo del 68, han conquistado un mundo propio, no sin grandes contradicciones, malestares y sufrimientos afectivos e intelectuales, tratando de mantener una coherencia entre su vida privada y su vida pública.

Han roto claramente con el modelo de vida de sus madres y abuelas, pero carecen de modelos validados, así que apoyándose unas a otras van trazando los nuevos caminos para las generaciones del futuro. Han sido pioneras en numerosos ámbitos: en la política, en la universidad, en la academia, en el sindicato; han contribuido a que las mujeres de las siguientes generaciones tengan de manera más fácil el acceso a la ciudadanía, a su propio cuerpo, a la cultura y al mercado de trabajo, gracias a su participación en las tareas de representación política, de defensa de los derechos y también en actividades sociales o de voluntariado. Muchas no se definen como feministas; sin embargo, su vida y las conquistas personales y sociales por las que han luchado han contribuido de manera clara a que la vida de las mujeres sea mejor.

¿SER ÚTIL O UTILIZADA?

Las ancianas de hoy han formado parte de la «generación sándwich». Han permanecido al servicio de su familia, de sus progenitores mayores y de sus hijas e hijos que siguen necesitando su ayuda, como abuela, como madre. Aunque en algunos momentos se puede considerar que el apoyo que estas mujeres mayores prestan a sus hijas les permitirá situarse en el mercado laboral y disponer de la libertad y la independencia de la que sus madres han carecido, lo cierto es que el trabajo abnegado de estas abuelas contribuye a perpetuar los modelos de relación tradicional, al impedir que sus hijas negocien con sus parejas las tareas de cuidado. Esta es una generación que no se va a repetir, porque estas hijas, cuando son interrogadas acerca del tema, afirman claramente que ellas no van a cuidar de sus nietas y nietos como han hecho sus madres.

La tendencia creciente a mantener el discurso utilitario en relación con las personas mayores supone una forma de edadismo que empieza a ser cuestionado por las propias personas mayores al desvelar algunas de las trampas que residen en la cultura de la participación. ¿Se trata de ayudar o simplemente se enmascara un trabajo gratuito?, ¿de ser útil a una causa o de ser utilizada como mano de obra gratuita en esa causa? Con demasiada frecuencia se ve a las personas mayores en términos de su potencial trabajo voluntario, resolviendo una serie de necesidades sociales que nadie cubre.

Han sido mujeres educadas en la renuncia a su tiempo libre y a sus deseos, por lo que tienen dificultades para decir «no» y marcar los límites. Desean estar implicadas y politizadas, pero a veces se sienten explotadas; con su participación desean asegurar la continuidad de las causas que emprendieron en otros tiempos (feminismo, ciudadanía, sociedad, familia, etc.), están orgullosas de haber pavimentado el camino para las nuevas generaciones. Son generativas y desean legar su conocimiento y su obra a las jóvenes generaciones; prefieren ser vistas como personas activas, en constante aprendizaje, abiertas a las nuevas tendencias y tratando de cambiar el mundo para mejor. ¿Preconizamos una vejez activa o una vejez incansable? ¿Dónde está el necesario tiempo de silencio?

VÍNCULOS Y RELACIONES EN LA EDAD MAYOR

La diversidad caracteriza la vida afectiva y relacional de las mujeres que hoy empiezan a ser mayores, no sin dolor. A pesar de todo, la familia es y parece que seguirá siendo un tema importante en la vida de las mujeres de todos los tiempos. La ideología de la familia tradicional ha atravesado la vida de las mujeres de todas las edades, a pesar de que desde hace ya casi medio siglo se han ido perfilando nuevas formas familiares. Al modelo familiar tradicional (entendido como modelo universal, a pesar de que es fundamentalmente fruto de la división sexual del trabajo del siglo XIX, caracterizado por la dependencia económica de la mujer y la ausencia de implicación masculina en las tareas de cuidado y en las tareas domésticas), le han seguido otros modelos derivados de la inserción de las mujeres en el mercado laboral y de las reivindicaciones feministas en cuanto a la equidad en el reparto de responsabilidades. Los nuevos modelos han deconstruido el mito familiar mostrando una gran variabilidad de modelos a los que se otorga la misma validez legal, social y personal, entre los que se encuentran la familia heterosexual igualitaria, la familia monoparental mujer y también la monoparental hombre, la familia homosexual –lesbiana y gay– y las nuevas «familias de elección». Todas ellas derivadas de los cambios sociales del siglo XX y de las consideraciones teóricas del feminismo.

Sin embargo, ser mujeres críticas no nos ha inmunizado por arte de magia de la influencia cultural en que nos hemos socializado. El discurso patriarcal-marital no se evade fácilmente, por lo que la construcción de los nuevos modelos de relación y vínculo exige imaginar, y poner en práctica, nuevas fórmulas, para las que no hemos tenido modelos consolidados.

Los nuevos modelos en construcción han permitido un cambio social; ya no se supone que haya una especialización natural de las tareas de crianza en las que la madre es la única que puede asegurar un correcto desarrollo físico y psíquico de las criaturas, sino que se privilegian sobre todo las relaciones igualitarias y la conciliación en cada uno de los miembros de la pareja –homo o hetero– de las cualidades psicológicas y comportamentales que permitan un desarrollo armónico de las criaturas.

El matrimonio heterosexual ha seguido siendo un objetivo en la vida de estas generaciones, aunque en menor medida. Lo cierto es que muchas de estas nuevas ancianas se casaron en su momento por amor –no para resolver su vida económica como las generaciones anteriores– con hombres que, si bien sostenían en teoría el discurso de la igualdad, en la práctica se comportaban como sus padres. La convivencia con estos maridos cuyos discursos teóricos mostraban sensibilidad social y armazón democrático, pero que no renunciaron a sus privilegios de género que asumían como algo «natural», generó muchos conflictos de relación y con ello un aumento de la tasa de divorcios y separaciones. Las mujeres de las nuevas generaciones que han deseado mantener relaciones igualitarias con sus parejas han tenido que desplegar estratégicamente una variedad de discursos e implicarse en numerosas prácticas diferentes para manejar los contextos de la vida cotidiana. Las desigualdades en las relaciones íntimas no son solo producto de las negociaciones interpersonales, sino resultado de los efectos limitadores de las normas culturales y otros espacios significativos socialmente, como la familia de origen.

LA CULTURA *SINGLE*

Si sus antecesoras eran esposas, madres, hijas, vecinas; ellas son parejas, amantes, madres y madrastras, hermanas, colegas, cibernovias y, sobre todo, divorciadas. Las próximas ancianas que son las mujeres que hoy se sitúan en la cincuentena tienen el doble de probabilidades de estar divorciadas que las viejas de hoy. Esta generación de nuevas ancianas ha estrenado la práctica de la vida *single*. Por una parte, como hemos señalado, se divorciaron y separaron cuando las contradicciones de las prácticas de igualdad en la vida cotidiana se hicieron demasiado patentes, y, por otra, también es cierto que –en la medida en que podían elegir– muchas de ellas optaron desde mucho antes por vivir vidas que no incluían el matrimonio heterosexual.

Esta generación fue la que deconstruyó el antiguo concepto de «solterona» que atormentó y mediatizó las opciones de vida de sus madres y abuelas. Las ancianas del siglo **xxi** aún han convivido con el fantasma de la soltería, pero ya a media voz, en una sociedad que ya no se lo creía. No deseaban cargar con la losa del matrimonio convencional y el convento no era ya una opción interesante, por lo que inauguraron el camino profesional y el control de su vida afectiva bajo nuevos parámetros. Por unas razones u otras aprendieron a vivir solas muchos años antes que sus madres —que lo hicieron con todas las bendiciones sólo cuando se quedaron viudas, aunque el grupo de separadas/divorciadas que no hicieron en su momento previsiones económicas son las que se encuentran en peor situación económica en la vejez— y, con ello, a manejar todos los hilos de su vida (economía, sexualidad, independencia), no sin dificultad, dada la falta de modelos en que mirarse.

Frente a lo efímero de las relaciones afectivas y la fragilidad de los vínculos amorosos, las nuevas generaciones de mujeres mayores han puesto en práctica unas relaciones de vínculo y apoyo que podemos denominar las «familias de elección»: redes normalmente de mujeres, salpicadas por algunos varones, que constituyen un fuerte entramado de apoyo y suponen un antídoto contra la soledad y el aislamiento. Fuentes de conocimiento cultural, de apoyo social, de intercambio de saberes, de vínculo y seguridad emocional, estas nuevas formas de familia permiten a las mujeres mayores disfrutar de su vida en soledad con la seguridad de que nada malo puede ocurrirles, dada la eficacia de funcionamiento de la estructura en red de estas «familias de elección».

ANCIANAS DE HOY Y DE MAÑANA

Muchos de los arreglos vitales, profesionales y relacionales que las mujeres han ido consiguiendo en el siglo **xx** fueron apuntados por las preclaras escritoras de finales del **xix** y principios del **xx** (Edith Warton, Charlotte Perkins Gilman, Kate Chopin, Willa Cather, Virginia Woolf, Katherine Mansfield, etc.) que tuvieron la agudeza histórica de escribir relatos y novelas en los que preconizaban nuevos tiempos para la relaciones y trazaron los caminos para el gran cambio, proponiendo modelos de mujer independientes profesional, política y emocionalmente. Autoras cuyas obras han supuesto un faro que ha iluminado la vida de las mujeres, orientando el nuevo ciclo vital de las mayores del futuro.

El siguiente cuadro se plantea como una síntesis de algunos de los ámbitos en los que las transformaciones sociales –que van a marcar las diferencias entre las ancianas de hoy y las de dentro de dos décadas– se pueden manifestar de manera más clara. No son estos los únicos posibles, la velocidad de transformación de la vida social y relacional nos permite suponer que estos son solo algunos, válidos para determinadas personas, y que la imaginación y la creatividad individual y colectivas tendrán que hacer el resto.

Mujeres ancianas siglo xx	Mujeres ancianas siglo xxi
Longevidad	
A los 60 años: final de la vida	Aumento de las expectativas de vida
	A los 60 años: nuevos inicios
Cultura	
Sin estudios	Con estudios
Escaso acceso a la cultura	Ampliación espacios culturales
Religiosidad	Nueva espiritualidad
Trayectoria profesional	
Ama de casa	Trabajo remunerado / Conciliación
Pobreza en la vejez	Jubilación
Salud y belleza	
Mala salud percibida	Redes de salud feminista
Alimentación secundaria	Conocimientos dietéticos y saludables
Sin actividad física y deportiva	Actividad física y deportiva
Entrega tiempo propio	Control sobre el tiempo. Límites
Sin tiempo de ocio	Dispone de tiempo para sí
Belleza desvalorizada	Presión modelos de belleza, nuevos modelos
Vínculos afectivos	
Familia clásica / matrimonio	Nuevas formas de familia.
	Divorcio, cultura <i>single</i>
Muchos hijos e hijas	Pocos hijos e hijas.
	Sexualidad negociada
Cuidadora / abuela 4x4	Cuidadora en red
Heterosexualidad	Libertad opción sexual
Vecinas	Amigas / redes
Vivir a solas en la vejez	Vivir a solas desde mucho antes

Los cambios sociales que han transformado la vida de las mujeres y de los hombres a lo largo del siglo xx exigirán poner en práctica estrategias sumamente creativas para vivir en paz y felices durante los últimos años de la larga vida.

La marea de los cambios sociales lleva a las nuevas ancianas a playas diferentes de aquellas que acogieron a sus antecesoras; pero no han llegado solamente empujadas por las circunstancias. Por primera vez en la historia estas mujeres maduras han elegido sus caminos y navegado de acuerdo a sus propias cartas náuticas. Evidentemente esto no impide los naufragios, pero hace que el viaje tenga más interés y más significado.

BIBLIOGRAFÍA

- ARBER, SARA y GINN, JAY (1996): *Relación entre género y envejecimiento. Enfoque sociológico*, Narcea, Madrid.
- BARNETT, ROSALIND C. y BARUCH, GRACE K. (1978): «Women in the middle years: A critique of research and theory», *Psychology of Women Quarterly*, 3, pp. 187-197.
- BERNARD, MIRIAM; PHILLIPS, JUDITH; MACHIN, LINDA y DAVIES VAL HARDING (eds.) (2000): *Women Ageing. Changing Identities, Challenging Myth*, Routledge, Londres.
- CORIA, CLARA (2001): *El amor no es como nos contaron... ni como lo inventamos*, Paidós, Buenos Aires.
- CHARPENTIER, MICHELE; QUENIART, ANNE y JULIE JACQUES (2008): «Activism among older women in Quebec, Canada: Changing the world after age 65», *Journal of Women & Aging*, 20 (3-4), pp. 343-360.
- ELIZABETH, VIVIENNE (2003): «To Marry, or Not to Marry: That is the Question», *Feminism & Psychology*, 13 (4), pp. 426-431.
- ERIKSON, ERIK H. (1963/1970): *Infancia y sociedad*, Paidós, Buenos Aires.
- EVERINGHAM, CHRISTINE; WARNER-SMITH, PENNY y JULIE BYLES (2007): «Transforming retirement: Re-thinking models of retirement to accommodate the experiences of women», *Women's Studies International Forum*, 30 (6), pp. 512-522.
- FORSSEN, ANNIKA S. K. y GUNILLA CARLSTEDT (2007): «Health-Promoting Aspects of a Paid Job: Findings in a Qualitative Interview Study With Elderly Women in Sweden», *Health Care for Women International*, 28, pp. 909-929.
- , CARLSTEDT, GUNILLA y CHRISTINA M. MORTBERG (2005): «Compulsive sensitivity-A consequence of caring: A qualitative investigation into women

- carer's difficulties in limiting their labours», *Health Care for Women International*, 26, pp. 652-671.
- FORTIN, PIERRETTE (2005): «Un regard féministe sur les modèles de famille», *Atlantis*, 30 (1), pp. 80-91.
- FOUCAULT, MICHEL (1975/1994): *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Siglo XXI, Madrid.
- FREDRICKSON, BARBARA L. y TOMI-ANN ROBERTS (1997): «Objectification theory: Toward understanding women's lived experiences and mental health risks», *Psychology of Women Quarterly*, 21 (2), pp. 173-206.
- FREIXAS, ANNA (1993): *Mujer y envejecimiento. Aspectos psicosociales*, La Caixa, Barcelona.
- (1997): «Envejecimiento y género: otras perspectivas necesarias», *Anuario de Psicología*, 75 (2), pp. 31-42.
- (2002): «Dones i envelliment. Apunts per a una agenda», *DCIDOB*, 82, pp. 36-39.
- (2004): «Abuelas en la encrucijada», en M. JOSÉ PORRO (ED.): *Vivir la Historia... Contar la Vida*, Universidad de Córdoba, pp. 287-304.
- FRIEDAN, BETTY (1993/1994): *La fuente de la edad*, Planeta, Barcelona.
- GANNON, LINDA (1999): *Women and Aging. Transcending the Myths*, Routledge, London.
- GILLIGAN, CAROL (1982/1991): *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino*, FCE, México.
- GREER, GERMAINE (1991/1993): *El cambio. Mujeres, vejez y menopausia*, Anagrama, Barcelona.
- KINGSBERG, SHERYL A. (2002): «The impact of aging on sexual function in women and their partners», *Archives of Sexual Behavior*, 31 (5), pp. 431-437.
- LEVINSON, DAVID J. (1978): *The seasons of a man's life*, Knopf, Nueva York.
- LIBRERÍA DE MUJERES DE MILÁN (1987/1991): *No creas tener derechos*, horas y horas, Madrid.
- LUQUE SALAS, BÁRBARA (2008): «El itinerario profesional de las mujeres jóvenes: una carrera de obstáculos», *Anuario de Psicología*, 39 (1), pp. 101-107.
- MAGARIAN, ALBERT (2003): «Les mouvements associatifs», *Gérontologie et Société*, 106, pp. 249-261.
- MILAN, ANNE (2005): «Volonté de participer. L'engagement politique chez les jeunes adultes», *Tendances sociales canadiennes* (Statistique Canada, N.º 1-008), pp. 2-7.
- PEARSALL, MARILYN (Ed.) (1997): *The other within us. Feminist explorations of women and aging*, Westview Press, Boulder.
- QUENIART, ANNE y JOCELYNE LAMOUREUX (eds.) (2003): «Femmes et engagement», *Les cahiers de recherche sociologique*, 37, pp. 5-18.

- SORENSEN, GLORIAN y LOIS M. VERBRUGGE (1987): «Women, work, and health», *Annual Review of Public Health*, 8, pp. 235-251.
- THOMAS, GERARD y SARAH FOGG (2000): *The best times, the worst of times. Older woman's retirement experience. Messages for future older women (Report)*, Older Women's Network, Sydney.
- TOBIO, CONSTANZA (2005): *Madres que trabajan. Dilemas y estrategias*, Cátedra, Madrid.
- VALLS LLOBET, CARME; BANQUE, MARTA; FUENTES, MERCE y JULIA OJUEL (2008): «Morbilidad diferencial entre mujeres y hombres», *Anuario de Psicología*, 39 (1), pp. 9-22.
- WOLF, NAOMI (1991): *El mito de la belleza*, Emecé, Barcelona.
- WOOLF, VIRGINIA (1999): *Tres Guineas*, Lumen, Barcelona.

Recibido el 9 de marzo de 2009

Aceptado el 30 de abril de 2009

El cuidado en la trayectoria vital: rompiendo moldes con criterios de justicia y felicidad

Care in the life course: breaking the mould with criteria of justice and happiness

IRENE COMINS MINGOL

DEPARTAMENT DE FILOSOFIA I SOCIOLOGIA

UNIVERSITAT JAUME I, CASTELLÓ

Resumen

Las actividades del cuidar acompañan a los seres humanos a lo largo de la vida, siendo un eje vertebral de la organización social para la satisfacción de las necesidades humanas básicas. Sin embargo, a pesar de su relevancia para el bienestar y el desarrollo humano, sus implicaciones sociales, económicas y culturales no han estado suficientemente abordadas. Existe, además, respecto a las tareas del cuidar una desigual distribución de responsabilidades entre hombres y mujeres, siendo estas últimas las que histórica y tradicionalmente han venido desarrollando casi en exclusividad las actividades del cuidar. Este hecho ha repercutido negativamente en las mujeres (con el fenómeno de la doble jornada laboral, el techo de cristal, el síndrome de la abuela esclava, etc.) pero también en los hombres (crisis ante el desempleo, la jubilación, falta de realización afectiva y emocional, etc.). En este artículo se propone compartir las tareas del cuidar a lo largo de la trayectoria vital entre hombres y mujeres tanto por criterios de justicia como de felicidad y autorrealización. Ello supondrá reconceptualizar aspectos centrales de la organización social como son el trabajo y la educación.

Palabras clave: ética del cuidado, coeducación, bienestar, justicia.

Abstract

Caring activities are part of our condition as human beings all our life, being a central point of the social organization to meet human basic needs. Nevertheless, despite of its relevance for human development and well-being, its social, economic and cultural implications has not been addressed sufficiently. There is also an unequal distribution of caring activities between men and women, being women who support almost in exclusivity the responsibility of caring. This fact has negative consequences on women (with the double day work, the glass ceiling phenomenon, the slave grandmother syndrome, etc.) but also on men (identity crisis in the presence of unemployment, at the arrival of the retirement, lack of emotional and affective realization, etc.). In this article the author proposes sharing the activities of caring between men and women not only according criteria based on justice and equity but also on felicity and self-realization. It will imply rearrangements on basic dimensions of social organization from a life-course perspective, like work and education system.

Keywords: care ethics, coeducation, well-being, justice.

INTRODUCCIÓN

El objetivo general de este artículo es acercar y abrir un diálogo entre las reflexiones que se vienen realizando desde los presupuestos filosóficos de la ética del cuidar por un lado y las propuestas sociológicas sobre la teoría crítica del curso vital del otro lado. El punto de partida será una sociología crítica del curso vital, sensible a las desigualdades sociales y con perspectiva de género.

Con este fin, el artículo se organiza en tres apartados. En primer lugar se presenta brevemente la ética del cuidar, con un acercamiento a sus orígenes, características e implicaciones. En segundo lugar, se abordan los diferentes beneficios de compartir las tareas del cuidado entre hombres y mujeres a lo largo de la trayectoria vital, organizados en dos grandes ámbitos, según se trate de criterios de justicia o bien de criterios de felicidad. Finalmente se abordan los retos fundamentales para que esta propuesta sea posible, retos especialmente vinculados con la redefinición de las estructuras laborales y con la redefinición del sistema educativo.

ÉTICA DEL CUIDADO: ORIGEN E IMPLICACIONES

Carol Gilligan explicitó por primera vez en 1982 con su obra *In a Different Voice*, la diferente capacidad moral que las mujeres han desarrollado a la luz de la socialización y la práctica del cuidar. Hasta entonces la Teoría del Desarrollo Moral se ceñía sin excepciones a la teoría propuesta por su maestro y mentor Lawrence Kohlberg (1976). Gilligan intentó ampliar la teoría moral de Kohlberg incluyendo un análisis sobre las experiencias morales de las mujeres, ya que la teoría de Kohlberg se construyó sobre el estudio, durante un período de más de veinte años, de ochenta y cuatro niños varones (Gilligan, 1986: 40). Otra de las anomalías que Gilligan detectó en la escala del desarrollo moral de Kohlberg fue la puntuación persistentemente baja de las mujeres al ser comparadas con sus iguales varones (Benhabib, 1990: 20). Ese desvío en la puntuación se debía a que la Teoría del Desarrollo Moral se había construido sólo en base al estudio de la experiencia de hombres pero se aplicaba pretendiendo universalidad tanto a las mujeres como a los hombres. Gilligan detectó en su análisis de las mujeres una diferente voz moral más relacional, que situaba como preferente la preservación de las relaciones, en oposición con la *ética de la justicia*, de la teoría del desarrollo moral según Kohlberg, en la que se sitúa como preferente la obediencia a normas mo-

rales universales. Es importante señalar que esa diferente perspectiva moral de las mujeres es resultado de la división sexual del trabajo y de la aguda división entre lo público y lo privado. Hombres y mujeres desarrollan así dos perspectivas morales distintas en función de esa desigual atribución de responsabilidades: «Ética del cuidado» versus «Ética de la justicia».

Victoria Camps resume las características de la ética del cuidado en contraposición a la ética de la justicia de la siguiente manera (Pastor Yuste, 2007: 40): 1) Se trata de una ética relacional, donde lo que importa más que el deber es la relación con las personas; 2) No se limita a concebir la ley, sino que le interesa su aplicación situacional; 3) Considera que la racionalidad debe mezclarse con la emotividad; 4) Se centra en la implicación y compromiso directo y casi personal con los otros; 5) Añade un enfoque particularizado al enfoque abstracto y general de la ética de la justicia.

Una vez presentada brevemente la ética del cuidado vamos a analizar cómo esa desigual distribución de responsabilidades, influye o afecta no sólo a la voz o perspectiva moral, sino también a la comprensión de la trayectoria vital de hombres y mujeres.

LAS TAREAS DEL CUIDAR EN LA TRAYECTORIA VITAL: LOS BENEFICIOS DE COMPARTIR

Según la concepción dominante del curso vital de las personas, se identifican tres fases que se suceden de manera consecutiva: aprendizaje, trabajo y retiro (Alonso, 2004: 25-26; Guillemard, 2007: 131). Sin embargo, desde un análisis del curso vital más centrado en el cuidado este esquema no es del todo correcto, sino que más bien desvela su androcentrismo, al ser representativo sólo de la experiencia vital de los hombres. «La organización rígida del curso vital en tres fases (aprendizaje, trabajo y retiro) no ha tenido en cuenta a las mujeres o, mejor dicho, no se ha desarrollado considerando la igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres» (Seguí-Cosme y Alfageme, 2008: 395). Al igual que ocurrió con la Teoría del Desarrollo Moral, la teoría sociológica sobre la Trayectoria Vital ha tenido en cuenta especialmente la experiencia de sujetos masculinos.

Si bien es cierto que la división tripartita del curso vital en aprendizaje (durante la infancia y la juventud), trabajo (en la edad adulta) y retiro (en edades avanzadas) es fruto de una serie de logros y motivaciones sociales, como es por ejemplo regular el trabajo infantil o asegurar las pensio-

nes de jubilación (Guillemard, 2007: 132); sin embargo, en este constructo social no se ha tenido en cuenta la experiencia de las mujeres. El modelo tripartito del curso vital encaja a la perfección con la trayectoria vital propia de los hombres. Sin embargo para las mujeres el tiempo se organiza de forma bastante diferente. La atribución social del rol de cuidadora la circunscribe en mayor medida a la esfera doméstica, al margen del mundo laboral, o vinculada a un mundo laboral temporal o parcial (Guillemard, 2007: 134).

Así, por ejemplo, encontramos diferencias de género muy reseñables en lo que se refiere a la etapa de trabajo y retiro, diferencias que tienen como raíz la desigual distribución de las tareas de cuidado y sostenimiento de la vida. En la etapa de trabajo, que tiene lugar en la edad adulta, se concentra generalmente la mayor necesidad de dedicación de las mujeres a la crianza de los hijos, lo que sumado a la incorporación al mundo laboral, supone fenómenos como la *doble jornada laboral* o el denominado *techo de cristal*.¹

Por otro lado, la etapa de retiro no lo es tanto para las mujeres, si tenemos en cuenta que la construcción social de la vejez aparece en muchos casos, y especialmente en las mujeres, ligada al cuidado de los hijos y nietos.

Parece que quienes han cuidado y siguen haciéndolo en la actualidad tienen género femenino y número singular (Ramos, 2006: 220). A pesar de encontrarnos en el siglo XXI y de que la igualdad de género se ha convertido en un discurso políticamente correcto, generalizado e indiscutido, los avances en relación a una equitativa distribución de las tareas del cuidar son todavía ínfimos. Más bien parece que la situación de desigualdad en el reparto de las tareas de cuidado, en lugar de haber mejorado con el paso de los años, ha empeorado. Según la última encuesta del IMSERSO a la población cuidadora, realizada en 2004, ha aumentado el porcentaje de mujeres que son cuidadoras principales (Ramos, 2006: 221). Otro dato revelador es que además de que ha aumentado el número de mujeres que cuidan de personas dependientes, ha aumentado su ocupación laboral fuera de casa, «lo que significa que su mayor incorporación al mercado laboral no ha ido pareja al reparto de las tareas de cuidado con los hombres» (Ramos, 2006: 221-222).

¹ Se denomina *techo de cristal* al fenómeno por el cual, a pesar de la igualdad de acceso a cargos de poder y liderazgo, estos vienen siendo ocupados mayoritariamente por varones. La dificultad en compaginar la vida pública y privada y la tradicional atribución de las tareas del cuidado a las mujeres se encuentran entre las causas determinantes para explicar este fenómeno.

Si hablábamos de la *doble jornada laboral* y el *techo de cristal* en las mujeres adultas; en las mujeres con edades más avanzadas –en lo que vendría a ser la etapa de retiro según la división tradicional del curso vital– la sobrecarga en las responsabilidades del cuidar puede generar incluso en casos extremos lo que se conoce como *síndrome de la abuela esclava* (Ramos, 2006: 229). Por lo general las mujeres mayores, colaboran no sólo en el cuidado de sus nietos y nietas, sino también indirectamente en el *cuidado* de sus hijas al ofrecerles un capital invisible pero sustancial que podemos denominar *tiempo* y que repercute para ellas en unos mayores niveles de competitividad e independencia en el ámbito laboral y personal. Como afirma Mónica Ramos,

Las mujeres mayores de 65 años han hecho una revolución, pero la han hecho en silencio, sin que nadie nos diéramos cuenta, por eso, como tantos otros logros promovidos por las mujeres, no se contará en los libros de historia. Ni siquiera el feminismo se ha percatado en su justa medida de la función de las mujeres mayores. [...] Es importante destacar [...] que las mujeres mayores han sido uno de los motores del avance de las mujeres en el siglo xx, que no es comparable, al menos de momento, con lo que ha hecho el Estado, ni mucho menos lo que han hecho sus homólogos varones, ambos poco convencidos de tener que cambiar para conseguir que la vida de las mujeres tuviera la misma calidad que la de los hombres. (Ramos, 2006: 233)

«El cuidado es un gran devorador de tiempo, que hasta ahora se ha concentrado en algunos grupos sociales, aunque apenas ha afectado la vida de otros» (Durán, 2007: 25). Las mujeres acarrean prácticamente la totalidad de estas tareas y este fenómeno repercute de manera directa en el tiempo disponible de las mujeres para dedicarse a otras actividades como la educación, la política o el tiempo libre. Si comparamos el tiempo que dedican las mujeres al cuidado de los niños y el que dedican los hombres según la Encuesta de empleo del tiempo del INE,

hay una diferencia anual de más de cuatrocientas horas, en las que cabrían muchísimas actividades que no se pueden compatibilizar. Horas de descanso, de trabajo pagado, de cuidado de sí mismas, de deporte, de estudio, de activismo político, de devoción religiosa. Cuatrocientas horas de diferencia son muchas horas. (Durán, 2007: 59)

Esta diferencia en la disponibilidad de tiempo supone para las mujeres un claro inconveniente para su desarrollo profesional, más si tenemos en cuenta que el mayor tiempo dedicado al cuidado de los niños se concentra entre los treinta y los treinta y nueve años, según la encuesta del csic (Durán, 2007: 66), edades cruciales para el mercado de trabajo y para las carreras profesionales, así como para otras ocupaciones como la carrera

política. De esta forma vemos que el así llamado *techo de cristal*, con el que tratamos de explicar por qué las mujeres todavía no se han incorporado en igualdad de condiciones en cargos y puestos de dirección, está construido, en parte, de tiempo, como si el minuterero de un gran reloj marcara la distancia hasta la que podemos llegar (Comins Mingol, 2009: 149).

Así pues, la diferente distribución de las tareas de cuidar entre hombres y mujeres pone en tela de juicio la validez o universalidad de la teoría sociológica al uso sobre el curso vital (aprendizaje-trabajo-retiro), más centrada en representar la experiencia masculina que no la femenina. «El cuidado, pues, está todavía en el centro de las contradicciones entre mujeres y hombres y en la ocupación antagónica de sus espacios. El cuidado como deber de género sigue siendo uno de los mayores obstáculos en el camino a la igualdad por su inequidad» (Ramos, 2006: 222).

Una de las principales y más conocidas reivindicaciones del feminismo en la actualidad reside concretamente en la necesidad de compartir, por criterios de justicia, las responsabilidades del cuidar. Las tareas de cuidado pueden ser compartidas entre hombres y mujeres, logrando así niveles más justos de distribución del tiempo. Evitando fenómenos como la doble jornada laboral y el techo de cristal para las mujeres. En este sentido deben compartirse tanto las tareas de *cuidado instrumental* como las del *cuidado de las personas*.² Sin embargo los argumentos a favor de compartir las tareas del cuidado entre hombres y mujeres no se reducen exclusivamente a criterios de justicia y equidad, aunque de por sí sean argumentos suficientemente sólidos y apremiantes. Debemos sumar también, por ejemplo, criterios de felicidad, autorrealización y bienestar. Vamos a revisar a continuación algunos de estos beneficios.

² El trabajo doméstico y las tareas de atención y cuidado coinciden en algunos aspectos pero en otros se diferencian. Principalmente se diferencian en que el cuidado está más dirigido hacia las personas mientras que el trabajo doméstico lo está hacia los aspectos *técnicos* de la casa. Núria Solsona i Pairó los diferencia en *cuidado instrumental* y *cuidado de las personas* (2008: 217). Pero no son totalmente excluyentes: cocinar saludablemente es un elemento importante del cuidado a nuestros familiares; mantener un hogar limpio y libre de gérmenes es también cuidar a nuestros familiares; también hacer una compra sana, económica y ecológica es cuidar de nuestros familiares, por ejemplo. Las generaciones de hombres jóvenes y de mediana edad han empezado a compartir las tareas domésticas, las tareas de cuidado instrumental, aunque más que compartir, lamentablemente es más común que simplemente ayuden en algunas cosas. Pero el cuidado de las personas es un campo bastante inexplorado para la mayoría de los hombres.

a) Autorrealización

Las actividades del cuidar, obviando los efectos negativos que pueden producir cuando existe una sobrecarga, generan en el cuidador tantos o iguales beneficios que en el ser humano que recibe la atención del cuidado. Felicidad, motivación, autorrealización, satisfacción, bienestar, crecimiento, son algunos de los beneficios de la práctica del cuidar, cuando no existe una sobrecarga sino una equitativa distribución de las responsabilidades. Así pues no sólo la desigual distribución de las responsabilidades del cuidar entre hombres y mujeres genera situaciones de injusticia y dificultades de diverso tipo en la trayectoria vital de las mujeres; también esa misma desigual distribución genera en los hombres falta de autorrealización, infelicidad, pérdida del sentido vital, etc. Así por ejemplo, en relación a la etapa de retiro en la trayectoria del curso vital, los roles de género tradicionalmente femeninos que han representado las mujeres que actualmente son mayores, están mejor adaptados para vivir la etapa de la vejez que los roles típicamente masculinos. Además «para muchas mujeres, el retiro arbitrario y brusco por razón de la edad, y el trauma asociado al mismo, no tiene lugar» (Seguí-Cosme y Alfageme, 2008: 396). Por otro lado, en la etapa de trabajo, la ratio de inactividad en hombres de 35 a 44 años ha aumentado significativamente desde 1985 y supera el 6% en países como Dinamarca, Finlandia, Bélgica, Alemania, Suecia y el Reino Unido (Guille-mard, 2007: 138). Por tanto que los hombres compartieran y se educaran en el valor del cuidar enriquecería y haría menos traumáticas estas situaciones.

En la división tradicional del curso vital en aprendizaje-trabajo-retiro, parece que el componente fundamental haya sido el del trabajo remunerado, y sobre él han construido muchas personas, especialmente hombres, su autorrealización e identidad. Si bien el trabajo es una fuente importante de motivación, identidad y autorrealización, no todo en la vida es trabajo. Las tareas de cuidado de los que nos rodean, de nuestro entorno y de nosotros mismos es una fuente de satisfacción, motivación y autorrealización que debemos aprender a compaginar si queremos tener una vida realmente llena a lo largo de nuestra trayectoria vital.

En definitiva, que los hombres puedan disfrutar y enriquecerse del mundo de los afectos, de la vida íntima y privada, algo que, de hecho, se viene reivindicando también desde los movimientos de la nueva masculinidad y de los grupos de hombres por la igualdad.

b) Autonomía

Además del beneficio de la autorrealización, conocer y compartir las tareas de cuidado es también una forma de empoderar a los hombres en estas capacidades. El hecho de que los varones no hayan sido preparados para gestionar el cuidado autónomo de sí y del entorno doméstico es en muchas ocasiones origen de frustración, impotencia y baja calidad de vida. De ahí que soporten peor la soledad, la vejez o la enfermedad. Es importante que los hombres puedan ganar en autonomía personal, capacitándose en las habilidades de auto-cuidado que las mujeres desarrollan a lo largo de su vida y que les permiten afrontar las situaciones de separación o soledad con mayor normalidad.

Sin embargo cabe reivindicar la importancia de recuperar el cuidado como valor y no solamente como técnica para la autosuficiencia.

La perspectiva androcéntrica de la mayoría de hombres y algunas mujeres convierte el «valor femenino» de la ética del cuidado en un «valor masculino», porque reivindican la «autonomía» que supone aprender el «conjunto de habilidades y afectos» que requiere cuidar de las personas. La autonomía implica independencia, dos valores patriarcales masculinos. Convertir la ética del cuidado en un valor masculino implica valorizarlo, pero en términos de rentabilidad patriarcal. La entrega y la capacidad de cuidar constituyen valores en sí mismos y deben mantenerse como tales. La ética del cuidado de las personas es la expresión más genuina de amor, de desarrollo personal y una fuente inagotable de placer cuando ha sido elegida voluntariamente. (Barragán Medero, 2004: 167)

c) Cultura de paz

El pensamiento y la práctica del cuidar implican el desarrollo de valores morales, habilidades y competencias como son la empatía, la paciencia, la perseverancia, la responsabilidad, el compromiso, el acompañamiento, la escucha o la ternura. Valores todos ellos importantes en la construcción de una Cultura para la Paz (Reardon, 2001: 85). Además de estos valores morales, la práctica del cuidar contribuye a desarrollar habilidades fundamentales para la construcción de una Cultura para la Paz (Comins Mingol, 2009): habilidades para el desarrollo y sostenimiento de la vida, habilidades para la transformación pacífica de conflictos y habilidades para el compromiso cívico y social. Estos dos últimos grupos de habilidades no se circunscriben en exclusividad al espacio privado sino que se amplían hasta el ámbito público. Sara Ruddick, en su obra *Maternal Thinking: Towards a Politics of Peace*, señaló de qué modo la prácti-

ca del cuidado de los hijos e hijas desarrolla en las mujeres técnicas para la transformación pacífica de conflictos (Ruddick, 1989). Más allá del cuidado de los hijos, o *maternal thinking*, la socialización en el valor del cuidado, desarrolla de forma general técnicas pacíficas de transformación de los conflictos. Por otro lado, la socialización y la práctica del cuidado desarrollan el compromiso por el bienestar de la sociedad en general y no sólo de la familia en particular. Así vemos cómo la presencia de las mujeres es mayoritaria en los movimientos sociales, en el voluntariado y en las diferentes formas de participación política informal, o lo que se viene denominando también la sociedad civil.

Diferentes estudios antropológicos han demostrado que las sociedades en las que los roles de género son más igualitarios son también más pacíficas (Howard Ross, 1995). Según algunos autores la misma violencia doméstica hacia las mujeres es un medio por el que los golpeadores reproducen un modelo dicotómico de género, según el cual la agresividad y la acción violenta es símbolo de la identidad masculina (Anderson y Umberson, 2001). La socialización y la praxis del cuidado suponen, en definitiva, una capacitación en valores de paz alternativa a la socialización en la agresividad, rompiendo con la mística de la masculinidad.

RETOS LABORALES, POLÍTICOS Y EDUCATIVOS

Pensar el curso vital a la luz de la ética del cuidado nos permite apreciar cómo la concepción tradicional «aprendizaje, trabajo y retiro» es imprecisa desde el punto de vista de la experiencia femenina, al obviar una dimensión tan importante para el desarrollo humano como son las tareas cotidianas de cuidado y sostenimiento de la vida. Incorporar las tareas del cuidar a lo largo de la trayectoria vital de hombres y mujeres en una distribución equitativa y normalizada no es sólo cuestión de justicia de género sino también persigue criterios de felicidad y bienestar social. Pero poner en valor el cuidado desde la academia no es suficiente. Para incorporar el cuidar en el curso vital de hombres y mujeres, se requerirán nuevas estructuras laborales que permitan compaginar la vida laboral con la vida privada; nuevas estructuras políticas que reconozcan la contribución social del cuidado al bienestar social y generen las estructuras de apoyo necesarias; y, finalmente, nuevas estructuras educativas que incorporen el cuidado en el currículo escolar, haciendo posible una evolución histórica desde una comprensión del cuidar como un rol de género a la comprensión del cuidar como un valor humano.

Retos laborales

Repensar la distribución de las responsabilidades del cuidado entre hombres y mujeres supone e implica necesariamente repensar las estructuras laborales vigentes. Alonso (2004) ha señalado la profunda imbricación entre el ciclo vital y laboral en las sociedades capitalistas posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Las largas y extensas jornadas laborales suponen para el individuo que la incorporación de otras dimensiones vitales como el ocio, el deporte, el aprendizaje o las tareas de cuidar se convierta en una auténtica odisea. Pero además la organización social del curso vital tal y como existe hoy en día «afecta negativamente –aunque de modo diferente y con consecuencias distintas– tanto a mujeres, que son excluidas del trabajo remunerado, como a hombres, que lo son del trabajo doméstico» (Seguí-Cosme y Alfageme, 2008: 396).

De ahí la importancia de promover cambios en la estructura laboral que faciliten la incorporación progresiva de las actividades del cuidar en los seres humanos, independientemente de su género. Además esto es fundamental si queremos evitar la crisis de los cuidados que se prevé en los próximos años. Actualmente gran parte de las necesidades de cuidados son cubiertas por mujeres mayores o mujeres que se dedican a ser *amas de casa*, a las tareas domésticas, pero ¿qué ocurrirá en los próximos años? Según algunas autoras nos enfrentamos a una crisis de los cuidados (Ramos, 2007: 223). En relación a estos retos laborales presentamos a continuación, dos estrategias básicas: *a)* En primer lugar, la reducción de la jornada laboral, uno de los logros sociales del siglo xx, que debemos esforzarnos en mantener e incluso caminar hacia mayores avances, *b)* En segundo lugar, una trayectoria laboral más fragmentada con periodos dedicados a la formación o aprendizaje y/o periodos de desempleo, con la disponibilidad de tiempo para uno mismo y su familia. Pasamos a continuación a revisarlas.

a) Reducción de la jornada laboral

Como afirmaba ya el *Informe sobre desarrollo humano* de 1999, «los cambios de la forma en que los hombres y las mujeres usan su tiempo someten a tensión el tiempo disponible para la atención» (PNUD, 1999: 77). «En un mercado laboral competitivo a escala mundial, ¿cómo podemos preservar el tiempo para atendernos nosotros y a nuestras familias, nuestros vecinos y nuestros amigos?» (PNUD, 1999: 77).

Lafargue ya a finales del siglo ^{xxi} defendía el derecho a la pereza y argumentaba que el apasionado interés por trabajar y trabajar era una engañosa ideología para mantener sometido al proletariado (Lafargue, 1991: 117). Años más tarde, en 1932, Bertrand Russell escribiría un ensayo con tesis paralelas titulado *Elogio de la ociosidad*. El principal objetivo de Bertrand Russell en este corto pero brillante ensayo era deconstruir y denunciar la ideología que ha convertido el trabajo intenso en una suprema virtud. Una ideología que considera el trabajo como un fin en sí mismo, más que como un medio para alcanzar un estado de cosas en el cual tal trabajo ya no fuera necesario. Según Russell esta ideología del trabajo como virtud ha sido predicada por los ricos para tener contentos a los pobres, haciendo propaganda sobre la dignidad del trabajo, aunque teniendo buen cuidado de mantenerse indignos a este respecto (Russell, 1986: 20). Esta ideología se habría ido extendiendo progresivamente, de modo que, si bien en un principio era la fuerza lo que obligaba a los individuos a trabajar, gradualmente, resultó posible persuadirlos en la creencia de que trabajar intensamente era su deber.

Esta creencia en las virtudes del trabajo ha causado, según Bertrand Russell, enormes daños en el mundo moderno. El camino hacia la felicidad y la prosperidad pasa por una reducción organizada del trabajo y una reconceptualización del tiempo. «El tiempo libre es esencial para la civilización» (Russell, 1986: 14), es el que hace posible las artes, las ciencias, el juego, es el que escribe los libros, inventa las filosofías y refina las relaciones sociales. En épocas pasadas sólo el trabajo de los más hacía posible el tiempo libre de los menos. Sin embargo con la técnica moderna el tiempo de trabajo podría reducirse considerablemente y por tanto sería posible distribuir el tiempo libre justamente entre todos los seres humanos. Lamentablemente a pesar de que ahora necesitaríamos menos horas de trabajo –Bertrand Russell propone reducir las horas de trabajo a cuatro (1986: 22)- seguimos trabajando el mismo número de horas, lo que es doblemente nefasto (lo es para mí y también para los demás), y esto queda claramente explicado con el ejemplo de la manufactura de alfileres que utiliza Bertrand Russell.

Supongamos que, en un momento determinado, cierto número de personas trabaja en la manufactura de alfileres. Trabajando –digamos– ocho horas por día, hacen tantos alfileres como el mundo necesita. Alguien inventa un ingenio con el cual el mismo número de personas puede hacer dos veces el número de alfileres que hacía antes. Pero el mundo no necesita duplicar ese número de alfileres: los alfileres son ya tan baratos, que difícilmente pudiera venderse alguno más a un precio inferior. En un mundo sensato, todos los implicados en la fabricación de alfileres pasarían a trabajar cuatro horas

en lugar de ocho, y todo lo demás continuaría como antes. Pero en el mundo real esto se juzgaría desmoralizador. Los hombres aún trabajan ocho horas; hay demasiados alfileres; algunos patronos quiebran, y la mitad de los hombres anteriormente empleados en la fabricación de alfileres son despedidos y quedan sin trabajo. Al final, hay tanto tiempo libre como en el otro plan, pero la mitad de los hombres están absolutamente ociosos, mientras la otra mitad sigue trabajando demasiado. De este modo, queda asegurado que el inevitable tiempo libre produzca miseria por todas partes, en lugar de ser una fuente de felicidad universal. ¿Puede imaginarse algo más insensato? (1986: 15)

Paul Lafargue y Bertrand Russell no llegaron a vivir el desarrollo del consumo, que se ha sumado a la antigua ideología del trabajo como virtud para convertir el trabajo en el puente al consumo ilimitado. A través de toda esta intempestiva de trabajo para poder consumir y de tiempo de ocio como tiempo de consumo acelerado, nos queda la sensación de que no tenemos tiempo; tiempo para los otros, para uno mismo, para compatibilizar trabajo y crianza (Puertas y Puertas, 1999: 123). El desarrollo equitativo para el buen uso del tiempo a hacer un uso del tiempo que revierta en beneficios económicos. Sea bien a través de la producción o a través del consumo.

La reducción de la jornada laboral es un paso fundamental para compartir las tareas del cuidado y la vida laboral en equidad entre hombres y mujeres. El sistema tradicional de trabajo, con extensas jornadas laborales estaba construido sobre la base de que había una mujer en casa al cargo de las tareas del hogar, de preparar la comida, de preocuparse por mantener una vivienda limpia y ordenada, de cuidar de niños, enfermos y ancianos. La incorporación de la mujer al mundo laboral pone en tensión esa estructura y, a pesar de ser un logro en el camino hacia la igualdad, se produce a costa muchas veces de generar otras estructuras sexistas: la doble jornada laboral, el techo de cristal, el recurso a las madres/abuelas –recordemos el síndrome de la abuela esclava–, etc. De ahí la necesidad de un rediseño del sistema laboral, que permita a hombres y mujeres disponer del tiempo, entre otras cosas, para las actividades de cuidado de sí mismos, de los otros y de sostenimiento de la vida, de forma justa e igualitaria.

b) Flexibilización del curso vital

En las sociedades contemporáneas hemos caído en el reduccionismo de sintetizar la trayectoria vital de las personas en dos momentos: la entrada al mercado laboral y la jubilación. Estos dos momentos determinan,

de forma casi inflexible, el tipo de actividades al que debe dedicarse el ser humano. Sin embargo, cada vez más se proponen trayectorias vitales menos rígidas y más flexibles, en las que, por ejemplo, el aprendizaje no se reduzca a las primeras edades sino que se amplíe a todo el espectro vital, o, como aquí propondremos, que el ocio y las tareas de cuidado de otras personas no se circunscriba a la etapa de retiro, por parte de las personas mayores sino también a toda la trayectoria vital.

En los últimos años diferentes fenómenos están forzando hacia una flexibilización del curso vital, concretamente el sistema económico actual y la sociedad de la información hacen que la división aprendizaje, trabajo y retiro sea más permeable y menos monolítica, con salidas y entradas aleatorias en los tres ámbitos (Guillemard, 2007). La precariedad y temporalidad de los trabajos hace que el esquema educación, trabajo, retiro se vuelva forzosamente más flexible. El curso vital ya no es más una línea sucesiva de estadios irreversibles. La flexibilidad de la trayectoria vital no es fruto únicamente de fuerzas irremediables como la precariedad laboral, caso en el que puede generar inseguridad y malestar, sino que es también una reivindicación social para que los individuos puedan construir su trayectoria vital según sus necesidades y no según un paradigma predeterminado. De forma que lo que antes era resultado de una construcción social sea ahora fruto de una configuración personal. Lo que viene denominándose una *soberanía personal* sobre el tiempo, que va diversificando las trayectorias biográficas (Guillemard, 2007: 136).

Un ejemplo en este sentido sería contemplar el retiro temporal voluntario y remunerado a lo largo de la vida, no circunscrito a la jubilación (Seguí-Cosme y Alfageme, 2008). Esta medida de flexibilización del curso vital sería especialmente interesante por ejemplo, para que madres y padres con bebés recién nacidos pudieran dedicar más tiempo a su cuidado, o en personas que decidieran dedicarse a cuidar a otras por razones de dependencia, etc. Claramente como explican Salvador Seguí-Cosme y Alfredo Alfageme esta medida necesitaría concretarse para que no se agoten las posibilidades de retiro antes del retiro definitivo o por edad. Por ejemplo estos autores proponen, a modo de ejemplo, que se pudieran establecer dos o tres años de retiro remunerado por cada diez años de trabajo (Seguí-Cosme y Alfageme, 2008: 400).

Los cambios en el mundo laboral pueden colaborar a la generación de un nuevo conjunto de periodos de tiempo socialmente definidos (Guillemard, 2007: 135). De forma general en la sociedad industrial, la concepción del tiempo se ha organizado en un binomio de dos polos opuestos, de un lado el polo de tiempo dedicado al trabajo remunerado y en el otro polo el resto

de tiempo. Dando poca o escasa importancia a actividades como el cuidado de otras personas. El tiempo principal se consideraba el tiempo del trabajo, propio de la edad adulta, y el restante era bien para la preparación al trabajo, en la infancia y adolescencia; o bien para el descanso tras toda una vida dedicada al trabajo, en edades mayores. Sin embargo hoy en día el trabajo y el tiempo libre se entrelazan de forma mucho más flexible a lo largo de toda la vida. Ejemplo de ello es el éxito en toda Europa de los permisos por paternidad para el cuidado de los hijos, el desarrollo de sabáticos o los permisos para entrenamiento o aprendizaje *life-long learning*.

Esta flexibilización del curso vital puede permitir la generación de espacios para el cuidado, en aquellos momentos a lo largo de la vida cuando se requieran con mayor urgencia o dedicación.

Retos políticos

Además de los cambios laborales y los esfuerzos por compartir en la trayectoria vital las tareas del cuidar entre hombres y mujeres, cabe señalar que la responsabilidad del cuidar no debería recaer exclusivamente en las familias sino que el estado del bienestar también debería asumir su responsabilidad y evitar el *modelo familista* según el cual la cuidadora no *necesita* la ayuda del Estado (Ramos, 2006: 219-220). Ciertamente el modelo familista está entrando en crisis, pues las mujeres más jóvenes, con más formación y más integradas en el ámbito laboral, cada vez tienen menos disponibilidades para dedicar cuidados de larga duración a personas mayores, niños, enfermos o discapacitados. «Con las mujeres mayores actuales se ha cerrado un ciclo» (Ramos, 2006: 222). La crisis del Estado del Bienestar será una crisis en la provisión de cuidados debido a la disminución notable de la cantidad de tiempo dedicado al trabajo no pagado por parte de las mujeres, dada su creciente participación en el mundo laboral (Bazo, 1998: 148).

Las políticas de gobierno sobre el cuidado pueden adoptar varias estrategias para facilitar la equidad de género (Cancian y Olicker, 2000: 128). En primer lugar, la oferta de servicios públicos fuera de la familia es importante para la igualdad, ya que ofrece a las mujeres la posibilidad de entrar en el mundo laboral. Al mismo tiempo, ofrece la oportunidad a hombres y mujeres de aumentar el cuidado emocional como opuesto al físico, que es garantizado por los servicios públicos. En segundo lugar, las leyes y programas del gobierno pueden aumentar el reconocimiento social del valor del cuidado. Por ejemplo ofreciendo permisos maternos y paternos en reconocimiento de la contribución social del cuidado infantil. Certifi-

cando y reconociendo las habilidades necesarias para ejercer el cuidado como profesión, elevando así su *status* laboral. Regulando el sector privado para garantizar la equidad de género en los empleos dedicados al trabajo del cuidado. Finalmente, incitando explícitamente a los hombres a participar de esta responsabilidad. Esto se ha realizado en algunos países del norte de Europa como Suecia o Noruega, donde se han diseñado permisos paternos para incitar a los hombres a participar en el cuidado familiar. Sin embargo, y a pesar de estas políticas, los hombres siguen utilizando poco esta opción, porque hace falta además una educación en el cuidado que lo convierta en un valor humano más allá de cualquier diferencia de género, como veremos en el siguiente apartado.

Retos educativos

«Que los que pueden estar más activos cuiden de los débiles, enfermos y frágiles es un *deber cívico fundamental*, y un deber de todos, no de la parte femenina de la sociedad» (Camps y Giner, 2001: 89). Además, hemos visto en un apartado anterior los beneficios de compartir las prácticas del cuidar, por todo ello podemos reivindicar la importancia de rescatar y generalizar este valor como valor humano y no meramente de género. ¿Cómo generalizamos el valor del cuidado? Principalmente mediante dos procesos, compartiendo la crianza de los hijos (que puede facilitarse siguiendo los retos laborales y políticos anteriormente mencionados) y a través de la educación. Nos interesa aquí especialmente este último proceso, y es que para aprender a cuidar, el cuidado debe incluirse en el currículo educativo.

La coeducación hace referencia a la importancia de educar para la eliminación de la jerarquía de géneros entre hombres y mujeres, y la no reproducción de los roles de género sexistas que tanto daño han hecho y siguen haciendo al bienestar individual y social. La propuesta coeducativa es relativamente reciente y trata de subir un peldaño más en la reforma educativa para la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres. Sería el último peldaño en una evolución que va desde una educación explícita para el rol sexual en la escuela segregada, a una educación explícitamente igual para todo el mundo –pero implícitamente reproductora de los roles sexuales tradicionales– en la escuela mixta, y finalmente la propuesta coeducativa explícita e implícitamente comprometida en la eliminación de la jerarquía de géneros.

Las bases del sistema educativo tal y como lo conocemos hoy en día se establecieron en Europa en el siglo XVIII. Según los principios educativos

del momento, hombres y mujeres habían sido creados para desempeñar diferentes responsabilidades sociales³ y, como consecuencia, la educación para ellos debía ser diferente. Siguiendo este criterio apareció la escuela segregada que permanecería vigente por más de doscientos años. Este modelo educativo se caracterizaba por tres rasgos relevantes: *a)* una separación física entre niños y niñas, *b)* un currículum diferente para alumnas y alumnos y *c)* una limitación de acceso a los estudios superiores, sólo accesibles a los hombres. La separación física, aún siendo el rasgo más conocido y recordado al hablar de escuela segregada, es el menos relevante, siendo sólo la consecuencia de la aplicación de estos dos últimos criterios.

A finales del siglo XIX empiezan a plantearse algunas propuestas que defienden el derecho de las mujeres a acceder a estudios medios y superiores y la conveniencia de que niños y niñas se eduquen en los mismos centros (Subirats Martori, 1994: 62). Pero estas reivindicaciones tendrán plasmaciones distintas según los países. En Estados Unidos y en algunos países protestantes del norte de Europa como Noruega, Suecia o Finlandia, la escuela mixta se implanta ya en el siglo XIX. En cambio, en la mayoría de los países católicos europeos como España, Italia, Francia o Portugal había muchos opositores a la implantación de la escuela mixta y esta se dio de forma muy minoritaria (Subirats Martori, 1994: 52). En España aparecieron las primeras reivindicaciones y experiencias de escuelas mixtas a finales del siglo XIX, en el marco del gobierno de la República. Sin embargo, con el final de la Guerra Civil y el establecimiento de la dictadura franquista, la legislación prohibió explícitamente todo tipo de escuela mixta, volviendo a los principios del siglo XVIII en lo que respecta a la educación de las mujeres. Poco a poco, con el proceso de democratización de la sociedad española y gracias al movimiento feminista, se consiguió que la escuela mixta fuera reconocida en la Ley General de Educación de 1970; aunque no se generalizaría por completo hasta 1984 (Cabaleiro Manzanedo, 2005: 21).

Con la generalización de la escuela mixta parecía que se había alcanzado la igualdad de oportunidades dentro del contexto educativo. Pasarán algunos años hasta que se ponga en duda la supuesta neutralidad e igualdad del sistema educativo en la escuela mixta, principalmente a raíz de estudios realizados desde finales de 1980. Estudios que han venido a constatar que el sexismo no ha desaparecido con la implementación de la escuela mixta, sólo que mientras que el sexismo en las escuelas segrega-

³ La influencia de las creencias religiosas al respecto, y las teorías de pedagogos como Rousseau, contribuyeron a generalizar esta creencia.

das era explícito, con las escuelas mixtas ha tomado formas más sutiles, menos evidentes y, por tanto, más difíciles de detectar y erradicar. El sexismo se transmite a través de lo que se viene denominando *currículum oculto* y que tiene sus mayores manifestaciones en los libros de texto y en la diferente interacción que en el aula se da entre el profesorado, los alumnos y las alumnas.

La escuela mixta, al juntar en una misma clase a niños y niñas, no se planteó la necesidad de unir también el saber y la experiencia tradicionalmente masculina y el saber y la experiencia tradicionalmente femenina para aprender conjuntamente lo mejor de cada uno. En su lugar institucionalizó el saber y la experiencia tradicionalmente masculina como el único saber. La escuela mixta institucionalizó la igualdad de oportunidades como el predominio de una sola manera de mirar el mundo e intentó eliminar las diferencias, suprimiendo la cultura femenina. Esta igualdad, en el mejor de los casos, significa igualdad de acceso de las mujeres a las actividades tradicionalmente masculinas, sin que se produzca el efecto contrario, acceso de los varones a tareas tradicionalmente femeninas (Ballarín Domingo, 2001: 152). El modelo imperante en los centros educativos es un modelo masculino, que excluye todo aquello que puede ser considerado como patrimonio cultural de las mujeres.

Así, por ejemplo, el cuidado no se contempla en el currículum oficial como un valor humano, en cambio sí se transmite en el currículum oculto como rasgo de género. Podemos definir el currículum oculto como la forma no deliberada pero real de transmitir los estereotipos de género en la escuela. Las imágenes en los libros de texto es una de las formas más potentes en las que queda manifiesta esta educación oculta y sesgada del cuidado. Pero también a través de la palabra escrita (*Mamá me mimó, Papá trabaja*) o la diferente interacción entre profesorado y alumnado. Así, por ejemplo, la expectativa de que las niñas son más serviciales hace que se refuerce esta actitud en ellas. Sin embargo, esta expectativa se funda en un prejuicio social ya que tanto niños como niñas son capaces de actitudes de cuidado y responsabilidad hacia otros. Además, estas expectativas niegan la posibilidad de la expresión del cuidado a los niños y jóvenes, considerándolo un valor que pone en peligro su masculinidad. El proyecto coeducativo trata de crear espacios para que niños y jóvenes puedan expresar y practicar el cuidado con toda libertad. Blye Frank en un estudio realizado sobre la masculinidad y la escuela ha realizado diversas entrevistas a niños y jóvenes en las que comentaban el proceso de creación de los hombres. En las respuestas de los niños y jóvenes se hace visi-

ble cómo la construcción de la mística de la masculinidad implica un desapego de los valores de afecto y cuidado hacia los demás. Así, por ejemplo, un joven señalaba que escondía a sus amigos su afición por el cuidado de las plantas, que le interesaba la cocina o el deseo de ser enfermero (Blye, 1999). Ejemplos reveladores de la violencia cultural que se ejerce sobre los chicos y los hombres al disociarles de la esfera del cuidar.

Existe, en general, un claro androcentrismo en lo que se refiere a los conocimientos transmitidos en el sistema educativo. Esto quiere decir que el sistema educativo sólo recoge aquellos saberes que tradicionalmente han sido adjudicados al hombre, obviando la aportación de los saberes y las experiencias que tradicionalmente han sido adjudicadas a la mujer. Estas ausencias implican una grave amputación de la historia de la Humanidad y un vacío importante en el discurso científico.

Superar las viejas estructuras del curso vital requiere de una reformulación del sistema educativo, instaurando una igualdad de atención y de trato a niños y a niñas; pero exige, además, rehacer el sistema de valores y actitudes que se transmiten, repensar los contenidos educativos. En una palabra, rehacer la cultura, reintroduciendo en ella pautas y puntos de vista tradicionalmente elaborados por las mujeres, y poniéndolos a la disposición de los niños y de las niñas, sin distinciones. Termino este apartado siguiendo a la célebre Virginia Woolf «¿Qué enseñanzas se impartirían en el nuevo colegio? [...] No se enseñarían las artes de dominar al prójimo, ni las artes de mandar, matar, de adquirir capitales y tierras. Debería enseñar las artes de la humana relación» (Woolf, 1999: 61).

CONCLUSIONES

A modo de conclusión podemos decir que se nos plantean dos objetivos. En primer lugar, romper con la estructura rígida del curso vital, abriéndola al ámbito de la libre elección y las necesidades específicas de cada individuo. En segundo lugar, introducir el cuidado como actividad normalizada y universal en la trayectoria vital, no dependiente de un género específico.

El potencial emancipador de la propuesta a favor de compartir las tareas de cuidado entre hombres y mujeres a lo largo de la trayectoria vital no se circunscribe en exclusividad a las mujeres –por lo que supone en logros de justicia distributiva y de igualdad de oportunidades–, sino que

abarca también a los hombres por lo que se refiere a logros de autorrealización y criterios de felicidad.

Supone, además, reducir los componentes de heteronomía en los proyectos vitales de hombres y mujeres. De forma que tanto hombres como mujeres disfruten de la libertad y de la autonomía, tanto en la vida laboral como en la vida privada y del ámbito de los cuidados. Rompiendo así las relaciones de dependencia entre las mujeres y la vida laboral de los hombres, por un lado; y entre los hombres y las tareas de cuidado y atención de las mujeres, por otro lado. El objetivo es que estas relaciones sean fruto de un ejercicio de libertad y respondan a proyectos vitales justos y felicitantes para todos.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, L. E. (2004): «La sociedad del trabajo: debates actuales. Materiales inestables para lanzar la discusión», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 107.
- ANDERSON, K. y D. UMBERSON (2001): «Gendering Violence. Masculinity and Power in Men's Accounts of Domestic Violence», *Gender & Society*, 15 (3), pp. 358-380.
- BALLARÍN DOMINGO, P. (2001): *La educación de las mujeres en la España contemporánea (siglos XIX-XX)*, Síntesis, Madrid.
- BARRAGÁN MEDERO, F. (2004): «Masculinidades e innovación educativa: de la homofobia a la ética del cuidado de las personas», en LOMAS, Carlos (comp.): *Los chicos también lloran. Identidades masculinas, igualdad entre los sexos y coeducación*, Paidós, Barcelona.
- BAZO, M.^a T. (1998): «Vejez dependiente, políticas y calidad de vida», *Papers, Revista de Sociología*, 56.
- BENHABIB, S. (1990): «El otro generalizado y el otro concreto: la controversia Kohlberg-Gilligan y la teoría feminista», en BENHABIB, SEYLA y D. CORNEL (eds.) (1990): *Teoría feminista y teoría crítica*, Ediciones Alfonso el Magnánimo, Valencia, pp. 9-28.
- BLYE, F. (1999): «Masculinidades y escuela: la creación de los hombres», en ROSS y WATKINSON (eds.): *La violencia en el sistema educativo; del daño que las escuelas causan a los niños*, La Muralla, Madrid.
- CABALEIRO MANZANEDO, J. (2005): *Educació, dones i història. Una aproximació didàctica*, Icaria, Barcelona.
- CAMPS, V. y S. GINER (2001): *Manual de civismo*, Ariel, Barcelona.

- CANCIAN, F. M. y S. J. OLIKER (2000): *Caring and Gender*, Rowman & Littlefield Publishers, Oxford.
- COMINS MINGOL, I. (2009): *Filosofía del cuidar, una propuesta coeducativa para la paz*, Icaria, Barcelona.
- DURÁN, M. A. (2007): *El valor del tiempo. ¿Cuántas horas te faltan al día?*, Espasa Calpe, Madrid.
- GILLIGAN, C. (1986): *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino*, Fondo de Cultura Económica, México.
- GUILLEMARD, A. M. (2007): «The advent of a flexible life-course and the re-configuration of welfare», en KRISTENSEN, B.: *Comunicación e Persoas Maiores: Actas do Foro Internacional*, Colexio Profesional de Xornalistas de Galicia.
- HOWARD ROSS, M. (1995): *La Cultura del Conflicto. Las diferencias interculturales en la práctica de la violencia*, Paidós, Barcelona.
- KOHLBERG, L. (1976): «Moral Stages and Moralization», en LICKONA, T. (ed.) (1976): *Moral Development and Behaviour: Theory, Research and Social Issues*, Rinehart and Winston, Nueva York.
- LAFARGUE, P. (1991): *El Derecho a la Pereza*, Fundamentos, Madrid.
- PASTOR YUSTE, R. (2007): «Género y Élités Políticas: ¿Un Estilo de Liderazgo Femenino?», en ARENAS FERNANDEZ y otros: *Pensando la Educación desde las Mujeres*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, Málaga.
- PNUD (1999): *Informe sobre desarrollo humano 1999*, Mundi-Prensa, Madrid.
- PUERTAS, A. y S. PUERTAS (1999): «Les vivències de la família a l'entorn del món laboral, la vida domèstica i la criança dels fills. Una aproximació a partir de les fonts orals», en BAYO-BORRAS, REGINA y otros (eds.) (1999): *El món laboral, la vida domèstica i la criança dels fills*, Edicions de la Universitat de Lleida, Lleida, pp. 77-139.
- RAMOS, M. (2006): «Mujeres mayores: nuevos derechos para nuevas realidades» en MAQUIEIRA, V.: *Mujeres, Globalización y Derechos Humanos*, Cátedra, Madrid.
- REARDON, B. (2001): *Education for a culture of peace in a gender perspective*, UNESCO, París.
- RUDDICK, S. (1989): *Maternal Thinking: toward a politics of Peace*, Women's Press, Nueva York.
- RUSSELL, B. (1986): *Elogio de la ociosidad*, Edhasa, Barcelona.

- SEGUÍ-COSME, S. y A. ALFAGEME CHAO (2008): «El retiro temporal a lo largo de la vida: bases sociológicas y filosóficas», en *Modernidad, Crisis y Globalización: Problemas de Política y Cultura. Revista Mediterráneo Económico*, 14, pp. 385-405.
- SOLSONA I PAIRÓ, N. (2008): «El aprendizaje del cuidado en la escuela», en GARCIA LASTRA, Marta y otras (eds.): *Las mujeres cambian la educación. Investigar la escuela, resaltar la experiencia*, Narcea, Madrid.
- SUBIRATS MARTORI, M. (1994): «Conquistar la igualdad: la coeducación hoy», *Revista Iberoamericana de Educación*, 6.
- WOOLF, V. (1999): *Tres Guineas*, Lumen, Barcelona.

Recibido el 30 de enero de 2009
Aceptado el 27 de febrero de 2009

Freire y Ondjango: diálogos con la experiencia vital del mundo angoleño

*Freire and Ondjango: dialogues with the experience
of life of the Angolan world*

GOMERCINDO GHIGGI

PROFESOR DE CURSOS DE GRADUACIÓN Y POSTGRADO EN EDUCACIÓN (MAESTRÍA Y DOCTORADO)
DE LA UNIVERSIDAD FEDERAL DE PELOTAS (UFP), BRASIL

MARTINHO KAVAYA

ANGOLEÑO, GRADUADO EN FILOSOFÍA, TEOLOGÍA Y SERVICIO SOCIAL. MAESTRO Y DOCTORANDO
EN EDUCACIÓN EN LA UFP, BRASIL

Resumen

Este texto busca aproximar dos perspectivas vitales para pensar el mundo contemporáneo con base en el diálogo como referencia central: una, presente en el ideario de Paulo Freire, a través de los Círculos de Cultura, y otra desde la cultura africano/angoleña, a través de *Ondjango*. *Ondjango*, en la lengua/cultura umbundu del sur de Angola, es una palabra compuesta por aglutinación: *ondjo* ('casa') + *obango* ('conversación'), es decir, *ondjo* y *obango* ('casa de conversación'). *Ondjo*, significando 'casa', 'residencia', 'hogar', es el espacio donde sucede la vida, así, es un lugar en el cual los hombres pueden reunirse para tratar asuntos de interés común. *Obango* es considerado el diálogo o conversación seria, de igual a igual, entre dos o más personas, mediatizadas por un varón (el mayor, con experiencia vital reconocida). El referido diálogo ocurre en sistema circular, como *mesa redonda*, *Ondjango* o *Círculos de Cultura*. Con Freire, Lukamba, Nunes y Altuna señalamos la posibilidad del diálogo entre dos perspectivas de vida: la freiriana y la ondjangiana, tanto mirando el *mundo del terreno de la vida*, como el *mundo del terreno de la escuela*, siempre ante la tarea de leer el mundo y leer la palabra en la perspectiva humana más central: la vital. Buscamos, con esta reflexión, atender al desafío de discutir el curso vital humano, como construcción cultural que nace de la educación.

Palabras-clave: experiencia vital y educación; Freire y Círculos de Cultura; *Ondjango*; Angola/África

Abstract

This text seeks to approach two essential perspectives for thinking about the modern world, based on dialogue as a central reference: one, present in the ideas of Paulo Freire,

through circles of culture, and the other, based on African/Angolan culture, through *ondjango*. *Ondjango*, in the Umbundu language/culture of southern Angola, is a compound word created by combining *ondjo* ('house') and *obango* ('conversation'); that is, «house of conversation». *Ondjo* –meaning «house, residence, home»– is the place where life goes on, so it is the place where men can meet to deal with matters of common interest. *Obango* is considered to be dialogue or serious conversation between two or more people considered equals, mediated by a man (the oldest, with recognised experience of life). This dialogue occurs in a circular system, like a *round table*, *ondjango* or *circles of culture*. With Freire, Lukamba, Nunes and Altuna, we highlight the possibility of dialogue between two perspectives on life –the Freirian and the *ondjangan*– looking at both the *area of life*, and the *area of school*, always facing the task of reading the world and reading the word from the most central human perspective: that of life. With this reflection we seek to meet the challenge of discussing the course of human life as a cultural construction beginning with education.

Key words: life experience and education; Freire and circles of culture; *Ondjango*; Angola /Africa

CONSIDERACIONES INICIALES

La propuesta del presente trabajo tiene en cuenta que, entre los múltiples aspectos que intervienen en la construcción de la trayectoria vital humana que, de alguna manera, orientan la vida de los hombres y de las mujeres, está la educación. Sin embargo, ¿será la educación una dimensión relevante para un análisis del ciclo vital humano? Sabemos que otros aspectos (el trabajo, por ejemplo) se constituyen como dimensiones centrales, pues tienen presencia condicionante, quizás determinante, en la organización social e individual de las personas, siempre en la perspectiva de la satisfacción de las necesidades de su tiempo. La educación la colocamos como dimensión vital no sólo porque es constitutiva de la vida humana, sino porque de ella se espera que nazcan referencias para proyectar el trabajo, la vivencia de los valores, la sociabilidad, etc. En esta dimensión un tanto interdisciplinaria, es donde se abren perspectivas de reflexión y análisis de conjunto del denominado curso vital, lo que abordamos a través de dos experiencias que vienen siendo expuestas en el diálogo contemporáneo: hablamos de los Círculos de Cultura (experiencia brasileña, cuyo principal autor es Paulo Freire) y el *Ondjango* (ancestral experiencia de formación africana, aquí retomada desde indicios que permanecen en el mundo angoleño).

Para abordar el tema de la educación como perspectiva central de la vida de las mujeres y de los hombres, defendemos que es esencial señalar lo que parece formar parte de tal dimensión: el diálogo. En la propuesta educativo-dialógica, entendemos que el diálogo desafía a los grupos populares a que

piensen su historia social como la experiencia de sus miembros, que revela la necesidad de superar ciertos saberes que muestran su «insuficiencia» para explicar hechos y para adentrarse en la comprensión del sentido común. El diálogo posibilita que las personas digan su palabra y la palabra del grupo al cual pertenecen. Por ello el diálogo es trabajo, es praxis, es transformación del mundo, no privilegio de algunos hombres, sino la dimensión ontológica de los humanos. Precisamente por ello, nadie puede decir la palabra solo, o decirla para los otros como prescripción, con lo cual roba la palabra de los demás. El diálogo, como encuentro de los humanos, mediatizados por el mundo, para su pronunciación, no se agota en la relación tú-yo. De ahí se vuelve imposible el diálogo entre los que quieren la pronuncia del mundo y los que lo niegan; entre los que excluyen el derecho de decir la palabra a los demás y a los literalmente negados de tal derecho.

De lo dicho, nace la dimensión del diálogo como exigencia (existencial) de la humanidad. Y siendo el diálogo un encuentro solidario para la reflexión y la acción de los sujetos dirigidos al mundo que será transformado y humanizado, se vuelve imposible reducirlo a un acto «bancario», visto como depósito de ideas de un sujeto en el otro, ni tampoco a un sencillo cambio de ideas que serán consumidas por los individuos «permutantes» (Freire, 2004a). Para Freire, no hay diálogo «[...] si no hay un profundo amor por el mundo y por los hombres. No es posible la pronuncia del mundo, que es un acto de creación y recreación, si no hay amor...». El fundamento del diálogo es el amor, que también es diálogo, que no se realiza «en la relación de dominación». Así, pregunta Freire: «¿Cómo puedo dialogar, si me admito como un hombre distinto, virtuoso por herencia, frente a los otros, meros “esto”, en quien no reconozco otros yo?». O sea, «¿cómo podemos dialogar si nos sentimos participantes de un gueto de hombres puros, dueños de la verdad y del saber, para quienes todos los que están afuera son “esa gente” o son “nativos inferiores”?» (Freire, 2004a: 79-81).

Ante lo dicho, cuando pensamos el título «Freire y *Ondjango*: la experiencia vital del mundo africano/angoleño», nos vino a la memoria el mango, árbol del nordeste brasileño y angoleño. Evocador de *Ondjango*, sobre todo cuando, debajo de su sombra, Freire se sienta, descansa y espera al otro para empezar el diálogo (ohango). Los angoleños, de la misma manera, se sientan para practicar el *Ondjango*, el encuentro vivo de la conversación vital de los que buscan permanentemente la vida. Con tal propuesta, queremos exponer experiencias y análisis oriundos del mundo de la educación, central en la organización social contemporánea. Queremos, al exponer el mundo de la educación como dimensión vital de la vida humana, discutir valores y representaciones sociales entretreídas

con el modelo escolar occidentalizado, no solamente para señalar la decadencia de tales proyectos de escolarización, sino también para hacer hincapié en la necesidad de discutir otras posibilidades.

De ahí la razón de ser del mensaje seleccionado del acervo de Ana Freire, fotocopiado y estampado, para presentar la *Pedagogia da Indignação*, en la cual Paulo Freire manifiesta su proyecto político y pedagógico transformador y vital, sobre todo al elegir la «sombra del mango» para descansar, mientras espera al otro. Para Freire, «quien espera en la pura espera vive el tiempo de espera vana»¹ (Freire, 2000: 5).

Ahí prometía trabajar los campos donde conversaría con los hombres. Sudaría su cuerpo que el sol quemaría, sus manos quedarían callosas, sus pies aprenderían el misterio de los caminos, sus oídos oírían más, sus ojos verían lo que antes no veían, mientras esperaría al otro. No lo esperaría en la pura espera, porque su tiempo de espera era un tiempo de «quehacer». Desconfiaría de aquellos que le dijeran, en voz baja y precavidos, que «es peligroso actuar; es peligroso hablar; es peligroso andar; es peligroso esperar de la manera que esperas» (ibídem), porque rechazan la alegría de la llegada del otro. Desconfiaría también de aquellos que vendrían a decirle con palabras fáciles que ya había llegado, porque esos, al anunciarlo ingenuamente, lo denunciarían. Estaría preparando la llegada del otro, como el jardinero prepara el jardín para la casa que se abriría en la primavera. De ahí la necesidad de la espera del otro para que juntos aprendieran a leer la palabra y la historia (ibídem).

En la obra *À sombra desta Mangueira*, Freire (2004b) retoma su infancia y, a la sombra de los mangos recifenses, aprende «la soledad de estar solo como una manera de estar con y estar siendo» (Souza, 2001: 364). Refiriéndose a la experiencia de la infancia, Freire teje consideraciones radicalmente significativas de lo vivido y de lo aprendido en el mundo de la vida y discute problemas «locales y globales de la contemporaneidad» (ibid, p. 365):

globalización, postmodernidad, acción de partido de izquierda, el pasaje por la Secretaría Municipal de São Paulo (1989-91), reafirma su radicalidad absoluta a favor de los oprimidos, recusando el mecanismo y el determinismo que genera el inmovilismo; reafirma, sobre todo, la historia como posibilidad, la esperanza, la tolerancia, la dialogicidad y la problematización, como exigencia ontológica de los seres humanos (ibídem).

1 La traducción de las citas es responsabilidad del autor Gomercindo Ghiggi.

Ondjango, a su vez, nos remite a la realidad de la casa (Nunes, 1991: 159). ¿Pero de qué casa se trata? Se trata de la casa de conversación, de reunión, de hospedaje, de partición de bienes/comidas/servicios, de educación, de iniciación sociocultural, de entretenimiento y de producción de la justicia. Antes de todo, trata de una casa, punto de partida y punto de confluencia, de una casa con las condiciones para poder sentarse, reunirse junto a los mayores; un lugar de encuentro.

Desde esa óptica, como realidad física, *Ondjango* es un espacio abierto en los laterales, construcción de «pau-a-pique», en forma circular, abierta, sin paredes, cubierta de césped o debajo de un árbol frondoso, grande y de sombra,² donde los hombres se sientan para que el «ohango» (diálogo) se torne realidad. En el interior de *Ondjango* siempre se encontraba leña, en grandes hachas («olononga»), transportadas por los jóvenes. Se admitía que el sitio fuera adornado con trofeos de caza o de guerra. Esta casa (*Ondjango*), en los primordios, no era propiedad de nadie en particular (ibídem), sino de todos los hombres que la usaban diariamente.

Toda la vida parte de *Ondjango* y allá encuentra su ápice. Ahí, según la pertinencia de lo vivenciado, el «ohango» (conversación/diálogo) tomaba varios significados: *Ondjango*, como «ulonga» (relato de la vida desde el encuentro anterior); «elongiso» (enseñanza y aprendizaje); «ekuta» (partición de alimentos); «ekongelo» (reunión de carácter deliberativo); «ekanga/okusomba/okusombisa» (reunión para hacer justicia y sentenciar: punir o absolver alguien); «okupapala» (encuentro de entretenimiento, fiestas y danzas culturales y tradicionales, conforme la situación vivida en el momento: muerte, caza, casamiento, iniciación sociocultural y comunitaria, amparo de una visita etc.); «ondjuluka» (encuentro para organizar un trabajo comunitario a favor de alguien de la comunidad en situación de enfermedad, problema socioeconómico, auxilio en su labranza, etc.). (Kavaya, 2006: 147). Por fin, el *Ondjango* es el hábitat comunal y vital donde se dibujan y se realizan las relaciones de convivencia geohistórica, económica, sociocultural, política, etc., en vista del bien comunitario.

Ondjango estaba, habitualmente, ubicado en un área considerada como espacio de todos los residentes de la comunidad. Lugar respetado, casi sagrado, lugar que, para la comunidad, era el espacio del centro de

2 Los encuentros de ancianos, dice Nunes (ibídem), «bajo la sombra de un árbol simbólico», eran algo muy común en Angola y otros Países Africanos. Es frecuente ese hábito en las comunidades de Kenia, de Tanzania, de Zaire y en varias comunidades angoleñas, donde algunos mayores traían los propios «otchalos», es decir, banquitos cubiertos de piel (cuero) para sentarse alrededor de la fogata compartiendo los alimentos y la sabiduría.

la vida comunitaria, de la aldea; el centro por donde pasaba la corriente vital del clan o de la aldea, de donde fluía el respeto y las decisiones importantes para la comunidad. Era realmente la casa de la conversación, de la discusión de todo y de resolución de las grandes cuestiones de la vida que fluían a partir del «ulonga».

La otra dimensión vital, como referencia para pensar el mundo, especialmente el mundo educacional, como ya mencionado, camina por la propuesta de Freire, que gana sentido cuando, en el acto dialógico, se tiene en cuenta el mundo de la vida o de la cultura de las personas con quienes sucede el encuentro. En ese sentido, Freire demuestra esta idea en la búsqueda de comprensión de caminos que llevan a la transformación. De ahí la necesidad de la osadía, posible de ocurrir a través de la toma de conciencia, propulsora de la crítica y de la nueva actitud ante la realidad que será transformada. Tal discusión se realizará mirando hacia la experiencia de Freire con el mundo africano, tomando siempre el diálogo y los Círculos de Cultura como experiencias vitales (esenciales) en su bibliografía.

FREIRE Y SU TRAYECTORIA POR EL MUNDO AFRICANO

Para el mejor entendimiento de Freire y su trayectoria por el mundo africano, donde está ubicada la cultura ondjangiana, es decir, la cultura dialógica, necesitamos pasar de forma lapidaria por el mundo vital donde él navegó, y partir de todo lo que dejó a la humanidad, expresivo y provocador legado filosófico, antropológico, sociológico, político, teológico y, centralmente, pedagógico.

Considerando su adhesión, vivencia y compromiso sociopolítico con su tierra y los momentos históricos vividos en Brasil en el momento de su surgimiento, entendemos la vida y la obra freiriana como un transcurso «kairológica» (oportuno) para pensar la sociedad y, en particular, la educación. En los años de 1921 a 1964 se vislumbraba la primera parte de la trayectoria freiriana: «Paulo Reglus Neves Freire, conocido, en el exterior apenas como Paulo Freire» (Gadotti, 2001: 28), nació en Recife, Pernambuco; allí concluyó los estudios secundarios e hizo su primera Universidad, cursando Derecho. En 1944 se casó con Elza, docente de la escuela primaria, introductora de Freire en el mundo cultural y educacional en el «suelo recifense».

La primera actividad por él desarrollada fue junto al Serviço Social da Indústria (SESI) y al Movimento de Cultura Popular (MCP). De ahí el surgi-

miento de la alfabetización y de la creación de los Círculos de Cultura que proliferan por la región nordestina brasileña. En 1959, en la Universidade Federal de Recife, Freire redacta su primera obra: *Educação e Atualidade Brasileira*, tesis de concurso público para la carrera de História e Filosofia da Educação de Belas Artes de Pernambuco (Gadotti, 2001: 257). En esta tesis, según Gadotti, está presente, por primera vez, «la idea de una escuela democrática», centrada en el educando y en la problemática de la comunidad en la cual vive y actúa (ibídem); una escuela que, por una nueva práctica pedagógica, debería capacitarse para provocar en la educanda y en el educando (y en la educadora y en el educador) la transición de su concienciación de mágico-ingenua, a la concienciación crítica fomentadora de transformaciones sociales (ibídem). Con algunos retoques, esta tesis doctoral resultó más tarde la obra titulada *Educação como Prática da Liberdade*, constituyéndose como primera obra de Freire, marcando su presencia en el mundo, tanto de la lectura de la realidad social en la cual viven las personas, como en el escenario de la educación nacional y mundial.

Hoy retomando la presencia/ausencia de esa figura universal, entendemos que Freire se presenta al mundo creyendo en el cambio como el grano de trigo que, echado a la tierra, se pudre para producir frutos abundantes, dejando, en su trayectoria de educador, un legado que Souza (2002: 67) así lo resume:

a) Una profunda creencia en la persona humana y en su capacidad de educarse como sujeto de la historia; b) Una postura política firme y coherente con las causas del pueblo oprimido, temperada con la capacidad de soñar y de tener esperanza; c) La osadía de hacer y de luchar por lo que se cree y, junto con esto, la humildad de quien sabe que ninguna obra grandiosa se hace solo, y que sin embargo es necesario seguir aprendiendo siempre...

La autora da continuidad a la tarea de elaboración de elementos fundamentales de la trayectoria de Freire:

d) Una manera del pueblo educarse para transformar la realidad –una pedagogía que valore el saber del pueblo, al mismo tiempo en que lo desafía, a saber, siempre más; e) Una preocupación especial con la superación del analfabetismo y con una pedagogía que alfabetice al pueblo para leer el mundo (a través de la lectura de la palabra).

La vida de Freire ha sido marcada por muertes y resurrecciones. Algunos de sus sueños, queremos creer, se han dormido en las horrendas noches tremendas de la dictadura militar (1964-1985), secuestrando sueños humanos y humanizantes. En el año 1964, Freire prueba de la copa

amarga de prisión durante 72 días, en Brasil, su preparación para el largo exilio donde, como caminante del mundo, permanece 16 años. Así, en 1964 «se aisló en la embajada de Bolívia», pasando por Chile, EUA e instalándose, ya en 1970, en Ginebra para actuar en el Consejo Mundial de Igrejas, de donde parte para África para colaborar con ese mundo que había conquistado su independencia política y organizado sus planes de educación. Así, las alas de Freire han sobrevolado Cabo Verde, Angola y Guinea Bissau (Gadotti, 2001: 42, 43).

Estamos frente al reencuentro de Freire con África. Hablamos de reencuentro y no de encuentro en la medida en que, cuando pisaba por primera vez el suelo africano, le parecía, según recuerda, estar reviendo y reencontrando un mundo que ya había visitado y experimentado (Freire, 1984). Las semejanzas encontradas en África (Tanzania) le hacían sentir el reencuentro de Brasil con la tierra madre, la madre África. Así afirmaba (1984: 13-14):

El color del cielo, el verde-azul de la mar, las palmeras, los mangos, los cayueros, el perfume de sus flores, el olor de la tierra; las bananas, entre ellas la mía bien amada banana-manzana; el pescado, la leche de coco; los chapulines saltando en la hierba...

Más apasionadamente, Freire habla de los humanos:

[...] movimiento de los cuerpos de la gente andando por las calles, su sonrisa disponible a la vida, los tambores sonando al fondo de las noches; los cuerpos bailando y, al hacerlo, «dibujando el mundo», la presencia, entre las masas populares, de la expresión de una cultura que los colonizadores no han conseguido matar [...]

Y concluye con su «cuerpo consciente» afirmando «todo eso me ha tomado todo y me hizo percibir que yo era más africano de lo que pensaba».

Pisando el suelo africano, Freire se sentía realizando un «retorno» y no una llegada; se sentía estar en casa propia y, por esa razón, visitando por primera vez en Guinea Bissau el Equipe do Instituto de Ação Cultural (IDAC), osó decir: «cuando volví a Guinea Bissau». Maravilla todo lo que él veía y sentía, dice Andreola (2005: 66), puesto que revelaba muchas afinidades entre África y Brasil.

Se trataba de un encuentro radicalmente amoroso, una mirada de amorosidad, de encantamiento. De un encuentro que reconocía al otro y juntos buscaban un camino para la construcción de una sociedad donde todos pudieran tener voz y vez. Este encuentro reconocía al otro como sujeto, militante involucrado, en el esfuerzo serio de reconstrucción de su país (Freire, 1984: 15): «opuesto a la mirada de Hegel, una mirada que

expresaba apenas prejuicio y desprecio total», tal como lo alude Andreola (2005). Según el autor, los sentimientos de «amorosidad» que Freire tuvo con África se verificaron en su coraje al partir e ir al encuentro del otro, allá donde él residía. Es un sentimiento de amor, sobre todo si entendemos el amor como:

Un acto de coraje, nunca de miedo [...], de compromiso con los hombres. Donde quiera que estén estos hombres, oprimidos, el acto de amor está en comprometerse con su causa. La causa de liberación. Pero este compromiso, porque es amoroso, es dialógico (Freire, 2004a: 80).

Estos sentimientos amorosos para con África han hecho de Freire un «franciscano». Amando a África ha amado a todos los seres que en ella se movían y que habían perdido la tierra (debido a la guerra) en búsqueda de la vida, de sosiego y de libertad que no existía entre los hombres oprimidos. Amando África, ha amado la ecología africana. Esta visión freiriana, completamente ecológica, presentada por Dowbor (en Freire, 2004b: 12), autoriza a Andreola (2005: 67) a hablar de «una reminiscencia de Freire, también cargada de un profundo sentimiento ecológico y de auténtica amorosidad para con los árboles quemados y para con los animales expulsados por la crueldad de la guerra». Recordando tal reminiscencia, Freire afirma:

En la vuelta a Guinea Bissau, mirando por la ventana del helicóptero [...] veía, allá abajo, las frondas de los árboles quemados de «napalm». Miraba atentamente, curiosamente. Ningún animal. Alguna que otra ave más grande volaba calmadamente (Freire, 1984: 38).

Recuerda las palabras del presidente Luiz Cabral, hablando de la lucha:

Hubo un momento, dijo el presidente, en que los animales de Guinea «pidieron asilo» a los países vecinos. Solamente los «sagüís» permanecieron refugiándose en las zonas liberadas. Tenían horror a los «tugas». Después, los pobres, pasaron a temernos. Es que nos vimos forzados a comenzar a comerlos.

Y el presidente concluye con una profunda esperanza ecológica «espero que, pronto, nuestros animales retornen convencidos de que ya no hay guerra». Sus palabras llevan a Freire a pensar acerca de la dura realidad «desde la ventana del helicóptero miraba atentamente, curiosamente. No había todavía, por lo menos en aquellos rincones del país, indicios de aquel retorno...».

Este encuentro/reencuentro de Freire con África ha sido un reencontro/encuentro de aprendizaje, más que un encuentro de enseñanza. Nosotros podemos verificar esta afirmación con el diálogo entre Freire y Sérgio Guimarães:

«Sin embargo ahí es algo divertido, Sérgio. ¡Cómo África va enseñando a la gente! ¡Cómo la realidad va enseñando!». Recordando situaciones en Brasil: «Por ejemplo, si estoy escribiendo a Brasil [...] yo habría sugerido que, al abrir el libro, en la introducción, el animador propusiera a los participantes del círculo que hiciesen una lectura silenciosa del texto y que, en seguida, cada uno leería en voz alta». Sin embargo, concluye Freire, «para África, no. Inclusive mi primera tentación fue esa. Inmediatamente el lápiz paró en el camino y rehice la trayectoria. En África, mi querido Sérgio, el pueblo está enfrentando una cultura cuya memoria [...] es auditiva, es oral y no escrita» (Freire y Guimarães, 2003: 61).

En este reencuentro con África, Freire ha reconocido el valor de la cultura de un pueblo, sobre todo la cultura que une la palabra al gesto. Al efecto, veamos lo que él ha visualizado en una gran plaza organizada en memoria al día de la Independencia de Guinea Bissau, donde la fiesta y la palabra se sincronizaban:

Mañana calurosa de septiembre. Asfixiante, casi. Se conmemoraba la independencia del país. Una gran plaza. En el fondo, el palenque en que se hallaban las autoridades [...]. Grupos variados desfilan.

Freire se deja encantar con tales grupos:

Representan organizaciones populares de «Tabancas» y barrios de Bissau. Niños, jóvenes, mujeres, hombres coloridamente vestidos. Cantan y bailan. Se mueven. Van y vienen, curvándose y recurvándose, en una riqueza extraordinaria de ritmos.

Toda la multitud, en la lectura de Freire, participa del desfile:

No estaba allí apenas para mirar y escuchar, sino para expresar, conscientemente, la alegría de poder estar allí, como un pueblo que conquistara el derecho de ser. La multitud cantaba también, se movía también. Para Freire: No se trataba de un «espectáculo folclórico» al que unos pocos asistieran a distancia. Era una fiesta del pueblo.

Y Freire relata detalladamente la percepción de una cultura que tiene la fiesta como espacio de todos y todos deben ser cuidados, donde palabra y gesto poseen sintonía:

Después del desfile [...] el presidente Luiz Cabral ha empezado, entonces, su discurso. Exactamente delante del local del palenque en que se hallaba el presidente, un grupo de la banda militar, perfilado. En cierto momento, uno de los soldados de la banda, como si estuviera cayendo sobre sí mismo, desfallece.

Y aquí ocurre algo vital, que no sería común en los actos oficiales en otros países:

El presidente para su discurso. Mira fijo el militante que está siendo amparado por sus camaradas. La multitud percibe. Abre camino a un coche que se aproxima y en el que el soldado es conducido al hospital. El presidente acompaña con la mirada el coche [...]. Sólo entonces vuelve a hablar.

Y Freire, como suele ocurrir, escucha a Elza:

Este ha sido el momento más bonito de nuestra visita a este país. Tenemos, realmente, mucho que aprender de un pueblo que vive tan intensamente la unidad entre la palabra y el gesto. El individuo aquí vale como gente. La persona humana es algo concreto y no una abstracción (Freire, 1984: 38-39).

FREIRE, DIÁLOGO Y CULTURA

En este abordaje, retomamos un Freire en un mundo de la vida que sólo tiene sentido si está sincronizada por el diálogo. El hecho de existir es *per se* un lanzarse en una relación, es un «estar con». Es un «yo» que, si se encuentra con un «tú» hace un «nosotros». Cada movimiento humano es una comunicación. Nos comunicamos con el mundo, con los otros hombres y mujeres, con nosotros mismos y con lo trascendente.

El diálogo es aquí el telón de fondo de la reflexión propuesta. De un modo lapidario, sacamos a la superficie algo que se relaciona con la trayectoria de Freire por el mundo africano que él mismo considera como si fuera un revisitarse, un reencontrarse con el continente-madre. Esto nos posibilitará profundizar en el ideario dialógico freiriano. De ahí el sentido de los temas: cultura y diálogo, concienciación y diálogo de los dos idearios (el freiriano y el ondjangiano). Finalmente, la necesidad de que se haga una síntesis cultural, que nos remita a la triple certeza: la de siempre empezar, la necesidad de continuar y la interrupción hecha un camino.

Así, cuando ubicamos a Freire en un barrio de Recife, cuando ubicamos su infancia en el tiempo de los lampiones, cuando lo referenciamos en un momento de intensas transformaciones sociopolíticas, cuando encontramos su intimidad en el mundo familiar, hecho de un quintal de los

fondos de su casa con árboles, bananeras, cajueiros, «fruta-pão», mangos, etc.; cuando encontramos a Freire, que aprende a leer bajo la sombra de los árboles, usando como pizarrón el propio suelo y, como tiza, un trocito de palo; cuando lo ubicamos en la familia, como el menor de la casa, en los sufrimientos, hechos de muertes y nacimientos, de lágrimas y alegrías, de hijos y mujeres, de amigos y compañeros de trabajo (Ghiggi y Kneip, 2004), estamos, conforme el propio Freire (2003*b*: 30), delante del «hombre que está en el mundo y con el mundo», delante del ser con capacidad de relacionarse, de salir de sí; de proyectarse en los otros, de trascender. Una relación que no se da apenas con los otros, sino también se da en el mundo, con el mundo y por el mundo.

El animal está en el mundo y no con el mundo (ibídem). Aquí el hombre se presenta como señor de su historia, del pasado, del presente y del futuro. Comprendiendo su realidad, el hombre se lanza en indagaciones sobre el desafío de la realidad, buscando soluciones adecuadas: su yo y sus circunstancias. Se crea un mundo cultural que llena los espacios geográficos e históricos (ibídem).

Freire entiende la cultura como «todo lo que es creado por el hombre» (ibídem), algo que circunda toda la vida de los humanos, que parte de las cosas ínfimas hasta las grandiosas, desde la poesía a la frase de saludo. Freire (2003*b*: 31) continúa pensando en la cultura como aquella realidad que:

Consiste en crear y no en repetir. El hombre puede hacerlo porque tiene una conciencia capaz de captar el mundo y transformarlo. Esto nos lleva a una segunda característica de la relación: la consecuencia, resultante de la creación y recreación que asemeja el hombre a Dios. [Para Freire] el hombre no es, pues, un hombre para adaptación. La educación no es un proceso de adaptación del individuo a la sociedad. El hombre debe transformar para ser más...

En este proceso cultural que ocurre en el tiempo, el hombre se identifica con su propia acción en la temporalidad, donde él se hace hombre-historia en la trascendencia, donde él puede trascender su inmanencia, estableciendo relación con los seres infinitos. Sin embargo, esta relación no supone domesticación, sumisión o resignación delante del ser infinito, como dice Freire (ibídem). Por la cultura, se visualiza el papel activo del hombre en su realidad y con su realidad (Freire, 2003*a*: 117). Cultura es, entonces:

La añadidura que el hombre hace al mundo que no hizo; [...] resultado de su trabajo, de su esfuerzo creador y recreador; adquisición sistemática de la experiencia humana; incorporación [...] crítica y creadora y no una yuxtaposición de informes o prescripciones donadas. [Aquí, para Freire] lo aprendido de la escritura y de la lectura [es la] clave con la que el analfabeto iniciaría su introducción en el mundo de la comunicación

escrita. [Es] el hombre en el mundo y con el mundo. Su papel [es el] de sujeto y no de mero y permanente objeto.

Desde el punto de vista de la alfabetización, el analfabeto que entra en ese proceso iniciaría la operacionalización de su cambio de aptitudes que acabarían reviendo el espacio pensado y estudiado. Así, el analfabeto, reflexiona Freire (ibídem):

Se descubriría, críticamente, como hacedor de ese mundo de la cultura; descubriría que tanto él, como el letrado, tienen un ímpetu de creación y recreación. Descubriría, aun, que tanto es cultura el muñeco hecho por los artistas [...], como cultura también es la obra de un gran escultor, de un gran pintor [...]; que cultura es la poesía de los poetas letrados de su país, como también la poesía de su cancionero popular; que cultura es toda la creación humana.

Freire (ibídem 104), basándose en Fernando de Azevedo, a través de la obra *A Cultura Brasileira*,³ dice que tal cultura, fijada en la palabra, corresponde a nuestra inexperiencia del diálogo, de la investigación, íntimamente ligados a la criticidad, que es la tónica fundamental de la mentalidad democrática. Continuando, él reconoce que más tarde se hacía sentir la preocupación de la identificación de la cultura fijada en la palabra con la realidad. Se estaba vivenciando una nueva era, del clima de transición (ibídem): busca del vaciamiento de la educación de sus manifestaciones ostensivamente «palabrescas»,⁴ se superan las posiciones reveladoras de la descreencia en el educando, su poder de hacedor, de creador, de recreador, de trabajador y de discutiendo.

La nueva página que se abre es la del reconocimiento y de creencia en el poder del educando de discutir sus problemas vitales, los problemas democráticos de su mundo, de la vida, problemas del trabajo, problemas del país, del continente mundo, etc., problemas que pasan por la educación como acto del amor, de debate y discusión. Para Freire (2003a: 104) «la educación es un acto de amor, por eso, un acto de coraje. No puede temer al debate. El análisis de la realidad. No puede huir a la discusión creadora, so pena de ser una farsa». Y Freire cuestiona radicalmente la cultura contemporánea:

3 Vista como una de las mejores obras culturales, quizás la mejor obra, publicada en Brasil, conforme reconoce Freire.

4 «Palabresca», de palabreja, significa conjunto de palabras con poco o ningún nexo e importancia: locuacidad astuciosa.

¿Cómo aprender a discutir y a debatir con una educación que impone? Dictamos ideas. No cambiamos ideas. Discursamos clases. No debatimos o discutimos temas. Trabajamos sobre el educando. No trabajamos con él.

Para Freire, imponemos, al educador/a la educadora:

[...] un orden al cual él/ella no adhiere, sino se acomoda. No le propiciamos medios para el pensar auténtico, porque recibiendo las fórmulas que le damos, simplemente las guarda. No las incorpora porque la incorporación es el resultado de búsqueda de algo que existe [...]. Exige reinención.

No hay dudas, como dice Oliveira (1996: 8), de que el concepto freiriano de diálogo no constituye novedad en sus especulaciones filosóficas. Tal reflexión ya se encontraba en las obras de Aristóteles, Tomás de Aquino o de Maritain. De ahí que el propio Freire no reivindica para sí la primacía del análisis filosófico-educativo fundamentado en la praxis dialógica (ibídem). Al revés, reconoce el mérito de varios antecesores, como Dewey y Jaspers, que señalaron la acción pedagógico-filosófica centralizada en el diálogo (ibídem).

Freire quiso deshacer las críticas que lo acusaban de falta de originalidad. Él ha fundamentado sus argumentos en la afirmación de Dewey, según la cual, «la originalidad no está en lo fantástico, sino en el nuevo uso de cosas conocidas» (ibídem).

La novedad pedagógica freiriana de las especulaciones filosóficas sobre el diálogo, reflexionaba Oliveira (1996: 9), se encuentra en el hecho de que él haya colocado tal problemática en el contexto dialéctico de una teoría del conocimiento. Esto sacaría a la superficie elementos activos del conocimiento y la construcción de modelos mentales cuya función era la de aprehender los distintos aspectos de la realidad. Esto significaba que cualquiera tenía siempre algo que aprender con el otro, aunque este partiera de hipótesis distintas. En ese caso, según el mismo autor (ibídem), el significado profundo del diálogo, en la filosofía educacional de Freire, es que este no era considerado como simple habilidad o una forma cortés de discurso polémico o retórico, preso a esquemas rígidos y dogmáticos, en que los discursantes se creían igualmente convencidos de que poseían toda la verdad y cuya táctica objetiva consistía en coaccionar a los demás a una plena aceptación de sus verdades.

En la alfabetización, Freire veía el diálogo como método de investigación pedagógica que hacía que las técnicas de enseñanza y de aprendizaje se incorporasen, no apenas en cada fragmento que pudiera aparecer en

varias y distintas posturas teóricas, sino para asegurar el desarrollo dialéctico de su propia verdad, considerando elementos nuevos que emergían del contexto social (ibídem).

Por lo expuesto, creemos que Freire también ha seleccionado el concepto de diálogo de Buber. Las razones que autorizan tal afirmación subyacen al hecho de que, no raras veces, Freire cita el pensador francés. En la obra *Eu e Tu*, Buber (2004: 30) maneja la noción de palabra dialógica. De este modo, Buber desarrolla la profunda ontología de la palabra, reconociéndola como «palabra hablante y portadora del ser» (ibídem). Por ella el hombre navega en el océano de la existencia. La palabra conduce al hombre y no al revés, y lo mantiene en el ser. En la visión buberiana (ibídem):

La palabra pronunciada es una actitud efectiva, eficaz y actualizadora del ser del hombre. Es un acto del hombre a través del cual él se hace hombre y se sitúa en el mundo con los otros [...]. La palabra, como portadora del ser, es el lugar donde el ser se instala como revelación (ibídem).

Buber muestra, aun, que el principio y el fundamento de la existencia humana se ubican en la palabra y aliándose a la categoría ontológica del ente, la palabra-principio instauro el evento día-personal de la relación.

A partir de esa introducción, es posible el entendimiento de Freire (2004a: 78), en particular cuando él reconoce la existencia humana como aquella que, por ser tal, no puede ser muda, silenciosa, tampoco puede nutrirse de falsas palabras, sino de palabras verdaderas con las que los hombres transforman el mundo. Por esa razón, dice:

Existir, humanamente, es pronunciar el mundo, es cambiarlo. El mundo cambiado, a su vez, se vuelve problematizado a los sujetos hablantes, a exigir de ellos nuevo pronunciar (ibídem).

Y los hombres se hacen hombres, no por el silencio, sino por la palabra, por el trabajo y por la acción-reflexión.

Sin embargo, si la palabra verdadera es trabajar, es transformar el mundo, es la praxis, entonces, este acto no puede ser privilegio de algunas personas sino constituirse como derecho de la humanidad. En consecuencia, la palabra verídica no puede ser dicha por una persona sola o por una a las otras, sino que será compartida entre los que están en escena. De ahí la coherencia en la afirmación de Freire cuando dice «nadie

educa a nadie, nadie educa a sí mismo, los hombres se educan entre sí, mediatizados por el mundo» (Freire, 2004: 68).

Por tanto, para Freire (2003a: 115), diálogo «es una relación horizontal de A con B. [...] Se nutre del amor, de la humildad, de la esperanza, de la fe, de la confianza. Por eso, sólo el diálogo comunica». De ahí la razón de ser de la afirmación según la cual el diálogo tiene el principio primero en la crítica y genera la crítica. En palabras de Freire, «quien dialoga, dialoga con alguien sobre alguna cosa» (ibídem: 116).

Diálogo es el «encuentro de los hombres, mediatizados por el mundo» (Freire, 2004: 78). El diálogo se presenta como camino por el cual los hombres ganan significación. Por eso Freire solía decir que educación auténtica, en ese proceso dialógico, no se hacía de A para B, ni de B para A, o de A sobre B y de B sobre A, sino de A con B o de B con A. Por eso, donde no hay diálogo, se encuentra una «educación bancaria», pues el diálogo es una necesidad existencial (ibídem: 79). Así:

[...] no es posible el diálogo entre los que quieren la pronunciación del mundo y los que no la quieren; entre los que niegan a los demás el derecho de decir la palabra y los que se creen negados de ese derecho. Es necesario, primero, que los que así se encuentran negados en el derecho primordial de decir la palabra, reconquisten ese derecho, prohibiendo que este asalto deshumanizante continúe.

En la concepción «bancaria de la educación», los alfabetizandos aparecen como objetos del proceso de aprendizaje de la lectura y de la escritura; son los que memorizan los contenidos ofrecidos por los educadores, y no creadores y recreadores del conocimiento. Así, sucede una «educación-domesticación» donde lo tónico reside en la transferencia de conocimiento que no reconoce la experiencia existencial y el colmo de conocimientos generados en esta experiencia de los adultos analfabetos» (Freire, 2004a: 57-68).

FREIRE Y ONDJANGO: DIÁLOGOS VITALES SUCEDIENDO

Concluyendo, creemos que es por el diálogo que los dos idearios, *Ondjango* y Freire, conversan profundamente. No fue en vano que Freire, estando por primera vez en África, se sintió en casa. El elemento diálogo ha marcado fuertemente este encuentro de los dos mundos hermanos (Brasil y África). *Ondjango* dice el espíritu africano en la vida del pueblo angoleño, hace de la vida un encuentro permanente y permite que todos tomen conciencia de pertenecer a un grupo con valores que serán pre-

servados y, de modo especial, el «ulonga» (conversación rememorativa de la vida y de la historia). En Freire, el diálogo se nos presenta como una aglutinación de todo y encuentro entre aprendices.

Otro elemento que marca el encuentro de los dos idearios es la cultura pensada por Freire, conforme es vivida en el mundo Bantu. Se trata de la cultura como elemento unificador e identificador de un pueblo. Cultura como vida de un pueblo con todos los elementos constituyentes de su mundo de la vida. Finalmente, la conversación de Freire con *Ondjango* se da, de modo singular, en los «Círculos de Cultura».

Brandão, hablando de los «Círculos», dice que Freire no usa el método tradicional, en el cual la educación obedece siempre el mismo método, es decir, el pizarrón y el docente delante de los alumnos, en fila, en sus pupitres, sentados unos detrás de los otros. Prefería hacer un círculo (sistema ondjangiano), donde las personas se posicionaban unas al lado de las otras, «vis-à-vis», hacer suceder el encuentro donde nadie es «sabio» que no tenga nada que aprender con los otros, y nadie es imbécil que no tenga nada para contribuir en este proceso escolar. Así, las mujeres y los hombres aprendices empezaban, en el «círculo», a conversar sobre sus vidas, sus trabajos cotidianos (es el ulonga en *Ondjango*), sobre su manera de ser y de vivir. Y el profesor Paulo, decía Brandão, llamaba a aquel procedimiento «Círculo de Cultura».

Así, con todas las personas sentadas en círculo, tal como sucede en *Ondjango*, ocurre la lectura del mundo de la vida y del mundo de la palabra. Durante este proceso pedagógico, todos contribuyen con sus conocimientos. Nadie se presenta en el «círculo» como detentador absoluto del conocimiento. Cada uno tiene en cuenta sus responsabilidades y sus limitaciones. Aunque, a partir de la comprensión de los «Círculos de Cultura», según Freire, en la escuela, tanto educador como educando aprenden, y todos enseñan, pudiendo cada uno hacer rendir sus potencialidades porque, no siendo así, hay riesgo de que caigamos en el relativismo gnosiológico y en la anarquía pedagógica. La afirmación es nadie enseña a nadie, pero nadie aprende sólo. Las personas enseñan unas a las otras y aprenden unas con las otras, existiendo educación como proceso vital de aprendizaje. *Ondjango* también es constituido como un «círculo de cultura», donde nadie ejerce el papel de profesor, sino de tutor o coordinador del diálogo. El animador de *Ondjango* es alguien con experiencia vital, un anciano mayor: «sekulu», hombre generalmente analfabeto, masculino. En la propuesta freiriana, el coordinador del «círculo de cultura» debe ser alguien que ya sepa leer y escribir, sea hombre o mujer. Lo importante es que tanto en *Ondjango* como en Freire nadie piensa solo, se piensa con los

otros, para participar de la conversación dialogal con todos y entre todos. Por eso, Brandão (2002: 61-63) afirma que «en el círculo, todo lo que es bueno para ser conversado, ser pensado, ser aprendido, ser sabido, ser cambiado y dialogado, va saliendo del hilo de la conversación de todos entre todos, de todas entre todas».

Es esta cultura la que el «invasor colonialista» quiso a toda costa silenciar para que los pueblos autóctonos permaneciesen siempre esclavizados y silenciados. Y, por tanto, con la recuperación e incorporación de la cultura ondjangiana en la escuela formal angoleña, es posible recuperar otros tantos valores culturales silenciados por el colonizador en Angola. Este encuentro amoroso de Freire con el *Ondjango* africano, angoleño, es un encuentro de amorosas síntesis culturales en el que se valoriza la vida y la cultura del pueblo con la lectura del mundo de la vida, cuando se corrigen los errores que pueden contradecir la vida y los valores en los cuales se cree, e incluir los nuevos valores que permitan la crítica y la transformación. ¡Cómo *Ondjango* y Freire enseñan a las personas! Esta es la conclusión más feliz para el cierre de esta reflexión.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ANDREOLA, A. B. y RIBEIRO, M. BUENO (2005): *Andarilho da esperança: Paulo Freire no Conselho Mundial de Igrejas (CMI)*, Aste, São Paulo, p. 132.
- BRANDÃO, C. R. (2002): *A educação popular na escola cidadã*, Vozes, Petrópolis, p. 455.
- BUBER, M. (2004): *Eu e Tu: Introdução e Tradução – Newton Aquiles Von Zoem*, (9.^a Ed.), Centauro Editora, São Paulo, p. 152.
- FREIRE, P. (1984): *Cartas à Guiné-Bissau. Registro de uma experiência em processo*, (4.^a Ed), Paz e Terra, São Paulo, p. 173.
- (2000): *Pedagogia da indignação. Cartas pedagógicas e outras*, (5.^a Reimpresión), Editora UNESP, São Paulo, p. 134.
- (2001): *Conscientização. Teoria e Prática da libertação. Uma introdução ao pensamento de Paulo Freire*, Centauro Editora, São Paulo, p. 102.
- (2003a): *Educação como prática da liberdade*, (27.^a Ed), Paz e Terra, São Paulo, p. 158.
- (2003b): *Educação e mudança*, (Pref. Moacir Gadotti e trad. Moacir Gadotti e Lilliam Lopes Martin), (27.^a Ed), Paz e Terra, São Paulo, p. 79.

- (2004a): *Pedagogia do Oprimido*, (38.^a Ed.), Paz e Terra, Río de Janeiro, p. 189.
- (2004b): *À sombra dessa mangueira*, Olho d'Água, São Paulo, p. 120.
- FREIRE, P. y GUIMARAES, S. (2003): *A África ensinando a Gente: Angola, Guiné-Bissau, São Tomé e Príncipe*, Paz e Terra, São Paulo, p. 228.
- GADOTTI, M. (Org). (2001): *Paulo Freire: Uma Biobibliografia*, Cortez Editora, Unesco, IPF, São Paulo, p. 765.
- GHIGGI, G. y KNEIP, K. (2004): *Implicações antropológicas na Filosofia da Educação de Paulo Freire*, Seiva, Pelotas, p. 156.
- KAVAYA, M. (2006): *Educação, Cultura e Cultura do «Amém»: diálogos do Ondjango com Freire em Ganda-Benguela/Angola*, (Dissertação de Mestrado), PPGE, Pelotas, p. 303.
- NUNES, J. (1991): *Pequenas Comunidades Cristãs. O Ondjango e a Interculturação em Africa/Angola*, Editora Universidades Católica Portuguesa & Fundação Eng. Antonio de Almeida, Porto.
- OLIVEIRA, S. DE ADMARDO (1996): *Educação: redes que capturam caminhos que se abrem*, Edufes, Vitória, p. 85.
- SOUZA, A. I. (2001): *Educação e atualidade brasileira: a emersão do povo na história*, en SOUZA, A. I. (org): *Paulo Freire: Vida e obra*, (2^a E.), Expressão Popular, São Paulo, p. 33-68.
- (2002): *Paulo Freire: Vida e obra*, Expressão Popular, São Paulo.

Recibido el 27 de febrero de 2009

Aceptado el 31 de marzo de 2009

Notas provisionales para una construcción social de la viudedad¹

Provisional notes for a social construction of widow(er)hood

PEDRO SÁNCHEZ VERA
UNIVERSIDAD DE MURCIA

Resumen

El artículo hace una aproximación a la realidad social objetiva y al estado de la cuestión de la viudedad en las personas mayores, y su construcción social en la vejez. Se analizan algunas de las limitaciones (económicas, funcionales, familiares, etc.) que acompañan la viudedad en la vejez, así como distintas estrategias de adaptación a esta nueva situación por parte de las personas mayores.

Palabras clave: viudedad, vejez, construcción social, dificultades, limitaciones, adaptación, estrategias, economía, vida familiar, redes.

Abstract

This article addresses both the objective social reality and the state of widowhood and widowerhood in the elderly, and its social construction during ageing. Some limitations are analysed (economic, functional, family, etc.) which are associated with becoming a widow/widower in the elderly, as well as different strategies for elderly people to adapt to this new situation.

Keywords: widowhood and widowerhood, elderly, social construction, difficulties, limitations, adaptation, strategies, economy, family life, networks.

¹ Este artículo es producto del Proyecto I+D+I del MEC: «Mayores y viudos», ref. SEJ2007-62565. En el mismo han participado junto al autor del artículo e IP del proyecto: la profesora María Teresa Algado Ferrer (UA), los profesores Felipe Centelles Bolos (UCLM), Juan López Doblas (UGR), y la becaria de FPU Beatriz Jiménez Roger. Una versión desarrollada de la investigación puede encontrarse en: Sánchez Vera, P. et al. (2009): *Viudedad y vejez (Estrategias de adaptación a la viudedad de las personas mayores en España)*, Nau Llibres, Valencia.

INTRODUCCIÓN

Vemos en este artículo algunas notas que nos ayuden a entender la construcción social de la persona viuda. Si la realidad se construye socialmente, y esta es construida en la vida cotidiana (Berger y Luckmann, 1968), fenómenos como la viudedad son un juego de objetividades (conceptos sociales) y subjetividades (autopercepción) que suponen una identidad y una segunda socialización para el sujeto.

Si analizamos la viudedad, nos encontramos un acontecimiento complejo, trágico, y generalmente inesperado, que incide especialmente en las personas mayores. Se trata pues, de uno de los grandes seísmos (Wallace, 2000) a los que se ve sometido el sujeto emparejado, teniendo efectos, en muchos casos, traumáticos, pues se trata de afrontar la muerte de un ser querido fuertemente entreverado en la personalidad individual. Cuando este acontecimiento deviene en la vejez, la situación se torna especialmente disruptiva para la cotidianeidad del sujeto mayor. No es menos cierto que en muchos casos, la viudedad es un accidente en la vida del sujeto que es fácilmente paliado a través de las muy abundantes redes sociales, y afectivas, que las sociedades modernas y flexibles presentan, y que incluso en algunos casos la viudedad puede ser percibida como una liberación por algunas personas que no han tenido vida propia. Es por esto que los estudios de vejez inciden en la importancia de la «vejez activa» y cómo esta contribuye a fortalecer la identidad del sujeto.

El asunto de la identidad del sujeto tras el enviudamiento es harto complejo. Tal como señalaban Alberdi y Escario (1990: 7) referido a la mujer viuda:

¿Qué ocurre cuando la situación de una mujer que se definía primordialmente por su vinculación personal, afectiva, civil y económica a un hombre queda alterada por el fallecimiento de este? ¿Cuándo comienza a definirse una mujer como individuo, una nueva trama de relaciones sociales?

A pesar de la proliferación de estudios sociológicos sobre vejez, el interés directo que esta disciplina ha dispensado a estudiar la viudedad es relativamente escaso, máxime si tenemos en consideración las importantes transformaciones que este acontecimiento genera en la persona mayor, que suele ver alterada su vida cotidiana, viéndose frecuentemente obligada a reajustar sus procesos y mecanismos de inserción social.

La proliferación y efervescencia de los estudios sobre vejez y envejecimiento de los últimos años han favorecido distintas aproximaciones a la problemática de la viudedad, a través de estudios e informes (IMSERSO,

2000 y 2002; SECOT, 1995 y 2001) o al abordar problemáticas diversas asociadas a la vejez. Los estudios sobre vejez en España han incidido en el asunto desde la perspectiva de la situación que acompaña a las personas mayores viudas, en general para dar entrada a la situación de soledad, de precariedad económica y de vulnerabilidad social a la que frecuentemente se enfrentan muchos sujetos tras la pérdida del cónyuge. Entre estos estudios merecen ser destacados los ya referidos informes del IMSERSO, así como los del Centro de Investigaciones Sociológicas de España (CIS) (Estudios 2117, 2072, 2224, 2291 y 2279). Con todo y con ello, quedan muchas lagunas de investigación en el caso de la viudez y más en concreto en el conocimiento de los distintos procesos y estrategias de adaptación a la viudedad que siguen los mayores en España.

Desde los trabajos preliminares de Alberdi y Escario (1988, 1990) –circunscritos a las mujeres viudas– y el más reciente referido a la viudedad en edades jóvenes (Houle y otros, 2001) y el de Spijker (2007) sobre trayectorias familiares tras la viudedad, apenas se ha estudiado la viudez en España de manera directa. En cualquier caso, y tal como hemos referido, han sido frecuentes las referencias a esta de manera indirecta, como, por ejemplo, las alusiones a la viudedad de distintos autores (Carrasco y otros, 1997; Flaquer, 1994; Fernández Cordón y Tobío, 1998; Moreno, 2000), a la hora de estudiar la situación y/o evolución de los hogares monoparentales (o «monomarentales»).

LA VIUDEZ Y SU MUNDO

La viudedad es, sin duda, uno de los acontecimientos vitales más dolorosos para una persona mayor. En general, se suele tratar de sujetos mayores, que han tenido una larga convivencia, con una diáfana división de roles de género y un alto nivel de implicación entre ambos, hasta el extremo de que sus personalidades se han entreverado. Así, la pérdida del cónyuge, además del quebrantamiento afectivo que supone, implica un incremento de la soledad y la incapacidad de realización de ciertas funciones importantes, que por supuesto varían en función del género del mayor viudo (Arber, Ginn y Davidson, 2003).

Tal como señalaban Alberdi y Escario (1990: 7), «la viudedad es una de las situaciones sociales en las que cambian más dramáticamente las circunstancias sociales del individuo: su posición social y en función de ello sus obligaciones y responsabilidades».

A la mayor longevidad femenina, hay que añadir el hecho de que en los momentos en que contrajeron matrimonio la brecha de edad de género era frecuentemente elevada, abundando matrimonios donde el varón tenía diez años más que la mujer en el momento del matrimonio. Este hecho es sin duda determinante en cuanto a las probabilidades objetivas: *a)* Del mayor número de mujeres viudas; *b)* Del mayor tiempo real de viudedad de estas, o lo que es lo mismo, con la creciente longevidad, el pasarse una parte importante de la vida en situación de viuda.

Es por esto, que en los estudios sobre la población mayor son frecuentes las perspectivas de género (Arber y Gynn, 1996), incidiéndose, en general, en la problemática de la mujer mayor viuda (Alberdi y Escario, 1988 y 1990), puesto que nos referimos a una población fundamentalmente femenina y con elevadas dosis de vulnerabilidad social. Estos estudios han surgido ante situaciones económicas que han venido marcadas por la precariedad y la dependencia del marido respecto a la pensión de jubilación. Sin embargo, falta un estudio global y actualizado sobre la situación de las personas mayores viudas en España en la que se integren tanto varones como mujeres. A pesar de que, en general, la situación de los viudos mayores se presenta menos vulnerable desde el punto de vista económico, las diferencias de género en la adscripción de roles dejan al varón mayor en situación de indefensión para afrontar la soledad residencial, al tener una mayor dependencia conyugal. Incluso la diferente esperanza de vida que muestran varones y mujeres de la misma edad tras el enviudamiento es un asunto cargado de contenido sociológico, tal como ha sido puesto de relieve por distintos especialistas (Kaprio, Koskenvuo y Rita, 1987: 283-287).

En algunos estudios sobre sociología de la muerte (tan ligados a los de viudedad), se ponen de relieve las diferentes actitudes ante la muerte en función del género. Sobre la experiencia de la impronta de la muerte en la mujer viuda, M.^a Ángeles Durán dice lo siguiente:

A las mujeres les afecta más la muerte porque no sólo tienen que encarar la suya propia, sino la de sus más próximos familiares y amigos. Son ellas quienes se ocupan principalmente de los enfermos y de los que van a morir, quienes les acompañan y cuidan durante la enfermedad, la vejez, la discapacidad y los momentos finales de la vida. Además, también les corresponden socialmente la mayor parte de las actividades relacionadas con los procesos de duelo post-mortem: el enterramiento, funerales y honras fúnebres, así como el mantenimiento del recuerdo y la memoria colectiva. (Durán, 2004: 13-14)

Esta misma autora, comentando las principales preocupaciones de las mayores y a propósito de las Encuestas del CIS n.º 2244 y 2279 de 1997 y 1998, comentaba lo siguiente:

Finalmente, no podemos dejar de subrayar que la respuesta «pérdida de amigos» aparece citada once veces más que la «pérdida de cónyuge». ¿A qué se debe? Quizá se deba a que no puede tenerse miedo o preocupación por lo que ya se ha producido, la situación de viudez; o porque el círculo de parientes y amigos incluye a tantas personas que el riesgo de perder a alguno de ellos es casi una certeza. En cualquier caso, este es un dato sorprendente que invita a la reflexión sobre los límites de la identidad y sobre el papel que el cónyuge y los amigos y demás familiares juegan en la definición de uno mismo y de la calidad de vida. (Durán, 2004: 18)

Otro ámbito frecuente de reflexión sobre la viudez ha sido el de la perspectiva del bienestar social, fundamentalmente en todo lo concerniente a la precariedad económica de las pensiones de viudedad (Paniagua, 1993; Pérez Díaz, 1996; Pérez Ortiz, 1996 y 1998; Salvador, 1997; Sánchez Vera y Bódalo, 2000; SECOT, 1995).

La perspectiva familiar de la vejez, incidiendo en sus aspectos de reciprocidad y solidaridad intergeneracional, debe ser estudiada en mayor medida, máxime si tomamos en consideración las crecientes limitaciones que presentan los estados del bienestar, la implicación entre vejez, protección social y dependencia y el gran abismo existente entre la relevancia social de la familia y la invisibilidad de las funciones familiares en la contabilidad nacional en las fuentes estadísticas oficiales (Durán, 2000).

Un fenómeno a considerar es el de la nueva viudedad, en la medida en que esta se asocia a las nuevas formas de familia. Cada vez es más frecuente entre los especialistas hablar de la soledad a la que, de manera creciente, se ven sometidos los mayores. Así, desde la perspectiva familiar, son frecuentes las reflexiones sobre el debilitamiento de la red familiar como ámbito de ejercicio de la solidaridad entre generaciones (Fukuyama, 2000). Un asunto que merece un interés creciente entre los expertos en sociología de la vejez es el que concierne a los distintos ámbitos de transición a los que se ven sometidos los mayores. Así, y a modo de ejemplo, son importantes la entrada en la viudez, la transición de la tercera a la cuarta edad o la pérdida de autonomía residencial (Bazo, 1991, 1992 *a* y *b*, 1996).

De otra parte, como consecuencia de las dificultades para encontrar trabajo por parte de los hijos, aparece la tendencia a postergar su abandono del hogar familiar. Esta circunstancia está incidiendo, en muchos casos, en el empobrecimiento de hogares cuyo cabeza de familia es un jubilado y

en no menos ocasiones una persona viuda. En numerosas ocasiones, este último tipo de hogares –monoparentales, generalmente– se ven sometidos a una manifiesta precariedad económica, cuando no empobrecimiento (Iglesias de Ussel, 1998). Así, algunos expertos señalan que, como consecuencia de las dificultades de los jóvenes para independizarse, se está produciendo un adelanto de la herencia que frecuentemente se produce tras el fallecimiento de uno de los cónyuges. Incluso se ha constatado la presencia de «herencias negativas» por el apoyo de los padres a los hijos y el descenso del valor de las pensiones, la descapitalización que hubieron de soportar para adelantar la transmisión del patrimonio, que puede restar independencia económica al sujeto mayor o quedar, incluso, a merced de la solidaridad filial (Iglesias de Ussel, 1998).

Otro aspecto, a todas luces interesante desde la óptica económica, es el del crecimiento del número de ancianos con cargas familiares. Aunque no tenemos muchas investigaciones al respecto, todo hace indicar que sobre algunos mayores viudos está recayendo una responsabilidad familiar importante que incluye la crianza de los nietos y, de forma creciente, el cuidado de sus propios progenitores de muy avanzada edad.

El asunto de la soledad es el gran tema de las sociedades modernas y particularmente de las envejecidas. El abordaje de este tema tiene múltiples ámbitos, pero, siendo como es un hecho objetivo, el sentimiento de soledad está relacionado con una gran variedad de acontecimientos, tales como los estilos de vida o el capital cultural. La soledad, tanto la real como el sentimiento de la misma (soledad subjetiva), que como hemos señalado en otros lugares están entreveradas (Sánchez Vera, 1993), afecta a muchos adultos mayores recién llegados a la viudedad y conlleva distintas estrategias de adaptación a la misma o ciertas patologías de salud física y mental que tienen su base en el insufrible sentimiento de soledad que soportan muchas personas mayores viudas. En el caso de los varones, algunos especialistas (Arber y Ginn, 1996) han puesto de relieve la desigual estrategia de género para conllevar la viudedad cuando esta va asociada a la soledad residencial, siendo particularmente el varón viudo el que peor es capaz de desenvolverse en esta situación (López Doblas, 2005).

A la hora de estudiar las distintas clases de soledad residencial en los mayores, se pueden establecer varios grupos:

El grupo más numeroso de mayores que forman parte de la vejez solitaria está compuesto por las personas viudas. En este grupo están, de un lado, los mayores que ingresaron en la soledad residencial tras perder a su cónyuge teniendo ya emancipados a todos sus hijos. Los sujetos que

enviudaron en edades cercanas a los 65 años o habiendo rebasado dicha edad tienen como rasgo característico el brusco tránsito que sufrieron desde la etapa de nido vacío a la soledad residencial, dándose la circunstancia de que, en la mayor parte de los casos, estas personas ya no cuentan con ascendientes vivos y tienen emancipados a todos los hijos. De otro lado están los que tuvieron una viudedad más prematura y se vieron al frente de un hogar monoparental en el caso de tener hijos. En este último caso, el acceso a la soledad residencial es producto de la emancipación del último de sus hijos (en el caso de que tuvieran varios). Esta circunstancia es cada vez más frecuente que se produzca después de los 65 años de edad.

Un segundo grupo lo forman las personas mayores que permanecen solteras. Dentro de este grupo estarían a su vez: los que acceden a la soledad al morir sus progenitores y los que ya tienen una experiencia dilatada de vida en solitario.

Un tercer y último grupo, de menor pero creciente alcance entre los mayores de España, en comparación con otros países europeos, lo constituyen los separados y divorciados que llegan a los 65 años residiendo solos.

A la hora de conocer los efectos no deseados de la viudedad, es un hecho constatado la falta de ilusión y de ganas de vivir que atenaza a muchos mayores al llegar a este estado. Es por esto que un indicador de interés para conocer el estado anímico de los mayores al llegar a la viudedad es el estudio de las tasas de suicidio de personas mayores viudas. Así, por ejemplo, el estado de viudedad aportó, en el año 2003, el 10% de los suicidas, porcentaje que es sensiblemente inferior al de los casados o solteros. En relación con su propia población, las probabilidades de suicidio de las personas viudas ocupa el segundo lugar después de los separados/divorciados con un 0,083 por mil. El comportamiento de las personas viudas en relación con el fenómeno del suicidio revela que los varones se suicidan más que las mujeres –tres suicidas varones por cada mujer suicida. La evolución de los datos del suicidio de viudos en los últimos veinticinco años indica un descenso importante, cuya explicación se encuentra en los cambios de mentalidad habidos en la sociedad española respecto de la «dependencia emocional y económica» de sus cónyuges, especialmente en el caso de las viudas. En cuanto a las edades, no se aprecian cambios importantes en los comportamientos fundamentales del suicidio, incluyendo la mayor incidencia del suicidio en las personas de 60 y más años de edad.

Entre los problemas de adaptación a la soledad de las personas mayores viudas se encuentra el que, en los últimos años de vida como pareja, hayan disfrutado de una alta satisfacción matrimonial. Son abundantes los estudios que defienden la teoría de que, desde una perspectiva cronológica en la vida de la pareja, la satisfacción matrimonial sigue una curva en forma de U: el matrimonio comienza con satisfacción elevada, decreciendo a medida que aparecen nuevas obligaciones y responsabilidades y, en los últimos años, al desaparecer las obligaciones laborales y paterno-filiales, el matrimonio vuelve a presentar una elevada satisfacción en ambos cónyuges. Por otra parte, encontramos autores que hablan de las dificultades de ajuste que se producen en el matrimonio tras la jubilación, en parte relacionadas con la feminización en el uso del tiempo por parte de los varones jubilados. La pérdida del cónyuge no tiene sólo un significado personal y afectivo, sino que supone un giro en las redes sociales que el individuo mantiene, alterándose cuando se modifica la unidad familiar por la pérdida de uno de sus miembros. Con el paso del tiempo y sobre todo en la vejez, se viven algunas experiencias especialmente duras que suponen una ruptura con su vida anterior. Son vivencias que pueden tener graves consecuencias emocionales para quien pasa por ellas (depresión, soledad, pérdida de la autoestima, etc.). La muerte del cónyuge es el acontecimiento más traumático por el que pasan las personas mayores. Cuanto más unida está la pareja, mayor será el impacto emocional de la muerte de uno de ellos, sin que la presencia de otras personas alivie los sentimientos de soledad y tristeza.

Un asunto muy referido entre los especialistas es el del incremento de las relaciones familiares tras la viudedad. En el caso de la mujer viuda, es frecuente el repliegue hacia la vida familiar, volcándose con los hijos y nietos (Bazo, 1991 y 1993; Treas, 1977). Las relaciones entre hermanos adultos no es un hecho que goce del interés de los sociólogos pero, sin embargo, en el caso de los mayores solos, merecería ser abordado con más atención ya que, aunque durante la niñez y la adolescencia los contactos entre hermanos son frecuentes por la obligada convivencia en el hogar, a partir del matrimonio y la entrada en el trabajo, estos contactos se ven distanciados. En la madurez y la ancianidad, se produce una mayor unión por razones diversas, bien sea porque disponen de más tiempo, porque se apoyan más entre ellos o, simplemente, porque deben resolver problemas comunes tales como el patrimonio o el cuidado de algún progenitor. La jubilación y sobre todo la viudedad acercan de nuevo a los hermanos (Rosenmayr y Koekeis, 1963). En este caso, las diferencias de género son importantes, pues suelen ser las hermanas las que se ocupan más

de los padres y de los hermanos viudos. Con todo, mientras en el pasado era frecuente la existencia de una hermana soltera que se dedicaba casi en exclusiva al cuidado de sus padres mayores, en la sociedad moderna, con una alta ocupación de la mujer, se buscan sistemas externos o nuevas formulas para potenciar la participación de la familia y de los hermanos en el cuidado de los ancianos.

Referido al mayor acercamiento de la persona mayor viuda a la familia, es posible que la disponibilidad de tiempo y la necesidad de llenarlo afectivamente tras la viudedad haya tenido unos efectos muy valiosos e incommensurables en las familias españolas ya que, entre otras cosas, se produce un reforzamiento del rol de abuelo/a que favorece las relaciones familiares y satisface la vida del mayor viudo. Este hecho es relativamente desconocido en España pero de indudable trascendencia (Iglesias de Ussel, 1996: 35).

La cuestión del equilibrio emocional que proporciona al mayor permanecer en el seno de la familia ante situaciones adversas hay que tomarla en cuenta. La atención personal que se produce en el seno de la familia (frente a la que dispensan las instituciones), al igual que el papel identitario que proporciona la familia para el sujeto mayor, son factores que no pueden pasar desapercibidos. Como señala Pastor Ramos (2002: 323-324):

Hay sucesos dramáticos en la vida que pueden romper la continuidad existencial y desintegrar la unidad del yo. Uno de esos sucesos es el encontrarse de pronto solo, después de que hayan muerto alrededor la propia esposa/o y los demás parientes. Cuando una persona ya no puede relacionarse en esta vida con ningún familiar y sólo con amigos, compañeros, asistentes sociales o profesionales, es como si accediera a una existencia distinta, en la que el propio pasado histórico resulta ininteligible para todos los interlocutores. Pues bien, es el contexto familiar el que proporciona al anciano, sobre todo al viudo, un soportable sentido de la continuidad vital entre su feliz pasado, su amargo presente y su incierto futuro.

La viudedad, por tanto, es un acontecimiento de gran incidencia en la vida del mayor, no sólo por la merma de las condiciones funcionales que supone, sino, sobre todo, por la merma de un apoyo afectivo, funcional y generalmente también económico. Así, la soledad y la vulnerabilidad o fragilidad económica van a ser factores altamente determinantes en la caracterización de la viudedad en la vejez.

No es de extrañar, pues, que los hijos suelen convertirse en un sistema supletorio de apoyo afectivo –y a veces económico– para el mayor que accede a esta situación (Pastor Ramos, 2002: 322). Los estudios de Sociología de la Vejez, desde los más clásicos (Morgan, 1976: 687-695) a los más actuales (Bazo, 2002), revelan, como hemos dicho más arriba, que la fami-

lia era el más importante componente de bienestar psíquico y de satisfacción en los mayores solitarios.

De igual manera, un asunto abordado entre los expertos es el de las diferentes estrategias con que las personas mayores viudas afrontan su nueva situación de soledad, en función de su realidad social objetiva (género, situación familiar y económica, edad y estado de salud, principalmente) y de sus actitudes sociales (vejez activa). Entre las estrategias más referidas, nos encontramos las siguientes:

1. la aceptación de la viudedad ante la necesidad de continuar con la vida propia (Iglesias de Ussel, 2001),
2. el establecimiento de relaciones a través de visitas, viajes y contactos sociales, principalmente con la familia (Rosenmayr y Koekeis, 1963),
3. el consumo de medios de comunicación (Sánchez Vera, 2001) y
4. el recurso a la religión (IMSERSO, 2002).

Por otra parte, una manera de adaptarse y de superar muchos de los problemas devenidos de la viudedad en las personas mayores es el restablecimiento de relaciones sociales autónomas que, en muchos casos, pueden producir la cristalización de relaciones afectivas y amorosas con personas de otro género; asunto del que nos hemos ocupado en otros lugares (Sánchez Vera y Bote, 2006 y 2007).

Aunque tradicionalmente ha habido en nuestras sociedades una visión edadista sobre la vejez que ha llevado a no considerar adecuado, a partir de ciertas edades y estados civiles, mantener relaciones de amor y sexo con personas de otro género, el nuevo matrimonio o el mantenimiento de relaciones de noviazgo es un fenómeno que debe ser tomado en consideración como una estrategia para la viudedad, hecho que sin duda irá cobrando más cuerpo en el futuro.

Sin embargo, el alcance objetivo de esta nupcialidad es muy bajo, por lo que aún no se puede hablar de una estrategia ante la viudedad. En un trabajo referido a España (Sánchez Vera y Bote, 2007), se pone de relieve cómo las relaciones sentimentales y/o matrimoniales están escasamente arraigadas entre las personas mayores, tal como lo atestigua el hecho de que tan sólo un 3,3% haya iniciado una relación después de los sesenta y cinco años, a pesar de lo cual más de la mitad afirman conocer a alguien que una vez cumplidos los 65 años ha entablado una relación afectiva. En cualquier caso, el número de matrimonios en los que intervienen personas de 65 años o más es residual (en torno al 1%). Cabe decir, con todo, que el tema de las relaciones afectivas y amorosas entre personas mayo-

res ha sido escasamente abordado por la sociología o, a lo más, ha sido tratado con cierta distancia como si de un asunto menor se tratara. Askham (1996) señala la escasez de estas investigaciones, tanto en el ámbito anglosajón como norteamericano, donde lo más que se encuentra es alguna breve referencia a estudios sobre satisfacción conyugal o reparto de tareas domésticas en matrimonios ancianos.

Otro problema por el que recientemente se ha interesado la sociología de la familia y de la vejez es la necesidad de comprender las diferentes implicaciones de la viudedad en función del género, ya que los efectos son bien diferentes entre hombres y mujeres. De otra parte, aparecen nuevas formas de relación entre mayores de diferente sexo –de las que nos hemos ocupado en otros lugares (Sánchez Vera y Bote, 2007)–, como es el «vivir juntos pero separados» –*living apart together*–, hecho que tal como señalan algunos especialistas se hace extensivo a personas mayores del mismo sexo (Arber, Ginn y Davidson, 2003).

Tal como señalamos en una investigación anterior (Sánchez Vera y Bote, 2007), la posibilidad de entablar una nueva relación amorosa aparece como una estrategia activa (*coping strategy*) para enfrentarse a la situación de soledad que deviene tras la viudez y que suele producirse tras haber superado la primera fase de dolor y luto, estrategia que, en lo personal, tiene unos efectos muy beneficiosos en la calidad de vida del mayor (Utz y otros, 2002).

Por otra parte, sorprende la escasa incidencia de este fenómeno entre los mayores, bien sea a través del matrimonio o del *living apart together*, siendo dominante la proporción de mayores viudos que prefieren continuar viviendo solos. Este hecho puede deberse, en unos casos, a la naturaleza idealizada de las relaciones anteriores, o bien a que no fueron especialmente gratificantes por diversas razones: requerimiento de especial cuidado por enfermedad u otras más ligadas a la convivencia y a la vida conyugal. En cualquier caso, es frecuente encontrar una cierta distancia entre los mayores viudos al hecho de tener una nueva relación afectiva aun a pesar de que en términos generales y conceptuales este hecho les parezca bien «para otros». De esta manera, entre las personas mayores viudas, suele darse el hecho de que no desean renunciar a su nueva independencia, a pesar de que tengan episodios de soledad, dándose por satisfechos con su relación anterior, hecho que igualmente ha sido reseñado por otros especialistas (De Jong Gierveld, 2002). En este asunto, también las diferencias de género son extremadamente importantes, pues la mayor dificultad del varón para afrontar las tareas funcionales y la vida en soledad les conduce –en mucha mayor medida que a la mujer mayor viuda

que se desenvuelve mucho mejor al llegar a la viudedad— a buscar estrategias más activas de compañía, asunto este del que se han ocupado muy variados especialistas (Lopata, 1996; Davidson, 2001; Stevens, 2002; Iglesias de Ussel, López Doblas y otros, 2001).

La socióloga estadounidense María Talbott llevó a cabo durante la década de los noventa un estudio de alcance medio (algo más de sesenta entrevistas) sobre actitudes de viudas de edad avanzada hacia los hombres y el segundo matrimonio (Talbott, 1998). Para ello, Talbott consideró diversos aspectos de gran relevancia para conocer qué factores influían en la conformación de dichas actitudes, tales como las características de su primer matrimonio, la salud o el estado económico. De esta forma, se estaba conociendo la dimensión social de un aspecto que hasta entonces sólo había interesado desde la perspectiva clínica de la posibilidad sexual, que aún sigue siendo mayoritaria en el ámbito de la investigación (Bulcroft y Bulcroft, 1991; Bulcroft y O'Connor, 1986; McElhany, 1992; Steitz y Walker, 1990).

El estudio de Talbott hace hincapié en la escasez de investigaciones sobre el tema en el ámbito de la gerontología social, destacando sobre todo la existencia de una gran heterogeneidad en la sexualidad de los mayores cuyos factores son desconocidos. Hasta el momento desconocemos qué clase de personas y en qué circunstancias tienen interés y actividad relacional con personas del otro género. La autora desglosa en varias categorías las posibles influencias o circunstancias que determinan las conductas afectivo-relacionales de los mayores: generacionales (cohorte), personales y biológicas. De esta manera, Talbott obtiene una serie de conclusiones interesantes sobre las mujeres mayores y sus actitudes hacia las relaciones amorosas, que podemos llamar los postulados de Talbott:

- a) Las viudas que se han casado más de una vez están más interesadas en el segundo matrimonio que las que sólo lo han estado una vez, si bien esta actitud no se materializa en una conducta que conduzca a dichas mujeres a un mayor número de citas con hombres (Bulcroft y Bulcroft, 1991).
- b) Las mujeres cuyos matrimonios han sido más largos están menos interesadas que aquellas cuyos matrimonios han tenido una duración menor.
- c) Las mujeres cuyos matrimonios han sido satisfactorios se encuentran más interesadas en volver a casarse que aquellas que han pasado por experiencias desagradables o insatisfactorias. No obstante, aquí se ha descubierto una relación curvilínea en forma de *u* invertida, de mane-

ra que en ambos extremos (matrimonios muy satisfactorios, matrimonios nada satisfactorios) encontramos los grados más bajos de interés por los hombres, mientras que aquellas personas que han pasado por matrimonios de satisfacción media se encuentran en mayor medida atraídas por la posibilidad de iniciar nuevas relaciones.

- d) Las mujeres con mayor grado de actividad presentan mayores niveles de atracción por los hombres: aquellas que conducen o trabajan muestran más deseo de iniciar relaciones con hombres que quienes no lo hacen.
- e) Las viudas que experimentan épocas de duelo y fuertes depresiones con frecuencia se muestran menos interesadas que aquellas que superan con mayor estabilidad emocional la pérdida de su marido (Sosa, 1994).
- f) Quienes prestaron cuidados a su marido en sus últimos días se encuentran menos interesadas por los hombres que quienes no lo hicieron. A pesar de todo, mientras que en España el prestar cuidado a una persona mayor es una razón para no volver a casarse (Alberdi y Escario, 1988), en Estados Unidos es una de las razones para volver a hacerlo, lo que muestra la fuerte interiorización del rol de cuidadoras dado por la sociedad a las mujeres.
- g) Quienes gozan de buen estado financiero muestran menor necesidad de iniciar relaciones que aquellas con apuros económicos.
- h) Las mujeres de más edad y con peor estado de salud muestran menos interés que las más jóvenes y con mejor salud.

Talbott señala, como conclusiones generales, el escaso porcentaje de mujeres que volverían a casarse, mostrándose el 79% de su muestra opuesta al segundo matrimonio, encontrándose a favor tan sólo el 15% de la misma, cifra que coincide con el 14% de mujeres de la muestra que mantenían una relación seria con un hombre en el momento en que fueron realizadas las entrevistas. Como causas de la falta de interés, la autora señala dos fundamentales:

- a) La escasez de hombres interesantes (debido a la incidencia de la mortalidad de forma diferencial según género).
- b) La idealización del marido, lo que constituye un obstáculo a la hora de encontrar una persona capaz de acoplarse al modo de vida establecido años atrás.

Otro asunto particularmente relevante es la desigual estrategia que se establece ante la viudedad entre los medios rurales y urbanos. Tal como señalan distintos especialistas en la materia (García Sanz, 1998), la viudedad en el medio rural tiene unas características diferenciales. Entre estas se encuentra el sobre-envejecimiento de las zonas rurales, lo que conlleva un mayor porcentaje de personas mayores viudas que, a la vez, se encuentran más envejecidas y con mayores dependencias físicas que en los medios urbanos (a partir de los 80 años se nota un más elevado efectivo de las cohortes de personas mayores viudas en las zonas rurales), así como con unos menores recursos de apoyo social. La incidencia de la discapacidad añadida que conlleva la sobre-edad afecta, por tanto, en una mayor proporción a los medios rurales que a los urbanos.

Por otra parte, desde el punto de vista económico, y tal como se ha puesto de manifiesto en distintos informes de la Unión Europea y de España (García Sanz, 2003), la renta de las personas mayores viudas en los medios rurales es sensiblemente inferior a la de sus homólogos en los medios urbanos. Distintos trabajos han puesto también de relieve que, a pesar de la menor renta, los mayores de medios rurales gastan menos y ahorran más (García Sanz, 1998; Sánchez Vera, 2001). Otro factor importante de la viudedad en el medio rural es una elevada –aunque relativa– masculinización de la viudez. Es importante matizar que, si bien la viudez está generalmente feminizada, esta feminización es sensiblemente menor en los medios rurales.

Desde el punto de vista ideológico, y a la hora de analizar la vejez activa, la relación entre tamaño de hábitat y edad tiende a presentar un perfil ideológico del mayor algo más conservador que el de su homólogo urbano, tal como hemos señalado en otros lugares, si bien es difícil deslindar este hecho de otras variables tales como el género o el nivel de instrucción (Sánchez Vera y Bódalo, 2000).

Desde la perspectiva económica, la viudedad suele repercutir en la movilidad social descendente del mayor, aunque no necesariamente tiene que ser así. De los dos millones aproximadamente de personas mayores viudas en España, la mayoría son mujeres. La situación de la mujer viuda es especial ya que existe un proceso contrastado de adaptación a la viudedad dedicándose a la esfera familiar. No es de extrañar que abunden las reflexiones sobre cómo esta predisposición de la mujer viuda a volcarse con los hijos y los nietos es utilizada frecuentemente por estos para tener una «cuidadora siempre disponible y gratis».

No cabe duda de que un aspecto de importancia en la vida de la persona mayor viuda es todo lo relacionado con el proceso de adaptación a

su situación económica pues, como es sabido, con la viudedad, al igual que ocurre con la jubilación, suele haber una contracción en la situación económica, a la que necesariamente deben adaptarse. En los muy abundantes trabajos sobre la pobreza de los mayores en España (Alfageme, 2000; Paniagua, 1993), sobre sus necesidades (Pérez Ortiz, 1998), sobre su calidad de vida (Sáez Méndez, 1997), sobre el bienestar (Moragas, 1981 y 1991) y/o sobre su situación económica en general (Cano Lozano, 1990; Sánchez Vera, 2000), sobre la situación económica de colectivos concretos como es el caso de las viudas (Salvador, 1997; Bleda, Centelles y Uña, 1998) o de los mayores en el medio rural (Paniagua, 1997; García Sanz, 1997), son frecuentes las referencias a la viudedad como causa de empobrecimiento.

La merma de poder adquisitivo tras el enviudamiento es muy diferente según el género. Así, diferentes estudios referidos a España han puesto de relieve cómo la pérdida del cónyuge conlleva un descenso del 22% para los hombres y del 44% para las mujeres. Esta diferencia es debida, fundamentalmente, a que la generación de mujeres mayores raramente ha trabajado fuera del hogar y son subsidiarias de pensiones no contributivas (de cada nueve viudos que reciben ingresos de la pensión de jubilación, sólo 2,9 son mujeres). Según la legislación española, la pensión de viudedad se calcula aplicando el 52% a la base reguladora del sueldo o de la pensión del cónyuge, cuando la necesidad suele reclamar que ese cálculo se realice al menos sobre el 80%. La pensión media de viudedad en España ronda los 600 euros.

También se da la circunstancia, en algunos casos, de que la mujer mayor viuda se deje asesorar por los hijos que, con frecuencia, «intervienen» en la gestión del patrimonio y de las cuentas bancarias. Si algo falta a los mayores españoles, a diferencia de sus homólogos europeos, es autonomía y libertad en la gestión de su patrimonio. Sería deseable una mayor autonomía de nuestros mayores y una cierta «desvinculación» simbólica de sus hijos que les permitiera vivir con un mayor grado de autonomía en todos los ámbitos de su vida, incluidas, claro está, las decisiones económicas. En cualquier caso, y aun no interviniendo directamente, sí que hay una preocupación –que suele ser común– por que los hijos aparezcan en todas las libretas de ahorro y cuentas bancarias de la madre.

Sin embargo, poco a poco se va observando una mayor autonomía en el poder de decisión de la mujer viuda sobre su patrimonio y su dinero. Concurren en esta circunstancia variables generacionales, pero también otras referidas al cambio social y a los efectos que la cultura económica ejerce en la sociedad, incluso dándose la circunstancia de que sorprende

la audacia con que algunas mujeres mayores se dirigen en el terreno de la toma decisiones económicas una vez que se han visto desligadas de ciertas ataduras conyugales (Sánchez Vera, 1992).

Un factor escasamente estudiado y de gran importancia es la herencia y el proceso seguido por esta tras el enviudamiento. Las dificultades que la herencia puede generar con la familia política en algunos casos y en la distribución de la misma a los hijos (de haberlos) son algunos fenómenos que deberían ser tomados más en consideración. Según esto, muchos mayores preferirían no decidir el reparto de la herencia hasta los últimos días de su vida, y siempre en función del trato dispensado por sus hijos, familiares o personas más allegadas, estando este asunto íntimamente relacionado con el reparto de la carga en el cuidado y con el lugar de residencia del mayor.

En cuanto a los procesos de adaptación a la viudedad, la familia –principalmente la propia y en mucha menor medida la política– va a aparecer como un punto básico de apoyo en tales procesos. La mujer mayor viuda, en general, va a estar más volcada con la red familiar que el varón, por lo cual los apoyos recíprocos se van a ver intensificados tras la viudez. El volcarse con los nietos y con los hijos o el intensificar la relación con hermanos u otros familiares va a resultar un atenuante de primer nivel en la adaptación a la viudedad. En otros lugares nos hemos ocupado de este intercambio en la red familiar (Sánchez Vera y Bote, 2008). El varón, en general, va a mantener una vida más independiente y despegada de los hijos y familiares (al haber estado tradicionalmente más volcado que la mujer hacia actividades laborales y de amistad).

Si bien las redes sociales se producen dentro de un contexto amplio, estas tienden a verse alteradas con la viudedad, y tanto viudas como viudos sufren modificaciones en las relaciones con los amigos después la pérdida del cónyuge (Morgan y March, 1992; Pérez Ortiz, 2006). Así, las amistades que se articulan en torno a la pareja –conocido como *couple companionate friendships*– se suelen ver más alteradas en el caso de la mujer, siendo frecuente que tras la viudedad los amigos casados de ambos acaben distanciándose por falta de trato o, sencillamente, porque la mujer viuda se siente desplazada, entre otras cosas, por tener unos hábitos de vida cotidiana –o si queremos unos «estilos de vida» (Andrés Orizo, 1991)– o unos intereses diferentes (Lopata, 1996). Pese a todo, el papel de los amigos favorece el proceso de adaptación a la viudedad (Lamme y otros, 1996), extremo este que ya habían llamado la atención de Alberdi y Escario (1988).

BIBLIOGRAFÍA

- ALBERDI, I. y P. ESCARIO (1988): *Estudio sociológico de las viudas en España*, CIS-Siglo XXI, Madrid.
- (1990): *La situación social de las viudas en España. Aspectos cuantitativos*, Ministerio de Asuntos Sociales, Madrid.
- ALFAGEME, A. (2000): «Algunas desigualdades en el envejecer de los ancianos españoles de los años noventa», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 92.
- ANDRÉS ORIZO, F. (1991): *Los nuevos valores de los españoles. España en la Encuesta Europea de Valores*, Fundación Santamaría, Madrid.
- ARBER, S. y J. GINN (1996): *Relación entre género y envejecimiento. Enfoque sociológico*, Narcea, Madrid.
- ARBER, S.; GINN, J. y K. DAVIDSON (2003): *Gender and ageing. Changing roles and relationships*, Open University Press-McGraw-Hill, Maidenhead.
- ASKHAM, J. (1996): «Vida matrimonial de las personas mayores», en ARBER, S. y GINN, J. (1996).
- BAZO, M. T. (1991): «La familia como elemento fundamental en la salud y bienestar de las personas ancianas», *Revista Española de Geriatría y Gerontología*, 1, pp. 47-52.
- (1992a): *La ancianidad del futuro*: Fundación Caja Madrid-SG editores, Madrid.
- (1992b): «La nueva sociología de la vejez», *Reis*, 60.
- (1993): «Mujer ancianidad y sociedad», *Revista Española de Geriatría y Gerontología*, 28, 1.
- (1996): «Aportaciones de las personas mayores a la sociedad», *Reis*, 73.
- (2002): *Jubilación y vejez*, Nau Llibres, Valencia.
- (2005): «Consecuencias del envejecimiento en la sociedad española actual», *Panorama Social*, 1, pp. 48-57, Fundación de Cajas de Ahorro, Madrid.
- BERGER, P. y LUCKMANN, T. (1968): *La Construcción Social de la Realidad*, Amorrorrtu, Madrid.
- BLEDA, J. M., CENTELLES, F. y O. UNA (1998): *Indicadores poblacionales, laborales y económicos de las mujeres viudas en Castilla-La Mancha*, VI Congreso Español de sociología. G.25, A Coruña.
- BULCROFT, K. y O'CONNOR, M. (1986): «The importance of Dating Relationships on Quality on Life for Older Persons», *Family Relations*, 35, pp. 397-401.

- BULCROFT, R. A. y BULCROFT, K. A. (1991): «The Nature and Functions of Dating in Later Life», *Research on Aging*, 13, pp. 244-260.
- CANO LOZANO, S. (1990): *La vejez: integración y exilio. Estudio sociológico en el municipio de Gijón*, Ayuntamiento de Gijón.
- CARRASCO, A. y otros (1997): «Situación de las mujeres en familias monoparentales y unipersonales: un análisis de casos», en CARRASCO, A. y otros (EDS.): *Mujeres, trabajos y políticas sociales: una aproximación al caso español*, Ministerio de Trabajo y Asuntos sociales, Instituto de la Mujer, Madrid, pp. 201-213.
- CIS: Estudios 2117, 2072, 2224, 2291 y 2279, CIS, Madrid.
- DAVIDSON, K. (2001): «Late life widowhood, selfishness and new partnership choices: a gendered perspective», *Ageing and Society*, 21, pp. 297-317.
- DE JONG GIEERVELD, J. (2002): «The dilemma of repartnering: Considerations of older men and women entering new intimate relationships in later life», *Ageing International*, 27 (4), pp. 61-78.
- DURÁN, M. A. (2000): *alternativas metodológicas*, Instituto de la Mujer, Madrid.
- (2004): «La calidad de muerte como componente de la calidad de vida», *Reis*, 106.
- FERNÁNDEZ CORDÓN, J. A. y C. TOBÍO (1998): «Las familias monoparentales en España», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 83, pp. 51-85.
- FLAQUER, L. (1994): «Las familias monoparentales en España y en Europa: Dinámica interna», *Actas del Simposium Internacional sobre la figura del padre en las familias de las sociedades desarrolladas*, Gobierno de Canarias, Las Palmas.
- FUKUYAMA, F. (2000): *La gran ruptura: naturaleza humana y reconstrucción del orden social*, Ediciones B, Barcelona.
- GARCÍA SANZ, B. (1997): *Envejecimiento en el mundo rural: problemas y soluciones*, IMSERSO, Madrid.
- (1998): «Los mayores en el mundo rural», *Rev. Documentación*, 112.
- (2003): *Sociedad rural y desarrollo*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.
- HOULE, R.; SOLSONA, M.; TREVINO R. (2001): *Divorcio y trayectorias familiares post-ruptura ¿un fenómeno nuevo?*, Centre d'Estudis Demogràfics, Barcelona.
- IGLESIAS DE USSEL, J. (1996): «Cambios recientes en la familia española», *Sociedad y Utopía*, 7.
- (1998): *La familia y el cambio político en España*, Tecnos, Madrid.

- (2001): «Cien años de Sociología de la familia en España: pasado, presente y futuro», en DEL CAMPO, S. (Ed.): *Perfil de la Sociología española*, Catarata, Madrid.
- , J., LÓPEZ DOBLAS, J. y otros (2001): *La soledad en las personas mayores. Influencias personales, familiares y sociales. Análisis cualitativo*, IMSERSO, Madrid.
- IMSERSO (2000): *Las personas mayores en España. Informe 2000*, IMSERSO, Madrid.
- (2002): *Envejecer en España. Informe 2002*, IMSERSO, Madrid.
- (2004): *Las personas mayores en España. Informe 2004*, IMSERSO, Madrid.
- KAPRIO, J., KOSKENVUO, M. y H. RITA. (1987): «Mortality after bereavement: A prospective study of 95,647 widowed persons», *American Journal of Public Health*, 77.
- LAMME, S. y otros (1996): «Rebuilding the network: New relationships in widowhood», *Personal Relationships*, 3, pp. 337-349.
- LOPATA, H. Z. (1996): *Current widowhood: Myths & realities*, Sage, Thousand Oaks.
- LÓPEZ DOBLAS, J. (2005): *Personas mayores viviendo solas. La autonomía como valor en alza*, IMSERSO, Madrid.
- MEIL LANDWERLIN, G. (2002): «La otra cara del desafío demográfico a la protección social: Los desafíos derivados del cambio familiar», *Revista del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales*, 36, pp. 95-115.
- MCLEHANY, L. L. (1992): «Dating and Courtship in the Later Years: A Neglected Topic of Research», *Generations*, 17 (3), pp. 21-23.
- MORAGAS, R. (1981): «Bienestar social del anciano», en DEL CAMPO, S. y otros: *Gerontología Social*, IMSERSO, Madrid.
- (1991): *Gerontología Social*, Herder, Barcelona.
- MORENO, A. (2000): «Las familias monoparentales en España», *Revista Internacional de Sociología*, 26, pp. 39-63.
- MORGAN D. L. y S. J. MARCH (1992): «The Impact of Life Events on Networks of Personal Relationships: A Comparison of Widowhood and Caring for a Spouse with Alzheimer's Disease», *Journal of Social and Personal Relationships*, 9, pp. 563-584.
- MORGAN, L. A. (1976): «A reexamination on widowhood and moral», *Journal of Gerontology*, 6.
- PANIAGUA, A. (1993): «Consideraciones sobre el concepto de pobreza aplicado a los ancianos», *Revista Española de geriatría y gerontología*, 28, 1, pp. 12-17.

- (1997): «Agricultores jóvenes y comunidades rurales de ancianos: Un análisis municipal en Castilla-León», *Estudios Regionales*, 49, pp. 87-112.
- PASTOR RAMOS, G. (2002): *La familia en España. Sociología de un cambio*, Sígueme, Salamanca.
- PÉREZ DÍAZ, J. (1996): *La situación social de la vejez en España a partir de una perspectiva demográfica*, Fundación Caja de Madrid, SG Editores, Barcelona.
- PÉREZ ORTIZ, L. (1996): *Las necesidades de las personas mayores. Vejez, economía y sociedad*, IMSERSO, Madrid.
- (1998): *Las necesidades de las personas mayores. Vejez, economía y sociedad*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid.
- (2006): *La estructura social de la vejez en España. Nuevas y viejas formas de envejecer*, IMSERSO, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid.
- ROSENMAYR L. y E. KOEKEIS (1963): «Marriage, family and friendships», en WILLIAMSON, J. B.: *Aging and Society: An Introduction to Social Gerontology*, Holt, Rinehart y Winston, Nueva York.
- SÁEZ MÉNDEZ, H. (1997): *Calidad de vida de las personas mayores en Andalucía*, Instituto Andaluz de Servicios Sociales, Junta de Andalucía, Sevilla.
- SALVADOR, C. (1997): «La protección de la mujer en la vejez: La pensión de viudedad», *Información comercial Española*, 760, pp. 89-103.
- SÁNCHEZ VERA, P. (1992): «Bases y fundamentos para una aproximación sociológica a la vejez», *Papers. Revista de Sociología*, 40, pp. 99-120.
- (1993): «Tercera y Cuarta Edad en España desde la perspectiva de los hogares», *Reis*, 73.
- (2000): «Sociología de la Vejez versus Economía de la Vejez», *Papers. Revista de Sociología*, 61, pp. 39-88.
- (2001): «Consumo y efecto de los medios de comunicación en los mayores», *Barataria. Revista Castellano-Manchega de Ciencias Sociales*, 4, pp. 159-194.
- y E. BÓDALO (2000): «Presencia y ausencia de los mayores en la publicidad televisiva», *Revista del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales*, 25, pp. 19-45.
- y M. BOTE (2006): «Attitudes of the old people in Spain towards new marriage», *RBCEH Revista Brasileira de Ciências do envelhecimento humano*, V, 3, 2, pp. 22-34 (<http://www.upf.br/seer/index.php/rbceh/article/view/85/81>)
- (2007): *Los mayores y el amor. Una perspectiva sociológica*, Nau Llibres, Valencia.

- (2008): «Redes sociales y familia em Espana. Consistencia y debilidades», *Portularia. Revista de Trabajo Social*, vol. VIII, 1, pp. 197-213.
- SECOT (1995): *Las actividades económicas de las personas mayores*, Seniors Españoles para la Cooperación Técnica, Madrid.
- (2001): *Los mayores activos*, Seniors Españoles para la Cooperación Técnica, Madrid.
- SOSA, C. D. (1994): «Duelo, soledad y depresión en la vejez», en BUENDÍA, J. (COMP.): *Envejecimiento y psicología de la salud*, Siglo XXI, Madrid.
- SPIJKER, J. (2007): *Trayectorias familiares después de la viudedad en España. Marco teórico y factores determinantes*, Centre d'Estudis Demogràfics, Barcelona.
- STEITZ J. A. y K. G. WALKER (1990): «Remarriage in Late Life: A Critique and Review of the Literature», *Journal of Women and Aging*, 2, 4, pp. 81-90.
- STEVENS, N. (2002): «Re-engaging: New partnerships in late-life widowhood», *Ageing Internacional*, 27 (4), pp. 27-42.
- TALBOTT, M. M. (1998): «Older windows attitudes towards men and remarriage», *Journal of Aging Studies*, vol. 2, 4.
- TREAS, J. (1977): «Family Support Systems for the Aged: Some Social and Demographic Considerations», *The Gerontologist*, 17, 6, pp. 486-491.
- WALLACE, P. (2000): *El seísmo demográfico*, Alianza, Siglo XXI, Madrid.
- UTZ, CARR, NESSE y WORTMAN (2002): «The Effect of Widowhood on Older Adults' Social Participation: An Evaluation of Activity, Disengagement, and Continuity Theories», *The Gerontologist*, 24, 3.

Recibido el 31 de marzo de 2009

Aceptado el 30 de abril de 2009

Transiciones virtuales en la juventud: una aproximación a la emancipación juvenil en la sociedad de la información

*Virtual transitions in youth: an approach
to youth emancipation in the information society*

GONZALO MONTIEL ROIG
UNIVERSITAT JAUME I, CASTELLÓ

Resumen

El objeto de este texto es aportar los criterios que permiten evaluar el impacto que tiene el acceso generalizado de los jóvenes a las tecnologías de la información y la comunicación en su proceso de emancipación. Asimismo, bajo este mismo prisma de análisis, se revisa el concepto de emancipación juvenil y se establecen una serie de criterios necesarios para abordar la influencia que el mercado y las instituciones públicas tienen en su definición y alcance.

Palabras clave: sociedad de la información, juventud, emancipación juvenil, tecnologías de la información y comunicación, políticas públicas, medios de comunicación.

Abstract

The object of this paper is to provide the criteria for assessing the impact of the widespread youth access to information technologies and communication in the process of empowerment. Also, under this point of analysis, we review the concept of youth empowerment and we establish a number of criteria needed to address the influence that market and public institutions have in its definition and scope.

Key words: information society, youth, youth emancipation, information technologies and communication, public policies.

DEFINIR LA EMANCIPACIÓN JUVENIL Y AGENTES IMPLICADOS EN EL PROCESO

El proceso de transición de los jóvenes hacia la madurez y su emancipación vital ha sido descrito por Bourdieu (1990 y 1999) como una dicotomía adulto-joven, como una forma de conflicto social permanente sustentada en la lucha entre ostentadores de poder y aspirantes a él: los adultos tratan de mantener el control del ascenso en el escalafón social y

alejarse el mayor tiempo posible a los jóvenes, en el contexto de una cíclica «batalla generacional», fuera de las estructuras de poder y de decisión. Frente a las tesis que centran su atención en analizar el hecho juvenil desde la perspectiva de la evolución de la «edad biológica» (Lasén Díez, 2000), Bourdieu traslada el conflicto a la «edad social». Desde este punto de vista, el problema de la juventud y de su inserción y emancipación en la sociedad se convierte así en un problema de estrategia de reproducción social y rompe con la idea de una categoría de juventud y de cultura juvenil unitaria. En definitiva, detrás de los procesos de emancipación social y económica de los jóvenes se podrían rastrear signos de una lucha por el poder social (Martín Criado, 1998: 72).

En este sentido, la emancipación de los jóvenes es un proceso en el que se ponen en evidencia las tensiones y los conflictos vinculados a la reproducción social del sistema y que no se limita a aspectos relativos a la autonomía económica dado que, como indica Domingo Comas, es difícil acotar el hecho juvenil a un simple estadio vital de transición a la vida adulta:

... deberíamos darnos cuenta que la mirada de los investigadores, y otros actores institucionales, no se ha dirigido a «los jóvenes» como colectivo sino hacia un hecho social: la emancipación. Y lo ha hecho, además, en términos puramente económicos. La categoría (y el concepto) joven desaparece así devorada por la categoría emancipación (muy ligada a la categoría mercado de trabajo). Como consecuencia no se analizan, ni se proyectan políticas, sobre las necesidades del ciclo vital, sino sobre las necesidades del sistema económico. (Comas, 2007: 191)

Domingo Comas, en su amplio trabajo sobre la evolución de las políticas de juventud en España (Comas, 2007), cuestiona de manera explícita el uso restrictivo de la emancipación juvenil a la hora de definir la complejidad del hecho juvenil:

El resultado obtenido ofrece una gran dispersión y una gran variedad de situaciones, mostrando cómo la categoría «juventud» no puede asimilarse a las variables que conforman el proceso de emancipación. Así a los 19 años el número de emancipados laborales y residenciales es pequeño, pero se aproxima a uno de cada cinco. En el otro extremo a los 29 años aún son mayoría los que no se han emancipado en términos afectivo-familiares y económicos. Pero incluso son muchos los jóvenes que han conseguido esta emancipación antes de los 24 años. ¿Qué tienen que ver los unos con los otros? Pues poco. (2007: 194)

Precisamente, es la diversidad de situaciones que se dan en función de la edad y de la diferencia social y cultural la que lleva a Domingo Comas a destacar la complejidad de limitarse a analizar el hecho juvenil exclusi-

vamente desde la perspectiva de la emancipación (2007: 198). En todo caso, resulta evidente que la realidad de los jóvenes no puede limitarse a ser analizada con un foco tan amplio como el «proceso de emancipación». Como indica Martín Criado (1998), la trayectoria de integración sociocultural y económica de los jóvenes es el proceso que de una manera más relevante define el papel de las políticas públicas y permite concluir sobre el papel social que se asigna a los jóvenes y el modelo de transición que se les ofrece como trayectoria biográfica.

Sin embargo, la emancipación juvenil se constituye en un concepto complejo de la sociología actual en la medida en la que la propia categoría de «joven» está sometida a debate. En primer lugar, y recogiendo las aportaciones de Enrique Martín Criado, la juventud, y por tanto sus procesos de emancipación, no pueden ser abordados como un hecho social homogéneo; desde su punto de vista:

Bajo la identidad del nombre «juventud» –bajo la presunta identidad social de todos los incluidos en un arco de edades– se agrupan sujetos y situaciones que sólo tienen en común la edad [...]. La «juventud» es una *prenoción*. Producida como categoría de sentido común de percepción de la sociedad a partir de unas dinámicas socio-históricas, sólo el «olvido» de la estructuración de la sociedad en clases sociales pueden permitir construir un abanico de edades como «grupo social», como actante de un relato sobre la sociedad que ignoraría las distintas condiciones materiales en la estructura social, en las relaciones de producción y en la distribución de las distintas especies de capital (1998: 15-16)

Por otra parte, pero en esta misma línea, la «juventud» es una categoría social en permanente cambio y permanente *construcción*; una categoría social referida a un colectivo que se establece, se nombra y crea para definir una estrategia de intervención sociocultural. Los jóvenes son un colectivo en el que convergen los intereses del mercado, de las políticas públicas y de las perspectivas sociales de investigación que tratan de aprenderlos científicamente (Rodríguez, 2002: 20-21), y de esa diversidad de confluencias interesadas se producen proyectos y miradas diferentes del hecho juvenil. En la sociedad posindustrial, la definición o la construcción de la «juventud» es fruto de este cruce de intereses y de intervenciones de diversos agentes. El discurso ideológico y el posicionamiento socioeconómico de las políticas públicas en relación con los jóvenes determinan un conjunto de lugares comunes y ámbitos de intervención que definen y establecen la experiencia «juvenil» y el proceso de emancipación de los jóvenes en una sociedad.

Como punto de partida, se puede afirmar que no existe un solo «joven» o una sola «juventud» (Feixa, 1998 y 2004; Martín Criado 1998;

Furlong y Cartmel, 1997; Comas, 2007: 190), sino un conjunto de objetos de estudio o de aproximación a la realidad adaptados a los intereses de quien hace uso de ese concepto. Se pueden determinar diversos intereses y definiciones del proceso de emancipación del «joven», tantas como actores sociales hacen uso de ese concepto. Por otra parte, el proceso de emancipación es impulsado desde cuatro agentes sociales que tienen un papel determinante en cómo se produce y cuál es su desarrollo, esto es, siempre se detecta a los mismos actores involucrados en la definición de la categoría de «juventud». Por un lado el estado, la administración pública y el tejido social o sociedad civil que vertebra y representa en el ámbito público los intereses de los jóvenes. En segundo lugar, los ámbitos de la empresa, la industria cultural y los intereses ligados al sistema económico de libre mercado. En tercer lugar, el papel de definición del concepto de juventud que desarrollan las ciencias sociales o científicas que tratan de aprehender el hecho «juvenil» en sus diferentes versiones o contextos. En cuarto y último, y de manera subsidiaria, los medios de comunicación de masas, y su capacidad para crear un estado de opinión y establecer la «agenda» informativa (Baca Lagos, 1998; França, 2001; Espín Martín, 2002; Sampedro, 2003; Fernández Cavia, 2002; Figueras Maz, 2005a y 2005b; Pindado, 2005 y 2006; Montero, 2006).

El cruce de intereses de estos cuatro agentes involucrados en la construcción del concepto de «joven» es lo que articulan la categoría «juvenil» y su proceso de emancipación. Todas estas «realidades» del hecho juvenil, en su versión diacrónica o sincrónica, se trasladan a las políticas públicas (Casal, 2002) y fundamentan la planificación de la intervención social de las administraciones públicas. Las diferentes instantáneas o representaciones que se generan de los jóvenes desde la perspectiva política, cultural, sociológica o comunicativa son necesarias para tener una visión compleja y poliédrica de un objeto de estudio de difícil aprehensión como es el «joven», y todas ellas aportan información para su estudio e investigación. En este sentido, nos encontramos con cuatro «construcciones discursivas»:

1. La emancipación juvenil desde la perspectiva de las administraciones públicas aparece como eje central de la implantación de políticas públicas de juventud que visualicen el compromiso de las administraciones con los jóvenes. Se persigue promover el cambio social a medio plazo, o producir *movilización* del electorado a corto plazo. Se trata de construir una definición institucional del concepto de «joven» y se aporta una

definición de los modelos de transición y de integración del joven en la estructura social, cultural y productiva.

2. Para los sectores económicos de la sociedad con un papel determinante en cómo se desarrolla este proceso de emancipación (sector inmobiliario, industria de las telecomunicaciones, etc.) la emancipación de los jóvenes está ligada a la prosperidad empresarial y al desarrollo de sectores productivos y económicos vinculados al consumo. El «joven» se convierte en un objeto comercial y un potencial consumidor; se trata de una categoría esencial en el análisis y estudio de mercados y en el análisis y prospección de la penetración de productos en la población. La publicidad, en particular, como herramienta de la sociedad de consumo, construye un modelo de consumidor juvenil adaptado a las necesidades del mercado.
3. La emancipación juvenil en los estudios científicos y sociológicos. Desde esta perspectiva se aportan datos sobre el análisis de los procesos de integración sociocultural y política de los jóvenes; se dirime la influencia del mercado en la identidad juvenil y en su desarrollo social y cultural. En definitiva, se aporta un marco teórico y científico para el análisis de la juventud en la sociedad.
4. La emancipación juvenil en la *agenda* informativa de los medios de comunicación o en la programación de contenidos de entretenimiento, aporta una visión sesgada o predeterminada de los aspectos que afectan a la emancipación de los jóvenes. Se difunden principalmente informaciones y datos concretos y procedentes de las administraciones públicas y de los estudios estadísticos de manera que el proceso de *agenda setting* plasma una realidad concreta del hecho juvenil y se facilita a los adultos un retrato estandarizado del proceso de emancipación de los jóvenes.

A partir de aquí, creemos posible realizar un cuadro de síntesis (Figura 1) de elaboración propia a partir de las reflexiones extraídas de los trabajos de acercamiento a la definición de «juventud» realizados por Martín Criado (1998) y Joaquim Casal (2002). El cuadro trata de visualizar cómo el proceso de emancipación juvenil es explicado de forma diferente a partir del enfoque que sobre este hecho establecen los diversos agentes que influyen en las trayectorias vitales y biográficas juveniles:

Figura 1
Agentes implicados en la definición de trayectorias vitales
y procesos de emancipación juvenil (elaboración propia)

USOS DE LA CATEGORÍA JOVEN	AGENTES		
	POLÍTICAS PÚBLICAS	EL MERCADO Y EL SECTOR PRIVADO	LAS CIENCIAS SOCIALES
La emancipación en las políticas públicas	Políticas públicas de juventud que visualicen el compromiso de las administraciones con los jóvenes: réditos electorales	Privatización y liberalización de servicios por parte del Estado: réditos económicos	Definición institucional del concepto de «joven». Definición de los modelos de transición y de integración del joven en la estructura social, cultural y productiva
El mercado como agente del proceso de emancipación	Control y ajuste del uso de la imagen del «joven». Protección de los jóvenes como ciudadanos	Prosperidad social y desarrollo de sectores productivos y económicos vinculados al consumo cultural. El joven como objeto comercial y como consumidor	Análisis y estudio de mercados. Análisis y prospección de la penetración de productos en la población
La emancipación juvenil como objeto científico	Análisis de los procesos de integración sociocultural y política de los jóvenes	Análisis de la influencia del mercado en la identidad juvenil y en su desarrollo social y cultural	Marco teórico y científico para el análisis de la juventud en la sociedad
La emancipación como objeto informativo en los mass media	Se difunden las acciones de las administraciones públicas dirigidas a impulsar la emancipación juvenil	Publicidad	Se difunden datos y conceptos procedentes de los estudios estadísticos. Estado de opinión

En relación con este proceso de construcción del «joven», Enrique Martín Criado, aboga por afrontar cualquier planteamiento sociológico o cultural sobre la juventud desde el punto de partida de que la juventud no es una clase social y que no hay una identidad común que se pueda utilizar como excusa para justificar enfoques homogeneizadores (Martín Criado, 1998: 15). Es necesario, por una parte, ser conscientes del cruce de intereses y agentes diversos que se desarrollan en el proceso de construcción social y «científica» del joven. Por otra, es necesario tener en cuenta en qué medida esa construcción de la categoría de joven determina el objeto de estudio y su relación con los medios de comunicación de masas. En este mismo sentido, para José Manuel Patón i Casas se crea un «concepto administrativo» de juventud que va en paralelo a la definición y configuración de las políticas de juventud:

Identifiquem ara, en concret, dos processos habituals en la definició del concepte administratiu de joventut que tenen un caràcter legitimador de les polítiques efectivament portades a terme; i que, per tant, s'abstenen de fer referència a les estratègies implícites, als problemes dels joves i a les necessitats associades a la condició juvenil. El primer procés, com ja hem vist, extreu el concepte administratiu de «joventut» d'una adaptació ideològica a la intervenció pública de teories preconcebudes, procedents de la sociologia, com ara la «imatge social dels joves». (2005: 24-25)

Para Patón i Casas, por tanto, la categoría administrativa de juventud surge de un doble proceso que determina y lastra la forma en la que se define la intervención sobre la juventud, uno marcado por las ideas preconcebidas que aportan los análisis sociológicos y otro marcado por las inercias en la acción de los organigramas técnicos y burocráticos que limitan o influyen en el diseño del modelo de intervención y de su objeto. Ello supone que el contenido de las políticas de juventud y las acciones relativas a impulsar la emancipación puedan aparecer como discursos anclados en inercias burocráticas y administrativas que no reflejan los compromisos adquiridos por las administraciones del Estado.

SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN Y EMANCIPACIÓN TECNOLÓGICA DE LOS JÓVENES

El masivo acceso de los jóvenes a las tecnologías de la información y la comunicación (en adelante TIC) y su constitución como consumidores y como actores sociales influye y afecta de una manera muy importante al proceso de integración y emancipación social, y determina de manera tras-

versal al análisis poliédrico que de este proceso de emancipación se ha realizado en el apartado anterior. En este sentido, en el marco del desarrollo de la sociedad digital o sociedad de la información, resulta extremadamente necesario vincular el proceso de emancipación social al progresivo acceso a las tecnologías de la comunicación y a los medios digitales de comunicación.

La sociedad de la información describe una nueva coyuntura socio-económica y un nuevo modelo de desarrollo posindustrial (Bernardo, 2006: 256) en el que el acceso a la información y al conocimiento, gracias a un revolucionario desarrollo de las tecnologías de comunicación, a la digitalización de los contenidos y al desarrollo de redes de intercambio de información, ha permitido la evolución del capitalismo hacia un nuevo estadio, un modelo de capitalismo avanzado denominado capitalismo *informacional* (Castells, 1996: 44-45) que supera las limitaciones del modelo industrial y se asienta sobre el impulso del desarrollo de las tecnologías de la comunicación. Este nuevo capitalismo ha dado lugar a una nueva globalización social, económica y cultural. Las tecnologías digitales, las redes de comunicación y la industria cultural y audiovisual (Bustamante, 2002 y 2003) se han convertido en una herramienta esencial de la expansión de la nueva cultura tecnológica y, de manera simultánea, se han convertido en el principal motor de su desarrollo y expansión. Esta coyuntura socio-económica y cultural ha sido definida y referida con diferentes terminologías como sociedad de la información (Mattelart, 2002), Sociedad del conocimiento (Wolton, 2000), Sociedad digital (Terceiro y Matías, 2001), Sociedad postindustrial (Touraine, 1969; Beck, 2000 y 2002), o simplemente nuevo capitalismo (Sennett, 2000 y 2006).

La transformación del modelo de sociedad capitalista, ligado a un nuevo estadio de la globalización económica y cultural (Bernardo, 2006: 261) y a la digitalización de los productos de las industrias culturales, influye de manera determinante en los modelos de organización social y en la manera en la que cada sociedad gestiona el tiempo y el espacio, su ocio y sus modos de socialización (Bauman, 2003a). Los jóvenes son especialmente sensibles a la implantación de nuevos modelos de relación y también a la implantación de nuevas tecnologías de la comunicación. La velocidad de las comunicaciones, la inmediatez de los mensajes, la innovación, la difusión de conceptos futuristas y novedosos de gestión del tiempo libre seducen, en primer lugar, a los jóvenes, y estos se convierten en sus principales propagadores. De hecho, los jóvenes son el objetivo prioritario de la difusión y captación de los nuevos consumidores e impulsores de las nuevas tecnologías (Bauman, 2006: 12). Los jóvenes son, también, los que

disponen de una mayor capacidad de aprendizaje y flexibilidad para adaptarse a las nuevas formas de socialización y de relaciones laborales que requiere este nuevo capitalismo (Carnoy, 2001; López Blasco y Walther, 2004). Por una parte, el joven se convierte en objeto de las campañas de introducción de nuevos productos, es el protagonista y la imagen sobre la que se proyecta y difunden la mayor parte de los productos de ocio. Los jóvenes aparecen vinculados, en el marco del desarrollo de las tecnologías de la industria audiovisual, a lo «novedoso» y la imagen juvenil de los nuevos consumidores se convierte en un mensaje destinado a captar la atención del conjunto de la sociedad sobre los productos tecnológicos (Aguinaga y Comas, 1997). Pero por otra, los jóvenes, en su proceso de emancipación, han de acoplarse a un nuevo modelo de incorporación al mercado laboral, una nueva realidad socioeconómica en la que las incertidumbres (Beck, 2000 y 2002) y la necesidad de flexibilidad y adaptación (Walther, 2004) sustituyen las certidumbres y las seguridades que les aportaban los modelos de emancipación y tránsito a la vida adulta de las sociedades industrializadas (Bois-Reymond y López Blasco, 2004; Casal, 1996 y 2000).

En este sentido, la expansión del modelo social y económico que supone la sociedad de la información es vista con esperanza, pero también con escepticismo. La sociedad de la información es vista como una puerta abierta a las utopías de la libertad y la democracia global, en la que Internet será el medio que permitirá la libertad en la comunicación y la transmisión de la información (Negroponte, 1995). Esta perspectiva de «optimismo» tecnológico es la que representan aquellos que perciben en las TIC la aparición de un nuevo vehículo para la articulación de un poder ciudadano que es capaz de subvertir los flujos institucionales de información y reivindicar usos y prácticas sociales alternativas. En esta línea se sitúa la obra de Javier Cremades (2007) sobre el «micropoder» de los ciudadanos en la sociedad digital, y también aquellos autores que reclaman el uso de *blogs* y medios de prensa digitales alternativos como un nuevo espacio, un espacio alternativo de participación y desarrollo social conocido como *blogosfera*¹ (Orihuela, 2006; Mora, 2006; Rojas Orduña, 2005). Y, en esta misma línea, el desarrollo de la *web 2.0* y *las redes sociales* (Facebook, Wikipedia, YouTube, MySpace, etc.) ha abierto nuevas vías de

¹ El informe *Medios de Comunicación. Tendencias 2006* (Díaz Nosty, 2006) ha destacado el desarrollo de las redes sociales en la red como una de las características del actual impulso de Internet en España. Muestra de ello son los datos de la encuesta realizada por la AIMC *Navegantes en la Red*, que destaca que el 12 % de los usuarios de Internet disponen de un blog que actualiza y mantiene regularmente.

uso y consumo de la red Internet que son interpretadas como signos de un futuro más abierto, democrático y participativo en el universo de las TIC (Howard y Jones, 2005; Nanfría, 2007). Pero, por otra parte, la sociedad de la información también es percibida como el motor ideológico y económico del neoliberalismo y de la globalización económica y cultural cuyo objetivo es someter a las sociedades a los intereses del capitalismo y de las empresas transnacionales frente a las culturas minoritarias o resistentes (Reig, 2001) o frente a la crisis de los valores de la Modernidad (Sartori, 1998). Los jóvenes quedan así situados en la encrucijada de ser pieza clave para el desarrollo de las nuevas tecnologías, pero también los ciudadanos necesarios para el desarrollo de la cultura crítica que limite el poder de este nuevo contexto tecnológico.

JÓVENES Y EMANCIPACIÓN DIGITAL: REFUGIOS VIRTUALES Y EXTENSIONES TECNOLÓGICAS

Las tecnologías de la información y la comunicación se han convertido, también, en un refugio en el marco de las relaciones familiares y sociales que garantiza el desarrollo de su actividad social. La conexión con el exterior a través de medios audiovisuales, los terminales informáticos conectados a la red, la red telefónica o del teléfono móvil hacen posible compaginar el aislamiento físico de las habitaciones, los domicilios familiares de las grandes urbes y los espacios educativos con la intercomunicación con el entorno de amistades y relaciones. El acceso a los mecanismos de comunicación y de representación social se ha convertido para los jóvenes en una necesidad que forma parte de las estrategias de búsqueda de autonomía y de emancipación. Para los jóvenes, las herramientas tecnológicas no se perciben como un lujo superfluo, sino como un requisito para su autonomía y para la conexión con su entorno social y, esencialmente, con sus iguales.

En concreto, las habitaciones de los jóvenes se convierten en el espacio ideal para la generación de un universo autónomo y, en cierta manera, virtual que facilitan las «extensiones» comunicativas que habilitan las tecnologías de la comunicación. Estas extensiones son necesarias para desarrollar, en todas sus dimensiones, un consumo cultural y comunicativo multimedia, y también para la articulación de un entorno social autónomo e independiente del entorno familiar.

El estudio del Centro de Investigaciones Sociológicas *Prácticas de ocio, cambio cultural y nuevas tecnologías en la juventud española de fin de siglo* (Del Pino y otros, 2001) ha abordado el análisis del tiempo de ocio en los jóvenes partiendo de los datos de estudios sociológicos realizados por diferentes instituciones en la década de los noventa con dos variables. Por una parte se centra en analizar de qué manera las nuevas tecnologías están afectando o influyendo en los usos culturales y de ocio de los jóvenes españoles, por otra pone en relación estos datos y sus conclusiones con el cambio cultural que desde hace varios años se viene detectando e investigando y que demuestra que se da una evolución importante de prácticas culturales en la sociedad posindustrial. En primer lugar, los autores detectan que a lo largo de la década de los noventa ha habido un considerable aumento de la importancia que los jóvenes asignan a su tiempo de ocio y al desarrollo de este. En segundo lugar, los autores entienden que los datos estadísticos recopilados en los últimos años reflejan una juventud altamente «mediatizada», influida por los medios de comunicación de masas y una gran capacidad de socialización. En este sentido, se evidencia que los jóvenes se encuentran muy expuestos a la televisión, radio y prensa, por este orden, y manifiestan que la relación con amistades y familias es la prioridad y el foco principal de desarrollo de la mayor parte de su tiempo de ocio. El comportamiento ocioso de los jóvenes se divide en un ámbito doméstico, dedicado al consumo mediático, y un ámbito extra-doméstico, que se dedica fundamentalmente a las relaciones sociales y la relación con los grupos de iguales. La principal conclusión del estudio, en este sentido, es que existe una extremada facilidad de penetración de las nuevas tecnologías en las prácticas de ocio juvenil.

Más recientemente, el Instituto de la Juventud del Ministerio de Igualdad, INJUVE, ha dedicado uno de sus sondeos de opinión a analizar el grado de acceso de los jóvenes españoles a las tecnologías de la información y la comunicación, incidiendo en la evolución del uso de la telefonía móvil y el acceso a Internet (INJUVE, 2007a y 2007b). Las conclusiones del sondeo inciden en que las TIC «se han afianzado como herramientas indispensables para el desarrollo social» de los jóvenes. El estudio revela que algunas de esas tecnologías, como el móvil e Internet, se «han convertido en instrumentos imprescindibles en los procesos socializadores juveniles: social, relacional, lúdico, etc.» (2007a: 4). Los datos relativos al uso del móvil e Internet revelan un aumento en los porcentajes de uso y en el grado de dependencia respecto de estas tecnologías.

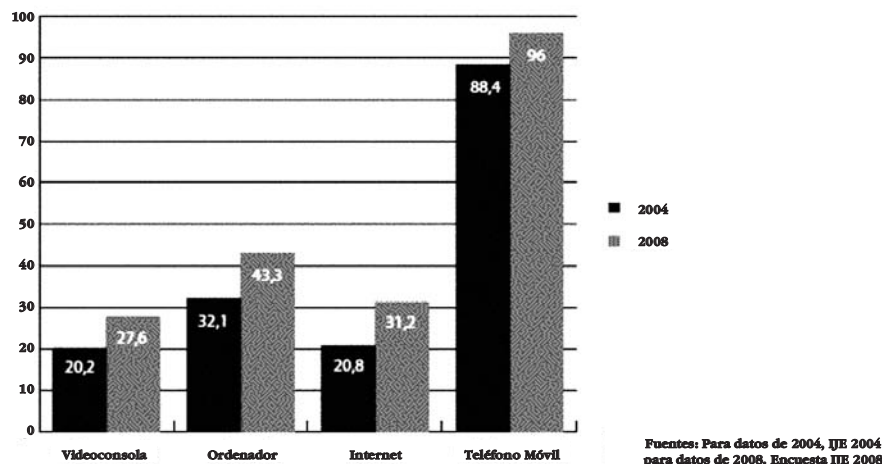
En concreto, el sondeo revela que el teléfono móvil se ha convertido en una herramienta tecnológica esencial para la socialización de los

jóvenes; se ha pasado del 88% de jóvenes que en 2003 afirmaba disponer de teléfono móvil para uso personal, a un 96% en 2007, «lo que da muestra de la incorporación definitiva del móvil como un instrumento indispensable en la actividad, cultura e identidad juveniles» (INJUVE, 2007b: 6). Prueba de ello es que el principal uso juvenil del móvil tiene que ver con la «sensación de estar permanentemente conectado con la gente» (44%). Las mujeres jóvenes, los jóvenes pertenecientes a la franja de mayor edad (25-29 años) y los jóvenes con un nivel de estudios más alto son los que declaran disponer de teléfono móvil en mayor proporción. Los principales usos que hacen del móvil los jóvenes en 2007 siguen siendo las conversaciones con los amigos, 71%, el envío o la recepción de mensajes, 67%, y las conversaciones con los familiares, 66%, aunque se detecta que «con respecto al uso que declaraban en 2003, el envío de mensajes ha perdido el puesto hegemónico que entonces ocupaba, en favor de las conversaciones con los amigos» (INJUVE, 2007a: 6).

En relación con el acceso a Internet, el sondeo revela que en los últimos cuatro años se ha incrementado notablemente el uso de los servicios de Internet, pasando de un 51% en 2003 a un 70% en 2007; también se ha reducido la proporción de los jóvenes que no usan estas tecnologías (30%). Los más jóvenes (15 a 19 años) siguen siendo los que declaran utilizar Internet en mayor medida (76%), lo que, según las conclusiones del sondeo, indica que se está dando «la incorporación paulatina de los servicios de Internet en los procesos de formación a través de los centros educativos y en el seno de buena parte de las familias». Esto contribuye a poner de manifiesto que Internet se ha afianzado como una nueva forma de comunicación en nuestra sociedad. Muchas de las prácticas sociales de la juventud se están transformando ante las nuevas potencialidades que ofrece la red (INJUVE: 2007a).

En este mismo sentido, el *Informe Juventud en España 2008* (Funes, 2008; Moreno Mínguez, 2008) revela que los jóvenes encuestados se presentan y se definen «vanguardia de la nueva sociedad tecnológica, protagonista y líder en los usos de las NTIC y en la expansión de los cambios cualitativos subsiguientes, y representante de nuevas pautas de comportamiento social y de acción política, como consecuencia de la aplicación de las NTIC» (Funes, 2008: 158). Este dato enlaza con el significativo aumento del acceso a las «tecnologías de uso personal» por parte de los jóvenes en el periodo comprendido en el breve periodo comprendido entre 2004 y 2008, tal como indica el gráfico que reproducimos (Figura 2):

Figura 2
Disponibilidad de tecnologías para uso personal de la juventud en 2004 y 2008 (Fuente: Funes, 2008: 159)



Particularmente destacable es el papel que ha adquirido el uso de la telefonía móvil en la vida de los jóvenes, y que destaca M.^a Jesús Funes al referirse a ello en el citado *Informe Juventud en España 2008*:

No cabe duda, por tanto, de ante qué tipo de práctica estamos, es una forma de vivir. No se trata tanto de comunicarse con los demás, actividad que se realizaría cuando uno quisiera, estimase necesario o conveniente, sino que se trata de otra cosa. Es «estar comunicado, disponible, conectado a todo y, presumiblemente, a todos, todo el tiempo». Desde este punto de vista, esta clase de práctica ha dejado de ser comparable a la del uso del teléfono fijo. Estamos ante una realidad que, desde la perspectiva sociológica, es sustancialmente distinta y que, por tanto, merece la pena profundizar en su análisis, no tanto desde la idea de la comunicación telefónica, sino desde la perspectiva más amplia de la interacción humana: de las expectativas mutuas, la necesidad de compartir, etc., y, sobre todo, desde el planteamiento de cómo lo circunstancial y limitado se convierte en continuo e ilimitado. (2008: 164)

Sin embargo, el análisis del progresivo aumento del acceso de los jóvenes a las tecnologías de la comunicación puede ser puesto en relación con las dificultades de los jóvenes para acceder a otros bienes de consumo propios de un estadio de emancipación vital, como la vivienda. En definitiva, el consumo tecnológico y vinculado al consumo audiovisual y comu-

nicativo puede ser analizado como un mecanismo para superar las dificultades para acceder a la emancipación laboral y doméstica. Es decir, los jóvenes consumen sus recursos en productos de ocio y tiempo libre vinculado a las nuevas tecnologías ante la imposibilidad de acceder a otros bienes de consumo que se relacionan con la emancipación social y económica, principalmente la vivienda propia. El consumo de los bienes de consumo tecnológico, en muchos casos, incluye la posibilidad de experimentar formas de disfrute del tiempo que generan sensaciones y realidades virtuales, tanto en el orden privado (Feixa, 2001: 22), en las relaciones comunitarias (Castells, 1996: 390-392), como en el proceso de aprehensión del territorio o del entorno. El acceso a las nuevas tecnologías se convierte en un recurso que permite minimizar los problemas de relación o de ajuste vital que provoca el desajuste del ritmo biológico en los jóvenes ante el retraso en el acceso a la madurez social y familiar (Castells, 1998: 498) y sirven de contrapartida a la prolongación de estadios de transición juvenil (Bois-Reymond y López Blasco, 2004).

En ese sentido, el trabajo de Josep Fernández Calvia (Fernández Calvia, 2002) sobre el consumo televisivo de los adolescentes catalanes, reflejaba la importancia que para los jóvenes tiene disponer de televisión y ordenador en su propia habitación:

Hem pogut registrar a la nostra investigació, segons comentàvem al capítol segon, la importància que té per a l'adolescent la videoconsola en el seu desig de disposar d'un aparell de televisió propi a l'habitació. Un element que ha contribuït eficaçment a l'expansió d'aquests jocs ha estat la cada vegada més facilitat de piratejar-los. (2002: 96)

Otro dato interesante del citado estudio es que, cuanto más recursos económicos posee el joven, menos porcentaje del tiempo se dedica al consumo televisivo, en beneficio de otros tipos de ocio o consumo, relacionados con las relaciones personales y con las nuevas tecnologías de la comunicación (Fernández Calvia, 2002: 116-117).

En este mismo sentido, el sociólogo Carles Feixa ha analizado el peso de la *habitación*, como espacio privado de los jóvenes, en la configuración de su modo de relación y configuración de su identidad. También Feixa ha resaltado la estrecha relación que las habitaciones tienen en la definición de los modos de relación social de los jóvenes (2005). Feixa repasa la evolución que ha tenido el papel de las «habitaciones» en la definición del lugar de los jóvenes en el núcleo familiar y, de manera indirecta, en la definición de su rol social. Las habitaciones han funcionado como refugio de las mujeres jóvenes en la sociedad tradicional, un espacio privado en el que se recluían mientras los hombres jóvenes ocupaban

la calle y los espacios públicos. En los años sesenta, los jóvenes, también los varones, reivindican su espacio en el hogar y ocupan su habitación como un lugar de autoafirmación a través de la incipiente cultura de los *pósters* y de la identificación con iconos fotográficos.

En los últimos años la habitación de los adolescentes ha vuelto a primer plano de la cultura juvenil, experimentando una gran metamorfosis. Como consecuencia de la emergencia de la cultura digital que hemos analizado, se ha hecho posible la comunicación interpersonal desde el propio espacio privado: del teléfono familiar controlado por los padres y situado en el comedor o en el pasillo se ha pasado al teléfono celular personalizado que se puede usar desde la habitación; de la comunicación escrita por carta se ha pasado a la comunicación digital sms, e-mail o chat. (Feixa, 2005: 6-7)

La transformación de los jóvenes en motores del mercado cultural mediante el consumo de productos musicales y audiovisuales hará que las habitaciones se conviertan poco a poco en «talleres» para el consumo de los productos que crecen sobre este nuevo grupo de consumidores. El acceso de los jóvenes a las TIC convierte sus habitaciones de un centros de operaciones para un nuevo modelo de comunicación y de relación con la realidad.

Tal como explicó Marshall McLuhan (1996), las tecnologías de comunicación y de transporte de la información, pueden ser consideradas como «extensiones del cuerpo humano», como prolongaciones de nuestras habilidades y capacidades humanas. En este sentido, pueden ser percibidas también como unas herramientas que facilitan, en cierta forma, la emancipación social en la medida que permiten el aumento de la autonomía individual de los jóvenes. Desde esta perspectiva y desde el punto de vista del desarrollo social y cultural de los jóvenes, estas «extensiones comunicativas» son una de las claves para la emancipación cultural del ser humano en el contexto de su tiempo, y, específicamente, en el momento de su tránsito hacia la edad adulta. Esas extensiones son también extensiones del ser humano, prolongaciones del cuerpo. Por tanto, de la misma manera que la imagen física exterior, una vez configurada, nos proporciona y asegura una de las claves para la construcción de nuestro desarrollo y articulación como sujetos, el acceso a la comunicación abre las puertas del desarrollo como individuos y marca los niveles y formas de relación con los otros miembros de la comunidad. Derrik Kerckhove (1999) llega a afirmar que esta necesidad de desarrollo de las habilidades comunicativas puede convertirse en una forma de obsesión o fetichismo tecnológico de manera similar a lo que ocurre con la obsesión o la preocupación por el

aspecto físico, el desarrollo natural o artificial del cuerpo y sus consecuencias en las relaciones grupales y comunitarias:

Por un lado, cuando las tecnologías de consumo finalmente se introducen en nuestras vidas, pueden generar una especie de fetichismo obsesivo en sus usuarios, algo que McLuhan llamó una vez la narcosis de Narciso. En verdad, parecemos desear que nuestras máquinas personales, ya sean un automóvil o un ordenador, estén dotadas de poderes que vayan más allá del uso que nosotros hacemos de ellas. [...] Donde otros observadores de los fenómenos culturales habrían apelado a las fuerzas de la mercadotecnia, McLuhan vio en este fenómeno un patrón puramente psicológico de identificación narcisista con el poder de nuestros juguetes. Considero que estamos realmente convirtiéndonos en cyborgs, y que, así como cada tecnología extiende una de nuestras facultades y trasciende nuestras limitaciones físicas, tendemos a adquirir las mejores extensiones de nuestro propio cuerpo. (Kerckhove, 1999)

ESPACIO PRIVADO Y REALIDAD VIRTUAL

Manuel Castells ha analizado en profundidad el surgimiento de una nueva percepción de la realidad a partir del contacto con los entornos tecnológicos de comunicación y socialización que ofrecen las TIC. En este sentido, ha analizado las transformaciones del sentido y la percepción del *tiempo* y el *espacio* en la sociedad de la información y la construcción de las *realidades virtuales* en la transmisión de la cultura. Castells traza las claves para definir la estructura narrativa sobre la que se recomponen las identidades individuales o culturales. El discurso comunicativo y cultural está determinado por la relación de los sujetos con el espacio y con el tiempo: toda narración está definida por la estructuración espacio-temporal de los hechos y la posición del narrador y del receptor en ese espacio y tiempo.

Para Castells, la *realidad virtual* es aquella que es transmitida, expresada o comunicada a través de un sistema en el que la misma realidad está atrapada, capturada, transformada en imágenes o signos y que una vez comunicada se convierte a su vez en otra realidad y en otra experiencia para el que la consume o recibe. El nuevo sistema de comunicación que recrea la sociedad-red se fundamenta en la integración digitalizada e interconectada de múltiples modos de comunicación, de múltiples conexiones y nodos donde se suman puntos de acceso a la información y de inserción de información. Se trata de un nuevo sistema que tiene la capacidad de incluir y abarcar todas las expresiones culturales. En este nuevo modelo social, la realidad es percibida de un modo binario. Se produce la bipolaridad ausencia/presencia de la realidad y de las relaciones culturales; sólo la presencia en este sistema integrado permite la interco-

municación y la socialización del mensaje (Castells, 1996: 405-407). Castells resalta que el precio que se paga por la inclusión en el sistema de un mensaje, cultura o realidad es el de adaptarse a su lógica, su lenguaje, a sus puntos de entrada, a su codificación y a su decodificación. En definitiva, toda cultura y toda realidad que exista en este nuevo sistema social de la sociedad de la información, en esta nueva sociedad-red, debe asumir el modelo de representación y de narración, la estructura espacio temporal que marca la existencia de los sujetos y de esa misma realidad.

La consecuencia de este nuevo sistema de comunicación es la transformación de dos dimensiones esenciales para la definición de la identidad humana como son el espacio y el tiempo. Por una parte, el espacio se desprende de su arraigo geográfico e histórico y se integra en un *collage* de imágenes que sustituyen al espacio formado por lugares concretos; por otra parte, el tiempo se borra en el nuevo sistema de comunicación, pasado, presente y futuro se fusionan en un proceso atemporal. En palabras de Castells:

El espacio de los flujos y el tiempo atemporal son los cimientos materiales de una nueva cultura, que trasciende e incluye la diversidad de los sistemas de representación transmitidos por la historia, la cultura de la virtualidad real, donde hacer creer acaba creando el hacer. (Castells, 1998: 408)

Castells da un paso más y completa su análisis afirmando que la categoría espacial, el *espacio de los flujos*, determina la ordenación temporal en la sociedad de la información. Es decir, el espacio se impone al tiempo a partir del nuevo sistema comunicativo. Se da, además, en palabras de Castells, una jerarquía en la relación entre el espacio de los *flujos* en el sistema de comunicación; no se da una descentralización total, existen centros de jerarquización de los flujos que son espacios físicos y que se relacionan con las grandes urbes y con los centros de producción tecnológica. En ese marco, la relación y la configuración de los espacios privados, el hogar, las ciudades, trabajo, etc., se superponen a la dimensión temporal; el tiempo pierde sentido y se disuelve como dimensión de referencia.²

² Esta transformación de las referencias espacio temporales como consecuencia de la implantación social de las tic ha sido destacada también por Z. Bauman como una de las características de la globalización: Para decirlo en una frase: lejos de homogeneizar la condición humana, la anulación tecnológica de las distancias de tiempo y espacio tiende a polarizarla. Emancipar a ciertos humanos de las restricciones territoriales a la vez que despoja al territorio, donde otros permanecen confinados, de su valor y su capacidad para otorgar identidad. Para algunos, augura una libertad sin precedentes de los obstáculos físicos y una inédita capacidad de desplazarse y actuar a distancia. Para otros, presagia la imposibilidad de apropiarse y domesticar la localidad de la cual tendrán escasas posibilidades de liberarse para ir a otra parte (Bauman, 1999: 28).

Ello afecta de manera determinante a los parámetros temporales que venía definiendo la concepción del mundo a través de los relatos históricos y de la comunicación de la realidad. En este sentido, Castells repasa los cambios de la relación de los individuos con el tiempo: tiempo de trabajo, tiempo del reloj o tiempo del ciclo vital. Sobre todos ellos, Castells concluirá que «la hipótesis de que la sociedad red se caracteriza por la ruptura de la ritmicidad, tanto biológica como social, asociada con la noción del ciclo vital» (Castells, 1998: 480).

Del análisis del nuevo concepto de tiempo en el trabajo de Castells me interesa resaltar lo que el denomina *tiempo virtual*, un concepto que define la temporalidad en el sistema comunicativo de la sociedad red.³

La cultura de la virtualidad real y del espacio de los flujos vinculados a un nuevo sistema comunicativo multimedia integrado electrónicamente contribuye a la transformación del tiempo en nuestra sociedad de dos formas diferentes, la *simultaneidad* y la *atemporalidad*. La mezcla de tiempos en la red Internet, en los flujos comunicativos y dentro del mismo sistema de comunicación, crea un *collage* temporal donde se mezclan los géneros, y los relatos se convierten todos en sincrónicos. Se produce una experiencia en la que la comunicación y la información esta marcada por este caos temporal, con lo que el discurso narrativo global se hace imposible. Se produce lo que Castells define como una cultura al mismo tiempo de lo *eterno* y de lo *efímero*. Esta *atemporalidad*, esta relación entre lo eterno y lo efímero, es la clave de la relación final del individuo con el nuevo cosmos de la *sociedad informacional*, y este parámetro temporal es el que crea su orden histórico y mitológico a través de la comunicación. En palabras de Castells:

[...] cabe sugerir que la manipulación del tiempo es el tema recurrente de las nuevas expresiones culturales. Una manipulación obsesionada por la referencia binaria a la instantaneidad y la eternidad: yo y el universo, el yo y la red. Esa reconciliación que funde realmente al individuo biológico con el todo cosmológico, sólo puede lograrse si se fusionan todos los tiempos, desde nuestra misma creación al fin del universo. La tem-

3 El desarrollo de esta realidad virtual (Castells, 1998: 405) afecta a la construcción de los formatos audiovisuales en la medida en la que permite generar una nueva forma de realidad paralela en la que se permite la participación y la inmersión de la audiencia al amparo de un rol completamente activo y con una premisa no oculta que implica que sin el concurso del usuario no sólo se hace imposible el acto comunicativo, sino que tampoco existe el mensaje. Se trata de una situación en la que el emisor y el receptor se encuentran en un contexto de aparente igualdad de condiciones a la hora de interactuar con el medio, y el mensaje surge en un medio adaptable, fruto de esta interacción permanente.

poralidad es el tema recurrente de las expresiones culturales de nuestra era, ya sea en los destellos súbitos de los videoclips o en los ecos eternos del espiritualismo electrónico (Castells, 1998: 498).

De nuevo aparece la relación entre la construcción de la identidad individual y colectiva y la red, el tema fundamental de reflexión del trabajo de análisis de la sociedad de la información por parte de Castells. El individuo, en el proceso de construcción de su identidad social y cultural, se encuentra enfrentado a una serie de cambios sociales y culturales ligados al desarrollo de las nuevas tecnologías de la comunicación y a un nuevo modelo económico global.

El desarrollo y acceso a estas habilidades se convierte en una marca que establece, desde el periodo juvenil, las distinciones entre los propios jóvenes, entre aquellos que pertenecen a una u otra clase social, en un mecanismo más para articular la estructura social de la «juventud». La búsqueda de un modelo corporal, una imagen social, un modelo de «cuerpo tecnológico» y de unas extensiones comunicativas se constituye en un proceso necesario para hacer posible el tránsito hacia la autonomía y la emancipación del joven. La adquisición de este «cuerpo» se produce en gran medida durante la etapa de aprendizaje juvenil. La adaptación del cuerpo del joven y de sus habilidades al entorno social es también consecuencia directa de los modelos que le llegan al joven a través de los canales de comunicación y de sus relaciones con el contexto. En la medida en que el joven dispone de acceso a estos canales, la adaptación al medio se da de una forma normalizada; en la medida en que existe un desajuste o una incapacidad para desarrollar las «necesidades» corporales, la emancipación se convierte en problemática.

Estos rasgos definitorios de las prácticas y las aspiraciones de los jóvenes son reafirmadas por diversos estudios que tratan de dar una visión de conjunto del colectivo juvenil e incluyen datos sobre prácticas de socialización y de ocio juvenil (Martín Serrano y Velarde, 1996; INJUVE, 2007a). De ellos se deriva que el espacio privado de los jóvenes se acerca cada vez más a un espacio comunicativo vinculado al consumo audiovisual y, en concreto, a las nuevas tecnologías de la comunicación y a la evolución de estas. El modelo ideal de espacio privado juvenil evoluciona para los jóvenes casi al mismo ritmo que evoluciona la comercialización de herramientas y servicios multimedia, y en la medida en la que estas «extensiones» de la relación cultural y social presentan nuevas posibilidades de consumo. Aunque esta vinculación jóvenes-industria cultural también puede ser leída a la inversa, atendiendo a que la industria de las telecomunica-

ciones y del consumo cultural audiovisual trata de adaptar sus contenidos y sus formas a los jóvenes con el objetivo de que estos sean capaces de liderar la «revolución digital» e impulsar el consumo tecnológico.

La importancia y repercusiones de la irrupción en la experiencia juvenil de la sociedad de la información ha sido especialmente destacada por Manuel Castells:

Los juegos de rol y la construcción de la identidad como base de la interacción *on line* constituyen una porción muy reducida de la sociabilidad basada en Internet, y es un tipo de actividad que tiende a concentrarse especialmente en círculos adolescentes. En efecto, los adolescentes son personas que se encuentran en un proceso de descubrimiento de la identidad y experimentación con la misma, o de averiguar quiénes son realmente o quién les gustaría ser, lo cual abre un fascinante campo de investigación para comprender la construcción de la identidad y la experimentación. (Castells, 2001: 139)

Como indica Castells, el espacio privado juvenil se ha convertido en un laboratorio de pruebas para investigar la forma en la que los jóvenes construyen su identidad en su transición al mundo adulto, sobre todo y fundamentalmente por parte de las industrias de la comunicación y de la nueva industria audiovisual altamente preocupadas en adaptar a los futuros consumidores a la cascada de cambios tecnológicos, y que encuentran en los jóvenes un público muy receptivo a sus ofertas y un perfecto contexto para las pruebas y para la planificación del futuro más inmediato de sus respectivos negocios. Como consecuencia, las posibilidades de desarrollo y de consumo cultural del espacio privado juvenil crecen y se reajustan a una velocidad más rápida que las de la unidad familiar, lo cual abre, al tiempo, nuevos vehículos de emancipación personal y cultural y nuevas brechas entre los que pueden acceder a ese universo de posibilidades de desarrollo social y aquellos que no disponen de los recursos para hacerlo. En este sentido, la oferta de consumo cultural que ofrecen las nuevas tecnologías a los jóvenes determina los derroteros por los que evolucionarán las identidades juveniles, pero no sólo por el grado de perfeccionamiento o desarrollo de estas, sino por el acceso o exclusión de determinadas capas sociales jóvenes a dicho consumo.

A MODO DE CONCLUSIONES

Las tecnologías de la información y la comunicación son un espacio de emancipación cuyo desarrollo depende, de una manera determinante,

de la capacidad de acceso económico a este tipo de «extensión» o entornos tecnológicos, lo cual abre una distancia dentro de la sociedad equivalente a la que implican las limitaciones en el acceso a la vivienda. Esta distancia social que las tecnologías generan entre sectores de la sociedad, la «brecha digital» en sus diferentes interpretaciones de distancias sociales en el acceso a las TIC, influye de manera determinante en las posibilidades de generar una emancipación «virtual» que lleva aparejada el aprendizaje y el acceso a unos recursos imprescindibles en el devenir vital de los individuos a corto y medio plazo.

Como ha explicado Joaquim Casal (2002) en la medida en la que la juventud se convierte en un bien escaso y necesario para las sociedades, las administraciones públicas reaccionan aumentando sus expectativas sobre su evolución y maduración y tratando de imponer modelos de emancipación acordes con estas expectativas. Cuanto mayores son las expectativas, mayor es la frustración que generan determinadas prácticas sociales. En este sentido, las patologías de la «emancipación», como podría ser el excesivo apego a la comunicación digital o mediante tecnologías de la información, serían consecuencia de un desajuste entre la vivencia del proceso de transición a la madurez que experimentan los jóvenes y el proyecto de transición hacia un modelo de vida adulto que en el marco del espacio laboral y del modelo adulto de trayectoria biográfica se les propone desde el entorno institucional, familiar y laboral.

Por último, la estrecha relación de los jóvenes con las tecnologías de la información a través de su espacio privado ha llevado a definir a los jóvenes del siglo XXI como *generación digital*, *generación @* (Feixa, 2001), *net generation* (Tapscott, 1998) y, más recientemente, *generación blog* (Sáez Vacas, 2005 y Repiso Peña, 2007). Pero, en definitiva, todas estas categorizaciones inciden en definir un nuevo modelo de joven que desvincula su emancipación social y cultural de las trayectorias biográficas y socioeconómicas que se les ofrecen como alternativas para la transición al estado adulto. Bajo esas categorías, en definitiva, se describe un nuevo espacio para el desarrollo de los jóvenes, un espacio de «emancipación virtual» a través de las extensiones tecnológicas que evidencia el desencuentro entre las propuestas que les ofrece la sociedad y las posibilidades reales de autonomía que ellos perciben.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUINAGA, J. y D. COMAS (1997): *Cambios de hábitos en el uso del tiempo. Trayectorias temporales de los jóvenes españoles*, INJUVE, Madrid.
- BACA LAGOS, VICENTE (1998): *Imagen de los jóvenes en los Medios de Comunicación de Masas*, INJUVE, Madrid.
- BAUMAN, Z. (1999): *La globalización. Consecuencias humanas*, FCE, México.
- (2003a): *La modernidad líquida*, FCE, México.
- (2003b): *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*, Siglo XXI, Madrid.
- (2006): *Vida líquida*, Paidós, Barcelona.
- BECK, U. (2000): *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*, Paidós, Barcelona.
- (2002): *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Paidós, Barcelona.
- BERGER, P. y T. LUCKMANN (1993): *La construcción social de la realidad*, Amorrortu, Buenos Aires.
- BERNARDO PANIAGUA, J. M. (2006): *El sistema de la comunicación mediática. De la comunicación interpersonal a la comunicación global*, Tirant lo Blanch, Valencia.
- BOIS-REYMOND, M. DU y A. LÓPEZ BLASCO (2004): «Transiciones tipo yo-yo y trayectorias fallidas: hacia las Políticas Integradas de Transición para los jóvenes europeos» en LÓPEZ BLASCO, ANDREU y WALTHER, ANDREAS (coord.): *Revista de estudios de juventud: Políticas de Juventud en Europa. Un contexto de flexibilidad e incertidumbre*, junio de 2004, INJUVE, Madrid.
- BOURDIEU, P. (1990): «La juventud no es más que una palabra» en *Sociología y Cultura*, CNCA-Grijalbo, México.
- (1999): «La ilusión biográfica» en BOURDIEU, P.: *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Anagrama, Barcelona.
- BUSTAMANTE, E. (coord.) (2002): *Comunicación y cultura en la era digital. Industrias, mercados y diversidad en España*, Gedisa, Barcelona.
- (2003) (coord.): *Hacia un nuevo sistema mundial de comunicación. Las industrias culturales en la era digital*, Gedisa, Barcelona.
- CARNOY, M. (2001): *El trabajo flexible en la era de la información*, Alianza, Madrid.
- CASAL, J. (1996): «Modos emergentes de transición a la vida adulta en el umbral del siglo XXI: aproximación sucesiva, precariedad y desestructuración», *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas*, 75.

- (2000): «Capitalismo informacional, trayectorias sociales de los jóvenes y políticas sobre juventud», en CACHON, L. (dir.): *Juventudes y empleos: perspectivas comparadas*, Instituto de la Juventud, Madrid.
- (2002): «TVA y políticas públicas sobre juventud», en *Revista de Estudios de Juventud*, 59.
- CASTELLS, M. (1996): *La era de la información. Economía sociedad y cultura. Vol. 1 La sociedad red*, Alianza, Madrid.
- (1998): *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. 2. El poder de la Identidad*, Alianza, Madrid.
- (2001): *La era de la información. Economía, sociedad y cultura, Vol. 3. Fin de milenio*, Alianza, Madrid.
- COMAS ARNAU, D. (2007): *Las políticas de juventud en la España democrática*, INJUVE, Madrid. [Consulta on line, el 26 de diciembre de 2007]. URL: <http://www.injuve.mtas.es/injuve/contenidos.item.action?id=497456095&menuId=1627100828>.
- CREMADES, J. (2007): *Micropoder: la fuerza del ciudadano en la era digital*, Espasa-Calpe, Madrid.
- DEL PINO, JULIO A., DUASO, A. y R. MARTÍNEZ (2001): *Prácticas de ocio, cambio cultural y nuevas tecnologías en la juventud española de fin de siglo*, CIS, Madrid.
- DÍAZ NOSTY, B. (dir.) (2006): *Medios de Comunicación. Tendencias 2006. El año de la Televisión*, Fundación Telefónica, Madrid. [Consulta on line, 2 de junio de 2006]. Dirección URL: <http://www.fundacion.telefonica.com/publicaciones/tendencias06/tendencias01.htm>.
- ESPÍN MARTÍN, M. (2002): «La imagen de los jóvenes en los medios de comunicación: de la noticia al espectáculo», en RODRÍGUEZ, FÉLIX (ed.): *Comunicación y cultura juvenil*, Ariel, Barcelona.
- FEIXA, C. (1998): *De jóvenes, bandas y tribus*, Ariel, Barcelona.
- (2001): *Generació @: la joventut al segle XXI*, Secretaria General de la Joventut, Generalitat de Catalunya, Barcelona.
- (coord.) (2004): *De las tribus urbanas a las culturas juveniles*, *Revista de Juventud*, n.º 64.
- (2005): «La habitación de los adolescentes», en *Papeles del CEIC*, n.º 16. [Consulta on line, junio de 2005]. Dirección URL: <http://www.ehu.es/~CEIC/pepeles/16.pdf>.
- FEIXA, C., COSTA, C. y J. PALLARÉS (eds.) (2002): *Movimientos juveniles. Grafitis, grifotas, okupas*, Ariel, Barcelona.
- FERNÁNDEZ CÁVIA, J. (2002): *El consumidor adolescent. Televisió, marques i publicitat*, Servei de Publicacions de la Universitat Autònoma, Barcelona.

- FIGUERAS MAZ, MÓNICA (2005a): *Prensa juvenil femenina i identitat corporal, tesis doctoral*. [Consulta on line, 19 de marzo de 2006]. http://www.tdx.cesca.es/TESIS_UPF/AVAILABLE/TDX-1114105-163606/-tmfm1de1.pdf.
- (2005b): «Las series son como la vida». El significado para las adolescentes de la ficción televisiva», comunicación presentada en el XX Congreso Internacional de Comunicación. Los desafíos de la televisión pública en Europa, 10 y 11 de noviembre de 2005. Universidad de Navarra. [Consulta on line, 19 de marzo de 2006]. URL: <http://www.unav.es/fcom/cicom/PDF/%20Comunicaciones/grupo%204/monicafigueras.pdf>.
- FRANÇA, M. E. (2001): *La contribución de las series juveniles de televisión a la formación de la identidad en la adolescencia. Análisis de contenido y de la recepción de la serie «Compañeros» (Antena 3)*, tesis doctoral, Departament de Comunicació Audiovisual i Publicitat de la Universitat Autònoma de Barcelona, tesis doctoral, 2001. [Consulta on line, 22 de junio de 2005]. URL: http://www.tdcat.cbuc.es/TESIS_UAB.
- FUNES, M.^a J. (2008): *Informe Juventud en España 2008. Tomo 4. Cultura, Política y Sociedad*, INJUVE, Madrid. [Consulta on line, 30 de junio de 2009]. URL: <http://www.injuve.mtas.es/injuve/contenidos.downloadatt.action?id=1448195837>
- FURLONG, A. y F. CARTMEL (1997): *Young people and social change. Individualization and risk in late modernity*, Open University Press, Buckingham.
- HOWARD, P. N. y S. JONES (ed.) (2005): *Sociedad on-line. Internet en contexto*, Editorial UOC, Barcelona.
- INJUVE (2007a): *Sondeo de opinión. Uso de TIC. Ocio y tiempo libre. Información. Conclusiones. Estudio INJUVE, EJ124*. [Consulta on line, 2 de noviembre de 2007]. URL: <http://www.injuve.mtas.es/injuve/contenidos.type.action?type=1135583079&menuId=1135583079>
- (2007b): *Sondeo de opinión. Uso de TIC. Ocio y tiempo libre. Información. Tablas de resultados. Estudio INJUVE, EJ124*. [Consulta on line, 2 de noviembre de 2007]. Dirección URL: <http://www.injuve.mtas.es/injuve/contenidos.type.action?type=1135583079&menuId=1135583079>
- KERCKHOVE, DE DERRIK (1999): *La piel de la cultura. Investigando la nueva realidad electrónica*, Gedisa, Barcelona.
- LASÉN DÍEZ, A. (2000): *A contratiempo: un estudio de las temporalidades juveniles*, CIS, Madrid.
- LÓPEZ BLASCO, A. y A. WALTHER (coord.) (2004): *Políticas de Juventud en Europa. Un contexto de flexibilidad e incertidumbre*, Revista de estudios de juventud n.º. 65, junio de 2004, INJUVE, Madrid.
- MARTÍN CRIADO, E. (1998): *Producir la juventud*, Istmo, Madrid.

- MARTÍN SERRANO, M. y O. VELARDE (1996): *Informe Juventud en España 1996*, INJUVE, Madrid.
- MATTELART, A. (2002): *Historia de la sociedad de la información*, Paidós, Barcelona.
- MC LUHAN, M. (1996) [1961]: *Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del ser humano*, Paidós, Barcelona.
- MONTERO RIVERO, Y. (2006): *Televisión, valores y adolescencia*, Gedisa, Barcelona.
- MORA, V. L. (2006): *Pangea: Internet, blogs y comunicación en un mundo nuevo*, Fundación José Manuel Lara, Sevilla.
- MORENO MÍNGUEZ, A. (2008): *Informe Juventud en España 2008. Tomo 2. Economía, Empleo y Consumo: las transiciones juveniles en el contexto de la globalización*, INJUVE, Madrid. [Consulta on line, 30 de junio de 2009]. URL: <http://www.injuve.mtas.es/injuve/contenidos.type.action?type=1627100828&menuId=1627100828>
- NANFRÍA, I. (2007): *Web 2.0. El usuario, el nuevo rey de Internet*, Ediciones Gestión 2000, Madrid.
- NEGROPONTE, N. (1995): *El mundo digital*, Ediciones B, Barcelona.
- ORIHUELA, J. L. (2006): *La revolución de los blogs: cuando las bitácoras se convirtieron en el medio de comunicación de la gente*, La Esfera de los Libros, Madrid.
- PATÓN I CASAS, J. M. (2005): *Joves adults i polítiques de joventut a Europa*, Col·leció Aportacions, 28, Generalitat de Catalunya, Secretaria de Joventut. [Consulta on line, 22 de junio de 2006]. URL: <http://www.gen-cat.net/joventut/observatori>.
- PINDADO, J. (2005): «Resultado de un estudio con jóvenes en Málaga», en *Los medios de comunicación en la socialización del adolescente. Revista Telos*, 62.
- (2006): «Los medios de comunicación y la construcción de la identidad adolescente», *Revista Zer*, 21.
- REIG, R. (2001): *El éxtasis cibernético. Comunicación, democracia y neotalitarismo a principios del s. XIX*, Ediciones Libertarias, Madrid.
- REPISO PEÑA, I. (2007): «El motor joven de la blogosfera», en BERNETE GARCÍA (coord.) (2007): *Culturas y lenguajes juveniles*, *Revista de Juventud* n° 78: Injuve, Madrid, pp. 161-175. [Consulta on line, 2 de noviembre de 2007]. URL: <http://www.injuve.mtas.es/injuve/contenidos.item.action?id=2131750738&menuId=480620364>.
- RODRÍGUEZ, F. (2002) (ed): *Comunicación y cultura juvenil*, Ariel, Barcelona.

- ROJAS ORDUÑA, O. I. y otros (2005): *Blogs: La conversación en Internet que está revolucionando medios, empresas y ciudadanos*, Esic, Madrid.
- SÁEZ VACAS, F. (2005): «La blogosfera: un vigoroso subespacio de comunicación en Internet», *Revista Telos*, 64. [Consulta on line, 2 de noviembre de 2007]. <http://www.campusred.net/telos/articulotribuna.asp?idarticulo=3&rev=64>.
- SAMPEDRO BLANCO, V. F. (ed.) (2003): «La mctele como industria de identidades lucrativas y de consumo. Análisis de ‘Gran Hermano’ y ‘Operación Triunfo’», en SAMPEDRO BLANCO, VÍCTOR (ed.): *La pantalla de las identidades. Medios de comunicación, políticas y mercados de identidad*, Icaria, Barcelona.
- SARTORI, G. (1998): *Homo Videns. La sociedad teledirigida*, Taurus, Madrid.
- SENNETT, R. (2000): *La corrosión del carácter: las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Anagrama, Barcelona.
- (2006): *La cultura del nuevo capitalismo*, Anagrama, Barcelona.
- TAPSCOTT, D. (1998): *Growing Up Digital: The Rise of the Net Generation*, McGraw-Hill, Nueva York.
- TERCEIRO, J. B. y G. MATIAS (2001): *Digitalismo. El nuevo horizonte socio-cultural*, Taurus, Madrid.
- TOURAINÉ, A. (1969): *La sociedad post-industrial*, Ariel, Barcelona.
- WALTHER, A. (2004): «Dilemas de las políticas de transición: discrepancias entre las perspectivas de los jóvenes y las instituciones», en LÓPEZ BLASCO, ANDREU y WALTHER, ANDREAS (coord.): *Políticas de Juventud en Europa. Un contexto de flexibilidad e incertidumbre*, *Revista de estudios de juventud*, n.º 65.
- WOLTON, D. (2000): *Sobrevivir a Internet*, Acento, Madrid.

Recibido el 25 de febrero de 2009

Aceptado el 31 de marzo de 2009

Renewing universities of the third age: challenges and visions for the future

Las universidades para mayores renovadas: desafíos y propuestas para el futuro

MARVIN FORMOSA

LECTURER IN SOCIAL GERONTOLOGY, EUROPEAN CENTRE OF GERONTOLOGY, UNIVERSITY OF MALTA

Abstract

The University of the Third Age [UTA] has developed into a global success story. Whether holding a 'top-down' administrative arrangement or embodying a culture of self-help, there can be no doubt as to the triumph of UTAs in meeting the educational, social, and psychological needs of older persons. However, on the basis of fieldwork conducted at the UTA in Malta a cautionary note must be warranted. UTAs may also function as yet another example of glorified occupational therapy that is both conservative and oppressive. At the same time, UTA models seem to be running the risk of becoming obsolete as societies embark on a 'late-modern' model of the life course in which the sequential division between learning, work and retirement is becoming increasingly blurred. This article calls for the UTA movement to go through a cultural revolution to remain relevant to contemporary ageing lifestyles. Six key directions are forwarded: embracing a transformational rationale, ensuring that access overcomes class, gender and ethnic biases, guaranteeing that teaching and learning strategies are skilfully suited to older persons, making greater use of eLearning techniques, extending its activities to frail and physically dependent older people especially those in residential/nursing homes, and organising activities that promote intergenerational learning.

Key words: University of the third age, older persons, education

Resumen

Las universidades para mayores se han convertido en una iniciativa de gran éxito mundial. Ya sea por su organización administrativa «de arriba abajo» o por encarnar una cultura de autoayuda, de lo que no cabe duda es que han conseguido cubrir las necesidades educativas, sociales y psicológicas de las personas mayores. No obstante, a raíz del trabajo de campo llevado a cabo por la Universidad de la Tercera Edad en Malta, hay que poner una nota de cautela. Estas universidades podrían quedarse como un ejemplo más de terapia ocupacional glorificada con un carácter tanto conservador como opresor. Al mismo tiempo, los modelos de las universidades para mayores parecen correr el riesgo de quedarse obsoletos a medida que las sociedades adoptan un modelo «tardomoderno» del curso de vida en el que se va desdibujando la división secuencial entre aprendizaje, trabajo y ju-

bilación. Este artículo reclama que el movimiento de universidades para mayores experimente una revolución cultural que tenga sentido para los estilos de vida contemporáneos de las personas mayores. Así, se proponen seis indicaciones: adoptar una lógica transformacional; garantizar un acceso sin prejuicios de clase, género o raza; garantizar que las estrategias de docencia y aprendizaje sean técnicamente apropiadas para las personas mayores; incrementar el uso de las técnicas de aprendizaje a distancia; extender sus actividades a personas mayores con salud delicada o físicamente dependientes y en particular a aquellas que están en residencias o clínicas; y, por último, organizar actividades que promuevan el aprendizaje intergeneracional.

Palabras clave: Universidad para mayores, personas mayores, educación

INTRODUCTION

The education of older persons is the fastest growing branch of adult education in post-industrial countries and the most crucial issue facing current educational planning. Recent years have witnessed a range of policy statements at international and national levels aimed at encouraging and highlighting the increasing numbers and percentages of older persons taking part in educational programmes. In particular, the European Union has assigned growing importance to lifelong learning and to adult learning in particular. The conclusions of the European Council held in Lisbon in 2000 confirm that the move towards lifelong learning must accompany a successful transition to a knowledge-based economy and society of all citizens irrespective of age (Commission of the European Community, 2000, 2006). This is not surprising considering the unprecedented series of global demographic transformations during the second half of the 20th century. In the mid-1990s, one million people a month crossed the threshold of 60 years of age across the globe, a 20 per cent increase from the 800,000 figure reported in 1991, so that at the turn of the new millennium the global number of 60+ persons reached 606 million (United Nations, 2003). However, population ageing is not just a numerical phenomenon. Until the first half of the last century adults spent virtually all their lives working and caring for their family, following which they entered into a period of dependency and decrepitude until death. From the 1950s, a fundamental change began to emerge. For the first time in history, a combination of compulsory retirement, pensions, and increased longevity resulted in the greater majority of older people in industrialised countries to experience many healthy, active, and potentially self-fulfilling years. Although, the exact definition of the «third age», as this new phase

in the life course has been termed, continues to be subject to debate, it is essentially a period in life between a second age of maturity and a fourth age of frailty during which there is no longer employment and child-raising to commandeer time so that individuals can live their lives as they please (Laslett, 1996).

One of the most successful providers of older adult education is the University of the Third Age (UTA). UTAs can be loosely defined as socio-cultural centres where older persons acquire new knowledge of significant issues, or validate the knowledge which they already possess, in an agreeable milieu and in accordance with easy and acceptable methods. The UTA movement has developed into a global success story, spreading to all continents, and amounting to several thousand units with varying structures and programmes. UTAs are linked through the International Association of the Universities of the Third Age (AUITA) which has accreditation to the United Nations and other influential organisations. This paper is a continuation of my efforts to embed the field of older adult education in a critical perspective (Formosa, 2000, 2002, 2005, 2007). A «critical» lens goes beyond everyday appearances and the unreflective acceptance of established positions, «to analyse how and why gender, race, class and other inequalities are so often ignored» (Estes et al., 2004: 3). This article reports on fieldwork conducted at the UTA in Malta with the ultimate aim to focus on «what *could* or *ought* to be» rather than «what *is*». Two key arguments ground the first part of the discussion. First, that UTAs may fall in the trap of operating as yet another euphemism for glorified occupational therapy that is both conservative and oppressive. And secondly, that UTAs are generally experiencing a structural lag as traditional operating principles tend to become less relevant now that societies are experiencing the de-institutionalisation of the life course. The third and final part of this article outlines six «ideal» directions for the UTA movement to remain relevant and in tune to contemporary ageing lifestyles.

THE ORIGINS OF THE UNIVERSITY OF THE THIRD AGE

The first UTA resulted partly from the French 1968 Law on the Direction of Higher Education which gave universities the obligation to provide for the organisation of lifelong education. At that time, France did not have anything corresponding to the British «night school» tradition but the Université de Troisième Âge was to alter such a situation radically. The UTA phenomenon was born primarily from the ideas of Pierre Vellas who recognised the combined vitality and longevity of many older persons in

France, and believed that universities should promote a combination of instruction for seniors and gerontological research that improves the life of older persons. Vellas held that the goal of the UTA was to investigate without any preconceived notions, how the University could improve the quality of life of older persons who, as demographic statistics at that time suggested, were becoming more and more numerous and whose socio-economic conditions were often in a deplorable condition. In 1972, Vellas proposed the UTA idea to the Administrative Council of the Teaching and Research Unit in Toulouse, formed by representatives of the professors, students, administrative personnel, as well as representatives from the WHO, ILO, and UNESCO (Philibert, 1984). This proposal was unanimously adopted and without any specific budgetary means, but much preparatory work, four major objectives were formulated for this new educational enterprise. These included raising the level of physical, mental, social health and the quality of life of older people, realising a permanent educational programme for older people in close relational with other age groups, that is the active and the young, co-ordinate gerontological research programmes, and last but not least, realising initial and permanent education programmes in gerontology (Vellas, 1997).

The UTA in Toulouse was eventually opened to anyone over retirement age who was willing to fill in a simple enrolment form and pay a nominal fee. The learning activities were scheduled for daylight hours, five days a week, for eight or nine months of the year. After the programme was marketed on a limited basis, 100 older persons attended the opening session in the summer of 1973. Teachers were highly enthusiastic about the motivation and sheer human warmth displayed by older students, and marvelled at the way they learnt with new techniques such as audio-visual language laboratories. One must say here that initially there was nothing exceptional about this programme, apart from the fact that a section of a large provincial university had taken an interest in ageing, and decided to enlist the resources of the university in programmes for senior citizens which would, at the same time, provide some returns in pursuing research in order to define the needs of older persons. However, successes were so swift that other groups were created very quickly in other parts of France. The Toulouse UTA model was eventually adopted by over 60 French campuses and by 1979 there were over 2,000 enrolled students (Radcliffe, 1984). Although there were some variations, almost all French UTAs being developed in the early and late seventies had university affiliation, relied on using university facilities, including the services of faculty members, and generally offered programmes of study tailored toward older persons, such

as the medical and social problems of ageing. Moreover lectures were combined with debates, field trips, and recreational and physical opportunities.

In 1979, adult educators from France and Britain met at Keele University. There resulted an issuing of an educational manifesto which was to be the heart of the British UTA movement, and which stated that the concept of elderly as both teachers and learners needs to replace the image of elders as intrinsically wise or the more recent image of elders as necessarily dependent or burdensome (Midwinter, 1984). The first UTA in England was established in Cambridge and was launched in July 1981. In contrast to the French experience, the Cambridge UTA rejected the idea of pre-packaged courses for more or less passive digestion, and demanded a kind of intellectual democracy in which there would be no distinction between the teachers and taught. British UTA co-ordinators appealed that all members would be expected to participate, and those who were reluctant to teach would contribute in some other way such as administration or counselling (Glendenning, 1985). UTAS in Britain did not develop into campus-based organisations, although the UTAS in Lancaster and London University were notable exceptions, and more akin to Illich's (1973) visions in *Deschooling Society*. British UTAS sought a kind of intellectual democracy in which there would be no distinction between the teachers and those being taught, and consequently, a self-help rather than a government-supported model was adopted (Midwinter, 2004). Self-help groups are voluntary, small group structures for mutual aid and the accomplishment for a specific purpose. They are usually formed by peers who have come together for mutual assistance in satisfying a common need, overcoming a common handicap or life-disrupting problem, and bringing about desired social and/or personal change. More specifically, the British UTAS' objectives consisted in (i) educating the British society, (ii) assailing the dogma of intellectual decline with age and make those in their later years aware of their intellectual, cultural and aesthetic potentialities, (iii) providing retirees with the resources of development and intensification of their intellectual and cultural lives, (iv) organising this institution where learning is pursued, skilled acquired, research opening pursued, and intellectual interests developed as ends in themselves, (v) investigating the process of ageing in British society, (vi) encouraging the establishment of similar institutions in every part of the country, and finally, (vii) helping to mobilise efforts to offer elderly persons in Britain other opportunities of educational stimulation on as wide a basis as possible (Laslett, 1984).

UNIVERSITIES OF THE THIRD AGE: CONTEMPORARY DEVELOPMENT

The UTA movement has gone a long way since its inception in the early 1970s and is currently present in all the five continents. It is surely not the scope of this article to present an international perspective of the UTA phenomenon and it suffices to state that at the turn of the millennium, China alone contained some 19,300 centres with about 1.81 million members (Thompson, 2002). In early 2009 Australia and New Zealand included 211 (64,535 members) and 60 (10,154 members) UTAS respectively (U3A Online, 2009), and the United Kingdom listed as much as 731 UTAS with a total of 228,873 members in the same period (The Third Age Trust, 2009). Since the late 1990s, a number of educational institutions began to investigate the suitability of cyberspace for older adult education. UTAS were not an exception, and much road has been travelled in Australia under the auspices of U3A Online which can surely be viewed as a remarkable success story. U3A Online provides good quality educational programmes to older Australians who were previously isolated and devoid of social networking activity, with an overwhelming number of participants giving the thumbs-up to this distance learning project and calling for further expansion (Swindell, 2000, 2002).

AUITA records five diverse models of UTAS in contemporary times depending on institutions' form of linkage to a traditionally defined or host-university, the curriculum offered, and kind of participation offered to or required by the members (Levesque, 2006). In addition to the French and British models discussed in the previous section, there is the French-speaking North American model, the South American model, and the Chinese model. The latter offers very diverse types of education, from basic instruction to the most advanced artistic training. Intense activity in traditional arts and crafts is an obvious characteristic. Seen from the outside one would take the view that the UTAS in China have as the following main concerns: the maintenance and development of citizenship, cultural consolidation and philosophical reflection, and maintenance and development of bodily harmony. There are normally six types of courses: health care, physical exercises, humanities, skills, arts and politics. Courses may be short-term, or run from one to three years. Teaching is very relaxed and flexible, to suit the students' needs. New methods are constantly being tried, including providing information and setting up discussions on current events, supplying magazines and newspapers, organising study tours and visits, using modern facilities and running exhibitions and competitions.

The French-speaking North American model holds a close link with a university, with classes and lectures given by University lecturers, either current or retired, and by outside speakers. The activities are of many different kinds: classes, seminars, group discussions, guided tours, lecture visits, and group activities. Student participation also occurs in the planning of syllabuses, models of activity, and in the choice of lecturers. The day-to-day management of these activities is in the hands of the students' Association in partnership with the University. In this model there is recognition of both the members themselves and of their knowledge and power in the students' associations. This is a model which can reasonably be said to lie at the crossroads between the French and British UTAS. Finally, the South American model is very close to the French UTA model but has two very distinguishing features. First, an institutional link to a host University where the link is regarded as self-evident, as much from the host University's point of view as from that of the UTA. And secondly, a concern for the population as a whole as in South and Central America care for the education of the whole of the older population, including the most deprived, is at its most marked and results in some most impressive achievements.

Financial matters of UTAS are highly varied (Desautels, 2006). In the Czech Republic, for instance, the Ministry of Education provides half a million euros for UTAS. Other UTAS are associated with «official» universities and simply benefit from the use of premises and the support offered by the presence of a stable professorial staff. In Switzerland, on the other hand, everything is in the hands of volunteers who organise the activities which are funded by members' subscriptions and charges for the activities although UTAS sometimes receive grants from local authorities. In Portugal, UTAS receive no funding from governmental bodies or from the universities, a case which is also the case for Italian UTAS which lean heavily on retired teachers to sustain their efforts. An AUITA (2006) international survey found that almost half the members are in the 60-69 age cohort (40 per cent) followed by peers in the 70-79 age cohort (23 per cent), and that half the members are either married or having significant partners (49 per cent). A large segment of members joined the UTAS to learn new knowledge (41 per cent) although the furthering of social contacts (38 per cent) proved to be yet another significant motivation. On joining UTAS, members reported increasing friendships (15 per cent), personal satisfaction (9 per cent), self-awareness (4 per cent), social involvement (5 per cent), and learning new knowledge (17 per cent). Reasons for not renewing one's membership in the UTAS included cost (10 per cent), health (24 per cent), transport issues

(13 per cent), family care (19 per cent), and lack of interest (14 per cent). Members also called for more courses in information and computer technology, astronomy, languages, memory work and natural sciences, as well as an increase in intercultural and intergenerational activities. Such data reflects past surveys (Swindell, 1990a, 1990b) as well as more recent ones. For instance, Yenerall (2003) found that the average age of Finnish members is 68, as much as 85 per cent are female, and that the majority of members were married (52 per cent) and having completed secondary education (70 per cent). Reasons for joining the UTA consisted «to learn more and gain a general education», «take or complete practical courses», and «better understand problems faced».

The UTA experience is more than an educational one. When members are asked what they gain from involvement in UTA activities, the first thing that comes to their mind is not usually related to learning but the associated social outcomes, such as making new friends who share their interests and finding a support group which helps them through difficult periods in their personal life (Huang, 2005, 2006, Hori and Cusack, 2006). UTAS are typified by a sense of vitality and dynamism that go beyond what is usually the case in a normal adult education centre. UTAS fulfil various positive social and individual functions such as aiding lonely older persons to resocialise themselves in society by enabling them to form new groups and increase living interests, as well as providing opportunities, stimulation, patterns, and content for the use and structure of the older persons' free-time which would otherwise be characterised by inactivity. UTAS also develop in its members a lofty and progressive delight of life, increase the social integration and harmony of older persons in society, inject a sense of creativity in older persons, and make older persons more visible in society. They improve members' abilities of understanding the objective world by aiding them to grasp better world development and social progress, and help them to ameliorate their abilities of self-health by enabling them to master medical care knowledge and prevention of disease. UTAS have also been found to address various intellectual, emotional, physical, leisure, and spiritual needs of older persons, as well as providing older persons with the opportunity to organise and co-ordinate social/cultural activities and thus making their life more fruitful and energetic.

METHOD

Data for this research publication was as a result of my involvement with the Maltese UTA as a faculty member of the European Centre of Gerontology (University of Malta) part of which the Maltese University of the Third Age forms part. Data was collected through the techniques of «data combination», that is, the utilisation of more than one data collection method. Data combination reveals a wider view of the complexity of human behaviour, adds rigor, breadth, and depth to the study, as well as compensating for the limitations in one method by the strengths of another (Neuman, 2002). Methods included «participant» and «non-participant» observation, and semi-structured interviews. The observational method is the fundamental technique in field research, utilised in this study to observe the interpersonal interactions taking place at the UTA as well as to understand the members as individuals. Observational research has various strengths over other methods. These include its ability to shift focus as interesting new data become available, take account of sequences of events, and studying phenomena as they occur in their natural settings. Semi-structured interviews were conducted with both UTA organisers and learners. In semi-structured interviews, the interviewer asks specific open-ended questions but is free to probe beyond them if necessary with the interview developing as a joint product of what the interviewees and interviewers talk with each other. Hence, they contain the advantages of «flexibility», «control of the interview situation», and the «collection of supplementary information». Attention was geared towards fieldwork's major ethical dilemmas, namely, consent and codes, deception, privacy, identification, confidentiality, and not spoiling the field. In this respect, I strove to research subjects with dignity, making sure not to impose upon them any harm, respecting their privacy by collecting the data in an anonymous form and keeping it confidential. I also made sure to notify them that they were being researched, about my role at the institution, the nature of the research, and research methods being used. Moreover, during my fieldwork, but especially during its final stages, I made sure not to leave any unfinished business or annoy the members in any way.

THE UNIVERSITY OF THE THIRD AGE IN MALTA

Malta is a relative latecomer in establishing its UTA. The UTA in Valletta, or as we call it in our native tongue, L'Universita' Tat-Tielet Eta' [U3E], was

launched in January 1993 and thus could draw on some 20 years of European experience. The U3E was founded as part of then Institute of Gerontology (now European Centre of Gerontology) within the University of Malta and is, therefore, more in accordance with the French UTA model than the British. The U3E is governed by a mission statement, written and developed by university academics, declaring specifically that the U3E aims to provide older persons with educational opportunities as an end in themselves. The first U3E programme, was not launched as a pilot project but as a full-scale activity, resulting from the aspirations of academics and government officials working in the field of ageing. The U3E in Malta is governed by a «mission statement» written and developed by university academics:

...real life, free of constraints, of worries and of imposed responsibilities, starts with retirement. Yet, as long as one lives, one feels a natural yearning to know more, to explore and to understand. The University of the Third Age is making this possible for everyone. Thinking keeps us young... The U3E will encourage creativity and will propose several projects for this purpose... The U3E will also encourage special interest groups for pursuing hobbies or other interests. (U3E Prospectus, undated, *circa* 1992)

The U3E is governed by two main committees. Whilst the academic matters are in the hands of a committee chosen by the University of Malta, the U3E's social undertakings are managed by a democratically elected «Association» from the U3E members. The U3E aims to offer courses which are not intended to lead their participants to obtain any material or credential gains. The U3E approaches education as consisting of the pursuit of non-utilitarian knowledge through which one's mind and personality can be enhanced. The U3E offers a wide variety of courses, based on the assumed needs and interests of older persons. These range from heavy courses such as philosophy to day-to-day courses such as gardening that aim precisely to empower older persons and improve the quality of their lives and potential. Members have no direct control over the institution's programme content, and although members are free to submit feedback and suggest new courses, the choice of courses rests solely in the hands of university academics. The U3E's prospectus states that the curricular programme «has been designed to cover aspects of special interest to the elderly social rights and responsibilities, pensions, support services, health care, including physical exercise, dieting, food and the prevention of illness and disability. Other programmes will be purely cultural». The tutors are non- U3E members and are either full-time or part-time university lecturers, and are paid according to university rates.

THE POLITICS OF OLDER ADULT EDUCATION

A critical take on the fieldwork data found that the Maltese UTA tends to function as yet another example of glorified occupational therapy that is both conservative and oppressive. This was especially evident due to the presence of two key intersecting and interlocking lines of inequality: social class and gender.

Social class

The correlation of class and participation in compulsory and continuing education is one of the strongest, as well as most enduring, scientific axioms of contemporary societies (Ball, 2005). The U3E was not an exception. Although it was open to everybody and offered no hindrances or obstacles to older persons wanting to join, in that the only requirements were a birth certificate indicating that one is over 60 years old and willingness to pay a nominal fee, the membership body was exceedingly middle-class in character. To middle-class older persons it means going back to an arena in which they feel confident and self-assured of its outcome and development. Members displayed strong forms of middle-class dress codes, linguistic variations, etiquette and gestures. They also flaunted the prestigious positions and responsibilities occupied before retirement, and tended to address each other on a title-surname basis. Members spoke with idealistic overtones as they believed that learning should form the crown of life, were cynical of the routine and pragmatic pattern of everyday practices, used various foreign words to express their thoughts and ideas, and employed the term «we» to describe themselves by which they meant the subgroup of older persons who possessed optimum levels of education and cultured taste. Most female members had retired from rewarding careers in the teaching profession, and made their utmost so that their character displayed a «professional femininity». Rather than propelling an interest to buy the latest juice-blender which, as a local advert promises, performs «a million-and-one functions at even a cheaper price», female members were focused on post-materialist issues such as, for example, how they can have more sunlight in their living-room and whether the latest fuss about Jamie Oliver was reasonable. The fact that values centred around «idealism» rather than «materialism» demonstrated that U3E members embraced a culture of reflexivity. This was evident by members' pursuit of expressive lifestyles, eagerness to instruct themselves

in the bourgeois ethos of freedom, close affinity with traditional intellectuals, and dominant preference for expressive learning over instructional education.

The U3E also functioned as a middle-class political organisation as members performed, both consciously and unconsciously, a number of social closure tactics which made the learning experience unappealing to older persons with low levels of income and education. Most centrally, the choice of subjects taught at the U3E, such as *History and Appreciation of Art* and *The Many Faces of Pirandello* which sometimes were even delivered in the English language, provided an alien environment to older persons from working-class milieus. The emphasis of the term «university» in the title is another case in point as many working-class persons are apprehensive to join an organisation with such a heavy baggage. Members had no qualms about claiming that the U3A programme suits best persons who have «an adequate level of education» and that older persons who are interested in learning crafts or hobbies, or possess a low level of education, being more suited to attending senior centres. The U3E holds a useful function for middle-class retirees in their effort to maintain and improve their position in the class structure. On retirement, the class condition of middle-class retirees becomes cut off from their class position which generates a «status inconsistency». Retirement thus forces middle-class persons to an arena of role ambiguity, enforcing a dependence on the state welfare system, and declining their «social worth» as their position in the «social space» changes from that of «achievement» to one of «ascription». Consequently, as previous identities and statuses associated with one's occupational position are erased and become meaningless, middle-class older persons attempt to enrol in new arenas for moral and practical support as well as to reassert their previous and intended position in the social space. Membership in the U3E provides them with the possibility of acquiring the label of «cultured» or «cultivated» with respect to the rest of the older adult population. In the way that books and paintings are used to impress neighbours, friends and other social viewers, U3E membership becomes employed as a strategy to obtain and compete for social honour.

In sum, as far as class politics are concerned, the U3E serves as a reproductive and domesticating educational agent since it does not elaborate on all the various forms of learning but only those that go hand-in-hand with a functional-liberal paradigm. In doing so, it functions as a «cultural arbitrary» as well as a perpetuator of «symbolic violence» by imposing «middle-class» meanings as legitimate. Indeed, the U3E has not escaped the «pervasiveness of schooling» as its organisation operated

through a top-down model of instruction which cultivates respect for authority, experts, and universal knowledge. Rather than taking the form of a corporation of persons devoted to a particular activity, as the medieval interpretation of the term «university» presupposes, the U3E incorporated traits highly similar to those found in traditional education.

Gender

Many an educational vision, including that of lifelong education, has been criticised for its gender bias (Jackson and Burke, 2007). The application of a «feminist» lens to the U3E finds that its programme perceived older learners as a homogenous population, a stand that is fundamentally «malestream» considering the great divide in the type and volume of capital held by older men and women. Older women in Malta, similar to their international peers, are less likely than men to have received workplace learning, received an apprenticeship, hold educational qualifications, and hold an occupational pension (Troisi and Formosa, 2006). Older women tend to be poor, live longer, experience widowhood, and reside in single households. Cultural constructs put a large proportion of older women in the army of informal carers who either support sick and disabled relatives, especially husbands and aunts, or as it is becoming increasingly frequent in current times, as carers of their grandchildren whilst their children and son/daughter-in-law work full time. Ultimately, one can never overemphasise the «double standard of aging» that is, the severe difficulties that older women face as the result of the combination of ageist and sexist prejudices. The U3E revolves around an educational programme that caters for the needs of all older people when older women have unique educational needs. Moreover, ageist-sexist stereotypes project low expectations that older women can successfully take part in educational pursuits, the limitations of older women to take part in education classes when class and transport fees are being raised, and their difficulty in finding time for educational programmes when caring is so time-consuming. This invariably demonstrates the need for a special curriculum for older women, with alternative timings during the day which give them with the opportunity to plan the lectures, which addresses poverty as a major concern and also include specific vocational training for either paid or voluntary work. Looking at ways of facilitating learning amongst older women necessities a reformation of the conventional ways in which older adult education is currently employed. For the U3E to be of significance to

older women's lives it must be sensitive to the specific learning needs of older women, ranging from financial literacy to informal care, as well as knowledgeable of the unique and specific barriers they experience.

U3E lecturers, the majority of whom were men, tend to think and act within a «malestream» discourse, and hence, failing to connect with the special features of women's life histories or to the fact that older women learn differently when compared to men. Older women have a preference for self-directed education (such as reading, library membership, and travel) and topics which deal with personal or self-fulfilment matters. Moreover, they are more likely to express a preference for future learning activities that are expressive (delayed gratification) rather than instrumental (immediate gratification) in nature, and are more troubled by situational (arising from one's situation in life) and dispositional (self-perceptions) barriers to learning than institutional ones (institutional practices and procedures). Indeed, older women have an extensive ability to make use of «inner resources» to overcome obstacles to learning, so that it appears that they have a greater margin of power than men in overcoming obstacles at least until permanent health decline sets in. Keeping in mind such issues, it ensues that it is important for older adult education to cater exclusively for the unique learning patterns of older women by making use of small group discussion to assisting them in discovering personal talents, making educational resources available so that older women can instruct themselves, as well as assisting teachers and trainers to understand their role in promoting individualised and self-directed learning. One strategy that has received favourable reviews with older women is reminiscence learning (Housden, 2007). Reminiscence can help identify coping strategies from past experiences, and thus, preserving one's sense of mastery which, in turn, is a major source of satisfaction and needed in every stage of development. For instance, reminiscence can aid in identifying personal coping skills regarding the handling of daily finances. Since money is often considered a taboo topic and not readily discussed, the use of reminiscence can enable someone to gain understanding and appreciation of their past experiences and behaviour concerning the use of their money.

In retrospect, fieldwork located a «masculinist» discourse within the U3E where women are generally silenced and made passive through their invisibility. A feminist praxis was completely missing from the U3E's rationale. There is highly unfortunate considering that one key catalyst leading towards the increasing popularity of older adult education consisted in the «feminisation of later life» since women are more receptive to joining educational classes. The U3E provided a too firm stand on

providing learning *to* women instead of striving to provide learning *for* women so that it was characterised by a focus on the under-representation of women rather than becoming a vehicle of transformation. In other words, the U3E was too much bent on providing «learning» rather than being directly involved in action research projects which attempt to change women's lives.

STRUCTURAL LAG

The UTA was founded and flourished in the 1970s, during times whose socio-economic and political fabric was essentially «modernist» in character compared to contemporary times. In the 1970s, there was no possibility of mistaking or confusing who the older people were: mainly poor, probably with similar outlooks (and indeed appearance), with limited aspirations for future lifestyles, experiencing poor housing and inadequate medical care, and simply treated as a reserve army of labour to be expelled from the labour market in a period of crises (Phillipson, 1982). The life course was markedly divided in three clear and distinct stages: childhood as a time for education, adulthood as a time to raise a family and work, and old age as a brief period characterised by withdrawal from work until frail health and eventually death. This put individuals in a foreseeable life course of continuous, consecutive sequences of functions and statuses, which would culminate in a cessation of work following a normal period of full-time employment (Guillemard, 2000). Retirement during this decade was experienced as a major life event that caused personal and emotional upheaval so that many countries chose to institutionalise retirement through the development of old age pensions. The motivation herein was to aid those older persons who could neither continue in their existing job nor find alternative work as well as widowed women without any economic support. Hence, the identity of older people developed and existed within the context of the welfare state. Pensions, a focus on residential and institutional care, and the role of the voluntary sector in aiding older persons were instrumental in increasing amongst older persons a high degree of dependence as well as an image of a social group who needs all the support it could get.

As the social fabric became more fluid in character, ageing and later life have become less connected with the institution of «retirement» as such but on the other hand increasingly contingent on the «third age» phenomenon. Ageing became more complex, differentiated and ill-defined, experienced

from a variety of perspectives and expressed in a variety of ways. In late modern societies, identities take on «reflexive organized endeavour» that operate on the basis of choice and flexibility, and hence, replacing the rigidity of the traditional life cycle with its predetermined rites of passage. The life course ceased to be a fixed set of stages occupied by people of specific age-brands, with ageing becoming increasingly marked by a blurring of what appeared previously to be the typical behaviour associated with this stage. Nowadays, later life demands the deliberation and planning of a post-work identity. The latter involves not only the creation of a narrative of the self, but also a continuing responsibility in which the question «how shall I live?» has to be answered in day-to-day decisions about how to behave measured against the flows of social and psychological information about possible ways of life (Gilleard and Higgs, 2000). Third age identities are elaborated through increasing material consumption, a sense of «packing life in» to a period of adulthood of uncertain length and a wary position in relation to providing for «old age»:

...third-agers, whilst acknowledging old age, are likely to prefer to live at a considerable physical and psychological distance from it...while third-age practices may be most fully enacted by a relatively small section of the population of older people, culturally this group represents the aspirations of many whether or not they are able to realize such a lifestyle. (Gilleard and Higgs, 2000: 45, 23)

Education in later life does not occur in a social vacuum but is intimately connected to wider social contours. Hence, for education to be authentic it must run in parallel to the structural and biographical experiences of learners. In this respect, fieldwork uncovered four factors that point towards a structural lag, that is, the tendency of the structure of roles, norms and social institutions of the u3E, to change more slowly and thus lag behind people's lives. First, the Maltese u3E portrays older adults as a homogenous group, alike in gender, age, able-bodiedness, socio-economic status, and ethnicity. Indeed, no effort is made to address the diversity of the ageing population. Discussion during lectures always centred on what «the elderly» or «elders», «retired», «older adults», and «seniors» want. Hence, it lacked sensitivity towards the specific interests of the various social groupings that make the older population so heterogeneous in character. In addition to older women, whose position was discussed in the precedent section, other overlooked sectors included older people who never went to school and frail people usually aged 75+ who tend to suffer from physical and cognitive disabilities. As regards the former, the u3E was oblivious to the fact that almost half of the Maltese population was illiterate.

Presuming that older persons have good levels of educational attainment and qualifications, the U3E restricted its courses to highbrow topics without providing more pragmatic courses ranging from literacy to financial management. As regards fourth agers, the U3E assumes that only mobile and healthy elders are interested in educational classes. Indeed, its programme neglects how education opportunities can serve towards the personal development of frail and dependent older people since learning reduces dependency and the concomitant costs of health care.

Second, by restricting its membership and activities to persons who are aged 60 or above the U3E's programme provides an age-segregated form of learning. Although it is true that third-age segregated learning provides a greater degree of commonality and likelihood of peer support, as well as convenient daytime scheduling, length and frequency of course, semesters, affordable costs, and simpler registration procedures, it remains that age-isolated programmes incorporate other drawbacks. By disengaging its older learners from younger peers, the U3E was at fault for not responding well to the needs of older adults as well as for lacking to provide differentiated and specialised course programmes. In this way, the U3E ran the risk of becoming an inferior adult education centre due to embodying a low level of the quality of educational experience and courses offered. Indeed, intergenerational education leads to greater tolerance, increased comfort and intimacy, partial dissolving of rigid stereotypes, and less fear of the other groups, as well as engendering positive attitudes between persons coming from different age generations (Manheimer et al., 1995). One finds various studies on the possible educational relationship between grandparents and grandchildren (Bernal and Anuncibay, 2008), a model which could be easily adopted by the U3E. Research supports the traditional view that grandparents provide grandchildren with an educational input that is different to that which the parents can provide. This is because apart from being a source of unconditional love and a place where grandchildren can find refuge when seeking consolation, grandparents are crucial providers of knowledge and values.

Third, the U3E is deprived of any distance learning through online learning strategies on the basis that one educational planner believes that «it is not a question of receiving knowledge, one's participation is important». The idea is that when you join a UTA, «you are meeting people, sharing ideas, while distance learning is a one-to-one affair which is not the aim of the U3E, at least here in Malta [because] using the principles of distance learning would kill the aims of the U3E for which it was set up» (quoted in Formosa, 2000: 324). Although it is true that in the past one

consistent theme was the definition of computer technology in limited, linear, and rigid terms that were far removed from the creative, productive, and empowering uses often celebrated by educationists, this picture cannot be further from the truth in current times. In the past few years, the Internet has developed as a medium that can, very inexpensively, increase the range of opportunities for older people to continue to challenge their intellects. Moreover, the medium is capable of providing a level of interactivity that many find socially stimulating. Increasing levels of computer literacy and improving cyberspace programmes pushed online education to improve life satisfaction, with internet users being more positive than non-users concerning psychological well-being and personal characteristics. In Australia, for instance, the U3A Online programme demonstrated that adult education programmes delivered through cyberspace make a considerable difference to the lives of isolated people in particular and, probably, to others as well (Swindell, 2000).

Finally, older persons in late modern society do not spend their days sitting down waiting for time to pass. Rather, they are embracing the philosophies of «active» and «productive» ageing, as they engage in consumer lifestyles as well as seeking the opportunity to re-enter the labour market. In this regard, older persons are interested in consumer education and re-skilling training which, to-date, are not being offered by the U3E. Third agers are yearning for programmes in consumer education which provide them with those skills, concepts and understanding that are required for everyday living to achieve maximum satisfaction and utilization of his resources. During fieldwork many members expressed disappointment at the lack of courses on financial literacy at the U3E, and were highly equivocal about their need to access more and better information about financial procedures and industries, and acquire increased confidence and trust to engage with the providers of services and products. At the same time, many older adults want to continue working but also want a change of direction. Reasons may include the development of new interests, the awareness of previously underutilised potential, changes in personal values, and a realisation that time is running out if they are to achieve their personal ambitions and objectives. Simultaneously, many older adults want to retire from their current place of work but not to stop working indefinitely. They want to upskill themselves to work in jobs they want, and to remain attractive to employers, or to move into other lines of work. They are attempting to find other ways besides their labour that they can earn income. In this regard, the U3E is doing nothing to ensure that older adults are able to maximise their contributions to work and the

national economy, sitting rigidly on the fence whilst older persons expect good-quality guidance.

RENEWING UNIVERSITIES OF THE THIRD AGE

Although the inferences in the two previous sections were premised on fieldwork carried out in the Maltese U3E, they can be «moderately» generalized to other UTAS. As early as 1979 sociologists declared that the movement «pandered to the cultural pretensions of an aged bourgeoisie who had already learned to play the system» (Morris, 1984: 136; see also Ward and Taylor, 1986). More recently, it was underlined that

There continues to be a compounding class divide affecting chances to return to learn. Older people who have experienced post-school education and training, and those who already have advanced qualifications and skills are already convinced of the joy of learning and return for more... Working class older people are most likely to feel alienated by their previous experience of the educational system, and to be least confident about their ability or opportunity to return to learning. (Carlton and Soulsby, 1999: 72)

Moreover, other researchers have recorded the gender biases in UTAS (Williamson, 2000), as well as the need to embrace and work on emergent challenges (Groombridge, 1994). The key deduction here is that UTAS tend to be «modernist» in character, harking back and making sense to a world in which the rigid separation between childhood, adulthood and later life was strictly adhered to and also constituted the cornerstone of socio-economic organisation. This article puts forward six propositions whose inclusion will provide a serious attempt to keep UTAS in line with contemporary socio-economic transformations amongst older cohorts.

A transformational rationale. The provision of older adult education should be directed to aid older persons gain power over their lives. Education must not be viewed as a commodity which, via the medium of a lecture, anybody may acquire. Rather, education is to be viewed as a vehicle for retraining or adjusting to technological change, relating to self-fulfilment and the reinforcement of a sense of purpose, and above all, a catalyst for individual and social empowerment. UTAS must provide opportunities for older adults to become conscious of the cultural dimension of messages about ageing, to assess their validity on the basis of individual experience and broader research, and to develop their own perspective. Rather than simply offering high-brow learning, it is the

process of engaging older adults in dialogue to enable them to discover their own meaning, identity, and purpose in the face of cultural messages about aging. In sum, UTAS must embrace a rationale for a transformative approach to education against the backdrop of an analysis of the current political scenario marked by neoliberalism and the effect of this ideology on educational policy and practice.

Social inclusion. It is fundamental that UTAS dismantle those barriers which exclude older persons, other than middle-class white urban females to seek membership, from seeking membership and participating in educational activities. UTAS must work to counter the *psychosocial* barriers such as the stereotypical and ageist belief in the adage «I'm too old to learn», and adopt a sensitivity towards the fact that disability may prevent people's adequate mobility or the need to use public transport may limit access. UTA centers must not contain non user-friendly enrolment procedures (such as high fees, inappropriate venues or unexciting methods of teaching and learning), and communication problems such as brochures printed in too small type and crammed formatting or a failure to display brochures in places which older adults frequent. Moreover, in its effort to attract working-class men, more visibility is warranted to the fact that the term «University» is actually used in the medieval sense of the term «universitas», that is, referring to a corporation of persons devoted to a particular activity, and does not refer to awarding of degrees, diplomas, or any other kind of certification.

Geragogy. UTAS must reject traditional models of education «in which the students are the depositories and the teacher the depositor» (Freire, 1972: 45). Educators must embrace a liberating practice that helps learners to perceive social, political, and economic contradictions. This involves two major steps. The first is to generate a liberating curriculum. This involves the immersion of educators within older people's thematic universe in order to develop «generative themes», which then are codified into other motifs that older learners can identify with. The second step consists of aiding learners to perform a successful decodification of the former. Only so will inherent social, political and economic oppressions become apparent. This can be achieved through the strategies of dialogue and problem-posing. Whilst «dialogue» demands the problematic conformation of that very knowledge in its unquestionable relationship with the concrete reality in which it is engendered, problem-posing involves a constant unveiling of reality and revolutionary futurity. Through such strategies learners «not as recipients, but as knowing subjects, achieve a deepening

awareness both of the socio-cultural reality which shapes their lives and of their capacity to transform that reality» (ibid: 51).

eLearning. UTAS must put more effort to embed in their learning strategies the web 2.0 revolution which now provides extremely user-friendly applications. Contrary to its predecessor, web 2.0 uses interactive tools, ranging from Blogs, Wikis, Podcasts, online journals, to virtual picture databases, which offer limitless possibilities for an interactive, empowering, and participatory forms of older adult education. The education of older persons through strategies of Information and Communication Technology [ICT] is advantageous for seniors as well as the institutions. Through the utilisation of ICT strategies, UTAS may reach new learners interested in lifelong learning who may not be able to be physically present in the classroom at a specific date, and hence, who otherwise might not have been able to participate in educational programmes. On the other hand, seniors benefit by discovering new and further fields of education, widening their information sources, take part in communication with other people with common and specific interests, and being to able to participate in learning activities even when they are suffering temporarily or permanently ill health.

Fourth age learning. The development and educational needs of frail older people, especially the physically dependent and those living in residential/nursing homes, must be made central to UTAS. Lifelong learning should really be *lifelong* so that it also caters for those others suffering from confusion or dementia, with, for example, encouragement for educators to make use of specialised strategies. Following Lloyd and Gladish's (quoted in NIACE, 2005) code of practice for older people learning in care settings, UTAS must recognise that different modes of mental activity should be recognised which range from passive to the creative since older people should have varying control over the learning activities in which they participate. Older people, irrespective of their cognitive abilities, should be fully involved in the maintenance of their past skills and interests, and in developing new ones, of their choice. They should be involved in the creation of care packages and support plans. UTAS must therefore work hand-in-hand together with residential units, care homes and sheltered schemes should encourage older people to maintain contact with the local community by facilitating residents to attend outside learning activities and inviting outsiders to participate in scheme/home activities.

Intergenerational learning. UTAS must be restructured to be able to cater for learners from the whole of the life course, organising educational activities that link third agers with children, teenagers, adults, and even

older peers. The benefits of intergenerational education are well-known. While elders can mentor individuals from the younger generation, they can also learn from the younger generation. Intergenerational contact creates an opportunity for reciprocal learning, as well as improving the everyday memory function of well older learners. Moreover, such interaction assists in dispelling stereotypes that each generation may hold about each other, whilst also encouraging respect for differences. UTAS must think outside the box to see how learners from different generations can be brought together. Activities may include book clubs, community work and film screenings. One possible avenue that UTAS may pursue is the development of grandparent-grandchild relations. There is no doubt that the relationships between grandparents and grandchildren are extremely constructive and gratifying for both sides. Whilst the majority of the grandchildren have a satisfactory relationship with their own grandparents, they also show a desire for increased contact with grandparents in terms of frequency and intensity that is especially constructed around an educational experience.

CONCLUSION

This article attempted to propose a set of principles for the renewing of UTAS in view of the coming of late modern societies. The U3E in Malta, similar to other international UTAS, represents yet another commendable effort to enhance the quality of older persons' lives by dealing with the increasing longevity, as well as contesting the erroneous suppositions that associate ageing with predestined physical and mental decline. However, a critical interpretation of the field research affirms three major problems. First, despite the invisibility of older persons in class analysis, old age is not devoid of class distinctions. Rather, older persons are located in structural and subjective class locations which condition them to struggle constantly for improved positions. Secondly, class formation and action in later life is distinguished by cultural textures and processes that take the form of social investments in and display of symbolic distinctions. Finally, older adult education is essentially a political activity, and if siding with a dominant class fraction, will form part of a large macrocosm of symbolic institutions that reproduce subtly existing power relations. For these reasons, the following six key directions were forwarded: embracing a transformational rationale, ensuring that access overcomes class, gender and ethnic biases, guaranteeing that teaching and learning strategies are skilfully suited to

older persons, promoting ICT knowledge and making greater use of eLearning techniques, extending its activities to frail and physically dependent older people especially those in residential/nursing homes, and organising activities that promote intergenerational learning. Some of this may seem fanciful to the reader. If it does, then it is worth noting that the processes advocated here are already being implemented in other UTAs, both in Europe and other continents, and I suggest that the U3E should seek their implementation through the collaboration of like-minded partners, through appropriate networks, and in a whole variety of fields.

REFERENCES

- AUITA (2006): *U3A Balance after 30 Years*, on-line, accessed 21 July 2009.
- BALL, S. J. (2005): *Educational Policy and Social Class: The Selected Works of Stephen Ball*, Routledge, New York.
- BERNAL, J. G. and R. ANUNSCIBAY (2008): «Intergenerational Grandparent/grandchild relations: The socio-educational role of grandparents», *Educational Gerontology*, 34 (1), pp. 67-88.
- CARLTON, S. and J. SOULSBY (1999): *Learning to Grow Older and Bolder*, NIACE, Leicester.
- COMMISSION OF THE EUROPEAN COMMUNITY (2000): *A Memorandum on Lifelong Learning*, European Community, Brussels, Belgium (SEC 1832).
- (2006): *Adult learning: It is never too late to learn*, Communication from the Commission, European Community, Brussels, Belgium (COM 614).
- DESAUTELS, J. (2006): *The record of activity across the 5 continents*, on-line, accessed 23 July 2009.
- ESTES, C. L., BIGGS, S. and C. PHILLIPSON (2004): *Social Theory, Social Policy, and Ageing: A Critical Introduction*, Open University Press, Berkshire.
- FORMOSA, M. (2000): «Older adult education in a Maltese University of the Third Age: A critical perspective», *Education and Ageing*, 15 (3), pp. 315-339.
- (2002): «Critical Gerogogy: Developing practical possibilities for critical educational gerontology», *Education and Ageing*, 17 (3), pp. 73-86.
- (2005): «Feminism and critical educational gerontology: An agenda for good practice», *Ageing International*, 30 (4), pp. 396-411.
- (2007): «A Bourdieusian interpretation of the University of the Third Age in Malta», *Journal of Maltese Education Research*, 4 (2), pp. 1-16.
- FREIRE, P. (1972): *Pedagogy of the Oppressed*, Penguin, Harmondsworth.

- GILLEARD, C. and P. HIGGS (2000): *Cultures of Ageing: Self, Citizen and the Body*, Prentice Hall, Upper Saddle River.
- GLENDENNING, F. (1985): «Education for older adults in Britain», in GLENDENNING, F. (ed.): *Educational Gerontology: International Perspectives*, Beckenham, Kent, Croom Helm, pp. 81-141.
- GROOMBRIDGE, B. (1994): «Emergent challenges for Universities of the Third Age», in HEIKKINEN, E., KUUSINEN, J. AND I. RUOPPILA (eds.): *Preparation for Aging*, Plenum Press, New York, pp. 27-38.
- GUILLEMARD, A. M. (2000): *Aging and the Welfare-State Crisis*, University of Delaware Press, Newark.
- HORI, S. and S. CUSACK (2006): «Third-Age Education in Canada and Japan: Attitudes towards aging and participation in later life», *Educational Gerontology*, 32 (6), pp. 463-481.
- HOUSDEN, S. (2007): *Reminiscence and Lifelong Learning*, NIACE, Leicester.
- HUANG, C. (2005): «The development of a University of the Third Age in Taiwan: An interpretative perspective», *Educational Gerontology*, 31 (7), pp. 503-519
- (2006): «The University of the Third Age in the UK: An interpretative and critical study», *Educational Gerontology*, 35 (10), pp. 825-842
- ILICH, I. (1973): *Deschooling Society*, Penguin, Hammordsworth.
- JACKSON AND BURKE (2007): *Reconceptualising Lifelong Learning: Feminist Interventions*, Routledge, New York.
- LASLETT, P. (1984): «The education of the elderly in Britain», in MIDWINTER, E. (ED.): *Mutual Aid Universities*, Croom Helm Ltd, Beckenham, Kent, pp. 20-49.
- (1996): *A Fresh Map of Life: The Emergence of the Third Age*, 2nd ed., Macmillan Press, London.
- LEVESQUE, J. L. (2006): *What kinds of futures for U3As?*, on-line, accessed 21 July 2009.
- NIACE, (2005): *Adult Education Working in Care Settings*, NIACE Briefing Sheet 67, on-line, accessed 23 July 2009.
- MANHEIMER, R. J., SNODGRASS, D. D. and D. MOSKOW-MCKENZIE (1995): *Older Adult Education: A Guide to Research, Programs, and Policies*, Greenwood, Westport, Connecticut.
- MIDWINTER, E. (1984): «Universities of the Third Age: English version», in MIDWINTER, E. (ED.): *Mutual Aid Universities*, Croom Helm, Beckenham, Kent, pp. 3-19.
- (2004): *500 Beacons: The U3A Story*, Third Age Press, London.
- MORRIS, D. (1984): «Universities of the Third Age», *Adult Education*, 57 (2), pp. 135-139.

- NEUMAN, W. L. (2002): *Social Research Methods: Qualitative and Quantitative Approaches*, Allyn and Bacon, Needham Heights.
- PHILIBERT, M. (1984): «Contemplating the development of the Universities of the Third Age», in MIDWINTER, E. (ED.): *Mutual Aid Universities*, Croom Helm, Beckenham, Kent.
- PHILLIPSON, C. (1982): *Capitalism and the Construction of Old Age*, Macmillan, London.
- RADCLIFFE, D. (1984) «The international perspective for U3A», in MIDWINTER, E. (ED.): *Mutual Aid Universities*, Croom Helm Ltd, Beckenham, Kent.
- SWINDELL, R.F. (1990a): «Characteristics and aspirations of older learners in an Australian University of the Third Age programme: Part I: Survey results», *Educational Gerontology*, 16 (1), pp. 1-26.
- (1990b): «Characteristics and aspirations of older learners in an Australian University of the Third Age programme: Part II: Educational implications», *Educational Gerontology*, 16 (1), pp. 1-26.
- (2000): «Using the internet to build bridges to isolated older people», *Australasian Journal on Ageing*, 19 (1), pp. 38-40.
- (2002): «U3A Online: A virtual university of the third age for isolated older people», *International Journal of Lifelong Education*, 21 (5), pp. 414-429.
- THE THIRD AGE TRUST (2009): *The Third Age Trust*, on-line, accessed 23 July 2009.
- THOMPSON, J. (2002): *The Amazing Universities of the Third Age in China Today*, on-line, accessed 21 July 2008.
- TROISI, J. and M. FORMOSA (2006): *Supporting Family Carers of Older People in Europe: The National Background Report For Malta*, Lit Verlag, Germany.
- U3A ONLINE (2009): on-line, accessed 21 July 2009.
- U3E PROSPECTUS (undated, circa 1992): *The University of the Third Age in Malta*, Institute of Gerontology, University of Malta, Malta.
- UNITED NATIONS (2003): *World Population Prospects - The 2002 Revision*, The United Nations, New York.
- VELLAS, P. (1997): «Genesis and aims of the Universities of the Third Age», *European Network Bulletin*, 1, pp. 9-12.
- WARD, K. and R. TAYLOR (1984): *Adult Education and the Working Class: Education for the Missing Millions*, Croom Helm, London.
- WILLIAMSON, A. (2000): «Gender differences in older adults' participation in learning: Viewpoints and experiences of learners at the University of the Third Age (U3A)», *Educational Gerontology*, 26 (1), pp. 49-66.

YENERALL, J. (2003): «Educating an aging society: The University of the Third Age in Finland», *Educational Gerontology*, 29 (8), pp. 703-716.

Recibido el 16 de marzo de 2009

Aceptado el 30 de abril de 2009

Ressenyes de llibres

BENGSTON, Vern L., D. GANS, Norella M. PUTNEY i M. SILVERSTEIN (eds.) (2009): *Handbook of theories of aging (2nd ed.)*. Nueva York, Springer. ISBN: 978-0-8261-6251-9. Ressenyat per Salvador Seguí-Cosme.

Desde un punto de vista epistemológico, la gerontología, en general, y la gerontología social, en particular, parecen gozar de una mala salud de hierro. Para referirse al anhelo de una mayor integración teórica, que fomentase, a su vez, el progreso epistémico acumulativo, Bass utilizaba, hace apenas tres años, la expresión «búsqueda del santo grial» (2006: 139). Pero la falta de entidad teórica de la gerontología ha constituido el núcleo del debate meta-científico en torno a ella desde finales de la década de 1980, cuando Birren y Bengston acuñaron la expresión que ha hecho fortuna: «data-rich and theory-poor» (1988: ix). Bengston, co-editor del libro que presentamos, ha sido un gran animador de este debate, decantándose por una visión cada vez más ortodoxa de las teorías científicas, inspirada en el legado de Popper.

En «Progress and pitfalls in gerontological theorizing» (1996), Bengston, Parrot y Burgess, tras constatar el carácter predominantemente ateórico de los artículos publicados en las más prestigiosas revistas científicas de gerontología,

abordan el problema de raíz: «What is theory and why is it so important, particularly in a developing field of inquiry such as gerontology» (1996: 769). Su respuesta, todavía tentativa, es la siguiente: La teoría es la construcción de explicaciones explícitas que den cuenta de los hallazgos empíricos, y es epistemológicamente relevante en tanto en cuanto nos permite integrar el conocimiento, predecir acontecimientos y fundamentar la intervención técnica (1996: 769). Ya en esta primera aproximación, Bengston y sus colaboradores se muestran suspicaces en torno a las nociones alternativas de «teoría» importadas de las críticas postmoderna e interpretativista de la ciencia (1996: 769), y, tras revisar el estado de la cuestión en biogerontología, psicogerontología y teorías sociales del envejecimiento, concluyen: Ha habido progresos durante la década precedente (aparición de nuevas teorías y refinamiento de las preexistentes), pero no faltan las dificultades: Entre ellas, el surgimiento de formas de teorización desconectadas de la investigación empírica (1996: 772).

Al año siguiente, Bengston, Burgess y Parrot retoman la problemática con mayor detenimiento y centrándose exclusivamente, esta vez, en la gerontología social. En «Theory, explanation, and a third generation of theoretical development in social gerontology» (1997), su concepción de las teorías científicas adquiere precisión, y revela abiertamente su trasfondo popperiano, mediante la noción de falsabilidad y la implícita alusión a la «ingeniería social gradual»: «[I]n the area of public policy applications or program interventions in gerontology, [...] [t]here is nothing so practical as a good theory» (1997: S73). La fundamentación teórica es imprescindible, por tanto, para garantizar la solvencia de la intervención técnica (socio-técnica y, más concretamente, socio-gerontológica en el caso que nos ocupa –aportan el ejemplo de los programas de atención a domicilio a los enfermos de Alzheimer [S73]), pero la teoría explícita es necesaria, en cualquier caso, para facilitar el progreso epistémico acumulativo: «[T]oo often research agendas proceed absent of any stated, and therefore falsifiable, theory about how and why things happen. And consequently, [...] the process of building, revising and interpreting how and why phenomena occur is lost» (S73).

En este segundo artículo, la suspicacia de Bengston y sus colaboradores en relación con las concep-

ciones heterodoxas de la teorización emergen claramente cuando revisan algunos de los enfoques entonces recientes en gerontología social. Los autores distinguen tres grandes etapas en la disciplina, para centrarse en la tercera y última. En la etapa fundacional, inmediatamente posterior a la segunda guerra mundial y de clara inspiración estructural-funcionalista, destacan el enfoque de la desvinculación (*disengagement theory*), por ser el más explícito conceptualmente (1997: S76). En la segunda etapa (entre 1970 y 1985, aproximadamente), anotan los enfoques contruidos sobre, o en oposición a, los de la primera, y también los de nuevo cuño, todos ellos con dos características comunes desde el punto de vista metateórico: la multidisciplinariedad y la limitación del alcance de las teorías, bien al nivel micro-social, bien al macro-social (S76). Dentro de la tercera etapa (a partir de 1985), identifican hasta siete grandes perspectivas (algunas de ellas herederas o continuadoras de las precedentes), a saber: la social-constructivista; la del intercambio social; la del curso vital; la feminista; la de la estratificación por edad (*age stratification*, o *aging and society* en su denominación más reciente); la economía política del envejecimiento; y la gerontología crítica. Para cada una de estas perspectivas, revisan las raíces intelectuales, los principales ámbitos de investigación, los conceptos clave, las

aportaciones recientes, y las fortalezas y limitaciones. Y es en los apartados de limitaciones donde aparecen las mencionadas suspicacias: en aquellos enfoques más directamente enraizados en las tradiciones sociológicas y/o filosóficas poco amigas de la concepción heredada en filosofía de la ciencia (etiquetada, de forma inexacta, como «positivismo» –en este caso y en otros muchos) es donde detectan las mayores dificultades en el terreno de la teorización. Así, el constructivismo social, que bebe, entre otras fuentes, de la fenomenología y la etnometodología, depararía constructos teóricos con un inconveniente nada desdeñable: la imposibilidad de falsarlos (S77). El enfoque feminista, por su parte, se mostraría normativamente sesgado y excesivamente difuso (S81), y la gerontología crítica demasiado abstracta y filosófica o, incluso, ininteligible para quienes desconozcan algunos de sus antecedentes intelectuales (Escuela de Frankfurt, fenomenología, postestructuralismo) (S84). Pero tampoco los enfoques más ortodoxos en el plano metacientífico se libran por completo de la crítica: el del curso vital, en particular, es contemplado como una perspectiva «todavía demasiado amplia, demasiado difusa en cuanto a nexos conceptuales, como para ser llamada “teoría” o [incluso] “paradigma”» (S80). En conclusión: para Bengston y sus colegas, la gerontología social seguía

mostrándose, en 1997, tal y como el propio Bengston la había descrito una década antes: «data-rich but theory-poor» (S84).

En el reciente *Handbook of theories of aging* (2009), Bengston regresa, de la mano de un nuevo grupo de colaboradores, a la gerontología en conjunto, ofreciendo una ambiciosa panorámica de la disciplina a lo largo de casi ochocientas páginas. El libro consta nada menos que de cuarenta capítulos, estructurados en ocho partes, y todo ello queda articulado en el primer capítulo, a cargo de los editores, mediante un hilo conductor al que Bengston se mantiene fiel: la situación en que se encuentra la disciplina desde el punto de vista de la teoría. Las primeras páginas del libro nos recuerdan qué es la teoría y por qué es importante, con pocas novedades en relación con los anteriores trabajos de Bengston: Quizás, una alusión a las nociones más ortodoxas de «teoría» procedentes de la física (p. 4), una advertencia más severa contra el más crudo empirismo, evocando, sin nombrarla, la «carga teórica de los hechos» (“implicit theory” and underlying assumptions about the nature of the phenomena to be studied inevitably guide the selection of research questions» [p. 5]), y, sobre todo, una mayor incomodidad en relación con las epistemologías heterodoxas en el caso particular de la gerontología social. Los autores se sienten obli-

gados a abordar nuevamente la problemática de «qué entendemos por teoría» al presentar la parte V del libro, dedicada a las teorías científico-sociales del envejecimiento, y a anotar lo siguiente:

In contrast to theory development in the biological and behavior sciences, theoretical progress has been more challenging in social gerontology. In part this is because social phenomena over the course of life are extraordinarily complex and fluid *but also because researchers approach their topics with different epistemologies* (p. 14, cursiva del autor de esta reseña).

Phenomenology, as presented by Longino and Powell (Chapter 20), uses an interpretive approach to knowledge and focuses on understanding rather than explanation. Those writing from a feminist perspective, as evidenced by Calasanti (Chapter 25), Dilworth-Anderson and Cohen (Chapter 26), and Allen and Walker (Chapter 28), often combine interpretive and critical theory approaches, depending on the topic of interest. *We point out that a chapter topic and how it is addressed theoretically and epistemologically in this part of the handbook may not necessarily reflect the author or author's preferred perspective. [...] Some authors see virtue in being eclectic in their theorizing* (p. 15, cursiva del autor de esta reseña).

Junto con las aportaciones ya mencionadas, procedentes de la fenomenología y el feminismo, la parte v recoge trabajos enmarcados en perspectivas sociogerontológicas más clásicas, como la del curso vital (Dannefer y Kelly-Moore, capítulo 21) y la

de la ventaja/desventaja acumulativa (Ferraro *et al.*, capítulo 22), así como contribuciones antropológicas (capítulos 26 y 27, de Dilworth-Anderson y Cohen, y Fry). Lo que otorga coherencia a toda esta parte son dos grandes cuestiones, una propiamente disciplinar y otra metacientífica: La primera es la de la desigualdad y el poder (el núcleo duro de la sociología y la ciencia política), y la segunda no es otra que la cuestión de la teorización. Ocho de los diez capítulos de esta parte contienen las palabras «theory/ies» o «theorizing» en el título, y la parte en conjunto viene encabezada por el artículo de otro relevante participante en el debate sobre la entidad teórica de la gerontología social: Bass (capítulo 21). Tras haber calificado como «búsqueda del santo grial» la persecución de una mayor integración teórica (2006), Bass se había mostrado más optimista con respecto a la madurez disciplinar de la gerontología social tras haber revisado algunas contribuciones recientes procedentes de las perspectivas crítica y postmoderna (2007). Y retoma aquí estas temáticas, para abogar por un enfoque integrador capaz de fusionar los enfoques macro (contextos social, económico, ambiental y político) y micro (individuo y familia).

Quizás por el énfasis en la problemática de la teorización, la parte v no recoge contribuciones procedentes de todas las grandes pers-

pectivas vigentes en gerontología social. Algunas de estas perspectivas son abordadas desde una óptica genérica (por ejemplo, los ya mencionados enfoques crítico y postmoderno en el capítulo de Bass), y/o desplazadas a la parte vi, titulada «Sociedad, políticas públicas y teorías del envejecimiento». Es aquí donde aparecen un trabajo de Philipson sobre el impacto de la globalización en la gerontología crítica (capítulo 33) y otro de Lennox *et al.* explícitamente dedicado a la economía política del envejecimiento (capítulo 30), la cual, por lo demás, impregna en conjunto esta parte, que adquiere un cierto sabor comparativo con los artículos de Hudson (capítulo 29) y de Thorslund y Silversstein (capítulo 34), dedicados a las políticas de vejez en Estados Unidos y Suecia, respectivamente.

Las otras dos partes centrales del manual son la iii y la iv, dedicadas, respectivamente, a las teorías biológicas y psicológicas del envejecimiento. Revisando ambas partes, queda patente que ninguno de estos dos ámbitos de la gerontología es menos multiparadigmático que el sociogerontológico. En el apartado psicogerontológico, la variedad de enfoques que recoge el volumen (perspectiva del desarrollo a lo largo de la vida –*life span developmental perspective*–, teoría de la optimización selectiva con compensación, teoría de la selectividad emocional, etc.) tienen en común, según anun-

cian los editores, el optimismo acerca del envejecimiento y la vejez (reflejado en conceptos como adaptación, optimización y compensación, o plasticidad) y la vocación interdisciplinar en relación con la gerontología social y la biogerontología (p. 11); quizás sobre todo con la segunda, dada la prominencia que han adquirido, también en psicogerontología, los procesos de estrés. La pregunta clave de la parte iii, sobre teorías biológicas del envejecimiento, es la siguiente: por qué envejecen los organismos vivos. Y las respuestas se estructuran en torno a dos grandes corrientes: procesos estocásticos (como la mutación genética aleatoria y el estrés oxidativo) y senescencia programada. La biogerontología, aun con sus múltiples paradigmas adscritos a estas dos orientaciones, se muestra mejor trabajada teóricamente que la psicogerontología y la gerontología social, hasta el punto que Austad, en el capítulo 8, emprende una tarea, a buen seguro, muy del gusto de los editores. Comienza por plantear qué es «teoría»; argumenta que las teorías científicas en un determinado ámbito son mutuamente excluyentes; y defiende que una, entre las candidatas biogerontológicas, reúne en su favor mayor evidencia empírica para explicar por qué envejecen los organismos vivos: La teoría de la senescencia evolucionista (*evolutionary senescence*), según la cual «los genes con efectos perniciosos en la vida

tardía se acumulan porque han esquivado la fuerza de la selección natural» (pp. 10-11).

Las partes II y VII del libro recogen cuestiones gerontológicas, o también metagerontológicas en el primer caso, que no encajan en las cuatro partes centrales, pero que contribuyen al objetivo principal: proporcionar una visión omnicomprendensiva del campo de estudio. Así, la parte II incluye un capítulo sobre biodemografía (el 4, de Vasunilashorn y Crimmins), otro sobre el sentido de la vida (el 6, de Krause), otro más sobre envejecimiento saludable (el 7, de Ryff y Singer), y, en el terreno metagerontológico, un atractivo trabajo de Baars sobre la elusiva conceptualización del tiempo, la edad y el envejecimiento (capítulo 5). Los capítulos de la parte VII, por su parte, se adentran, entre otras, en cuestiones jurídicas, espirituales y pedagógicas.

La parte I contiene, además del capítulo introductorio de los editores, otros dos artículos sobre los fundamentos de las actuales teorías del envejecimiento: Fundamentos filosóficos (Achenbaum, capítulo 2) y de biología evolutiva (Kaplan *et al.*, capítulo 3). Y la parte VIII es un único capítulo (el 40), también a

cargo de los editores, sobre el futuro de las teorías del envejecimiento: Pese a los avances registrados a lo largo del volumen, queda mucho por hacer para lograr una gerontología integrada e interdisciplinar (y no meramente multidisciplinar), incluso en el seno de cada una de sus grandes subdisciplinas.

REFERENCIAS

- BASS, Scott A. (2006): «Gerontological theory: The search for the holy grail», *The Gerontologist*, 46.
- (2007): «The emergence of the golden age of social gerontology?», *The Gerontologist*, 47.
- BENGSTON, V. L., E. O. BURGESS y T. M. PARROT (1997): «Theory, explanation, and a third generation of theoretical development in social gerontology», *Journal of Gerontology: Social Sciences*, 52B.
- BENGSTON, V. L., T. M. PARROT y E. O. BURGESS (1996): «Progress and pitfalls in gerontological theorizing», *The Gerontologist*, 46.
- BIRREN, J. E. y V. L. BENGSTON (eds.) (1988): *Emerging theories of aging*, Springer, Nueva York.

M.^a Inés Amorós Miranda i altres (2003): Malabaristas de la vida. Mujeres, tiempos y trabajos. Instituto de la Mujer, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. *Ressenyat per Begoña García Pastor.*

Malabaristas de la vida. Mujeres, tiempos y trabajos, es resultado de algunas reflexiones compartidas por las componentes del grupo «Dones i Treball», creado en 1994 a raíz de un seminario sobre los trabajos que realizan las mujeres, celebrado en *Ca la Dona* de Barcelona. Es un texto que se presenta como un espacio de reflexión y análisis crítico en el que confluyen mujeres feministas procedentes de distintos ámbitos de participación política y social.

La presentación recoge la particular trayectoria seguida por este grupo al aproximarse al tema de los trabajos de las mujeres, una trayectoria interdisciplinaria, condicionada por las diferentes procedencias y experiencias sociolaborales de las componentes. Aquí, al tiempo que se presentan, resaltan la importancia epistemológica que para ellas ha tenido en el proceso de construcción de su conocimiento sobre el tema en cuestión la experiencia vivida y el hecho de poder compartirla, discutiendo y pensando juntas de un modo crítico y transformador.

Para introducirnos en sus análisis repiensen el concepto de trabajo y, fundamentalmente, explicitan su visión sobre el trabajo doméstico con el objetivo de resaltar su importante

valor social y la conciencia que las mujeres siempre han tenido de ello. En buena medida, responden así al por qué, a pesar de su infravaloración, no ha sido abandonado por la mayoría de ellas incluso habiéndose incorporado al mercado de trabajo asalariado. Desde la diversidad de sus experiencias, el diferente bagaje intelectual de cada una, los variados instrumentos disciplinarios a disposición y, sobre todo, desde la libertad de pensamiento, critican el concepto establecido de trabajo. Consideran que, o bien se queda corto cuando sólo significa empleo, es decir, trabajo remunerado, o si no es así, parece que resulta poco útil porque, en realidad, muchas de las actividades que realizamos la mayoría de mujeres para satisfacer necesidades propias y ajenas, aunque no sean remuneradas, podrían considerarse trabajo.

En esta línea de reflexión, cuestionan el significado sesgado que tradicionalmente se le ha dado al llamado «trabajo doméstico», reduciéndolo únicamente a actividades como lavar, fregar, cocinar, etc. Tareas que, aun sin ser reconocidas ni remuneradas, no dejan de ser absolutamente necesarias para que las familias funcionen en sintonía con la sociedad capitalista. Desde su

perspectiva de gènere, ponen en evidència que el significat que se atribueix al terme treball domèstic no reflecteix de fet les múltiples activitats de naturalesa diversa que desenvolupen habitualment les dones, ni el que moltes d'elles viuen amb la seva «doble presència» a casa i al seu lloc de treball al mercat laboral. Reivindiquen així una visió més àmplia sobre aquesta realitat compartida per la majoria de dones que reconegui el esforç i la gran responsabilitat que entraña atendre les necessitats afectives i relacionals que requereixen totes les persones en les seves trajectòries vitals, aquesta important tasca civilitzadora que se li exigeix portar a terme diàriament per produir «capital humà».

La desvalorització de la feina d'atendre les necessitats de la vida humana es planteja com el resultat de la relació dual entre les nocions de humanitat/naturalitat establerta pel paradigma racionalista en la cultura occidental: el cos humà i la naturalesa de la qual forma part són vistos com objectes susceptibles de ser coneguts a fons per poder-los utilitzar i controlar, en funció de la voluntat d'un subjecte humà descarnat i masculí. Aquest pensament dual

aconsegueix construir una oposició exclusiva que no només separa a la naturalesa de la humanitat, sinó també desvaloritza tots aquells recursos que la primera posa a les mans de l'espècie humana per cuidar de la vida. Així, tals recursos, en lloc de ser considerats com un preciós don, són desvaloritzats. Però la reducció del cos humà a simple matèria no evita que les seves necessitats siguin imperioses i calgui atendre-les diàriament seguint els cicles de la vida.

Per a les autores, la conciliació entre el treball que es realitza dins i fora dels llars, o el que és el mateix, entre la lògica del cuidat i la lògica del benefici, exigeix un canvi de paradigma que suposi mirar, entendre i interpretar el món des de la perspectiva de la reproducció i de la sostenibilitat de la vida. Això significa desplaçar el centre d'atenció des de lo públic mercantil cap a la vida humana, reconeixent en aquest procés la activitat de cures realitzada fonamentalment per les dones. En definitiva, el que se'ns proposa en aquest text és, ni més ni menys, donar el valor que té a la tasca civilitzadora que sempre han desenvolupat les dones.

Breus currícula dels autors i autores

ANNE-MARIE GUILLEMARD PHD

Professor of sociology at the Faculty of Social and Human Sciences, University of Paris Descartes Sorbonne, member of the Institut Universitaire de France, the Academia Europaea, the European Network of Excellence "Civil Society and New Forms of Governance in Europe" (CINEFOGO), and the European research consortium ASPA "Activating Senior Potential in Ageing Europe" (7thFP). She sits on the editorial boards of the *Revue française de sociologie*, *Ageing and Society*, *Hallym International Journal of Aging* (Baywood Publishing Company) and *Retraite et Société*. Her work on international comparisons of welfare policies, retirement systems and employment is widely recognized. Her research focuses on questions related to age and employment, age management in public and entrepreneurial policies, the generational contract and the reform of the welfare state. Among her most recent works are the following: (2008): *Où va la protection sociale?* (ed.), Presses Universitaires de France and (2005): *The Changing Face of Welfare*, (edited with) J. Goul- Andersen, P. Jensen, B. Pfau-Effinger, Policy Press, Bristol.

ALFREDO ALFAGEME CHAO

Licenciado en Sociología por la UNED (1992) y doctor por la Universidad de Alicante (1997). Su principal especialidad es la sociología del envejecimiento. Ha participado en proyectos de investigación y publicado varios artículos en revistas científicas nacionales e internacionales. Es profesor de Sociología de la Universitat Jaume I de Castelló, desde 1998, y, actualmente, secretario del Departamento de Filosofía y Sociología de dicha universidad. Miembro del grupo de investigación sobre sociología de la vejez de la Federación Española de Sociología, sus investigaciones más recientes se orientan hacia una sociología crítica del curso vital.

ANNA FREIXAS, BÁRBARA LUQUE Y AMALIA REINA

Las autoras son profesoras del Departamento de Psicología de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de Córdoba. Sus principales líneas de investigación giran en torno al envejecimiento de las mujeres, los contextos de aprendizaje y desarrollo en la edad mayor, donde están presentes las nuevas tecnologías. Otros ámbitos de su interés docente e investigador son la sexualidad de las mujeres mayores, la coeducación, el feminismo, y su relación con la orien-

tación profesional y vital coeducativa. Su implicación en la transformación de la investigación y la docencia desde una perspectiva feminista se refleja en las numerosas publicaciones, ponencias y en su participación en reuniones científicas.

IRENE COMINS MINGOL

Profesora del Departamento de Filosofía y Sociología de la Universitat Jaume I de Castellón. Desde 2001 es investigadora de la Cátedra UNESCO de Filosofía para la Paz y coordinadora académica del Máster Internacional en Estudios de Paz, Conflictos y Desarrollo de la misma universidad. Licenciada en Humanidades y máster en Estudios para la Paz y el Desarrollo, se doctoró por la Universitat Jaume I con la tesis doctoral *La ética del cuidado como educación para la paz*, que recibió el Premio Extraordinario de Doctorado 2002-2003. Ha investigado en el departamento de Estudios para la Paz de la Universidad de Bradford (Reino Unido) y tiene distintas publicaciones sobre antropología filosófica, filosofía para la paz y estudios de género. Entre sus últimas publicaciones cabe destacar *La ética del cuidado y la construcción de la paz* (Barcelona, 2008) y *Filosofía del cuidar: una propuesta coeducativa para la paz* (Barcelona, 2009).

GOMERCINDO GHIGGI

Doctor en Educación, Máster en Antropología Filosófica y licenciado en Filosofía. Fue coordinador del Programa de Postgrado en Educación de la Universidad Federal de Pelotas (UFPel) y director de la Facultad de Educación de la misma universidad. Actualmente, coordina por la UFPel el Programa Centros Asociados para el Fortalecimiento del Postgrado (Brasil/Argentina), que se desarrolla entre la UFPel y la Universidad de Buenos Aires. Es investigador y dirige investigaciones de máster y doctorado del Programa de Postgrado en Educación de la UFPel. Participa en el Grupo de Investigación «Filosofía, Educación y Praxis Social» y también en la línea de investigación «Filosofía e Historia de la Educación» del PPGE de la UFPel. Su ámbito de actuación profesional se centra en la educación, con énfasis en «Fundamentos de la Educación y Educación Popular», especialmente a partir de estudios de Paulo Freire.

MARTINHO KAVAYA

Profesor angoleño, licenciado en Filosofía, Teología y en Trabajo Social. Máster y doctorando en Ciencias de la Educación, por la Facultad de Educación de la Universidad Federal de Pelotas (UFPel). Alumno del Programa de Postgrado en Educación de la UFPel, en la línea de investigación «Filosofía e Historia de la Educación» del PPGE/FAE/UFPel. Miembro del grupo de investigación «Filosofía, Educación y Praxis Social» (FEPRAXIS). Además, sus estudios actuales profundizan en temas relacionados con la educación y la cultura, especialmente con la «Educación Libertadora en Angola» a partir de Paulo Freire. Este tema es de su máximo

interés, dado el proceso de democratización que se ensaya actualmente en Angola.

PEDRO SÁNCHEZ VERA

Licenciado y doctor en Sociología, y licenciado en Filosofía. Catedrático de Sociología en la Universidad de Murcia. Director del Departamento de Sociología y Política Social. Director del Grupo de Investigación Sociología del Bienestar Social y del Envejecimiento. Tiene publicadas ocho monografías en distintos campos de la sociología y un centenar de trabajos entre artículos de revistas y capítulos de libros. En el campo de la sociología de la vejez, ha publicado cuatro monografías y casi medio centenar de artículos relacionados con distintos campos de la vejez y del envejecimiento, habiendo dirigido siete tesis doctorales en este campo. Miembro, entre otras asociaciones, del Research Committee on Sociology of Aging (RC11) de la International Sociological Association, y de la Sociedad Española de Geriátrica y Gerontología (SEGG). Además, ha sido fundador del Grupo 25 (Sociología de la Vejez) en la Federación Española de Sociología.

GONZALO MONTIEL

Doctor por la Universitat de València y profesor asociado en el Departamento de Filosofía y Sociología de la Universitat Jaume I. Está adscrito al Instituto Interuniversitario de Desarrollo Local y es miembro del Grupo de Investigación Multidisciplinar de Violencia de Género de la Universitat de València. Desarrolla su labor profesional como técnico superior de cultura y patrimonio de la Universitat de València y es el responsable técnico del Centre d'Assessorament i Dinamització dels Estudiants (CADE) en esta universidad. Ha colaborado en diversos congresos y publicaciones en materia de juventud, género y medios de comunicación. Forma parte del equipo de profesores del Máster de Violencia Doméstica y de Género, y del Diploma de Especialización Profesional Universitario de Coordinación y Gestión de Programas y Servicios para la Juventud de la Universitat de València, como responsable de las materias vinculadas a comunicación social y medios de comunicación.

MARVIN FORMOSA

Lecturer in social gerontology at the European Centre of Gerontology, University of Malta, and the International Institute of Ageing (United Nations - Malta). He is currently a Visiting Scholar at the Adult Education and Counselling Department at the Ontario Institute for Studies in Education, University of Toronto. Recent books include *Lifelong Learning in Later Life: A Handbook on Older Adult Learning* (Sense, forthcoming, with Brian Findsen), *Class Dynamics in Later Life* (Lit Verlag, 2009) and *Supporting Family Carers of Older Persons in Europe* (Lit Verlag, 2006, with Joseph Troisi). He has published widely in older adult learning, including

papers in *Ageing International*, *Education and Ageing*, *Maltese Review of educational Research* and *BOLD*. He was a member of the Scientific Committee of the XIXth Congress of the International Association on Gerontology and Geriatrics (Paris, 2008).

SALVADOR SEGUÍ-COSME

Licenciado en Ciencias Políticas y Sociología, y máster en Ciencias Sociales por el Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones. Desde 1996 es profesor de Sociología de la Universitat Jaume I de Castellón, donde ha centrado su docencia e investigación en los aspectos sociales de las tecnologías de la información y la comunicación, en la comunicación política y, más recientemente, en la sociología del envejecimiento. Sus dos publicaciones más recientes son las siguientes: NOS ALDAS, E., S. SEGUÍ-COSME y Ana M. RIVAS MACHOTA (2008): *Comunicación y construcción de paz*, Icaria, Barcelona; y SEGUÍ-COSME, S. y A. ALFAGEME (2008): El retiro temporal a lo largo de la vida: bases sociológicas y filosóficas, *Mediterráneo Económico*, n.º 14, pp. 385-405.

BEGOÑA GARCÍA PASTOR

Licenciada en Geografía e Historia por la Universitat de València y doctora por la Universitat Jaume I (UJI) en Antropología Social y Cultural. Ha investigado principalmente sobre la construcción de la identidad y la educación entre la minoría gitana y la población inmigrante. También ha participado en otros proyectos de investigación relacionados con las personas mayores. Es profesora asociada de Sociología en la UJI y profesora-tutora de la UNED, en el centro asociado Cardenal Tarancón de Vila-real (Castellón). Además, forma parte del Instituto Universitario de Estudios Feministas y de Género (UJI). Entre sus publicaciones destaca el libro «Ser gitano» fuera y dentro de la escuela. *Una etnografía sobre la educación de la infancia gitana en la ciudad de Valencia* (Biblioteca de Dialectología y Tradiciones Populares, CSIC, 2009).

CRITERIOS PARA EL ENVÍO DE TEXTOS A LA REVISTA *RECERCA*

1. El texto original se presentará mecanografiado con un espacio interlineal de 1,5 en DIN A-4 en letra Times New Roman de cuerpo 12.
2. En la primera página debe indicarse el título y autor o autores del mismo, universidad u organismo al que pertenece, la sección en la que se inscribe (*ensayo de pensamiento y análisis, traducción crítica o recensión*), así como la dirección postal, dirección electrónica, teléfono y fax. El texto se deberá adjuntar en papel y en disquete de ordenador (Word), pudiéndose también enviar por correo electrónico. Para agilizar las tareas de evaluación se recomienda enviar tres copias en papel.
3. La extensión de los documentos: ENSAYOS DE PENSAMIENTO Y ANÁLISIS, entre 15 y 20 páginas (no más de 8.000 palabras); TRADUCCIONES CRÍTICAS, hasta 20 páginas; RECENSIONES, entre 2 y 5 páginas
4. En los textos que se publiquen es conveniente que figure el correo electrónico del autor para que los lectores, si lo desean, puedan intercambiar sus opiniones.
5. Se deberá adjuntar el artículo, un resumen del artículo en castellano y en inglés con una extensión en torno a 100 palabras cada uno de ellos (no más de 140 palabras) y 4 ó 5 palabras clave que identifiquen el contenido del trabajo.
6. El texto original ha de ser inédito en castellano, catalán o inglés y no estar pendiente de publicación en otra revista.
7. Aspectos ortotipográficos:
 - 7.1. *Las referencias a revistas y diarios y los títulos de libros* irán en cursiva; los títulos de artículos y capítulos de libros irán entrecorridos.
 - 7.2. *Citaciones*: Las citas de textos se incorporarán al texto principal entre comas angulares (« »). Cuando sea conveniente se utilizarán de este modo: « ' ' ' ». Las citas largas (más de tres líneas) irán en un párrafo a parte sin comillas ni cursivas, con un margen mayor al del texto original y con el tipo de letra más pequeña, o bien, señalando convenientemente que se trata de una cita. Si se omite parte del texto en una citación se señalarán los puntos de elisión con corchetes: [...]
 - 7.3. *Guiónes*: Se empleará guión corto en términos compuestos y para indicar las páginas de bibliografía..., y guión mediano para hacer función de paréntesis. En este caso, si después del inciso va un punto, no cerramos el guión.
 - 7.4. *Notas*: Las indicaciones de las notas en el texto principal deben numerarse adecuadamente después de los signos de puntuación.
 - 7.5. *Referencias bibliográficas abreviadas*: En las referencias abreviadas que aparezcan en el texto sólo debe constar el apellido del autor en minúscula, el año de edición de la obra referida y las páginas que procedan, ya que los datos completos aparecerán en la bibliografía.
[...] ha resaltado (Bellés, 1999: 34-56)
Si son páginas seguidas se situará un guión entre las cifras, de lo contrario utilizaremos comas.
Bellés, 1999: 34, 67, 109.
Si la obra contiene diversos volúmenes, haremos constar el número del volumen referido en números romanos y detrás de dos puntos.
Riquer-Valverde, 1984: II, 193.
Por tanto, se prescindirá del uso de abreviaturas latinas: *loc. cit.*, *op. cit.*, *ibidem*....
 - 7.6. *Bibliografía*: Las referencias irán al final de la obra, ordenadas alfabéticamente por autores y según los siguientes puntos:
 - Libros: JORDAN, R.R. (1997): *English for Academic Purposes*, Cambridge University Press, Cambridge.
 - Artículos en publicación periódica: NADIN, M. (1984): «On the Meaning of the Visual», *Semiotica*, 52.
 - Capítulos en libros de uno o más de dos autores: NORD, CHRISTIANE (1994): «Traduciendo funciones» en HURTADO, A. (ed.) (1994): *Estudis sobre la traducció*, Publicacions de la Universitat Jaume I, Castelló de la Plana.
 - Dos autores: CHILLON, L. A. y S. BERNAL (1985): *Periodismo informativo de creación*, Mitre, Barcelona.
 - Más de dos autores: ESPINET, F. y otros (1989): *Prensa, comunicació i cultura a Catalunya, durant el primer terç del segle XX*, UAB, Bellaterra.
8. La revista RECERCA decidirá la publicación de los originales en función de los informes de los dos evaluadores externos designados a tal efecto de acuerdo a sus especialidades.
9. Se enviarán a los colaboradores las observaciones y comentarios de los evaluadores para la revisión de sus textos. Cuando los trabajos sean aceptados finalmente, tras seguir este procedimiento, el autor enviará la versión definitiva en el soporte y forma especificada con anterioridad.
10. RECERCA respeta las opiniones de sus colaboradores, pero no comparte necesariamente todos los puntos de vista manifestados en los artículos publicados.
11. RECERCA agradece el envío de ensayos de pensamiento y análisis, traducciones críticas y recensiones, y procurará informar a los autores de la evaluación y eventual aceptación de sus textos en un plazo no superior a 50 días.
12. El equipo de dirección se encargará de mantener la correspondencia con los autores y les informará de la aceptación o desestimación de su trabajo con un informe razonado, elaborado por los evaluadores externos.
13. Los artículos deben ser enviados a:

Revista RECERCA
 Universitat Jaume I
 Secretaría del Departamento de Filosofía y Sociología
 Facultad de Ciencias Humanas y Sociales
 Campus Riu Sec, s/n, 12071 Castellón

E-mail: recerca@fis.uji.es

CRITERIS PER A L'ENVIAMENT DE TEXTOS A LA REVISTA *RECERCA*

1. El text original s'ha de presentar mecanografiat amb un espai interlineal d'1,5 en DIN A-4 en tipus de lletra Times New Roman de cos 12.
2. En la primera pàgina s'ha d'indicar el títol i el nom de l'autor o autors de l'article, universitat o organisme a què pertany, la secció en la qual s'inscriu (*assaig de pensament i anàlisi, traducció crítica o recensió*), així com l'adreça postal, l'adreça electrònica, el telèfon i el fax. El text s'ha d'adjuntar en paper i en disquet d'ordinador (Word); també es pot trametre per correu electrònic. Per agilitar les tasques d'avaluació es recomana enviar tres còpies en paper.
3. L'extensió dels documents: ASSAJOS DE PENSAMENT I ANÀLISI, entre 15 i 20 pàgines (no més de 8.000 paraules); TRADUCCIONS CRÍTQUES, fins a 20 pàgines; RECENSIONES, entre 2 i 5 pàgines
4. En els textos que es publiquin és convenient que figure l'adreça electrònica de l'autor perquè els lectors, si ho desitgen, puguin intercanviar les seues opinions.
5. Cal adjuntar l'article, un resum de l'article en castellà i en anglès, amb una extensió de 100 paraules aproximadament cada un (no més de 140 paraules), i 4 o 5 paraules clau que identifiquen el contingut del treball.
6. El text original ha de ser inèdit en castellà, català o anglès i no ha d'estar pendent de publicació en cap altra revista.
7. Aspectes ortotipogràfics:
 - 7.1. Les referències a revistes i diaris i els títols de llibres s'escriuen amb cursiva; els títols d'articles i capítols de llibres s'escriuen entre cometes.
 - 7.2. *Citacions*: les citacions de textos s'incorporen al text principal entre comes angulars (« »). Quan calga s'utilitzaran d'aquesta manera: « " " » ». Les citacions llargues (més de tres línies) s'escriuen en un paràgraf a banda, sense cometes ni cursives, amb un marge més gran que el del text original i amb el tipus de lletra més menut, o bé, assenyalant convenientment que es tracta d'una cita. Si s'omet part del text en una citació s'han d'indicar els punts d'elisió amb claudàtors: [...]
 - 7.3. *Guions*: s'emprarà el guió curt en termes compostos i per indicar les pàgines de bibliografia..., i el guió mitjà per a fer funció de parèntesi. En aquest cas, si després de l'incís va un punt, no s'ha de tancar el guió.
 - 7.4. *Notes*: les indicacions de les notes en el text principal han de numerar-se adequadament després dels signes de puntuació.
 - 7.5. *Referències bibliogràfiques abreujades*: en les referències abreujades que apareguen en el text només ha de constar el cognom de l'autor amb minúscula, l'any d'edició de l'obra referida i les pàgines que corresponguen, ja que les dades completes apareixeran en la bibliografia. [...] ha ressaltat (Bellés, 1999: 34-56)
Si són pàgines seguides s'ha d'escriure un guió entre les xifres, en cas contrari s'han d'utilitzar comes. Bellés, 1999: 34, 67, 109.
Si l'obra conté diversos volums, s'ha de fer constar el número del volum referit en nombres romans i darrere de dos punts. Riquer-Valverde, 1984: II, 193.
Per tant, no s'han de fer servir les abreviatures llatines: *loc. cit., op. cit., ibidem...*
 - 7.6. *Bibliografia*: les referències s'indiquen al final de l'obra, ordenades alfabèticament per autors i segons els següents punts:
 - Llibres: JORDAN, R.R. (1997): *English for Academic Purposes*, Cambridge University Press, Cambridge.
 - Articles en publicació periòdica: NADIN, M. (1984): «On the Meaning of the Visual», *Semiotica*, 52.
 - Capítols en llibres d'un o més de dos autors: NORD, CHRISTIANE (1994): «Traduciendo funciones» dins HURTADO, A. (ed.) (1994): *Estudios sobre la traducción*, Publicacions de la Universitat Jaume I, Castelló de la Plana.
 - Dos autors: CHILLON, L. A. i S. BERNAL (1985): *Periodismo informativo de creación*, Mitre, Barcelona.
 - Més de dos autors: ESPINET, F. i altres (1989): *Prensa, comunicación i cultura a Catalunya, durant el primer terç del segle XX*, UAB, Bellaterra.
8. La revista *RECERCA* decidirà la publicació dels originals en funció dels informes dels dos avaluadors externs designats amb aquesta finalitat d'acord amb les seues especialitats.
9. S'enviaran als col·laboradors les observacions i comentaris dels avaluadors per a la revisió dels seus textos. Quan els treballs siguin acceptats finalment, després de seguir aquest procediment, l'autor enviarà la versió definitiva en el suport i forma especificada anteriorment.
10. *RECERCA* respecta les opinions dels seus col·laboradors, però no comparteix necessàriament tots els punts de vista manifestats en els articles publicats.
11. *RECERCA* agraeix l'enviament d'assajos de pensament i anàlisi, traduccions crítiques i recensions, i procurarà informar els autors de l'avaluació i eventual acceptació dels seus textos en un termini no superior a 50 dies.
12. L'equip de direcció s'encarregarà de mantenir la correspondència amb els autors i els informarà de l'acceptació o la desestimació del seu treball amb un informe raonat, elaborat pels avaluadors externs.
13. Els articles s'han d'enviar a:

Revista *RECERCA*
 Universitat Jaume I
 Secretaria del Departament de Filosofia i Sociologia
 Facultat de Ciències Humanes i Socials
 Campus del Riu Sec, s/n, 12071 Castelló de la Plana
 Adreça electrònica: recerca@fis.uji.es

**Deseamos intercambiar la revista RECERCA. REVISTA DE PENSAMENT I ANÀLISI
por la revista cuyos datos se adjuntan**

DATOS

Razón social:

Persona responsable del intercambio:

Calle/Plaza **C.P.:**

Ciudad: **Provincia:**

País: **Tel.:**

Fax: **E-Mail:**

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

1. Por favor suscríbame a RECERCA. REVISTA DE PENSAMENT I ANÀLISI (Nueva Época) desde el núm. inclusive.
2. Por favor deseo adquirir los volúmenes o números atrasados de RECERCA. REVISTA DE PENSAMENT I ANÀLISI (Nueva Época):

- | | | |
|-------------------|-------------------|-------------------|
| • número 1 (2001) | • número 5 (2005) | • número 9 (2009) |
| • número 2 (2002) | • número 6 (2006) | |
| • número 3 (2003) | • número 7 (2007) | |
| • número 4 (2004) | • número 8 (2008) | |

FORMA DE PAGO: transferencia bancaria

Beneficiario: Universitat Jaume I

Entidad: 2077 Oficina: 0580

D.C.: 4631 C.C.: 03985430

IBAN (número de cuenta internacional): ES52 2077 0580 4631 0398 5430

Concepto: Suscripción / Intercambio RECERCA REVISTA DE PENSAMENT I ANÀLISI

Código 04G047-Línea LA 04040

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN (por número): 8 €

DATOS PERSONALES

Nombre y apellidos o razón social:

NIF o CIF:

Calle/Plaza **C.P.:**

Ciudad: **Provincia:**

País: **Tel.:**

Fax: **E-Mail:**

ENVIAR A:

Universitat Jaume I

RECERCA. REVISTA DE PENSAMENT I ANÀLISI

Departamento de Filosofía y Sociología

Facultad de Ciencias Humanas y Sociales

Campus del Riu Sec s/n • 12071 Castellón

e-mail: recerca@fis.uji.es

BUTLLETÍ D'INTERCANVI

**Desitgem intercanviar la revista RECERCA. REVISTA DE PENSAMENT I ANÀLISI,
per la revista les dades de la qual s'indiquen a continuació.**

DADES

Raó social:

Persona responsable de l'intercanvi:

Carrer/Plaça **CP:**

Ciutat: **Província:**

País: **Tel.:**

Fax: **Adreça electrònica:**

BUTLLETÍ DE SUBSCRIPCIÓ

1. Per favor subscriuiu-nos a RECERCA. REVISTA DE PENSAMENT I ANÀLISI, (Nova època) des del núm. inclusivament.
2. Per favor desitgem adquirir els volums o números endarrerits de RECERCA. REVISTA DE PENSAMENT I ANÀLISI, (Nova època):

- | | | |
|--|--|---|
| <ul style="list-style-type: none"> • número 1 (2001) • número 2 (2002) • número 3 (2003) • número 4 (2004) | <ul style="list-style-type: none"> • número 5 (2005) • número 6 (2006) • número 7 (2007) • número 8 (2008) | <ul style="list-style-type: none"> • número 9 (2009) |
|--|--|---|

FORMA DE PAGAMENT: transferència bancària

Beneficiari: Universitat Jaume I

Entitat: 2077 Oficina: 0580

D.C.: 4631 C/c: 03985430

IBAN (número de compte internacional): ES52 2077 0580 4631 0398 5430

Concepte: Subscripció / Intercanvi RECERCA. REVISTA DE PENSAMENT I ANÀLISI

Codi 04G047-Linia LA 04040

PREU DE SUBSCRIPCIÓ (per número): 8 €

DADES PERSONALS

Nom i cognoms o raó social:

NIF o CIF:

Carrer/Plaça **CP:**

Ciutat: **Província:**

País: **Tel.:**

Fax: **Adreça electrònica:**

ENVIEU AQUEST BUTLLETÍ A:

Universitat Jaume I

RECERCA. REVISTA DE PENSAMENT I ANÀLISI

Departament de Filosofia i Sociologia

Facultat de Ciències Humanes i Socials

Campus del Riu Sec s/n • 12071 Castelló de la Plana

Adreça electrònica: recerca@fis.uji.es